



Alonso Zamora Vicente

# **A traque barraque**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

## A traque barraque

Quiero, para terminar,  
cuando estoy al borde célebre de la violencia,  
o lleno de pecho el corazón, querría  
ayudar a reír al que sonríe,  
ponerle un pajarillo al malvado en plena nuca,  
cuidar a los enfermos enfadándolos,  
comprarle al vendedor,  
ayudarle a matar al matador -cosa terrible-  
y quisiera yo ser bueno conmigo  
en todo.

(César Vallejo, Poemas humanos).

Habla poco, escucha asaz, y no errarás.

(Correas, Vocabulario de refranes).

Tertulia de la farmacia. Rebotica con innumerables cajitas -los específicos, ah, los específicos, dice reiteradamente doña Antoñita, la hermana del párroco-, y un estante con los formularios y el Diccionario de la Farmacopea española, Madrid-Barcelona, 1856, y un almanaque de propaganda: «Agua del Barrancón. Eupéptica. Tónica. Ferruginosa. Manantiales propios. Única contra las melancolías y los trastornos de la adolescencia». Don Facundo, el boticario, que hace mucho tiempo que le da lo mismo una cosa que otra, qué me van a contar a mí, yo, pues yo, que a mí no me la dan, que donde estén las infusiones, vamos, que no hay nada mejor, a ver si no, qué le pasó a don Rafael cuando se cayó del segundo piso, sí, su hermano, doña Antoñita, cuando perseguía al gato del herrero y se cayó sobre el emparrado del jardín, ¿eh?, ¿qué le pasó?, ¿eh? Pues, que si no es por las infusiones que yo le preparé, que palma, sí, señor, ya lo creo que palma, a buenas horas tanto vendaje y tanta... No, no se asuste, doña Antoñita, no voy a decir una mala palabra. ¡Hombre, delante de usted!... Pero, a lo que estamos: infusiones, infusiones... Y don Facundo, que ya -10- tiene tres duros y medio de edad y no ha pasado ni siquiera el sarampión, se echa un trago de salicaria nueva, con menta y con salvia, y con yerbaluisa, excelentes para los trastornos intestinales -ayer cené demasiado, tuvimos invitados, y ya se sabe, con los invitados...-, y mano de santo para la excitación nerviosa, no hay nada como esto, si lo sabré yo, igual que la menta y el orégano para el insomnio, y la flor de mandrágora para, bueno, a usted qué le importa para qué sirve la mandrágora, sería usted capaz de tomarlo a broma, y a mi edad... Y a veces acude a la tertulia, ya la tardecita cayendo, don Secundino, que estuvo de cabo primero en Filipinas, cuando lo de Cavite, ya nadie le hace caso, sus medallitas en la solapa, una geografía confusa, mil veces repetida, Barcelona, Suez, Adén, Malacañang, Caravaca, el monte Igueldo. Y también aparece por allí don Constancio, el secretario nuevo, que es de Jaén -este tío de Jaén siempre está de guasa, susurra muy misterioso el boticario- y le gusta sacar de quicio a don Secundino, y le dice que eso de Filipinas es un cuento, y que ya está bien, y a ver si cambiamos el disco, y que a ver si nos enteramos que para ir a Filipinas se pasa por Vigo, menudo puerto de mar... Y Constancio pone a todos nerviosos, sale al mostrador cada vez que entra una mozuela a comprar algo, y le hace propaganda de la receta y disfruta la mar pesándolas una y otra vez. Hoy estás más delgada, ¿a ver?, vuélvete, cada ocurrencia, y mucho, mi niña, hay que cuidar esta cinturita, mi niña, ¿eh?, vaya por Dios, has engordado en una semana, hijita... Y dale que te pego, y doña Antonia mueve el pie, algo irritadilla, y don Secundino entreabre la boca y la baba le resbala por la comisura de los labios, aquiescente Jesús, Jesús, este secretario, en mi tiempo... Y don Facundo invoca a sus tres duros y medio y afirma que lo cazan, vamos que si lo cazan, y, como lo cacen, la de infusiones -11- que se va a tragar éste, como me llamo Facundo que antes de un año tenemos boda. Como le pasó a don Silverio, el maestro, que llegó bromeando (y eso que es de Fregenal, que no debe ser mala tierra del todo), y ¡zas!, se quedó, y ahí está, lleno de críos y aficionado a la manzanilla amarga en ayunas. Vivir para ver. Claro que la Sonsolicas la de don Casto... Cualquiera no, con la Sonsolicas...

Y tarde tras tarde, lo mismo. Vengan o no el médico, y el practicante, y la maestra, y la dueña del estanco, viuda de un héroe del Ebro, y Federico, que se ha hecho sastre de París por correspondencia, y Honorato, el telegrafista, que sueña con un mano a mano en la televisión con Adamo, ya tiene preparada la foto que va a poner en los discos, es una foto retocada, porque, la verdad, con este ojo que se queda algo atrás, así, ¿no ve?, contra el gobierno, es una pena, pero yo sé cantar mirando siempre hacia allí y no me lo notarán,

¿sabe?, cuestión de táctica, sí, señor, de táctica. Y todos escuchan admirados las virtudes del ruibarbo, de la ruda, de la mejorana, y de la celidonia, y de la matalahúva, de la adelfa seca, del polvo de adormideras con azúcar cande. Todos los días se aprende algo, modas, remedios, conjuros, trampas del juego y de los abogados, piropos, nombres de balnearios y de manantiales milagrosos, suspiros por coeficientes que no llegan, canciones de protesta, y noticias de enfermedades, de viajes, de loterías... y por qué no tienen sangre las hormigas, y por qué el ciempiés tiene tantas patas y don Crisanto, el alcabalero, solamente dos, y eso, vamos, eso es un decir... Y se habla también de «los nuevos», esa gente recién venida al pueblo.

Sí, ya lo decía don Facundo. Ahora todo va de prisa y la gente no hace infusiones porque no tiene tiempo. Y eso pasó con el «nuevo», el que vino a las obras del embalse. Pasaba hacia su casa a media tarde, en el coche, la radio -12- altísima, polvareda tremenda, susto de gallinas, los chiquillos juguetones y mocosos refugiándose en los quicios, ensordecedora la sirena del auto. Los contertulios se asomaban a ver cómo doblaba el coche la curva del puente y tomaba a la derecha, donde estaba el chalé. (Oiga, pronuncie usted chaléttt, que así se escribe, sostenía Adolfo el cartero.) Una desesperación, ese tío nuevo. Ni siquiera tuvo curiosidad por la procesión del último Corpus, que se estrenaron estandartes, recién bordados, y los dos guardias municipales llevaban leguis y correajes nuevos, lo que había que ver, y esta gente llegadiza... No sabemos qué infusión tomarán a media tarde, ni si les gustará poner boldo en maceración para digerir tanta carne, porque de carne, comen un rato. Y de beber, no digamos. Ya lo dice la señora Eulalia, la carnicera, y el señor Roque, el verdulero, y... y... Y don Facundo se ríe por lo bajo y profetiza, ojos entornados, el día cercano, sin duda, en que, en vista de tales excesos, él tenga que intervenir y poner al nuevo y a toda su familia a un severo régimen de infusiones. Ya vendrá, ya, como me llamo Facundo que ése viene aquí un día a pedir árnica. Y prontito, prontito.

Domingo, mediodía alto. Aire súbitamente sólido cuando el coche se paró delante de la farmacia, la radio clamorosa, los niños y el perro curioseando desde las ventanillas, medio mundo en la tienda, agolpados a la salida de misa. Y el nuevo pidió algo muy raro, Comprimidos... Carbonida... Alantoína. Acetarsol... Don Facundo se quedó lelo, con los paquetes de toronjil, de poleo, de cantueso, y de mate, en la mano, fósil la sonrisa. No, no hay de eso. Tampoco hay iodo-cloro-oxiquinolina o como sea eso que dice usted. Aquí no hay de eso, ¿se entera?, aquí hay... El auditorio asentía con la cabeza, tibiamente vengado de Dios sepa qué extrañas injurias. El nuevo, impasible: ¿Tampoco tiene usted -13- Hubermicrocetina dos? Es un diurético maravilloso. ¿Es posible que no conozca usted la Hubermicrocetina dos? ¡Caramba!, pero si no hay cosa mejor, se toma usted una cucharada y se tiene usted que levantar varias veces, hombre, no es posible... Y doña Antoñita, y Constancico, y Adolfo, y don Secundino, y Honorato (que, vaya por Dios, hoy tiene unas anginas de no te menees y no puede demostrarle al nuevo sus dotes) y Federico, que está dispuesto a copiarle las camisas al nuevo, se estremecen ante las extrañas solicitudes. Y el nuevo prosigue, ya un tantillo malhumorado: ¿No me va usted a decir que aquí no hay más que manzanilla y yerbabuena para cocer? Y fue entonces cuando don Facundo, tres duros y medio de edad, placa de Beneficencia, perdió la cabeza y: Bueno, ya está bien. Hemos terminado. Sí, aquí hay yerbabuena, y manzanilla, y ¿qué pasa? El almanaque de propaganda Agua del Barrancón, se torció en su clavo, y la vieja escopeta de caza, herrumbrosa, de don Facundo, soltó un polvillo negruzco al ser montada de nuevo,

inútilmente, el auto estaba ya muy lejos, ni siquiera se oía la radio, Señor, Señor, pretender la Hubermicrodosesa... Era la siesta crecidita cuando todavía estaba la farmacia llena de gente, amontonados chicos y grandes en la puerta, colectivo planto, Federico y Honorato y doña Antoñita revolviendo, locos, en los potes de don Facundo -salvia, romero, muérdago, azahar, tila, mágicos remedios en azul de Talavera- para calmarle la pataleta, tacita va tacita viene, seguramente ésta le calmará, me parece que era ésta la que tomaba los días de mal tiempo, hoy parece que no le hace mucha gracia, bébetela tú, Federico, hijo, no la vamos a tirar con lo cara que está el azúcar, ya me tomaré yo la próxima si tampoco la quiere, oye, Honorato, rico, a ver si ayudas y no te comes las pastillas de eucalipto, ten respeto a la muerte, que don Facundo ya no es un niño y a -14- lo mejor, a lo mejor... Doña Antoñita, hágame el favor de no revolver más por la mandrágora esa, que seguro que no es para estos casos, qué curiosidad, digo yo que es más importante ahora quitarle el berrinche a este bendito. Doña Ramona, la estanquera, las medallas de su difunto sobre el pecho opulento, abanicaba a don Facundo con el calendario Agua del Barrancón, Eupéptica, ay, Señor, qué sueño me da, Tónica, Eupéptica, don Facundo, póngase usted bueno, por el amor de Dios, Tónica, Eupéptica..., tónica, eupép...

-15-

No somos nada

La tarjeta de visita proclamaba, en letras diminutas y en el ángulo, el quehacer fascinante: Adivino. Pantaleón Matarrubia y Holguín, con su aire desvalido y sus trajes oscuros, y sus guantes siempre colocaditos, lo mismo en invierno que en verano, era adivino. «Consulta de seis a ocho. Diaria. Sesiones populares los días siete, trece y veintiuno de cada mes. No se trabaja las fiestas patrias ni el primero de año. Para casos urgentes, buscad al sereno. Venta de abonos en la portería. Inútil aportar recomendaciones». Los amigos contaban y no acababan de sus aciertos pasmosos, de sus increíbles ganancias. Había tenido el último verano tan abrumadores éxitos, que había sido condecorado con dos grandes placas y se le había autorizado para que dictase cursos (normales, abreviados y por correspondencia) y expidiese diplomas con validez para varias universidades extranjeras. Una emoción derramada, frenética a ratos, zumbaba en el viento el día en que fue declarado hijo predilecto de su pueblo, con discursos conmovedores de doña Paquita, la Presidenta de la Liga Pro-Salvación del Paisaje, y del Delegado General de las Asociaciones de Previsión. Los antiguos compañeros de -16- colegio le habían pagado unos prospectos nuevos para propaganda, con fotografía, biografía resumida, máximas, pensamientos selectos, plano de su habitación...

Realmente, cómo no acudir a Don Pantaleón. En un par de semanas -una feliz conjunción planetaria, aseguraba mientras, ojos entornados, se atusaba las solapas-, allá, por mayo, había vaticinado, con enorme justeza, dos terremotos, unas cuantas revoluciones (eso sí, incruentas, hasta ahí podíamos llegar), varias muertes de Jefes de Estado, y, entre lo menudo, la subversión estudiantil en Francia, tres bodas en la vecindad y unos cuantos batacazos entre los empleados de una compañía de seguros. Una ceguera de laureles.

Durante varios días, al regreso de las vacaciones, no pudo salir de casa, acorralado por el tumulto de felicitaciones, petición de autógrafos, fotografías de frente, de espalda y de perfil, entrevistas con los corresponsales extranjeros. El pobre Don Pantaleón se arregló el cuarto trastero y allí se quedó unos cuantos días: Hasta que pase el achuchón de la fama, qué barbaridad, qué gente ésta, me están quitando dotes, tanto sobar y preguntarme, ¿no cree?, como si uno no tuviese otra cosa que hacer que escuchar a periodistas y representantes de sociedades científicas, a ver, si no... ¿Cuándo me van a dejar tiempo para reconcentrarme y adivinar? Y que no se van, no, que se pasan la noche en vela haciendo cola en el portal, menos mal que, a la siesta, cuando tienen que jugar los niños, que, vaya por Dios con el ruido que arman los angelitos, ya, ya, viene un par de grises y sujeta a la multitud en la acera de enfrente. Yo aprovecho el ratito para ventilar y asomarme al balcón y oír sus aclamaciones desde lejos... Porque le digo a usted que ni aire para respirar me dejan. Una verdadera conmoción telúrica, sí, señor, una tembladera geológica. Oiga, ¿eso está bien dicho? ¿Cómo que el qué? Lo de telúrica y así... ¿Sí? Adelante. Yo necesito, -17- le decía, reconcentrarme, ¿me entiende?, reconcentrarme, re-con-cen-trar-me...

Y mientras Don Pantaleón silabea, va entornando los ojos y se reduce en la silla, y le entra una inquietante tiritona, y no ve, ni oye, ni se entera de nada -¡puñales que le clavasen no sentiría!, redondea Lorencina, su gobernanta, una gruesa mujer de Fuentealbilla, provincia de Cuenca, a la derecha según se va- y escupe fechas, dichas, catástrofes, reconvenciones, consejos, escondrijos, números cabalísticos, algún trozo de la Canción del pirata, el himno nacional, recetas de belleza, un estremecimiento escoltando la profanación del futuro. Un ratillo después, Don Pantaleón duerme sosegado en su mecedora de seis ritmos, regalo de una cliente favorecida con aciertos sentimentales, y Lorencina abre del todo las contraventanas y echa a la calle a los parroquianos: A ver si hacen el repajolero favor de no tirar las colillas en la alfombra, parecen ustedes caníbales... Y añade por su cuenta apostillas rotundas a los consejos pedidos, nombres de flores milagrosas, cantidades ceñidas de bálsamos y de meditaciones, normas de conducta, temporalidades de lutos, venenos, esquelas... Y, claro, a ver, si ya se lo ha dicho Don Pantaleón, hombre, ¡más claro agua!, pues estaría bueno. Pero, oiga, si no se lo cree, ¿a qué diablos viene? ¿Le he llamado yo? Pues, entonces... Qué gente, Dios mío, mi pobre señor, con lo que suda para entrar en trance...

Don Pantaleón asegura que no se equivoca nunca y que nada escapa a su mirada penetrante, especialmente si se hace la pregunta al misterio después de haber estudiado bien las casas de los astros y usado de ciertos conjuros que, Ah, son mi secreto, ¿sabe?, no todo es pura habilidad. A veces ocurre que la gente se impacienta y se le nublan las entendederas, desdicha que anula muchas posibilidades fulgentes. Oiga, ¿le gusta eso de fulgentes? ¿No? Pues lo traen mucho -18- algunos periódicos. Bueno, fíjese bien. Yo anuncié una boda, pero no dije de quién con quién, no me dejaron acabar, y, claro, así va ello, que se entrecruzaron los pronósticos y ahora andan con los platos a la cabeza. Y todo por no esperar a que yo terminase de ver su prefiguración. ¿Me entiende? Ah, no; nombres, no. Usted disculpará, pero el recato, en ciertas ocasiones... Bueno, pues sigo. Le digo que yo acierto siempre. ¿O ya se lo había dicho antes? No importa, siempre es bueno repetir. Hay cada... ¿Quién profetizó el hundimiento del Andrea Doria? Yo. No, no, por Dios, no me felicite, no se moleste. ¿Quién la muerte de Churchill? ¿Y la de Stalin? ¿Y la de la bella Otero? Pues, entonces... Ah, señor mío, mi especialidad es la muerte. La primera que

entreví fue la de Joselito, ya hace muchos años, a lo mejor no había usted nacido, ya tiene usted... ¿Cómo? Ah, sí, ¿ve cómo lo adivino?, ya se notaba que era usted mayorcito, vaya, vaya. Pues como le iba diciendo, cuando hay que anunciar una muerte, pues que la veo, sí, señor, es que la veo, y, además, la visión viene acompañada de fenómenos estupendos, qué le voy a contar. Y en cualquier momento. Churchill, por ejemplo, vino a decírmelo en persona. Un disparate, no olvide usted lo difícil que es pasar el Canal de la Mancha en ciertas épocas del año, pero... Sus razones tendría para venir, ¿no es verdad? Se me apareció en la escalera. Claro que esto no ocurre siempre, pero no olvide que Churchill estaba ya jubilado y podía, sin temor a faltar a sus obligaciones, con la consiguiente alteración de la vida pública, darse un paseíto y, confidencial: Pantaleón querido, pasado mañana espicho. Y así fue. Ah, no, no me felicite, no vale la pena. ¿Me quiere dejar seguir, caramba? No crea que todo es tan fácil: algunos me hacen encargos, que si la ropa que quieren llevar, o las joyas, que si quieren una tumba sin mucha humedad y al mediodía, que si la dentadura de oro, que si -19- el chaqué o el frac. Hay gran variedad de opiniones. ¿Usted tiene alguna preferencia? Puede usted ser asaltado por la fatalidad antes de haberlo dispuesto, y... Muy gustosamente me pongo a sus órdenes. Hombre, no me mire así, que ahora no ejerzo. Simplemente quería ofrecerle una ayudita. ¿Sigo? Pues como le iba diciendo... Una rubita, que vaya rubita, que vino a verme, quería morir pronto y de accidente. Ya sabe usted, un disgustillo de nada, salir en los periódicos... Dos estímulos de primer grado. La metí en un tren que yo sabía de muy buena tinta que iba a chocar. La muy idiota se me bajó una estación antes, y ahora me desacredita. ¿Eh, qué le parece? Así van las cosas en este país. Menos mal que un fulano se sentó en el sitio que dejó la chica, en la ventanilla de espaldas a la máquina (es más eficaz así el encontronazo), y quedó lo que se dice bien abolladito. Mi prestigio está a salvo. Por cierto, el buen señor resultó diputado de la oposición y el gobierno me ha expresado su gratitud en el periódico oficial. No hay mal que etcétera. La rubia, ¡qué rubia!, se llamaba..., se llamaba... Bueno, usted perdonará mi secreto profesional. Pero si usted tiene algún capricho, o pensamiento ya maduro sobre tan importante trago, ya sabe que estoy a su disposición. Perdóneme, es la hora de mi consulta. Y Don Pantaleón, servicial, mimoso, me dio una vez más su tarjeta, una inclinación de pésame en la espalda.

Don Pantaleón Matarrubia y Holguín va por la acera silbandillo, dando patadas a lo que encuentra. Se nota enseguidita que es un hombre feliz, con la conciencia tranquila y el mañana resuelto. Yo no puedo creer que esa gente que entra y sale en su casa vaya a preguntar cuándo va a ser el día que..., y, bueno, qué pasará luego, y qué harán los otros, y a exponer sus anhelos de ultratumba. Quizá algunos vayan a esperanzarse sobre el gordo de Navidad, o sobre las inevitables oposiciones del hijo mayor, que, anda, con lo que -20- nos ha costado darte la carrera, y ahora que podías ayudarnos, esa lagartona, y venga y dale, y duro que te pego... Y quizá quieran saber cómo se consigue la beca del pequeño, o cómo curar el acné tozudo de la segunda. Y suben, suben, y se les ve bajar radiantes, una sonrisa abobada goteando de los labios. Ya ha habido que llamar a los servicios municipales varias veces, para que se lleven a los pudrideros los montones de sonrisas y suspiros que se almacenan en los rellanos, en el portal, y en la parada del autobús. En fin, Pantaleón llena primorosamente su hueco en la sociedad, empresa individual modelo, y, ahora, ya está pensando en jubilarse... Porque, usted me comprende, ¿no?, resulta cansado decir siempre lo mismo, con quinielas o sin ellas, en paz o en guerra, todo, todos acaban lo mismo. Ya lo dijo el poeta. Puesto que las vidas son los ríos y lo que sigue, a jorobarse tocan, sí, señor...

Dicho y hecho. Don Pantaleón ha pergeñado una emocionada despedida. Elogia a sus discípulos ya dispersos por la geografía nacional y con muy buenos cargos en la administración, y, de paso, augura unos cuantos incendios forestales para el verano próximo, una inundación con los deshielos rápidos en abril, asegura que habrá que vacunarse contra la viruela, el tifus, la fiebre amarilla, el tracoma, sobre todo si se va de viaje, y tiene el sentimiento de anunciar -¡El deber, ah, el deber, yo no puedo escurrir el bulto al deber!- que subirán de precio los zapatos de horma ancha, los electrodomésticos y el alpiste para los pajaritos en cautividad, presagia que los sordos no se enterarán bien de los telediarios y que las bodas serán entre hombre y mujer, y que serán cortas las faldas por encima de la rodilla y, con toda seguridad, largas las que se acerquen al tobillo, y que habrá una tercera guerra mundial, en la que España... Ah, no me atrevo a decirlo, he de reconcentrarme más veces, no puedo -21- arriesgarme a decir qué pasará en España, pero, de todos modos habrá que estar preparados, eso sí, porque si pasa lo que puede pasar, que a lo mejor pasa, en fin, que pasará y se terminará, pero, claro, menuda la que se arma, ¿eh? Un caudaloso derroche de felicidades. Y aquí estamos, en el restorán del centro urbano, vecinos y amigos de Don Pantaleón, dispuestos a celebrar el silencio del mago. Don Pantaleón, en la cima de su gloria, promete leernos gratis a todos el porvenir, complacencia con Valdepeñas-percebes-lomo-aceitunas-gambas-pepinillos, a no ser que aparezca demasiado confusa la conjunción planetaria y haya que dejarlo para una sesión especial. Enhorabuenas, risas, ofrecimientos, compartido guirigay cuando, quién lo diría, en una croqueta que se había quedado rezagada -Vaya, hombre, seguro que era de congelado, a ver, si no, comentó Lorencina- y que Don Pantaleón se comió a hurtadillas, había una raspa. Se le clavó de mala manera, el silencio expectante y amaratado duró media hora, todos creíamos que estaba en trance, Dios sepa qué portentosas profecías íbamos a ser los primeros en oír, muchos tenían pluma y papel dispuestos para escribir en cuanto Don Pantaleón rompiese a hablar y repasaban su taquigrafía abusando del silencio, y él, los ojos en blanco, un poco más negro y ya no morado, ruido atroz en la garganta, ya todos al filo del espanto ante la amenazadora calamidad que se nos iba a anunciar, hasta que Don Pantaleón se cayó sobre la mesa, estrepitosamente. Nadie se atrevió a tocarle, esperando la inminencia del aviso temible. Al cabo de un rato, Lorencina le movió, quedó una mancha de sangre en el mantel, de una herida en la frente al tropezar con una copa y romperla. Seguía con los ojos muy abiertos, quizá con el horror de haber entrevisto en los pliegues del futuro que se iba a morir asfixiado, él, antes del postre, unas nueces -22- con nata y helado, riquísimas... Quién lo había de suponer, Señor. Está visto que no somos nada. Y lo peor es que no había tenido tiempo de decir a nadie sus preferencias para ese apurillo. Hasta sin guantes estaba, por vez primera. ¿Le gustaría llevárselos? ¡Maldita raspa, hombre, maldita raspa!

-23-

Luisito, inventor colegiado

Luisito, artista-inventor-reformista, colegiado, llegaba siempre silbandillo. Se notaba su alegría redonda en la forma de llamar, insistente, prolongada, varios acordes extraños desprendiéndose, conscientes, de su índice. Y al abrirle la puerta enseñaba el dedo levantado mientras repetía entre dientes el compás que había querido figurar en la pulsación: tra la larala, la... Y los pies se acompasaban también, y entraba, un rápido. Sólo un momento, quiero decirle algo de mi nueva obra, si no le molesto mucho... Y era entonces el aluvión de sorpresas, pasmo inagotable, de los hallazgos últimos de Luisito, un buen chico, natural de Villafranca de los Palmerales, junto al Mediterráneo, una tierra donde no llueve, pero, eso sí, qué vino, mi madre, qué vino hacen, ¿no sabe?, con decirle que en un discurso de Navidad el excelentísimo señor gobernador aseguraba que aquel vino era descendiente directo del de Noé... ¿Cómo que qué vino? ¡El de Noé! ¿Usted no sabe que Noé...? Pero, bueno, oiga, usted ¿qué sabe en materia de vinos?

Hoy Luisito viene musical. Ha inventado unos instrumentos nuevos, especiales para sinfonías balbuceantes. Basta -24- con tocar en este clavito, ¿ve?, para que pueda interpretarse la música tradicional, beethoveniana. Mire, así... Y canturrea Para Elisa, golpeando con los dedos en el complejo mecanismo (muchas cuerdas de alambre de distinto grosor, un cascabel colgando al lado, una esquila y un par de bocinas con la goma resquebrajada...). ¿Lo nota? Es admirable. No sé qué premio me darán por esto en el Instituto Nacional del Ruido. Ya era hora de que el ruido se sometiera a una revisión científica, y no a ese batiburrillo sentimental que se traen en los periódicos, que si la angustia, que si el insomnio, que si las pésimas digestiones. Oh, el ruido. Mire usted. Esto es como un torrente, ¿sabe? Si el agua está limpia, sozona, al correr da una sola nota: la, por ejemplo. Pero si el torrente arrastra latas vacías, maderas, gatos muertos, cuernos de reses, entonces... Ah, entonces, voilà, es así... Espere, hay que volver a tocar en el clavito al contrario. ¿Oye? Y Luisito lanza extrañísimos quejidos en tumulto, se retuerce en el asiento, ojos en blanco, oprime las rancias bocinas con frenesí, suda, se le saltan dos gruesos lagrimones, se limpia las narices estrepitosamente, y al final sonríe, repantigándose, recuperada su alegría... ¿Qué le ha parecido, eh?

¡Qué felicidad soterraña debe asaltar a Luisillo después de estos esfuerzos! Se siente más alto, más próximo a la verdad última. Las palabras se escapan inconexas desde una duermevela arrulladora, cromática, diatónica, fa sostenido, cosas que tienen muchos bemoles, timbres inéditos... ¿Y en poesía? Ah, en poesía, con este invento, ¡qué le voy a contar! La corriente Góngora-Mallarmé. Un servidor está llamado a revolucionar el universo. Yo he agregado, gracias a este aparatito, a todos los aciertos discutibles de esos aficionados anteriores, el éxito de la onomatopeya natural, reiterativa, macrocósmica-abstracta-aglutinante. ¿Por qué -25- pone esa cara? Cualquiera diría que usted no es hombre del oficio, qué barbaridad. ¿Qué no lo entiende? Vea, hombre, vea, y a ver si se entera, que con razón protestan los estudiantes de la Universidad contra los profesores con tan poca fantasía, a ver si no... ¿En qué piensa usted?... Onomatopeya, o-no-ma-to-pe-ya... hasta ahí sí llegará usted, ¿no?, la hay de muchas clases: indirecta, compleja, flexible, analógica, sonámbula... Emplee usted la que quiera, la que le dé la gana, no se crea que no hay libertad en mi nuevo plan. Y también puede utilizar el tipo de verso que mejor le cuadre, aunque, para mantener la unidad de la cultura occidental con base greco-latino-hispánica (aquí no entran los Estados Unidos, ¿eh?, ¡hasta ahí podíamos llegar!) debe mantenerse un ritmo de sabor clásico: el sáfico-adónico, por ejemplo. Ayuda a mantener el

prestigio universitario. Tampoco está mal la seguidilla por aquello del arte masivo, tan de moda entre los jubilados y los vaticanistas. Pero, si usted me perdona, vuelvo a la onomatopeya, de donde no debí salir. Déjeme meditar, no me interrumpa, no se puede hacer nada con usted, ¡caramba!, nada transconsultivo y reparador, quiero decir. ¡Con esa cara de asombro!...

Y Luisito, vaivén por mi biblioteca, curioseando, vierte palabras desdeñosas para mis libros, excesivamente tradicionales. Cervantes, cómo es posible que aún se lea a Cervantes, es absolutamente innecesario para conseguir un premio novelístico. Hesse, un pobre señor que ni siquiera sabe escribir Ese... Butor... ¿quién será éste?, eso de La Modification, vaya título naturalista. Se ve que en el siglo XIX ni para poner títulos valían gran cosa... Pues anda, que estos hispanoamericanos que tiene aquí... ¿Usted ha visto algo más conservador que Rayuela o que Paradiso? Siempre las mismas palabras, las mismitas: padre, noche, soledad, muerte. En cambio, con mi onomatopeya... Fíjese: yo le doy un -26- tiento al clavito y suena trin, trin, trin-trin... ¿No ve usted un desfile militar y un susurro de tranvías en la noche, sobre un puente a medio reconstruir, sobre el Rhin, en Colonia? Doy más golpes en el clavo... Trin-trón. ¿Ve? Es el tranvía de antes, que se ha detenido ante un semáforo. ¡Qué frenazo, qué bárbaro! Sin embargo, pararse ante un disco cerrado es la vulgaridad, lo mandado. Pero si le doy a la bocina (trin, trin, pabú, pabú) se ha detenido el tranvía porque cruza la calle en su carrito un mutilado de la última guerra. Y sigo tocando (¡cierre los ojos, por favor!) y le doy a la esquillilla, y veo todo el pasado del herido, fulminante, como la agonía de un ahogado, las horas de su infancia, el pavor de ser novato en el colegio, las bromas de los otros, y las horas de darle a la geometría y al dibujo, y la primera aventurilla en el pajar de su aldea, un verano de vacaciones, y las oposiciones que tuvo que hacer -¡la de gramática que le pidieron, Dios mío!- para ser funcionario de la Caja Postal de Ahorros, y veo la movilización, un gran desaliento y las bombas cayendo, y el tren en que fue repatriado, maloliente, tardón, trin, trin, pum, pabú, pabú, pom... ¿No nota el nauseabundo olor del vagón de ganado donde venían enfermos el sargento y tres cabos, tifus, disentería, sarna, qué sé yo qué?... Y ahora, si hago sonar todo a la vez, ¿no percibe la voz de ¡firmes! al bajar al andén -seguramente Villafría, en Burgos y nevando- como si no les pasara nada y se fuese a celebrar una parada de fiesta nacional? ¿Qué? ¿Se convence usted de la enorme potencia sugeridora de mi onomatopeya? ¿O no? Ah, creía que me iba usted a decir...

Pues, como le iba diciendo, esto es onomatopeya analógica-indirecta-compleja. Para la sonámbula, es verdad que aún no tengo suficientes datos ni la oportuna experiencia. Pero todo se andará, amigo mío. He de hacer mis investigaciones -27- de tres a cuatro de la madrugada, la mejor hora por la tensión del fluido eléctrico, y los vecinos se quejan por mis experimentos en vivo: que si hay que dormir, que vaya horitas, que si patatín, que si patatán. ¡Dormir! He ahí el gran mal de nuestros días. Estamos demasiado tiempo amodorrados. Para esto será utilísimo el empleo doméstico de la onomatopeya natural, tan extendida en las ciencias ocultas, como la Zoología y la Filosofía, conocimientos adiscursivos por naturaleza. ¿Qué hay que despertar a la gente? Un rugidito. Dos rugiditos. Tres rugiditos. No hace falta llegar al mordisco. A veces, un discurso político, lleno de promesas, también puede dar resultados, aunque en las almas blandengues, tan abundantes desde que se ha generalizado la alimentación a base de conservas, puede producir alergia de ensoñación, enfermedad cíclica y mal conocida, que quita muchas horas de rendimiento en

las industrias básicas (producción de trompetas triunfales, impresos para juramentos falsos, horarios de culto y carteles de prohibido fumar, prohibido comer, prohibido desnudarse, prohibido asomarse, etc. Oiga, ¿usted no emplea «etcétera» con frecuencia? Hágalo, hombre, hágalo, está muy bien visto en sociedad). En fin, no nos desperdiguemos en estas andanzas laterales y ¡a la onomatopeya! Un rugidito, un rugidito suele bastar. Fíjese usted. Con mi aparato...

Yo me veo incapaz de seguir el caudaloso desfile de utilidades portentosas que el aparatito dichoso es capaz de sembrar, matices diversos a cada hora, especiales según las ocasiones, el tamaño, la longitud de las uñas... Le digo a usted, que esto será algo único, impercedero, intransmutable, inverosímil. Estoy ya en relación con una acreditada firma de Madrigalejos, polo de desarrollo industrial y cívico, para la fabricación de mi aparato. Cuando se generalice, los habrá incluso para religiosos, practicantes de cirugía menor, inspectores - 28- de tributos, consejeros, cantantes... No, no me interrumpa. He estado en todo, menudo soy yo: incluso tengo diseñado un modelito para llevar colgado al cuello... Ya sabe usted, esos africanos, malayos, etc., que se empernan en no llevar bolsillos... ¡He logrado un modelito para utilizarlo casi casi como amuleto, fíjese!, ¿eh? Estamos en estos momentos trabajando, ayer he tenido carta donde me dan detalles, en la obtención de un ejemplar único, de oro, como obsequio a la reina de Inglaterra. Esperamos, a no dudar, una condecoración. Queda usted invitado al party en la embajada ese día.

Indudablemente, la posible fiesta diplomática levanta en Luisito una deliciosa nostalgia. Soñador, impersonal, los ojos húmedos, se alisa un poco el pelo, carraspea, se quita unas motas de la solapa, cruza las piernas cuidadosamente, mientras se ladea un poco en el sofá, coloca su armatoste sobre el muslo, aún se arregla levemente el nudo de la corbata, mira al techo buscando inspiración y se queda callado un largo rato. Yo, intrigado, miro también al techo, por si hubiese algo por allí prodigioso que, torpe de mí, se me escapa, y: ¿Qué mira usted ahí? Yo no miro al techo, señor mío, yo taladro los techos y lo que sea. Usted lo que tiene que hacer es reconcentrarse y ver qué tipo de persona quiere usted despertar, para que la combinación plástico-poético-musical de mi aparato engendre magníficas consecuencias. Y digo plástico porque ahora me doy cuenta de que no le he hablado (le presento mis más calurosas excusas) de la pintura olorosa que puede producir mi aparato, el tono-pinto-onomatopeyómetro, pintura oloroso-sonora, cien veces superior a la de los impresionistas, cubistas, expresionistas y demás Picasso-propensos. Tocada a la hora del vermut, es un Zurbarán animado, en loco ballet. Se lo juro. Tenga cuidado, por favor: ese jarro pintado, con asas y todo, que tiene -29- su bodegón, se va a caer en cuanto yo empiece a tocar, y quizá su traje, o la alfombra, bueno, usted me entiende. Por ahora volvamos al hecho inocuo de despertar a la gente. Partíamos del supuesto metodológico de que estaba dormida, ¿no?... Pero, oiga usted, ¿qué interés tiene en ponerme peguitas? No veo que haya nada divertido en hablar de supuestos metodológicos. También se habla de estadísticas, recomendaciones de la ONU, conversaciones pro Rodesia, en fin, de tantas cosas. ¿O no? Ah, pues, entonces... Usted debe saber, y si no lo sabe apréndalo de una vez, ¡qué narices!, no hay nada que estimule tanto la circulación en el cerebro humano como el mimetismo emocional de la naturaleza aparente y madura. ¿Eh? Pero, ¡es increíble! ¡Cómo se atreve a suponer que está poco clara mi definición de la controversia sublime! Lo he expuesto en mi folleto sobre la religión y los problemas de la nueva economía. ¿Que no lo conoce? ¡Es intolerable! Debo marcharme. Como usted comprenderá, después de ese feo, todo intento

de convivencia resulta frustrado. De todos modos, me veo en la obligación de advertirle que ese trabajito que publiqué en 1967, Imprenta de la Casa Provincial de Caridad, es algo grandioso. ¡Con decirle que lo escribí en cuartillas tamaño folio!

Cuando se llevaron a Luisito, el paso digno, la corbata muy bien puesta, la bata blanca de los enfermeros contrastaba tristemente con su alegría exultante, habitual, derramada. Aún pudo llamar a mi puerta, tra la larala, la, para dejarme unos cuantos manifiestos, que si la pintura en bulto-táctil como remedio del hambre en la India, el music-hall esperantista, los encajes de abrigo, las demasías del imperialismo inglés combatidas por medio de la mímica en negro... Le he escrito al sanatorio dándole las gracias y procurando extremar el silencio. No, no, nada de ruidos, por ahora...

-30- -31-

### Viajes baratos

La señora Werther, tan recomendada por algunos amigos, una mujer fascinante, qué bonita voz; además, ya veréis qué bien se pasa con ella, tan fina, tan gran viajera, es una verdadera delicia. No os arrepentiréis de haberla invitado, y eso sin contar con lo influyente que es en las casas de viajes, que logra rebajas a granel, vamos, qué te voy a contar, no te puedes figurar lo que ayudó a los Torlaque cuando mandaron a su hijo de lector a la Universidad de Lübeck, que ya sabes qué burro era, que no había quien lo aguantara, no hablaba más que de fútbol, que si el Madrid, que si el River Plate, que si los modestos, un pelmazo, lo que se dice un pelmazo... Pues, ya veis: le sacó el viaje casi gratis, para que lo sepas, casi gratis, y cuando Lolina, la del relojero, que, anda, también ésa, pues que la colocó de traductora en la Unesco, y te aseguro que apenas sabe decir cuatro vulgaridades en inglés, seguramente las aprende en los discos de los jipis esos, porque, estudiar inglés ésa. A mí no me la da. Siempre en la esquina con un chico, y nunca el mismo, si vamos a ver cada cosa... Bueno, lo esencial es que esa señora de los -32- viajes, pues que hay que invitarla. Todos los vecinos nos hemos impuesto un turno para que no pase las fiestas solita, a ver, tan lejos de su casa, tan lejos que casi nadie sabe de dónde es, dicen que de Canadá, otros que de Bulgaria, qué más da, lo cierto es que es de muy lejos muy lejos y, luego, es tan divertida, cuenta tantas cosas de sus viajes... Eso de Bulgaria, debe estar muy apartado, ¿no verdad?

Habrá que respetar el turno, invitar a la señora sola del cuarto derecha interior C, escalera B. Preparativos. Solemne envío de tarjeta, palabras propicias, honor, favor, merienda, deje contestación en el casillero. Sabe tanto de tantos sitios que conviene afinar lo más posible. Doña Lieselotte Werther, gran moño atravesado por monumental alfiler, dos metros trece desde la planta del pie hasta el flequillo, botas de montar en todo tiempo, abrigo y manguito de piel de foca, dentadura de oro, agresiva araña de pedrería sobre el pecho opulento y oscilante. Y un diminuto chihuahua bajo el brazo, tembloroso, azoradillo, que intenta escaparse cuando abrimos la puerta. Oh, mil perdones, pero no puedo dejarle solo en casa, está muy mal educado este perrillo y, solo, no dejaría dormir a los vecinos, porque este perro ladra, ¿sabe usted?, no es un chihuahua auténtico, usted debe de saber que los

primitivos perros de esta raza, los que se encontraron ustedes los españoles en América y se los fueron comiendo, ande, bribones, vaya con ustedes los españoles, venga de comer perros... Pues, éstos no ladraban. No, señor, no. No decían guau. Pero éstos de ahora... Es que no paran, se lo digo yo. Pero, discúlpeme usted, con este perro, se me ha ido, como dicen ustedes los españoles, la santa al cielo. ¿O dicen el santo? Qué más da. Danke, Danke, yo me siento. Me quitaré el abrigo. Oh, qué calefacción. Ustedes, los vecinos, amables. Todos amables. Yes. -33- Muy amables. No se moleste, a mí me gusta todo. Ah, oui. Yo comeré sin que me avisen. Este perro... Le encantan las galletas, y el caviar, y el lomo de cerdo, y el hojaldre. Schön, schön. Chitón, Hund, chitón. A ver si va a poder ser. No se preocupen: son los primeros momentos, hasta que se acostumbre. Ya intervendrá dentro de un rato en la conversación, es muy cordial y afectuoso. Como dicen las españolas, un sol. Yo no sé muy bien cómo puede ser un sol un chihuahua, pero lo dicen. Pueden ustedes escucharme sentados, no faltaba más. Así, así. Dígame. Ha sido para mí un altísimo honor aceptar su invitación. Qué maravilla de kuchen, cújen, sí, hombre, sí, bollo, ustedes dicen bollo... Yo, a veces, digo bollo. A mí me gusta pasar por muy madrileña... Y doña Lieselotte sigue dando frecuentes gracias con mayúscula...

Dios mío, lo que pesa el abrigo. Doña Lieselotte (llámenme Lotte a secas, es más íntimo, no, no, así no, haga usted una o así, como una u, pero algo menos, así, así, muy bien. ¡Oh, cuánto mimo tiene esa pequeñita o!...) se sumerge en el asiento, sonríe desde su remoto país de origen, desconcertando a todo el mundo, que, a fuerza de estar preparado para su amenidad, la encuentra súbitamente estúpida y vacía. Doña Lieselotte tiene una musculatura abrumadora y es de temer que se ría con estrépito: estas casas de ahora, tan endeables... No sabemos cómo empezar la conversación. Varios bueno, bueno, qué buen día hace, ¿es que a su piso no llega la calefacción?, Lolita la del relojero la quiere a usted mucho, y nada. No hay manera. Lieselotte sonríe, pasa la mano por el lomo del chihuahua, cambia de postura sus piernas, cruje el sillón, y dice: Oh, sí; Oh, no; Ya, ya; Claro, claro; Eso digo yo; Natürlich. Y no sale de ahí. Eso sí, come de todo lo que encuentra. Menos mal. El chucho tampoco hace muchos ascos, escondido casi del todo en la -34- mano de Lieselotte. Adivino que los niños desearían jugar con él, apretarle, tirarle al alto, hacerle un gorro de papel, ponerle una lata al rabo. Por fin, parece que hemos dado en el blanco y la señora del cuarto derecha etcétera se dispone, bien nutrida y repantigada, a desembalar sus divertidísimas anécdotas. Todos estamos con la boca abierta, porque la señora del cuarto derecha etcétera se sienta muy cómoda, para lo cual, de un papirotazo, tira el perro sobre la alfombra, se estira delicadamente, bosteza, vuelve a bostezar, hace temblar la mesa de una patadita, y: Ah, esta fiesta tan grata me recuerda...

¡Ya, ya! Todos respiramos. Va a comenzar ahora, de verdad, la cosa. Ya preparamos la sonrisa, quizá alguien la risa, esta señora tiene tanta gracia... Todos pensamos en la manera de plantear las urgencias de nuestros próximos viajes, estos aviones cada vez más caros, transbordos molestísimos en Zurich, París, Viena. Vacaciones adelantadas, repentinamente en pie en la habitación. Lieselotte, Lotte a secas, dice cosas y cosas, y suenan ciudades, ríos, personajes, el trabajo, números de vuelos... Usted, señorita, no debe pensar en volar ese mes. Junio no suele ser muy bueno en los Alpes, ya me entiende, los rabotazos del invierno, ¿no se dice rabotazos? No olvide usted, ay, lo que le pasó a una amiga mía, tan buena ella, de lo mejor, vamos, una muchacha que ayudaba mucho a sus padres y hasta tenía novio en las horas extraordinarias, pues ya ve usted, se mató. Capotó el avión cuando

iba a salir de Munich, una verdadera desgracia. ¿Comprende? Los Alpes, claro, los Alpes, que estaban cerca. Ay, qué desgracia. Una chica tan mona. Me dijeron que se desfiguró mucho después del incendio del avión. Es que una no sabe dónde está la muerte. Ya ve usted, hace un par de meses, lo mismo. Andersen, el encargado de mercancías de mi agencia, ése sí que era un sol. Ahí -35- tiene usted, yo comprendo que una chica diga a un chico: Eres un sol. Pero a un perro... Vamos, que tienen ustedes cada ocurrencia... Bueno, pues Andersen, joven, pleno de vida, ochenta kilos seiscientos gramos, grupo sanguíneo K7, diplomado en escaparatismo y engalanamiento, y que tenía una tiendecilla donde arreglaba la piel humana, la estiraba y la ponía más fresca, lo que le daba bastantes perras (o perronas, como dice la Anastasia, la asistente, que es asturiana), pues que ya ve: Que se compró una moto, y la de siempre: Un árbol, uno tan sólo. Es que no había otro. También es mala pata, ¿eh? Solito, ahí a la salida para Navalcarnero. Ah, la novia, llora que te llora. Las mujeres españolas son excesivamente sentimentales y muy lloronas, no me diga usted, dale que te dale llorando en vez de quitar el árbol... Total, para uno que quedaba. O mejor aún, revender la moto. En fin. No, no deben ustedes cegarse con los viajes. Hay otras muchas faenas. Piensen, piensen. No olviden a Don Francisco de Francisco, el del séptimo izquierda, de la otra escalera, que me pidió una rebajilla para ir al sol de media noche este verano, con un alto en Leningrado y otro en Copenhague, y ¿qué pasó? Pues que una noche, en el Tívoli, ¿que ustedes no saben qué es el Tívoli de Copenhague?, ¿no? Parece mentira. Les traeré folletos. Pues que si fue mucha cena, que si bailó demasiado, que si los puros de las danesas, que si tal que si cual. Bueno: Infarto de miocardio. ¡Ah, el infarto, y en Copenhague, y de noche! Qué les voy a contar. Palmó, sí, señor, palmó. Menos mal que estos cruceros los meditamos muy bien y llevamos médico para que certifique la defunción, y el capitán del barco está lo suficientemente preparado para que las últimas voluntades expuestas ante él, en su camarote y a horas prudenciales, tengan validez testamentaria. Por lo menos, es un respirillo. Ahora no pasa como en la Invencible, ahora -36- está todo muy bien organizado. Además, en el caso de nuestro pobre Don Francisco, como ya llevaba varios días de navegación, ya tenía algunas amistades en el barco y, claro, siempre es un alivio pensar que, cuando uno se largue del todo, el compañero de mesa diga: Pobre hombre. Qué desgracia. O algo parecido. Es muy triste, hombre, vaya si lo es, que uno se muera y ni siquiera digan: Por ahí te pudras. También hacemos esquelas, y si son de viajeros de primera especial, hay un pequeño funeral, pero... En fin, no se puede estar en todo, la verdad. Siempre puede faltar un requisito. A la viuda de Don Francisco, que estaba en Sagaró, con un capitán de carabineros, amigo íntimo de la familia, le devolvimos los quince días de viaje que faltaban por realizarse -con un discreto descuento, naturalmente, más las pólizas de los papeles-. ¿Cómo que qué capitán? No me pregunten nada de eso. Un capitán, un capitán, y no hablemos más. Ah, españoles, pícaros, les gusta murmurar en cuanto sale una viuda... Agradecemos a Don Francisco que se muriese de infarto, fin elegante, tranquilo, digno. Se puede variar de pijama mientras dura el soponcio. En cambio, los que se mueren de las vacunas infectadas, o de lombrices en el colon transversal... ¡Es horrible, se lo digo yo, que estuve un año en la sección de estadística!

Ya lo creo que resulta amenísima doña Liese... eso. Tanto como la recomendaban. Ya lo creo. Intento hacer derivar la conversación hacia otro lado, y digo, tímidamente, que, claro, lo mejor es quedarse en casa, porque en casa, por lo menos, en casa, ya se sabe, uno tiene... ¿Qué diablos va a tener usted en casa, hombre de Dios y vecino estimadísimo? ¿En casa?

Los reventones del butano, y los ladrones, y los ruidos, y los que vienen a comprar buhardillas y trasteras, y los que se empeñan en colocarte mantelerías de Lagartera -37- a plazos, y las monjitas que piden para las jóvenes descarriadas, y los gamberros, y los cortocircuitos, y las asistentas que amenazan siempre con beberse la lejía, y los que vienen a felicitarte las Pascuas, y las riñas en el piso de al lado, el escándalo de todos los días con los del tercero cualquier letra, porque el niño no acaba de sacar el selectivo, que si la han tomado con él, que hay que quemar la Universidad, que si los impuestos... No me diga, hombre, no me diga. Lo mejor es salir a la calle y sentarse en un banco. ¿No ha visto qué bancos tan bonitos han puesto ahora? Son cómodos, abrigaditos. Antes tenían un hueco entre tabla y tabla que se le clavaba a una aquí (¡Dios, qué ruidos hace el sillón ante el gesto escorado de doña Tal... lotte!) y no se descansaba nada. Pero los de ahora... Aunque tampoco se puede usted fiar. Ya ve, se queda usted en casa, bueno, ¿y qué? Lo de doña Joaquinita, la generala viuda, que siempre imitaba a su difunto en el rellano, dando voces de mando para tomar cada día una posición distinta: Eh, muchachos, ¡al ataque! ¡Aquella cota espera vuestro arrojo! ¡La patria está pendiente de vosotros!... Bueno, y no le repito a usted las palabras exactas porque decía algunas que para qué, claro que, si las decía su difunto, hacía bien en repetir las, pero, de todas maneras, el pudor, la enfermera del sexto, que es muy modosita, en fin, que podía decir las con la puerta cerrada, digo yo. Bueno, pues doña Joaquinita, dando voces para tomar una posición más de las que ya había conquistado hace treinta años su marido, pues que se acaloró tanto que se fue por el hueco de la escalera. A ver, díganme ustedes para qué sirve el entusiasmo. ¡Pum! Una tortilla, como dicen ustedes los españoles, lo que se dice una tortilla. Y rompió el picaporte del ascensor, con lo que nos tuvo fastidiados una semana, que ahora no se encuentra un artista de -38- éstos ni por chiripa. ¿No nota usted qué madrileña me he vuelto? Chiripa, tortilla, palmar... Vaya, que estoy inspirada esta tarde. Deben ser las medianoches. Otra, por favor. Y a mi perrito, pobre, también le gustan. Bueno, ahora, ¿qué? ¿Es bueno quedarse en casa? No, qué va. Y salir, salir... Una amiga mía, amiga de siempre, ¿eh?, gran paseadora, tenía un podómetro para hacer todas las tardes cuatro mil metros en tres cuartos de hora. Pues ésa sí que fue gorda. Se le rompió el aparatito dichoso y no hubo quién la parase, anda que te anda, sin que nadie pudiese frenarla, vueltas y vueltas a la manzana, acudieron las autoridades y los hombres más representativos, para hacerle toda clase de análisis y tomarle vistas para el Nodo, el Telstar, las revistas de hogar, decoración, modas... Y la pobrecilla Ingeborg, se llamaba Ingeborg, ¿no se lo había dicho, verdad?, es un nombre muy bonito, pudo prepararse para todo, confesar, testar, repartir sus joyas, tenía algunas muy buenas, y, ya arreglado todo, apretó a correr y no se ha vuelto a saber nada de ella. Hace cosa de un mes, no sé si por las Azores o por ahí la han visto, pero no estaban muy seguros de que fuese ella, ya sabe usted, la propaganda, los campeonatos, la marca de los zapatos. A mí me inquieta que no lleve el pasaporte en regla, a ver, quizá la está ya persiguiendo toda la policía internacional.

Un silencio. Bocas abiertas. Doña Lieselotte nos observa mientras da achuchones a los emparedados y buenos tientos al coñac. Oh, el brandy español. Sin embargo, tampoco deben ustedes aficionarse, porque si yo les contara lo que pasó con mis alumnos de sueco Paca y Curro, dos chicos de familia bien... Ah, no puedo recordarlo, la emoción, si ustedes supieran... Aquello sí que fue un golpe de veras, insensatos, irse a la montaña rusa, al Tibidabo... Pero no sé por qué digo lo del Tibidabo, yo creo que no hay más montañas - 39- rusas que aquélla, porque las otras que he visto, incluso en Estados Unidos, no tienen

comparación. Es que Barcelona... Yo tuve un novio en Barcelona, que se murió en una epidemia de tifus, al poco de acabarse la Guerra Civil española. Un gran chico, tenía dos condecoraciones y una casa de huéspedes en las cercanías del puerto, con su acordeón y su gatito de Angora y todo. Ah, perdónenme, pero, de todos los recuerdos, éste es el que me impide seguir hablando, porque la emoción...

Lieselotte, repentinamente enternecida, pide su abrigo, su manguito, su perro friolento, y, entre lágrimas y sorbetones, devora un par de pastelillos y se dirige a la puerta. Han sido ustedes muy gentiles. Alles gutes, Au revoir, Que ustedes descansen. Sobre la mesita, la tarjeta de Doña Lieselotte Werther. Viajes. Experiencia. Previsión. Baratura. Se hablan cuatro idiomas. Pida presupuestos. Viaje pensando en que no regresará nunca... Me temo que, a pesar de las rebajas, no haremos muchos viajes este año...

-40- -41-

Reservado el derecho de admisión

Pues, sí, señor, sí. ¿Usted no ha oído hablar de un concurso de la tele donde una mujer cualquiera, que hace lo que cualquiera, es reina por un día, y la visten la mar de bien, y le regalan muchísimas cosas, de Barcelona, y de Bilbao, y de Tembleque, y qué sé yo de dónde más? Bueno, le digo a usted que es algo maravilloso. Pues, ya ve usted lo que son las cosas: mi maridito, que el pobre no tiene una perra, ni dónde caerse muerto, bueno, si lo sabré yo, pues que el otro día agarra y me dice: Oye, Curra, ¿no te gustaría que nos fuéramos de juerguecilla, ahora que he cobrado unas extras? Porque eso de las extras, la verdad es que yo no sé de dónde puede sacar más extras, pero de vez en cuando cobra unas beatas más, y nos vienen de rechupete, a ver, que si el plazo de la tele, que si el de la lavadora, que si el de la capitalización, ¡toma!, porque hay que pagar capitalización, a ver quién vive con la jubilación de vejestorio inútil, qué caramba, pues, eso, como le iba diciendo, fue y me dijo: ¿Nos vamos de juerga? Y yo, tonta: ¿Adónde vamos a ir nosotros, esaborío, si no valemos un real? Pero él, dale que te pego, y que si en una boá, y que si en un clú, qué sé yo, -42- bueno, uno muy así, muy, cómo le diré, no, no se crea que muy tirado, no, que allí trabaja uno de mi pueblo en el mostrador, y está su mujer en los servicios, que vaya propis que saca, así, que cuando está allí la mujer y todo... Pero, ya sabe usted, cómo vamos a ir allí nosotros, que mi marido no para de darle golpes a la garlopa, porque eso sí, sus defectillos tiene, a ver, para eso es un hombre, que si la copilla, que si el gusanillo, que si un ratito de mus, y que si el puro los domingos, y que si le gustaría o le dejaría de gustar oír a Manolo Escobar en su salsa, o ver al Cordobés, pero, la que yo digo, cara comida para estudiantes, ¿no es verdad?, bueno, me parece que estoy charlando demasiado, y que: ¡Al grano! Pues, sí, tenía unas extras (de ésas que no se declaran ¿no sabe? de ésas), y que había que celebrar el aniversario de nuestra boda, y que si era la primera vez... Una boá, o un clú como ésos que salen en las películas del cine del barrio, que es de continua, a ver si no, cómo quiere usted que estrenen allí películas, anda Dios, ¿dónde se cree usted que vivo? Si en mi barrio no hay ni... Bueno, de nada, lo que se dice de nada. Ni nadie, porque al ser de día, hala, todo Cristo al autobús, y al trabajo, y a

jorobarse, que, no me diga, vaya maldición, tener que pasarse la vida así, que, si te retrasas algo, vaya cara que te ponen, y mi Facundo, mi hombre, quién va a ser Facundo, ¿aún no sabe usted que mi esposo se llama Facundo? Es también de la Torrecilla del Olmo, como yo, naturaca, ya lo decía mi madre: Hija, cástate con uno que conozcas de algo, que luego los hombres... Bueno, al grano, no me distraiga, pues que yo le dije que no tenía nada que ponerme, a ver, fíjese, estoy con estos trapitos que voy heredando, y solamente en las liquidaciones del supermercado me puedo comprar alguna que otra cosilla... Anda que ésta también es buena, si me hubieran dicho a mí en mi pueblo que se iban a poder -43- comprar los vestidos en la misma tienda que las sardinas o que la lejía... Señor, qué cosas, está el mundo... En fin, que yo vi que si no iba ahora a un clú, pues que no iba a pisarlo nunca. Y me decidí. Y me planté en casa de la Rosario, que es viuda de un bombero, que el verano pasado le tocó el cupón de los ciegos y se compró un retal que, vamos, qué retal, y como tiene una hija que trabaja de aprendiz en un taller de modas, pues que la oficiala mayor, que la emplea mucho para que le lleve recados al novio, pues que vaya vestido que le hizo. Con unas mangas así, y unas vueltas por aquí, así, y unos vivitos así, que le caen muy bien, y unos cordones dorados fetén, y, luego, unas carteras con frivolidé, y unas hombreras doradas que retiró una señorona de un abrigo que no le gustaba... Menudo trajecito. Y yo voy y me digo: La señora Rosario tiene más o menos mi bulto. Si me lo quisiera prestar, su vestido... Y fui hasta su puerta, al final del pasillo, algo más allá del grifo y de la tabla de los contadores, me santigüé, llamé. ¿Quién? Una servidora. ¡Ras, ras! -ruido de cerrojos-. ¡Curra!, mira cómo me pillas, estaba guisando, pasa... Bueno, todo eso, ¿eh? Y yo, tragando: Señora Rosario (la verdad es que se me saltaban las lágrimas al pedírselo, no por pedírselo, no, qué va, sino de miedo que me mandara a freír espárragos, mire usted qué idea también mi marido querer llevarme a un clú, pero, a ver, si no me espabilo, pues que a lo mejor se va con otra, porque el Facundo está de muy buen ver, no es porque sea mi hombre, pero a más de tres se les pasan unas ganas... Lagartonas, que hay cada una por ahí...) Y la señora Rosario, abrió unos ojos como platos, y me miró de arriba a abajo, y me llamó desvergonzada y que si mi casa y que si el sitio de una mujer decente y que qué me había creído, y que nunca han pasado tantas cosas como desde que hay esos clús, que vaya cosas -44- que pasan, y con casadas, y... y... Qué bien habla, la señora Rosario. Después lloriqueó un poco, y me dijo que su marido no la había llevado nunca a un clú, porque se había pasado la vida esperando que hubiese un incendio para luego morirse ahogado en una tormenta, no vaya usted a creer, tanto jugar con fuego, y que, eso, que era muy justo que yo me divirtiese. Y me besó, y me llamó hija mía, y, con los ojos en blanco: Curra, como hay Dios y como yo respondo por Charo, que tú vas al baile esta noche con mi vestido, Y ella misma me ayudó a ponérmelo y a hacer unas pinzas por aquí, yo no creía que la bombera tuviese esto, así, vamos, esto tan voluminoso... Me quedó, que no vea usted cómo me quedó...

Pero entonces nos dimos cuenta de que no tenía zapatos. Y la misma señora Rosario se encargó de que yo tuviese unos zapatos. La verdad es que la bombera del diablo se podía haber callado la boca, que, anda, al rato estaba medio mundo en mi casa para verme salir hacia el clú, so memas, ¡con la boca abierta!, como si eso de ir a un clú fuese algo del otro jueves, ¿eh?, es que las mujeres somos algo bobas, ya lo dice Facundo, aunque el Facundo, yo sé por qué lo dice el Facundo. Una de las vecinas, una moza recién casada, de Ponferrada ella, que no sé dónde para, pero que se va en tren, y ella dice que es buen sitio para el verano, y debe de ser verdad, porque es una chica muy decente, la llaman la

Anguila, a lo mejor es mote, que Dios sepa lo que nos llamarán a todas en la tasca del Zurdo, allí todos los tíos del bloque dándole al fútbolín, y imitando a las presentadoras de la tele, y a Rafael, y a Serrat, y apuntando los nombres de las personas condecoradas, para luego felicitarlas y sacar algo si se presenta la ocasión, bueno es el Zurdo, bueno, pues que la Anguila (¡ay, Dios mío, si ya no me atrevo a llamarla así, de tan buena!), me prestó sus zapatos de boda, -45- de charol, brillantísimos. Un tacón así, una locura. ¡Estaba yo...! Otra me trajo un bolso con guarniciones de plata, precioso, yo no quería llevarlo, total, para lo que iba a llevar dentro... Pero me dijeron que si no lo llevaba no me iban a dejar pasar. La Desamparados, que es una del bloque D, el que da al norte, así está ella de mustia, trabaja en una cafetería que hay a la salida del metro, me dijo que si era un sitio de ésos que pone, en letras grandes, que se pueda leer bien: Reservado el derecho de admisión, que si era de ésos y no llevaba bolso, que no entraba y que no entraba. Facundo no sabía si en el clú ponía «Reservado el derecho de admisión», y tuvo que ir el pobrecillo, con el piso tan malo que hay, y la cola que suele haber, hasta la cabina del teléfono público, para llamar al Donato, el camarero que es de mi pueblo, y preguntárselo. Por cierto que el Donato se cabreó, y que creo que le dijo cuatro frescas al Facundo, y el Facundo le contestó, total que si no es por las ganas que el Facundo tenía de llevarme al clú... Pero el Facundo dijo: Tengamos la fiesta en paz. Y cuando el Facundo dice esto, es que se puede esperar una semana por lo menos de muy buen pasar, o sea, vamos, unos días sin que diga: Esta sopa se la traga tu mamaíta, rica, o también: Ya me estoy yo hartando de puñeterías y armas al hombro, y cuando menos te cates..., que no lo cuentas, ¿eh?, que no lo cuentas... ¡Huy, es que el Facundo...! Total: que ponía «Reservado el derecho de admisión». Donato decía, por lo visto, que, a ver, si estaba allí su mujer, qué nos habíamos creído que iba a ser el sitio donde ellos trabajaban. Como los chorros del oro, pues estaría bueno. Y es que somos unos ignorantes, sí, señor, sí, unos ignorantes, sin maldad y sin ortografía. No es por mí, ni por el Facundo, que somos gente buena, y no sé cómo se le ocurrió ir a un clú...

Cuando íbamos a salir, la Anguila aún me trajo unos -46- guantes largos, hasta el codo, en mi vida los he visto de cerca, también de su boda. Esperamos a que se hiciera un poco de noche, porque a mí me daba vergüenza que me vieran los niños del barrio, tan elegante. Y sin embargo... Todo el mundo esperándonos. Talmente una boda. Doña Nemesia, la lechera, me prestó una diadema, seguramente es falsa, pero diadema. Nunca he llevado la frente tan alta. Y la señora Blasa, la carnicera, me dejó sus aderezos. Es verdad que ya no se llevan así, pero eran buenos, y eran ya de no sé qué abuela, y luego de su madre, y ahora de ella, y me jaleaba al marcharnos. Olé las chicas guapas. Vaya noche que vais a pasar. Diviértete, hija mía, una noche es una noche, qué narices, hay que sacarle a la vida lo que la vida nos da. Todo el mundo nos daba consejos y consejos, cada ocurrencia. No salgáis a bailar los primeros. Pareces una princesa, como Soraya, hija, como Soraya, o como la viuda de Kennedy, qué barbaridad. Dios te bendiga, hija, no vayas a bailar con otro hombre que no sea tu marido, no lo vayas a fundir todo a última hora, hay que ser muy señora cuando se mete uno en esos berenjenales, ¿eh? A ver si la vais a agarrar y no sabéis volver. Tú, Facundo, a ver si te contienes, que eres largo de mano, ¿eh?, y cosas así. Pobrecillos. Tienen confianza. En mi barrio todos nos tenemos confianza, ¿sabe?, no tenemos dónde caernos muertos ninguno, y nos consolamos como podemos. Todos estaban deseando que yo me divirtiera. Yo creo que hasta la señora Rosario disfrutaba como si ella llevase puesto el vestido. Yo pensaba: Les podré traer algo, o mañana les haré un regalito, unas garrapiñadas, o unas pastillitas chiquirritinas de Heno de Pravia. Fíjese, estábamos

esperando el autobús, yo con mi abrigo puesto encima del vestido, y Facundo con una corbata que ni en el retrato de boda la tiene igual, bueno, el retrato de boda nos lo hicieron en Barcelona, -47- creo, de unas fotos de carnet, que íbamos a llevar nosotros aquella ropa, pero, costaba tan poquito, incluido el marco, y eran diez pesetas al mes... Ya lo hemos terminado de pagar, menos mal... Estábamos esperando, digo, y pasó Salustiano, que tiene un taxi, y se alarmó al ver tanta gente en la parada, y al enterarse, nos llevó gratis al clú. Si tardamos en largarnos, yo creo que dan vivas, qué bárbaro. Yo estaba loca, lo que se dice loca, pero algo quemada, porque allí había demasiadas mujeres, y el Facundo... Es de cuidado el Facundo, se lo digo yo. Hace bien. Que se aproveche. A vivir, que son dos días. Bueno, que llegamos. Un hombrón vestido de algo muy importante nos abrió la puerta del taxi. No llevábamos calderilla para corresponder al favor, fue un fallo. Menos mal que debía ser amigo del Facundo, creí oír que le decía algo para su madre, serían recuerdos, vete a saber. Dentro, el Donato estaba aún algo ceñudo, ya se podía callar y no aguarnos la noche, digo yo. Su padre. Pero todo fue muy bien. Bebí... ¿sabe lo que bebí? ¡Champán! Pero, oiga, ¿eso es tan bueno como dicen y tan... tan... tan...? Pues no me gustó. Donde esté una buena jarra de sangría... Bailé toda la noche, al final ya descalza, no quería abusar de los zapatos de la Anguila, me los guardó la señora del Donato, y, fíjese, al poquito, había otras muchas señoras de aquéllas también descalzas. Impuse la moda. Yo. ¿Eh, qué tal? Yo. Aquí, donde me ve. Bueno, para qué le voy a contar. Ya no me moriré sin haber ido a un clú. Como una reina, mejor que la reina de la tele. Mire usted la fotografía que nos hicieron, que la pagó el Donato, ya se le había pasado el enfurruño, iba la noche fenómeno de propinas. Nos volvimos los cuatro a casa, ya de día, el Donato y su mujer y el Facundo y yo, un poco alegres, la verdad, cantando a grito pelado España, mi España, no hay cosa igual, ya ve usted, yo que siempre protesto cuando oigo la cancioncilla de marras, -48- porque no me va a decir usted que todo está tan bien como dicen en el disco, ¿eh? porque, vamos... Bueno, que ya ve usted, que esa mañana me lo creía todo, sí, señor, todito todito, y, cantando cantando, yo no me daba ni cuenta de por dónde íbamos, hasta que, al llegar al barrio, la Anguila y la señora Rosario, y Pepe el sastre, y todos, que ya se iban al trabajo, me felicitaron, y ellas me besaron, qué cansancio, mi madre, qué cansancio, y entonces el Facundo, mi hombre, me regaló una flor preciosísima, la había robado en el clú para mí, es una rosa encarnada, abierta, la pondré en un vaso, que se me da a mí que sea de plástico...

De concursos en la tele me van a hablar a mí ahora. Como no, morena...

-49-

Aire acondicionado

Murmullos, pasmo expectante, bocas en redondos, prolongados ah, oh, ¡claro! ¡claro!, y manos tímidas que se acercan a los mandos y resbalan enamoradas sobre las rejillas de los ventiladores, las esquinas pulidas, una repentina nostalgia de la ventana entreabierta y cómplice agazapada en la yema de los dedos. Ya no se abrirá nunca. Prohibido abrir las

ventanas, prohibido además ponerse de puntillas para entrever desde el cristal sucio de lluvia por qué ha sido ese frenazo, quién silba denodado Cuando tú no estás, en la acera, quizá la cabeza dirigida hacia una muchacha de la casa de enfrente, que contesta imitando a Massiel... Nada. Ya no se abrirán las ventanas. Ha hecho su aparición un complicado mundo de aparatos, grises, pulidos, que se encargarán de tener el aire en perpetuo nacimiento, de congelar el termómetro en las siestas de julio, cuando los gorriones sinvergüenzas se acercan al alféizar, migajeando, de rojo...

Esto es más fácil de lo que parece, sí, señorita, no hay más que apretar aquí, ¿ve? y ya está. Zumbando. ¿No lo nota? Burrrr... Es aire de la calle, para ventilar, para renovar, -50- bueno, como esto es una oficina muy bien, puede usted decir conmutar, sustituir, transformar, en fin, como usted quiera. El caso es que hay que apretar aquí. No, hombre, no, ahí no, ése es para dar calor, ¿Cómo que si este aparato da calor? Este aparato da de todo, estaría bueno, pero, oiga, usted ¿dónde vive que no conoce estos aparatos? Estos aparatos son lo que hay que ver, caramba, si lo sabré yo. Norteamericanos, ya los hemos puesto en unos cuantos ministerios, y en bancos, y en iglesias, figúrese, con la aglomeración, lo que yo digo, que no hay quien respire, a ver, pero con estos aparatitos, qué va a hacer calor, hombre, qué va a hacer calor. ¿Usted quiere tiritar un ratito? Pues, se aprieta aquí, ¿ve?, ya está, ya puede usted ir a buscar el abrigo, no faltaba más. Estos dos botones de aquí son para el frío, y los dos de más abajo, para el calor, usted no tiene más que apretar y pasa de uno a otro enseguidita. Así. Burr... No, no se acerque usted tanto, que va a salir despedida, no sé por qué da esas voces usted, señorita, ¿para que vengan sus compañeras? No hace ninguna falta subirse encima del acondicionador, hombre, lo va usted a pringar, qué demontre, basta con que se queden sentadas en su sitio, aparte de que la casa les va a mandar instrucciones, no faltaba más, a ver, si no... Oiga, dígame usted a ésa, cómo se llama ésa, ah, sí, Margarita, pues, Margarita, señorita doña Margarita, si sigue usted apretando ahí, pues, que se carga usted los condensadores, a ver, qué barbaridad, qué afán de apretar en todas partes, pues, anda la otra, oiga usted, señorita Marieta o como se llame, usted o Juanita, o como sea, a ver si por lo menos dejan pasar la garantía, qué impaciencia, qué manía, oigan, ustedes ¿no tienen aquí jefes que les digan que no se puede tocar? Pues, anda, qué gente, está visto que no se puede entrar en una oficina, son unos subdesarrollados, está visto, ni que fuese esto de anteayer -51- por la tarde, pues que sepan que los cines de la Gran Vía tienen chismes así hace más de diez años, bueno, es pura referencia, que yo no voy a los cines de la Gran Vía, a ver, pero ustedes... ¿No las lleva su novio a los cines de la Gran Vía? Pues hay que buscarse uno de recambio, digo yo. No, no, por favor, tenga paciencia, señorita, le digo que va usted a provocar una catástrofe como siga usted achuchando ese interruptor, mejor será quitar los automáticos, porque estas niñas, a ver, se han creído que los Reyes les han traído este juguetito, y, la verdad, no es para tanto... A mí me parece que ustedes no se quieren enterar... Vamos a ver, usted, ¿no tiene nevera en casa? Pues lo mismo, hombre, lo mismo. No, no se cae el enchufe, no, aunque se quite y se ponga mucho. A ver, tú, Paco, explica en otro aparato, que aquí, estos señores, pues también quieren manejarlos. Fíjate lo que dices, que ése de las gafas a lo mejor es un técnico, no vayas a meter la pata, que pasa cada cosa, sí, hombre, ése de las fichas en un cajón... ¿Que todos tienen fichas en cajones? Bueno, mejor, pues ése que está ahí, hacia la izquierda, ése que las mira como si las fuera a hipnotizar. La repanocha, pues ¿no se ha caído el enchufe? Llevaba usted más razón que un santo, señorita, ya ve, se ha caído el enchufe. ¿Es que en su casa también se caen los enchufes? Debe ser culpa de los

embellecedores, que yo no sé para qué colocan tantos arrequives para nada, si lo importante es que esto, apretando aquí, ¿ve? da frío, vamos que si lo da, ¿lo notan?, y apretando aquí al lado, pues que da calor, ¿ven? Eso es, sudandito ya. Pero estos enchufes... Nada, nada, a quitar los automáticos. Así no hay miedo de que se queden encendidos de noche. ¿Cómo que qué puede pasar? Mejor será no hacer la prueba, aunque éstos son de chipén, y, naturalmente, se paran solos, porque esto que ve usted aquí, que se llama termostato, esto hace que se apaguen -52- solitos. Aquí todo está muy bien pensado, no se vayan a creer... Y dale, pero, oiga, a ver, usted, don Alfonso, usted, ¿no es aquí el jefe? Pues a ver si les ordena o les persuade, digo yo, que no toquen, hombre, que no toquen...

Y así, ventana tras ventana, todos curiosos ante el prodigio, pulsando todos los botoncitos, conversación mezclada y tumultuosa, qué bien, poder trabajar en junio y en agosto sin calor, y sin tener que protestar del humo almacenado en invierno por no ventilar lo suficiente, un caudal de irrefrenable dicha adormecida en un chisme plateado, gris, acoplado a la ventana. Todo el personal mira y vuelve a mirar los aparatos, éste parece algo más grande, éste tiene aquí un bollito, a mí me toca demasiado enfrente, aquí no va a haber quien haga nada con esta corriente, ¿habéis visto qué corriente desata ese chisme cuando se pone a todo volumen? Fenómeno, es que parece talmente un vendaval... Y un vendaval se despliega de verdad cuando, a fuerza de tocar en su secreta anatomía apenas presentible, algo falla, y el ventarrón se establece como dueño de la sala, y las fichas y los papeles van de acá para allá, revoloteando furiosos, crujen en las patas de las sillas, se agolpan en los entrepaños de las librerías, y las señoritas se sujetan vanamente las faldas y el pelo, y dan gritos alborotados, adobados con carcajadas mutuas, y Luisina, recién salida de la gripe - estos antibióticos, Señor, cómo la dejan a una- está aterrada, inmóvil, clamando socorro, sostenida en alto contra la pared por la corriente de aire que desata el aparato RhC 404 = Serie 15, número 332255A, Jefferson, New Jersey, 1968 (estos cacharros con tanta documentación son los peor educados), y el representante de la Casa y de la Ciencia amonesta gravemente. Ya lo decía yo, que iban ustedes a provocar una gorda, usted, don Alfonso, usted aquí no tiene autoridad, usted me contará, a ver, si es que con estos aparatos -53- no se puede jugar, hombre... Y palabros, exclamaciones, nadie logra parar el huracán creciente, rugidor, ya hay gente parada en la calle, sospechosa de que allí dentro pasa algo gravísimo. Hagan el favor de no chillar, señoritas, que ya van a venir las instrucciones y lo pararemos, ya le había avisado yo ¿eh?, no me diga ahora que no, caramba, que ha sido usted culpable, ahora no se queje... Usted dígame, con las instrucciones en la mano, cómo debo hurgarle al aparatito, que, además, ya quema, y que no se para, se ve que algo estaba mal puesto, bueno, sería también ahora chuscada que, lanzando frío, se pusiese a echar llamas, también tendría gracia, hombre... Señorita, aguante un poco, que ya sube el portero, que ya tiene experiencia del asunto de cuando estuvo en el Banco de España, no se preocupe...

A ver, hombre, Paco, ayuda a esos señores a bajar de la pared a la chica ésa... Y sigue el revuelo de papeles, de alarmas ante las instrucciones que resulta que están en inglés y hace falta buscar ahora un diccionario, y los diccionarios están al otro lado de la corriente fría y dentro de la zona de calor achicharrante, y, aparte del esfuerzo, nadie quiere cambiar de temperatura tan bruscamente, a ver, son tan malos los cambios, y, luego, la gripe, y ya se ve lo que sale de la gripe, ahí está Luisina para demostrarlo, a dos metros del suelo, clavada contra la pared, deslizándose hacia abajo lentísima y sin poder sujetarse bien las faldas,

menos mal que hoy traía las botas altas, algo le tapan, menudo problema si ahora, como pasa siempre en los momentos difíciles, se le rompe el collar, lo que faltaba. Y los señores de la oficina, dejadas las fichas, las máquinas, las conversaciones, los anhelos de redimir a la patria, el infatigable cómputo de los días de fiesta, tan mal dispuestos este año, etc., etc., rebuscan en el folleto de instrucciones cómo rescatar a las señoritas arrastradas por la furia de la mecánica sublevada, -54- y nada: Se ve que en los Estados Unidos no convalecen de la gripe de esta manera. Por fin, después de haber cortado en el portal la corriente, puesto un poco de orden en los papeles y en las fichas, y en las cartas (Estimadísimo señor... su factura... contestamos a su carta de fecha... imposible entender sus verbos transitivos. La comisión de estilo celebrará su sesión a las cinco y media todos los jueves de este año que tengan cinco y media) y, hecho el silencio, y convencidos ya de que el verano será estupendísimo, y Margarita y Juanita y Luisina y Marieta con la cabeza agachada sobre su tajo, un susurro de lo alto hace temer nuevas y accidentadas alternativas de los elementos almacenados en las contraventanas... Pero no, no... Es Sabelica, menudica ella, que, horrorizada, ha esquivado la tormenta atorada en una lámpara, adonde la colocó el primer impulso aéreo. Baja solemnemente, heroicamente, saludando entre ovaciones, el folleto normativo en la mano, el único, vaya potra, que estaba en español: «Acondicionadores de aire. Viva en la montaña en pleno verano. Trabaje en bikini en enero. Basta con pulsar un botoncito. Garantía. Seriedad». Sabelica, desde su altura, tampoco pudo encontrar el consejo necesario para contener los huracanes, quién lo habría de decir... Tanto como recomiendan que se tomen puntos de mira elevados para desencasquillar los problemas... Todo, todo estaba ya en orden cuando comenzó a sonar la sirena de los bomberos, por el principio de la cuesta...

-55-

Frasquito

Barra de la cafetería famosa, opulenta, de nombre muy traído y llevado, muchachas bonitas, gentes que entran y salen, gritos de ¡Va! ¡Una de churros! ¡Dos de jamón y queso! ¡Un combinado! ¡Un cuba libre!... Ruido de batidoras, cafeteras, un lejano runrún agazapado, de radio, gritos de la calle a bocanadas cada vez que se entreabre la puerta, tufaradas de la cocina, olor mezclado de fritos, leche quemada, mantequilla que se tuesta vanamente en pulidas superficies metálicas... Cafetería moderna, La moderna, platos combinados, excelente servicio, intimidad, baratura, un derramado prodigio, ahí, al borde de la acera... Frasquito acaba de llegar de Suiza fantásticamente enriquecido, y se dispone a gastarse sus dineros, a ver, en el pueblo no le han hecho gran caso, todos le llaman ya el millonario, se ha comprado la casa donde nació y cuatro bancales que estaban de eriazos, y, lo que son las cosas, ni las chicas de su tiempo le han dicho qué vas a hacer esta tarde, o qué piensas hacer con la casa. A ver, fíjese usted, para qué voy a querer yo la casa sino para vivirla, no te fastidia, para vivirla... Pero estas chicas, qué se habrán creído. Ahora -56- resulta que soy demasiado finolis para ellas, habrase visto... Y Frasquito se dispone a vivir esta tarde, su última tarde madrileña, desencantado de la vuelta, de que las chicas de su pueblo no le hayan tomado en serio, con las ilusiones que él se traía a cuestras, mecachis en la mar, y

estas bobas, pues ahora van a saber ellas de qué es capaz este cura, como me llamo Frasquito que tiro el dinero en lo que me dé la gana, que para eso lo he sudado yo, que bien temprano hay que levantarse, gachó con los suizos, qué tíos, claro que se acuestan muy temprano, yo no sé cómo pueden, y venga de beber leche, hala, hala, leche y más leche... No te digo... A ver, usted, chica... Quiero una cerveza, con un sangüi de jamón, que esté bien cumplidito, ¿eh?, no vayamos a... Cumplidito, así, eso es, que, a veces, ¿sabe usted?, se come uno unas cosas que ya, ya, y tengo ganas de comer jamón, pero lo que se dice jamón, mire, quíteme usted esas piltrafas y deme una buena ración de serrano, con un buen vino de la tierra... ¿Cómo que de qué tierra? Pues de la tierra, hombre, de la tierra, está bien claro, bueno, si no me entiende me da igual una tierra que otra, a ver, nos ha... Andaluz, bien, pues sí, andaluz, uno que se suba prontito a la cabeza, qué se habrán creído en el pueblo, canastos, con lo contento que yo venía... Además, uno ha trabajado mucho allí, ¿no sabe?, que bien que he tenido que pringar, dígame usted, si no, primero los patronos, que le tratan a uno, a ver, como no entiende uno ni pío, y luego, los trabajos, porque uno se va a trabajar en lo que salga, luego es cuando las cosas se apañan un poco, pero mientras tanto... Pero aquí se creen que allá atan los perros con longaniza, y no, no señor, allí los perros no están atados... Oiga, fíjese usted qué señora, eso sí que no se ve por allí. Allí, ¿sabe?, son muy..., bueno, eso, si la cosa pita, pues pita, pero si no, no hay nada que hacer, si lo sabré - 57- yo. Y luego, como la gente se casa y se descasa con tanta facilidad... En fin, que le invito, porque estoy harto del pueblo, todo el mundo quiere que le encuentre allí una colocación, como si yo fuera el Presidente de la República, que hago y deshago, y no, no señor, yo soy solamente un empleado de Stein und Fisch, conservas vegetales, productos alimenticios, jamón cocido y mojama, para decirlo claro, eso es, mojama. Bueno, también hay chocolates, que, eso sí, están fetén. Bueno, le estaba contando... Ah, ya, pues que al principio, no se entiende ni jota, y, a ver, te engañan. Dios te libre de ponerte malo, porque a ver cómo le dices al médico que esto y que lo otro, sí, señor, a ver, dígamelo usted. Cómo voy a decirle yo al médico ése que viene a pasar consulta o reconocimiento todas las mañanas, tan planchado, tan boquita chiquita, que parece que acaba de dormir dentro de un ovillo de perlé, hombre, no me diga... ¿Cómo le digo que me ha hecho daño la sopa colorada de la tarde anterior? En fin, qué le voy a contar, no me creería.

Y Frasquito pide una nueva copa de buen vino, y una ración de calamares, y otra de caracoles, y se come unas gambas bien mojadas en moriles, y mira con descaro a una vecina, una chica bonita, jovencilla, que lee distraídamente una revista de decoración, Hause und Garden, y, oiga, eso quiere decir casa y jardín, ¿no verdad? ¿Quiere que le diga cómo es el Garden donde yo vivo? Pues una birria, si lo sabré yo, bueno, cuando llega la primavera ya es otra cosa, pero de todos modos hace frío, sí, señor, hace frío. ¿Ha visto usted qué esaboría? Le digo lo de Casa y jardín, y ya ve usted. Pone cara de asquito, tuerce la nariz y: ¿Ah, sí? Si será. Caramba, ya podía haber dicho Gracias, se nota que está usted enterado, o Ya le había notado yo aire extranjero, en fin, algo así, más, ¿cómo diría yo? más simpático, -58- ¿no verdad, usted?... Oiga, señorita, ¿hay tabaco? Y Frasquito escucha el vocerío que reclama ¡Tabaco a la barra! y ve bajar a la señora de los servicios, haldeando, la cofia en equilibrio difícilillo, la banastita con las cajetillas delante del pecho opulento, y Frasquito escarba, coge una cajetilla, la mira, le da vueltas, desdeñoso, por fin se decide por unos Ducados, parece que no están mal, ché, aquí el tabaco es un asco, lo que se dice un asco, ¡si usted viera lo que podemos fumar allí! Compraré de éstos con filtro, parecen algo mejorcillos, pero... Ahora va a ver usted el gesto con que pago... Vea, observe... Y

Frasquito saca del bolsillo del pantalón un montón de billetes de mil pesetas, arrugados, mezclados con unas llaves, una agenda, un pañolito femenino, un billete del ferrocarril ida y vuelta, una caja de pastillas Valda... Coja, cóbrese, dice a la mujer del tabaco ofreciéndole el puñado de billetes, y la mujer le mira socarrona, y le dice sonriente que no tiene cambio de tanto, que, si quiere de bolsillo que bueno, pero que eso, yo, ya se sabe, aún no he hecho ventas, acabo de tomar el turno, y Frasquito levanta la mano con el dinero sobre el mostrador y reclama cambio a la camarera, y la señorita de la Hause und Garden mira a Frasquito con curiosidad algo malsana, y Frasquito cree que ya la tiene en el bote, y la verdad es que la señorita de Hause und Garden le dice solamente y con guasa: Oiga, le van a atracar, qué provocación, no es para tanto, y el botones que se ha acercado le dice a Frasquito que él le pagará el tabaco, y que si quiere que le busque un taxi, y Frasquito está a punto de reventar de felicidad, algo mareadillo está, y pide una cerveza para que se le pase, y unos trocitos de morcilla, y quizá sería mejor una copa de Chinchón con ensaladilla rusa, porque, estos disgustos, si no lo digo reviento, la Dora, ¿usted sabe?, la Dora no me ha hecho ni caso, parece que -59- se ha encaprichado del maestro, un cursi de alfeñique, que fue seminarista en Sigüenza, vaya usted a saber, pero que juega al tenis y a la petanca, vaya usted a saber si eso será bueno, en Suiza no me queda tiempo de jugar a nada, pero ya verá a otro viaje si no sé yo petanca y narices de ésas, caray con la Dora, este pañuelito es de ella, se lo he quitado esta mañana en la panadería, se ha puesto hecha un basilisco, total, para lo que vale, si es de percalito barato, del muro... ¿Que usted no sabe qué es eso del muro?, el mercadito de los miércoles, hombre, si todo el mundo lo sabe, le decimos el muro porque ponen las baratijas en el muro de la iglesia, y ¡hala!, a comprar al muro, y vaya birrias, le digo a usted... Cacerolones de porcelana vieja y mellada, muchos plásticos verdes y rojos y amarillos, y melones, eso sí, melones, y alguna hortaliza de por allí, de donde sale el río con el agua sucia, ¿eh?, y aún se pone moños la Dora, menudos mercados hay en Jabil (se escribe con doble v y con hache), que yo la iba a llevar allí los días libres, todo de acero inoxidable, y ella la muy tonta aún el jueves pasado estuvo haciendo cisco en su puerta con la leña de la poda, que vaya granizada que la pilló, y a pesar de eso, dice que no se viene conmigo a Suiza si no nos casamos antes, qué tendrá que ver, hombre, no me diga, qué chicas, es que aquí son unas subdesarrolladas, a ver, si no... Bueno, uno se murió así, con el dinero en la mano, ha visto usted qué reloj tengo, pues ¿y la sortija?, ¿y los gemelos?, ¿y el alfiler de la corbata?, ¿y el mechero? Son italianos. Allí venden muchas cosas italianas, pero no son buenas. Ya sabe, Italia está muy cerquita de allí, cae algo a la derecha. La Dora me dijo que vaya postín, y que no era para tanto eso de comprarse tantas baratijas... Baratijas, cómo se ve que ella no las ha pagado... En fin..., que no puede ser y me vuelvo, pero ya vendré a arreglar la casa del pueblo, y entonces van -60- a ver. Como un veraneante, sí, señor, con calor negro y nevera, y televisión, y radio, y piscina, y daré reuniones y cócteles... Fíjese, la señora Eulogia, la madre de la Dora, dice que esos jolgorios se han llamado toda la vida saraos, y que qué ganas de ponerles motes y darnos importancia, y que o se llaman saraos o su hija no se casa conmigo ni a la de tres... Dígame usted si o voy a Jabil (se escribe con doble v y con hache) diciendo saraos la que se arma. Es que me pasa peor que aquí, que me toman por gilí, vamos, por gilí, y, eso, ni a la Dora se lo consiento, y a su madre menos, caray con la señora... Saraos... Para saraos estoy yo. ¿Ha visto usted qué ojos se les han ido a todos detrás del dinero? Ya ve, yo no lo quiero para nada, porque sin la Dora... Mire, el billete del tren, lo tiro, no vuelvo esta noche al pueblo, que vuelva su tía, perdón, es un decir, quiero decir la tía de ella, de la Dora, ¿eh? ¿Está claro?, no lo vayamos a fastidiar ahora después de tanto. Y las llaves, ¿ve?, son de la

casa, de mi casa, todo estaba como cuando lo dejamos al irnos, porque, eso sí, son honrados en el pueblo, aunque algo bestias, qué le vamos a hacer, ¡toma!, si no tienen tiempo ni de ir a la escuela, y luego, si los maestros salen como el de ahora, que parece un arenque de luto... Ni verle quiero, hombre, no me diga, mira que acercarse a la Dora... Y yo, ¿qué?

Frasquito se está tambaleando. Fue primero una cerveza, y luego un vinillo de la tierra, de cualquier tierra, y luego otra cerveza, y más vino, y otro vino, y moriles, y coñac, y chinchón un par de veces, y el billeteaje ha comenzado a fragmentarse, ocupa más sitio y más viento, pero él está emperrado en hablar y hablar y hacer ver a todos que la Dora es una gran muchacha, que, como siempre, es la madre, una bruja, sí, señor, una bruja de las peores, qué me van a contar a mí, pero ella se cree que el maestro es más -61- que yo, porque tiene letras, las letras no sirven para nada, en Jalbil (¿le he dicho que se escribe con hache y con doble v?) le quería yo ver, trabajando con 15 bajo cero, a ver de qué le valían sus trigonometrías, yo lo que sé es que yo tengo ya mi casa comprada, y que del maestro... Bueno, del maestro: los niños del pueblo siguen tan cafres como cuando yo estaba, a pedrada limpia, y a taco va taco viene, y a ver quién es más, y los mayorzotes... Pero ¿cuándo se ha visto, esas chaquetas de rayas de colores, y esas melenas y esas barbas, que parecen cristos? Lo mismito que cristos, Y ¿para qué? Hombre, está bueno, lograr esa pinta para pasar las tardes del domingo dando vueltas por el andén y comiendo pipas... No te... Igualito que en Suiza, que vaya niños repipis... Brillantes, peinaditos... Como relojes. Como chocolatinas bien envueltas en plata. Quite usted, hombre, quite usted. Y es que vaya madre que tiene la Dora. No le digo nada de ella, porque, aquí las señoritas, nos podrían oír y no está bien... Lo mejor será que me vuelva al pueblo a ver si la convenzo, aunque me tenga que casar, después de todo no va a estar uno a malas con la familia, ya sabe usted: Los míos, aunque sean judíos, pero, desde luego, a Jalbil (la hache es al principio, y la v... ¡Ah!, ya se lo he dicho) no me llevo la suegra, eso sí que no, hasta ahí podíamos llegar, he dicho que no, y que no, y que no, que no puede ser aunque la Dora me lo pida de rodillas, porque a la Dora me la llevo, yo no puedo consentir que siga encandilada con ese maestrillo de las narices, que vaya usted a saber si es capaz de decir Guten tagen o algo así... Qué va a decir ése... Y eso que si me quedo a vivir con el tiempo en el pueblo, y tenemos chicos, y tienen que ir a la escuela, y sigue él de maestro, y sigue soltero por mi intervención, y me tiene rabia, vaya trato que me va a dar a los chicos... Mire, me voy a guardar este dinerillo, ya no -62- bebo más, a lo mejor me va a hacer falta luego para mandarlos a un buen internado, aunque sea en Suiza, y me los devuelvan peinaditos como un reloj, incapaces de ir a grillos, o de subir al nido de las cigüeñas, o de tirar moñigos a la procesión...

-63-

Método, método

-Bueno, hasta ahí podíamos llegar. Parece mentira que usted, que tiene fama de listo, de haber viajado mucho, y hasta me dicen (pero ahora veo que es mentira) que es usted profesor... Parece mentira, digo, que usted me diga estas cosas que me está diciendo. Le juro que es la primera vez que se atreve nadie a poner en duda una afirmación mía. Es

intolerable. Me está usted insultando. ¿Cómo que por qué? A ver, usted me dirá, ni que una no supiese lo que dice, a ver. Yo le digo que yo soy una gran profesora, diplomada internacional, con tesis doctoral hecha, no publicada, eso sí, porque, en fin, usted debería saber que cuesta mucho publicar y que, en este país, no se ayuda a la investigación como se debiera... Dígame usted... Si yo viviese en el extranjero, o un poco más allá, como dicen las gentes ignaras, a ver, a buenas horas no iba a estar publicada mi tesis doctoral... Porque sepa usted que yo demuestro en mi tesis doctoral que todos los cumplidos ingleses en las provincias del oeste y condados vecinos (húmedos, pero vecinos) son vulgarismos. Mi tesis se titula: Los gerundivos de reiteración en las fórmulas corteses usuales en -64- la cámara de Guillermo V Orange. Oh, no sé para qué le cuento esto. Con esa cara que pone... Se echa de ver enseguidita que se está usted quedando a oscuras, a oscuras, a oscuras. Lo que se dice en negro teléfono. En fin, usted es feliz, porque en su vida las ha visto más gordas, pero yo... Toda una vida dedicada al trabajo y a la investigación, y aquí me tiene usted, dando clase todas las noches, duro que te pego, con estas estudiantes que para qué. ¡Hay cada una! Si yo le contara. Pero se ve que es inútil hablar con usted. Usted no entiende de problemas de enseñanza, ni de métodos ni de programas. A ver, si no, dígame: ¿Usted ha hecho algún plan de estudios? Pues, entonces... No sé cómo sigo hablando con usted. Bien puede darme las gracias, que yo no suelo hablar con gente tan retrasada. ¡Y en mi casa que dicen que usted es...! ¡Ay, déjeme que me ría! ¿Cómo que qué demonios enseño yo? Yo, yo, pues que yo soy yo. Y ya está. Fíjese usted. ¿Ve? Es una camilla de pino, sin pintar. Aún está recién comprada. ¿Ve? Calle de los Estudios 110. El mueble económico e íntimo. Ventas a plazos. Fíjese, aún tiene la etiqueta de la tienda sin caerse, lo que demuestra que el calor del hornillo eléctrico que le ponemos en invierno debajo no es muy intenso, a ver, con estas informalidades de la luz, y la trampa en el radiador, no hay quien logre que el hornillo caliente, ¿sabe?, pero es cuestión de método, como yo les digo a las chicas, método y nada más que método. Si lo sabré yo. En fin, le iba diciendo a usted... ¿O no le interesa? Porque yo, me mira usted con una cara, que vaya cara de víctima, yo comprendo que usted no entienda una palabra de nada de lo que le estoy hablando, pero si no le hablo yo, es decir, si yo no ejercito mi irrefrenable vocación pedagógica, pues que no va a entender nunca una palabra de esto, y, a lo mejor, va usted y mete la pata, digo yo. Y es que menuda vocación -65- tengo yo para enseñar. Un impulso que ya ya. Bueno, un bólido, un cohete, una exhalación. ¿Eh, qué tal? Se me comprende, ¿no? Por otra parte, tenga en cuenta mi enorme prestigio, a ver, hombre, a ver. Fíjese, le estaba diciendo que en esta camilla, ¿la ve?, sí, hombre, sí, la de la calle de los Estudios, qué más dará que sea de ahí que de la calle de Carranza, digo yo, también es gana de dar murga, sí, es de la calle de los Estudios, y ¿qué pasa? Ah, pues entonces. Haga el favor de no interrumpirme. Me altera usted el método, y yo soy toda esclava del método. ¿Hay que explicar a los niños qué fue el anglosajón? Método. ¿Hay que decirles las fórmulas de tratamiento? Método. ¿Hay que enseñarles a leer unos sonetos de Shakespeare? Método. Siempre método. ¿Ve la camilla, así tan redondita y silenciosa? Pues ahí he explicado yo veintisiete métodos para pronunciación de las vocales finales en inglés. Oiga, a ver si tiene usted seriedad. Lo he dicho que veintisiete métodos, y, cuando lo digo yo... Pues que basta. ¿Pasa algo? Ah, bueno. ¿Cómo? ¿Qué si le hago una muesca a la camilla cada vez que ensayo un método? ¿Qué eso es lo que hacen los presidiarios cuando pasa un día, una semana, o según lo que piensen, y lo hacen en el cinturón? Oiga, usted me está injuriando, y nos vamos a tener que ver las caras. No sé por qué me parece que usted intenta tomarme algo el pelo, y eso no se lo tolero. Yo soy una persona de prestigio, y muy conocida pedagógicamente. ¿Cómo? Anda, pues claro que mis

alumnas están muy bien, y no sé en qué sentido lo dice usted, pero, naturalmente, ¿por qué les iba a sentar mal tanto método pedagógico? Mire usted, hombre, mire y no sea insensato... Uno es para ver los labios, así, otro es para declamar Canterbury Tales... ¡Qué tales ni cuáles, caramba, me va usted a hacer disparatar, tales no es tales, no es tal de qué tal están ustedes o cosa así, ni... No, cielo santo, -66- no! No tiene nada que ver con Fulano de Tal, ni qué ochocuartos... Hombre de Dios, venga usted aquí y óigame. Jesús, qué paciencia hay que tener. Ahora veo que no es mal método la paciencia. Sobre todo con estos marmolillos que no dan una. Tales, para que usted se entere, pedazo de tal, es cuentos en inglés: ¿Se entera? Cuentos, historias, narraciones. Sí, ¡qué rico! ¿No lo sabía? Ya me estaba pareciendo a mí que usted no sabe un mal carambanito de nada, pero, eso sí, pisto, un rato. En cambio, yo, venga de ensayar métodos. Así que ni muescas en la camilla ni calamidades para mis alumnas. ¿Qué me envidia? Eso es ponerse en razón. Claro, claro que usted no tiene más que un método. No sé cómo en el Ministerio de Educación no prescindien de usted de una vez para todas. Lo que hace falta en ese Ministerio es gente como yo, que venga métodos, porque yo, de métodos, le digo a usted... En fin, no le digo nada, se ve que con usted es imposible. Usted supongo que seguirá explicando, y a lo mejor hasta escribe un artículo de tarde en tarde para que tengamos que corregir algún capítulo, o alguna conclusión de nuestros libros de texto, claro, si ya se ve qué clase de maníaco es usted. En fin, vivir para ver...

Quién iba a pensar, qué tropiezo con la sabiduría más depurada. Un mal encuentro. No sé cómo arreglar las cosas, tan averiadas como están, ni cómo remediar la justísima indignación de Florita, profesora diplomada, licenciada, resabiada, metodizada. La verdad es que yo, modestamente, no pretendía de ella nada, ni siquiera que me enseñase un método más. No tengo más que uno para todo, el que las mismas cosas se traen consigo... Pero Florita, qué genio. Hay que ver cómo me está indultando con los ojos, con la boca, con los brazos cruzados y el gesto de costadillo, despectiva, mordaz... Y lleva razón. Yo no tengo métodos, una -67- verdadera pena. Los alumnos de Florita me miran llenos de compasión, aquiescencia cómplice a las peroratas de su sapientísima profesora, casi se les ve el gesto oportuno para obsequiarme, entre todos, con una matrícula para escuchar a Florita, y una silla para seguir atentamente su método veinticinco, especial para las aes del Yorkshire, y hasta una bolsa de plástico con mis iniciales donde guardar mis errores de sintaxis victoriana... Y Florita, más diplomada que nunca, larga, agria, un punzante: Usted no tiene fundamentos biológicos de la Pedagogía, a mí me dieron sobresaliente. Con un profesor hueso, ¿eh? ande, para que vea. Mire qué bonito, qué modales. «Siga, siga, ande, siga». ¡Claro que voy a seguir! A grito pelado. Y me quejaré a la secretaria, y a la Dirección, y si hace falta al Ministerio. ¡Y que no tengo yo clase para redactar memoriales al Ministerio! Estaría bueno. ¿Se ha olvidado usted de que soy licenciada, con tesina y reválida, sobresaliente en todo, y una tesis escrita? Ah, y tuve una pensión en Exeter, ciudad que está muy cerca de Londres, que hay que ver los apuros que se pasan en el metro, y eso que no son tan brutos como aquí, y lo que tiene que trabajar una para luego, aquí, al volver, no ser nada, y tener que replicar a un ignorante como usted, que no sabe una palabra de métodos, a ver, si no, dígame usted... ¿Cómo? ¿Qué le jure por mi honor que los métodos son míos y no copiados? Usted me insulta, usted está insultando a todas mis alumnas, pobrecitas, ay, Dios mío, qué crueldad con una pobre profesora sin protección, pedirme que jure por mi honor... Yo soy española, y eso del honor, ¡ni una palabra más! Eso es un insulto que sólo se lava con sangre, con sangre de verdad. A torrentes. Este tipo,

qué se habrá creído, este ignorante, que es usted un ignorante, que no tiene métodos ni principios, no, no me toque, o grito, déjeme llorar a gritos, parece mentira, -68- yo que tengo premio extraordinario en la licenciatura, sí, qué pasa, claro que lo tengo, y cum laude y con felicitaciones, y con cita en el cuadro de honor (este honor es el otro, el de otra manera, no el de los juramentos, por si no lo sabía) del colegio donde estudié el bachillerato, y en las clases de adorno (taquigrafía, equitación, bordado, tráfico infantil, cocina de cumpleaños) sí, sí, es que usted la ha tomado conmigo, a ver si no. Todos están siempre conmigo señorita para allá, señorita para acá, pachasco, cediéndome el sitio, y dejándome que dé la clase en el lugar más silencioso y calentito, y ahora viene usted, un don nadie, a invadir mi rincón, mi camilla, mi camillita de los treinta y siete métodos ensayados con meritoria eficacia y espléndidos resultados, que me han hecho una interviú en Le Maître Phonétique -que claro está, usted no tiene idea de su calidad ni de su color- y me han dado una condecoración. A ver, ¿usted tiene alguna condecoración? No, claro. Qué había de tener. Si es usted un monstruo que no deja vivir a las pobres profesoras con prestigio, como yo... ¿Que me lleve la camilla y me vaya con ella a...? Jesús, lo que me faltaba por oír. Ahí se irá usted. Vaya manera de tratar a una señorita. Ya no lloro más. Ni una sola lágrima. Tendré que consultar a mi abogado. Y a papá. Me ha ofendido usted gravemente. Todas mis alumnas son testigos. Tú, Fifi; tú, Cuqui; tú, Lines; tú, Chuchola; usted, señor Arrespiciabeitúa, ustedes serán testigos de mi afrenta, no faltaba más, tenemos que darle a este tipejo una lección con método, con mucho método, eso sí, para que vea lo que es bueno. Qué lengua, Dios del cielo, qué expresiones delante de una señorita. ¡Meterse con mi camilla de ese modo! No, no, de ninguna manera, eso no lo tolero, no faltaría más... Ah, y no olviden ustedes, señores alumnos, que mañana han de venir a la misma hora, hemos de ensayar el -69- método polivalente circular H777, bis, segundo aspecto, del que tan brillantes éxitos se están deduciendo en las continuadas campañas de las universidades escandinavas especialmente dedicadas a la enseñanza de lenguas extranjeras con orientación a casos de guerra submarina fría... ¿Qué está usted rezongando ahí de guerra tibia y al baño de María? Mire, cálese, que reviento por volver a llorar su continuado ataque, sus desafueros a mi pudor... En fin, mejor será marcharse, han dado la hora...

-70- -71-

Dina

Esto de tener que marcharse de España es siempre una pejiquera, como yo se lo digo. Yo ya voy saliendo muchas veces, y todo son inconvenientes. La verdad es que yo no me explico cómo hay gentes que no piensan más que en viajar y viajar, hala, hala, a viajar. Pues sí que resulta divertido. Figúrese usted, así, para empezar, el madrugón que nos hemos tenido que arrear, para llegar al aeropuerto y luego, ¿qué? Más de dos horas de espera, y todo para nada. Ya ve usted cómo se amontona la gente para despachar el equipaje, y cómo le cuentan a uno todo, que si la cartera tal y la bolsa cual, y el otro saquito con los libros, y que si las gabardinas, y que a dónde va usted, señora, con cuatro abrigos al brazo, ni que fuera usted al Polo Norte, a ver, ¿se da cuenta? Yo voy donde me da la gana, aparte de que

ya dice el billete dónde vamos, ¿no? y yo llevo lo que me da la gana, hombre, no voy a dejar en casa la ropita, con cuatro trapos que una tiene, la que yo digo: ¡A lucirlos! Pues estaría bueno. Es que son... Que si mi marido llevaba tres máquinas de escribir... Pues, qué quieren que haga con ellas, porque mi marido sabe escribir a máquina -72- y tiene que llevarlas siempre consigo, porque si no, a ver, cómo las va a dejar. Si es la que yo digo... ¿Que para qué tantas máquinas? Hombre, dígame usted. Una es para escribir en inglés las cartas comerciales, y la otra, la de siempre, para las felicitaciones de Navidad, las cuentas de la casa, las cartas semanales a los abuelos, que, anda, vaya perra que agarran si no se les escribe clarito, y, así, haciendo copias, con cambiar la fecha, todo va sobre ruedas. También las recomendaciones para los que quieren colocarse en el Ayuntamiento, porque mi marido recomienda mucho, usted me dirá, a ver, tiene un puesto importante y ya sabe usted lo que pasa, y además que... Ah, la tercera la llevamos nueva ahora, para que vaya aprendiendo mi niña. Su padre está empeñado en que sea su secretaria, y yo creo que está muy bien pensado, porque la chica es muy despierta, y ¡tiene una gracia!... Bueno, no le quiero decir la gracia que tiene, ni ná, ni ná, ni ná. Lo que hay que ver. Hoy está algo atontada, claro, con el madrugón, y con las despedidas. Yo creo que ayer me la han abollado un poco sus tías con tanto besuquearla, y venga llorique, si, total, vamos a volver dentro de un par de meses, porque mi marido... A ése no le importa nada que viajemos y viajemos, cá, no, señora, se lo digo yo. Él, cualquier mañana se levanta y se pone: Tú, Dina (Dina es Claudina, ¿sabe? Pero hace así de bonito, Dina, Dina... De siempre. Yo, en mi casa, Dina y nada más que Dina. Es mono, ¿no verdad, usted?). Pues, como le digo, que se levanta y: Dina, al avión, que tenemos una boda en Torregrosa el martes. Y empiece usted a preparar cosas y regalitos, que vaya despilfarro esto de los regalitos, bueno, y el certificado de vacuna, y el de no sé cuántas enfermedades más. Menos mal que Lorencito, el hijo de don Lorenzo, el encargado de la administración de la galletería, sí, un buen chico, ¿sabe?, que ya es médico, -73- y como dice mi marido: Lorencito, hazme los papeles, que para eso te he visto nacer... Y Lorencito, que es de ley, pues que va y nos los hace, los papeles. Y con muy buena letra y todo, no se vaya a creer, y, fíjese, la última vez llegamos aquí y nos dijeron que no valían. ¿Se da cuenta, que y que no valían, cuando hasta venía puesta nuestra dirección en un ángulo, y el teléfono y todo? Mi madre, la que se armó: gritos, discusiones, palabrotas. Total, una señorita muy de uniforme que no sabía decir más que: No valen, señores, que no valen. Y no había quien la sacara de ahí. Que y que tenían que ser de color naranja, o rojos, o internacionales, qué sé yo. Manías, manías, se lo digo yo. Me vacunaron a mi hijita, mi hijita de mi corazón, pobre, cielo mío, que tuvo un par de días con un calenturón... Y eso que yo le refregué el brazo al salir, sin que me viera nadie. Con un perfume carísimo, ¿eh?, estaría bueno. Claro que Lorencito me va a oír a mí por no haber hecho los certificados del color ése. ¿Usted sabe exactamente de qué color tienen que ser los certificados? ¡Cállate, niña, que estás jorobando mucho hoy! Discúlpela, señora, es el madrugón. Y además, que la niña, que es muy viva, como ya le he dicho, nota la altura del avión y, claro, se alarma un poco, a ver quién no. ¿Pero usted se ha dado cuenta de lo altísimos que vamos? Un viajero que va ahí delante, que parece persona instruida, dice que en esta altura ya no pueden vivir los pájaros. Así que fíjese si será malo ir tan alto, qué le voy a contar. Pero a lo que estábamos. Ya habrá visto usted que no saben cómo pasar sin dar la lata. Dígame qué les molestará que mi marido ponga el transistor. Pues ya ha visto usted cómo han venido a decirle que, por favor, que no lo ponga, que hay interferencias... Eso sé yo que no lo hay, claro, pero es por molestar, por darse importancia. Anda, niña, estás un rato pelma hoy y te la vas a cargar. -74- En fin, señora, yo comprendo que la

niña está muy enfurruñada, pero, como ya le decía, es el viaje. Y además que apenas ha comido. ¿No se ha dado cuenta de que no ha comido? Naturaca, si le han traído un queso que no le gusta a ella. Ella está acostumbrada al queso en porciones El cortijillo. Pero ha notado en seguida que el que nos han traído en el desayuno era de otra marca, no sé bien, sería El avión o algo así, tenía un aeroplano pintado en la plata... Y, claro, mi niña, menuda es, no lo ha querido probar. ¿Cómo va a probar eso? Hasta ahí podíamos llegar. ¿Que qué edad tiene? Ocho meses. Aprovechaditos, ¿eh? Mire los dientes, mire qué muslazos, qué brazos, qué pelo, qué todo. Es una chica fenomenal. Será una secretaria estupenda, ya lo dice mi marido. ¡Estate quieta, niña, que esta señora se va a enfadar contigo y va a decir que eres una burra! Calma, hija, calma. No le arranques el pelo a esta señora, hijita, ¿no ves que es muy mayor? Usted sabrá disculpar, señora, la niña está nerviosa, es natural, la altura, la poca comida, el madrugón... Es una lata viajar con niños, y eso que esta criaturita es lo que se dice un sol, pero... Mi marido, no. Él agarra y cada año se hace un viajecito. Ya conoce todo el mundo, o casi todo. Hemos venido cuatro veces desde que pusimos la fábrica. La primera, una mañana me dijo: Dina, me voy a Bilbao, quiero ver Bilbao. Y se marchó. Yo, no, señora, no. Yo, qué voy a ir. ¿Bilbao? Pero si dicen que está todo negro, y que no saben hablar español, sino otra cosa, será bilbainés, digo yo. No, yo me quedé con la abuela Tonieta, cuidando de las almendras, que hay que tener un ojo... Más de dos veces vi a los obreros echarse algunas al bolsillo, pero para eso estaba yo, para que no se les indigestaran. Y mi marido volvió para regresar otra vez. Entonces había aviones de hélice, y se tardaba más, pero eran tan bonitos... Usted, por lo menos, sabía si el -75- motor andaba o no, y no como ahora, que ya ve usted qué soso resulta. ¡Ay, señora, este pendiente debe ser suyo!, ¿a ver? sí, es suyo, ay, qué niña ésta. ¿No sabes que las niñas buenas no arrancan los pendientes a las señoras que van en avión? En fin, está tan alterada, mi pequeña. Oiga, señora, estas perlas son falsas, ¿no verdad, usted? En seguida se echa de ver. Claro que para viajar en clase turista, no se va a poner una las joyas de familia, ¿no verdad? ¿Usted tiene joyas de familia? Ah, por eso. Yo también, claro. ¿Quiere que le enseñe las que llevo? Me sé ce por be la historia de todas, o de casi todas, van en aquella maletita, ¿ve? Atiborradita. Y nada de bisutería, ¿eh? De eso, ni tantito así. Niña, déjame hablar, no te pongas pesada. Pues que la segunda vez... Oiga, señora, ¿es que no quiere saber dónde fue mi marido la segunda vez? Pues se marchó... ¿A que no acierta dónde se marchó? Tiene cada ocurrencia este Fermín... Pues, fíjese, se marchó a las Canarias. Dijo una mañana: Dina, me voy ahora mismo a ver si es verdad eso que leímos en el avión de las islas esas con fortuna, a ver si me toca algo. Y se largó. ¿Yo? Quiá, hombre, quiá. Yo, en casita. Era invierno y había que vigilar la matanza, que estaban caros los embutidos y, además, no se deben comprar, Dios sepa qué les echan ahora a las morcillas... Con estas costumbres modernas, hija mía, nunca se sabe. Hágame caso a mí, señora, no cate la mortadela que van a traer luego. ¡Huyyyyy, si usted supiera! Créame a mí, señora, que soy su amiga. Carne en calceta, para quien la meta. Bueno, pues Fermín volvió encantado. Dijo que era verdad eso de las Canarias, y que había una montaña muy alta, a la que subió y todo. Creo que es una cosa bárbara, se ve desde allí medio mundo, todas las islas, y África, y España, y Sevilla, y qué sé yo cuántas cosas más. Sí, también Portugal, claro, que cae algo más acá según se sube. Ah, -76- había, me contó Fermín, mar de nubes, que creo que es muy bonito. ¿Que cuando usted estuvo no había mar de nubes? ¡Naturalmente! Esas islas progresan la mar, lo habrán puesto ahora nuevo, porque, ¿cuánto tiempo hace que estuvo usted? ¿Tan poco? Tendría usted un guía poco enterado y no se lo enseñaría. Esa tierra, por lo que cuentan, debe de ser un sitio agradable, pero algo frío, no entiendo yo bien

eso de la temperatura. Pero Fermín estaba entusiasmado, vaya si lo estaba. Aunque, a veces, créame usted, señora, que esto de quedarse en casa... Hay algo que no me acaba de convencer. Yo comprendo que Fermín tenga necesidad de divertirse alguna vez, pero no hace falta que disimule y me tome el pelo. ¿Usted cree que yo me voy a tragar que se distraía montando en camello en las islas esas? A otro perro con ese hueso, hombre. Ni que una se chupara el dedo. Habrá que ver a qué llaman camellos ahí, ¿no le parece? Y es que los hombres... Bueno, vivir para ver. Jesús, qué niña, espérate un poco, ahora dormirás. Mira, mira ahí abajo... ¡Un buque, mira, un buque! ¡Qué chiquirritín se ve! Ya podían bajar un poquito en estos casos, para saludar a alguien o hacer alguna señal, digo yo. Cuando dos barcos se encuentran en alta mar, se saludan, y tiran cohetes y toda la pesca, pero aquí... Nada, que no hay quien pueda, que lo mejor es no moverse de casa, se lo digo yo. A ver, usted, ese señor de ahí, despiértese, hombre de Dios, que se ve un buque. Usted decía que no se ve nunca un buque, y que si tal y que si cual, y buque arriba y buque abajo. Pues ahí lo tiene. ¡Anda, Dios, tanto hablar de buques, y ahora, para uno que se puede ver medio bien, ya ve qué cara me pone! Pues no mire, a mí qué, yo sólo quería hacerle un favor, qué barbaridad. Niña, mira tú el buque, que se echa de ver que a este señor que tanto hablaba de los buques, no le interesan un pimiento los buques. ¡Qué gente, -77- Señor! ¿Qué me preguntaba, señora? ¿Que adónde fue el cuarto viaje de mi marido? Si no le he contado el tercero!... Bueno, pues fue a la Feria de Jerez, que debe de ser un sitio muy bueno, vino diciendo algunas palabras en inglés y con muchas tarjetas de señoras americanas en la cartera, que las había conocido allí. Yo, este cuarto viaje, me tuve que quedar porque la niña había llegado ya, y había que estar pendiente de ella, y como es tan lista y tan caprichosa, a ver, no se la puedo confiar a nadie, usted me entiende, no soy como Fermín, que le deja las llaves de la fábrica al padre de Lorencito y: ¡Hala, al avión! Nosotras, esclavas, señora, esclavas de nuestro deber. Y nada más. Ay, qué vida ésta tan mal arreglada. Niña, pobrecita, tiene hambre. No, no se moleste, señora, cómo va a comer la niña de su merienda, aunque ese jamón serrano tiene un aire estupendo, y ese queso... ¿Eso que rebulle ahí son gusanitos, no verdad? He oído decir que es el mejor alimento para las convalecencias. Mi niña probará algo, para no quedar por mal educada. Como yo digo: las buenas obras, por la mañana temprano. Hace usted muy bien en llevar merienda. No se puede una fiar de la comida del avión, toda tan parecida. Quiera usted o no, los mismos pasteles, la misma mermelada, el mismo pollo. Y ya ve, si es tan mala la altura para las aves en vivo, qué no será para las muertas. Niña, no te comas todo el jamón de esta señora, qué desconsideración. Basta con el pan. Sólo el pan. Bueno, este jamón que ya lo ha tocado, me lo comeré yo. Va a ver usted cómo en seguida aparece la azafata esa para limpiar el asiento con disimulo, y todo porque la niña ha puesto los dedos en él, así como si no fuese muy bueno comer el jamón con los dedos, ¿eh?, qué rico, rico, bien que lo está. ¿Ve? ¿No se lo dije? Y ahora caigo, señora, usted no me ha dicho de dónde es, yo ya le conté que soy de Torregrosa, en el Valle Alto. Usted, -78- ¿es por casualidad de Madrid? La gente de Madrid tiene fama de simpática, y esto de compartir la merienda es tan simpático... Le puedo asegurar que en todos mis viajes en avión es la primera vez que me pasa. ¿Usted no se acuerda cuando se iba en tren y salía a relucir la tortilla y se ofrecía? Qué tiempos aquellos. A mí, no sé si le he dicho que no me gusta viajar. Yo me quedo con la abuela Tonieta, porque, la que yo digo: ¿Ver montes? También los hay en el Valle. ¿Ver gentes? También las tengo allí. ¿Autos, montañas rusas, tiros al blanco, güitomas y todas esas cosas de que habla Fermín? ¡Bah! La abuela, la abuela Tonieta, que algún día la diñará, vamos, no se va a quedar aquí para simiente, y, entonces, si no está a buenas con

una, entonces que na de na de na en el testamento, ¿me comprende? Yo, todo lo más, estuve una vez en Barcelona, para ver el mar de cerca, pero Fermín... Fermín ha viajado mucho, mucho, ya conoce todo el mundo, y quizá el próximo viaje me lleve con él a Guadalajara, a ver a su tía Rosa, la del Manco... ¿No le había dicho que mi marido tiene una tía en Guadalajara? ¿No? Pues, verá, el caso es que... Si me agrada algo la idea de ir a Guadalajara, que no me acaba de llenar, no es por la tía Rosa, que no tiene dónde caerse muerta, ni por nada, sino porque no me pedirán, digo yo, certificados... Pero, ahora que me acuerdo, no le he contado el tercer viaje de Fermín. Pues que se marchó a Seu de Urgell, que eso sí que está lejos, es una ciudad que... Ya sabe: Dina, los calcetines y la maquinilla de afeitar, que me largo a La Seu... ¿Cómo ha acertado usted que me lo dijo una mañana, al levantarse? Jesús, qué cosas se le ocurren a usted, señora. La hoja de afeitar era sólo para eso, para afeitarse...

-79-

## No fumadores

Se lo vengo diciendo: No fumes, chico, no fumes, tengamos la fiesta en paz. ¿No ves que esto está reservado para no fumadores? Y dale, que no te quieres enterar, que algún día se va a armar la gorda. Ya verás, ya, en cuanto aparezca el revisor, o uno de estos vejestorios que andan por aquí empiece a rezongar... Total, que, ¿sabe usted?, pasó todo como yo se lo dije. Y cuidado que se lo venía advirtiéndome, ¿eh?, y no una ni dos veces, que, caramba, yo creo que me puse algo pelma, que: Chico, que no fumes, mira que... ¡Dios, la que se armó! Primero fue aquel señor del rincón, seguramente un buen hortera, como decía Pepe, pero, eso sí, qué basilisco. Que si aquel departamento era para no fumadores, no-fu-ma-do-res, que esta juventud de ahora, que si en sus tiempos, y venga y dale con las reuniones de sus tiempos, se conoce que jugaban a las prendas en sus tiempos, porque vea, señor, a cada uno lo suyo, que este tío tenía una voz... Es que yo, con esa voz, me pongo esparadrápalo en la boca, o me tomo medio litro de chinchón al salir de casa, para disimular, porque, vamos, no me diga, si hasta yo estuve a punto de saltar cuando le quiso dar -80- lecciones al Pepillo... Y venga a repetir esto y lo otro, que si patatín que si patatán, que si él era capaz de comerse crudo al que le echara el humo encima, hombre, bueno era él, porque a él, ¿a él?, que en la guerra había hecho tanto y cuanto y lo de más allá, que si el Ebro y Teruel y toda la geografía, y que él no le tenía miedo a los cuchillos, ni a las balas, ni a los insecticidas esos del Rhin, pero, ¿al humo? Vamos, que él no respondía, porque si él se ponía de malas... ¡Hale, hale, a fumar!, ande, fume, fume, ya verá luego lo que es bueno. Le digo que se puso muy chuleta y que no era para tanto. Yo más bien creo, modestia aparte, que este señor tiene un sí es no es algo de petulancia, dicho sin faltar, y quería darse pote ante el público, y pasar por señor bien, pero, anda, que lo estaba poniendo bueno. Su madre, ¡qué gachó! Y el Pepe, que es un cabezota, que se lo tengo dicho: Pepe, eres un cabezota muy cabezota y algún día las vas a pagar todas juntas, pues que el Pepe, dale, con mucho recochineo, o sea, vamos, que ya veo que no le gusta la expresión, con mucho, como si dijéramos, con mucho retintín, usted me entiende, ¿no verdad?, pues que de eso de no fumadores, que a ver con quién se creía que estaba hablando, que él tenía mucho pesquis (y

esto es verdad, que el chico, animal animal, lo será, no digo que no, tiene sus prontos, pero lo que es de listillo..., ¡vamos!... Y de madrileño, ¿eh?, de madrileño, un rato largo), pues que él no había venido en el corto, y que la Renfe, a pesar de tanto anuncio, no ha puesto en su repajolera vida un mal asiento para no fumadores, que, de haberlo, ya sabría él respetarlo sin que ningún mandria enlutado viniese a decírselo (porque, señor, no sé si usted se ha fijado en que el tipo iba de negro de arriba a abajo, ya ve, una ranciedad como otra cualquiera). Así, que chitón y a otra cosa, mariposa. Y ni corto ni perezoso, encendió el veguero que nos habían dado -81- en la boda, porque veníamos de una boda, ¿no se lo había dicho a usted? ¿Cómo que no? A ver, si no, qué pintaba yo en el tren a esas horas, si no hubiese sido por la boda no me agarran a mí en el tren a esas horas, hombre. A esas horas yo estoy todos los días muy repantigadito en el círculo, viendo la tele de sobremesa, alguna cabezada, que suele haber una novela que para qué le voy a contar a usted de la tal novela, hombre, si lo sabré yo, y puedo seguir a medias las cotizaciones de la bolsa, o el tiempo del fin de semana para los excursionistas y pescadores y así, a ver, hay que ilustrarse y esto de la tele ayuda mucho, con eso de los enteros que suben y bajan y los anticiclones que van y vienen, y los regalitos a quien los pide y así... Bueno, camelos, ¿de acuerdo?, pero se pasa bien, claro, y luego, ¡es tan distraidito! Pues que como le iba diciendo a usted, y usted perdone la digresión, pero es que a mí, ¿sabe?, a mí me encanta la exactitud, y cuando hay que contar un suceso como el de marras... En fin, que Pepe encendió el veguero. Sí, por ahí íbamos, un Partagás que para qué, un señor puro de la Havana con v, que es, naturalmente, la mejor. Había solamente una caja de éstos en la boda, no se vaya a creer, los había comprado Chucho, el novio, que le había sacado de pila mi mujer, y yo fui su padrino de confirmación, en fin, ya me entiende... Pues a lo que estamos: Pepe le daba vueltas al puro, así, para encenderlo, con retintín, vamos, ya se lo he dicho antes. Bueno, yo digo siempre en estos casos, recochineo, cachondeíto, faroleo, o algo parecido, así de significativo, pero como le veo a usted escribiendo y es capaz de publicarlo o de contárselo al juez... Hombre, yo, ni tanto ni tan calvo, que uno tiene su instrucción, a ver, aunque no sea más que... ¿Qué siga? ¡Va! Pues que el buen señor hortera, que lo demostró que era un hortera, menudo pesquis el del Pepe, se encampanó como -82- si le hubiesen pisado el rabo, su madre, qué chillidos daba. Venía por el pasillo central, el de en medio, ¿sabe?, por aquí, entre los asientos, ¿ve?, un pasillo central, ¿estamos?, talmente un sayón malo, de los que abofetean a Nuestro Señor en los pasos del Viernes Santo. Las manos en garra, como los halcones; la nariz arrugadísima. Una pasa. Y muy colorada. Y los ojos, los ojos echaban llamas. Y en mangas de camisa, sí, señor, en mangas de camisa, que lo que le dije yo al revisor cuando acudió, a ver, tanto gritar por un humillo de nada y él, en cambio, todo lo señor que quiera, bueno, pero ¡quedarse en mangas de camisa en un segunda! ¡Hombre, que había señoras, a dónde vamos a llegar! Señoras y un sacerdote, ahí es nada. Y el tío... Bueno. Llegó dando alaridos, y: Ese puro se lo va usted a comer ahora mismito, sin mayonesa ni nada... Fíjese usted qué modales, qué provocación, a ver, a Pepe la mayonesa le da vértigo, por esas cosas que le pasan a la gente así, gente rara, pero con talento. ¿Le he dicho que el Pepillo es bizco? A todos los bizcos les pasa algo con la mayonesa, me sospecho yo, porque... Ya, bueno, ya sigo. Ande usted también, qué ahogos le entran. Yo lo que tengo es que quiero contarle todo con exactitud, porque a mí la exactitud... Resumiendo: que el tío llegó y se quedó muy quieto delante de Pepe, que, la verdad, se desconcertó un poco al verle así, la mirada fija, sin pestañear, y se acercaba poco a poco a la cara de Pepe. ¡Menudo suspenso, todo el mundo se iba inclinando poco a poco, con la boca abierta, a la vez que se iba inclinando el señor y acercándose al puro y a Pepe!

Y luego, dando un gran resoplido, sí, muy grande muy grande, más grande que el de una vaca, sí, hombre, sí, más grande... ¿Cómo quiere usted que yo en ese instante de vida o muerte me pusiera a medir la intensidad de una vaca, digo, de un resoplido? No me irá usted a pedir que repita yo ahora el -83- resoplido, mi madre, qué declaración, con razón la gente escurre el bulto cuando puede, ahora me lo explico, y deja que los prójimos se mueran en paz en las cunetas. Si mi alma lo sabe... Bueno, ya iba a decir lo que hizo, que usted me cortó con ese parche de la vaca y el resoplido. Pues se acercó, le cogió el puro, arrancó la vitola y la tiró al suelo y la pisó con asco, fíjese, un puro de esa aristocracia, un verdadero as de bastos y, dándole la vuelta, le aplicó la lumbré al Pepillo entre ceja y ceja, lo cual que el Pepe se dejó chamuscar impunemente, como una gallina, no te... Tanto fardar y luego... Yo creo que le había hipnotizado antes, a medida que se iba agachando. ¡No, hombre, no, hágame el favor! ¡Cómo le voy a decir yo ahora lo que dijo el Pepe! Dijo... Pues dijo... Dijo lo que dijo, y ya está bien. A ver, estaba chamuscado, por aquí, entre ceja y ceja. Bien que olía, a matanza en noviembre. No iba a cantar dónde están las llaves, ¿no le parece? Sí, claro, ya sé que las señoras y el cura han declarado en contra de él, pero al cura no le habían quemado el sitio de las gafas, y las señoras, eso, son señoras y no está bien que digan ciertas palabras, aunque les quemem todo lo quemable. Para eso son señoras. Y luego, luego, luego... ¿Qué pasó luego? Ah, ya, pues que el Pepe le echó las manos al cuello al incendiario, podía no, ¿eh?, y el viejales empezó a gritar y jugaba con ventaja, sí, señor, porque pedía confesión, que era una bonita manera de pedir al cura que fuese a ayudarlo, como así ocurrió, y detrás del cura vinieron las señoras, y el otro vejete jubilado, y aquella mujer gorda que estaba en la ventanilla de enfrente, que ha dicho después que era peluquera a domicilio, peluquera de niñas, sí, ésa, cómo pateaba, Dios, y se agarró al timbre de alarma. Y dos niños que no sé cuándo habían subido, no sé con quién iban, a mí no me gusta hacer amistad con los niños en los viajes, ¿sabe?, siempre se le -84- antoja la ventanilla, y quieren comer, y tienen sed, y se le suben a uno por el pantalón, y yo, ya lo adivina usted, llevaba mi mejor terno, con leontina y todo, fíjese, de oro, con un dije donde llevo todavía el retrato del abuelo Crisóstomo, que me dejó mejorado en cien duros, y el primer diente que se me cayó. Veo que tiene usted prisa, a juzgar por la velocidad con que escribe lo que le digo, qué bárbaro, no pone usted un punto y aparte ni por chiripa, ¿eh?, usted se lo pierde, que luego no le va leer nadie. En fin, si usted no tuviese prisa, yo le hablaría de mi abuelo Crisóstomo, que también le toca algo al Pepe. ¡Qué gran señor! Era lo que se dice el amo del pueblo. En el barrio de la estación, desagradecidos, dicen que era una mala bestia, si serán bordes, pero el abuelo... A pesar de sus arrebatos, a mí bien que me sirvió cuando aquella epidemia de los avales. Sí, sí, que digan lo que quieran los del barrio. Bueno, que veníamos de una boda, una boda de rumbo, no se crea, y los niños... ¿Que qué pasaba con los niños? ¡Ah! ¡Va, hombre, va! Uno lloriqueaba pidiendo que le sacaran al hermano. Mire, no me interrumpa tanto, ahora voy a decirle de dónde quería que sacaran al hermano. La peluquera, esa señora a domicilio que tiró del timbre de alarma, se había caído, por el frenazo, sobre el chico más pequeño, y le agarró debajo. ¿Sigo? Es que a usted hay que explicarle todo, ¡caray! Como me llamo Agustín que usted no parece disfrutar mucho caletre, aunque escriba de prisa. Pues, hijo mío, pasó que el niño por poco se convierte en moneda, aplastado por el bullarengue de la peluquera. ¿Está claro? La peluquera, más que tijeras y zarandajas del oficio, era un tren de laminación. Tuvieron que darle al crío la respiración artificial, porque se pasaba llorando, no le digo más. Luego aparecieron por allí unos paletos, que eran los padres del niño, y nadie sabía por dónde habían aparecido, y -85- querían matar a la peluquera, y la peluquera quería matar al

Pepe, y el revisor quería matarnos a todos y hablaba de multas por haber tirado del timbre de alarma sin causa justificada, y el Pepe sin soltar al incendiario, y las señoras viejas, anda que no eran viejas ni nada, y el cura con ellas, venga a tirar de Pepe y del tío del puro, que está bien claro que era el causante del lío, pero las señoras y el cura son los culpables de que el pobre viejo perdiera el conocimiento, a ver, tanto tirar de él para llevárselo, que lo hubieran dejado en paz con el Pepe, o le hubieran pedido a éste con suavidad, digo yo: Pepe, no se ponga así, suelte a este señor indefenso, es un padre de familia... Pero, qué va, tirones y tirones y más tirones. Claro, el fulano se desmayó, y a Pepe le rompieron la camisa, pobre, que era bien nueva, usted comprende, para la boda, pero con tanto tirar... Y encima el perrito, vaya por Dios, un chucho bastardo que llevaba alguna de aquellas señoras, se dio el gran festín mordiendo en las piernas a todos los que intentábamos poner paz, es natural, no se le pueden pedir reparaciones, primero es un animal, no tiene alma racional, y, segundo, creía que maltrataban a su dueña. Así que... Pero me ha roto la pernera. Ya veremos qué dicen en casa, que por Santa Catalina se murió la última zurcidora que quedaba en el pueblo. Vea usted por dónde... ¡Y aún ladra! ¡Si será...! ¿Amenazas? ¡Quiá, hombre, quiá! Pepe, decir decir, es verdad que decía muchas veces «Lo mato, es que lo mato, es que eso no se lo consiento ni a mi madre», pero ya le he dicho, porque yo soy muy exacto, que el chico es muy madrileño y le gusta hablar así, en simpático, a ver. Pero no hay que tomarle en serio. Bueno, si él hubiese querido, a buenas horas. La pareja es la que estuvo la mar de bien al llevarse a aquellos dos extranjeros que no decían ni mú. ¡Habrás visto, con lo que estuvo a punto de ocurrir y ellos tan frescos! Y es -86- que esta gente viene aquí y ¡hala!, ahí me las den todas. Además, uno fumaba en pipa. La llevaba apagada, que si no, lo del entrecejo de Pepe, le digo yo que tortas y pan pintado. Y cuando lo digo yo, con lo que a mí me gusta la exactitud...

-87-

## Sesión infantil

Pues, sí, señor, sí, ya lo sé. A ver si se cree usted que uno es idiota, pues anda. El chico no llora por capricho. Muchas veces le he traído al cine, no se vaya usted a pensar que es la primera vez, qué va, hombre, qué va. Y de miedo... Cómo va a llorar de miedo, si es un tío macho. No he visto nunca tres años más arriscados. ¿Cómo va a llorar de miedo por la película de guerra, si son precisamente las que le gustan a él? Andá, pues estaría bueno. Mismamente ayer en la tele, y, bueno, qué digo ayer, todos los días, si él sí que sigue los seriales y conoce a los confederados por el uniforme, vamos, por la gorrita, que es un primor, y distingue a los policías por la estrellita, y sabe cuándo van a disparar y cuándo no, y se toma la lechecita así, tan pimpante, delante del aparato. No sé qué demonios le puede pasar hoy. Y que no llora ni nada, la ha cogido mayúscula, caray con el crío. Si al menos pudiésemos avisar a mi mujer, que le trajina mejor que yo... ¡Hombre, acomodador, no sea lila! ¿No ha notado usted que mi chico es un sí es no es tartamudo?, pero tartamudo nada más, ¿eh?, no vaya usted a salir con el triquitraque de la tía Vicenta, la del puesto de periódicos, que, maldita sea, está emperrada en decir que el Panchito es un subnormal, y que por eso -88- no habla. Claro que no habla muy bien, pero fíjese cómo chilla. Bueno,

y yo qué le voy a hacer, no me lo voy a llevar a la calle después de haber pagado, ¿no? Buenos están los tiempos para despilfarrar las cuatro beatas del cine, ¿eh?, buenos, y, además, que esta película de hoy es tolerada, a ver, para eso le he traído, aparte de que el chico no está aún en edad de entender de lo otro, digo yo, vaya pelmas, ya se callará. Así que los que se pueden marchar son esos tíos de ahí atrás, que a mi chico ya le calmaré yo, pues estaría bueno. Mira, Panchito, hijo, mira este papel, guapo mío, es el papel de las pipas, fíjate cómo cruje, oye, oye, mira, ya lo van a coger por las bravas de los pantalones, fíjate cómo lo van a desnudar y le van a atar al poste para tirar al blanco con flechas, eso que tanto te gusta a ti, hijito, mira, mira, ¡pum!, ya le han arreado, anda, hombre, mira... Su padre, que no se calla, qué le daré yo, anda que no hay sifones por ahí, pues sí que este crío la ha armado buena esta tarde. Para un día que uno se siente padrazo y renuncia a la partida de mus y al chateo en casa del Venancio. Y todo porque la parienta tenía que lavar. Menuda lavada te sacudía yo así, gamberro. Pero, ¿te vas a callar, desgraciado? Mira, mira, fíjate qué caballo lleva el indio ése bueno... ¿No quieres caballo, asadura? Pues qué mejor que un caballo. Es que ni con un mercedes, gachó qué perra... Mira, mira, cariñito, fíjate qué cadena lleva este señor, tan bonita, seguramente es de oro, así llevaba el reloj mi padre, y mi abuelo, o sea, vamos, mi padre era tu abuelo, y mi abuelo... Pues que ya no sé bien qué te toca a ti mi abuelo, será bisabuelo, o abuelo dos, o lo que sea, a ver, Dios mío, que pierdo la paciencia y le estrangulo, cállate, condenado. Nada, que no se calla. Me estoy consumiendo, todo el cine pendiente de nosotros y sin poder decir una de esas palabras que yo me sé, ahí está la vejistoria esa de la farmacia esperando -89- oírme decir algo para en seguida salir con el infierno y que si las blasfemias y que si los tacos... Y doña Antonia, la del cura, y la señora Raimunda, la del jefe, que ya las veo queriendo oírme, que esta vez se quedan con las ganas, que se chinchén, y que le sigan dando fuerte al abanico para despistar, pero vaya disfruten que se pierden... Aquí las quería yo ver, escopeta, con un niño hecho una fiera que ni los indios ni los confederados ni nadie le achanta. ¡Mi madre! Ahora, hipo. Lo que faltaba. Verás qué susto te voy a arrear yo para que se te pase, crío de... Quizá es por el helado que le compré antes de entrar. Y su madre me tiene dicho: No le compres helados, ni pipas, que la tripita se le estropea al baldadito. Sobre todo, nada de helados, que además le furacan los dientes, angelito. Y yo le he comprado un helado. Vamos a tener bronca. Bueno, y qué. Me salió de... Otra vez me va a engaritar tu madre a mí. Sí, sí, como no morena. Si está visto que eres anormal, o sea, vamos, gilí, que eso es lo que quiere decir lo de subnormal cuando la tía Vicenta... Si yo me conozco a toda esta gente más bien... Claro, claro, ya lo dicen por ahí. ¡Leñe, tartamudea lo que te salga de las narices, pero di qué te pasa! Oiga, señor, ¿por qué no le deja a mi pequeño su cadena? Seguramente se calmará jugando con ella. ¿No? Claro, así ya se puede estar gordo como está usted, a ver, con esa cachaza y esa cadena... Pues a lo mejor el chico se callaba y nos enterábamos de la película, que si no, al paso que vamos, de aquí no sacamos nada de nada de nada. ¡Jorobeta con el niño! ¿Te vas a callar, resalao? Mira, mira qué tren. Verás qué tíos esos americanos despanzurrando indios. Que sí, señor, que así se coloniza y lo demás es tontería. Ya podrían dejar alguno, digo yo, para mandarle a la luna, que allí va a estar mal de servicio y de albañiles, sobre todo al principio. Oye, rico, pero, ¿no te vas a callar - 90- en toda la santa tarde? Usted perdone, señora, pero yo no puedo hacer más de lo que hago para tranquilizar al chico. Y no falte, qué es eso de llamarle berrendo a mi niño. Es verdad que es un poco tartamudo, pero ya ve usted qué bien que chilla, a ver, y, además, es bien guapo, rubito, con los ojillos claros, sobre todo cuando se le ven los dos bien puestos, que, a veces, uno se le queda dentro y aparenta tener uno solo, pero, eso, ahora, con el

llanto y los mocos, pues que no se ve, ya verá usted en cuanto enciendan y esté tranquilo con su bocadillito de calamares en la mano, que se lo voy a comprar correndito. Fíjese usted, señora, la que se queja, si es un chico modoso y bien educado, que no se lleva las manos a los ojos. Muy bien, chiquitín, las manitas quietas, ahí abajo, así. Además, está bautizado, y tiene sus dos apellidos legítimos, y mucho ojo con aplicarle algún mote, ni siquiera el que tuvo mi abuelo y luego mi padre. De eso, ni hablar, vamos, que aquí estoy yo para cortarlo en seco. Así que eso de berrendo, quien lo sea, señora. Sin faltar, ¿eh?, sin faltar, tengamos la fiesta en paz. Lo que pasa aquí es que hoy la ha agarrado llorona, a ver, está en su derecho. Le doy mi palabra de honor que es la primera vez que le pasa. No me lo explico, tan contento que venía. Él es naturalmente un niño muy finolis. Berrendo, berrendo... Hombre, por el amor de Dios, llamar berrendo a una criaturita así. ¿No te digo? Aquí, cualquiera, en cuanto se pone dos campanillas al cuello, o una medalla al pecho, o tiene un empleo fijo, ya se sabe: a llamar cosas feas a todos los demás. Estamos apañados con la señora. Aprenda, aprenda usted de este señor tan gordo, que está aquí, al lado de mi niño, que le oírás más que usted, ¿no?, vamos, digo yo. Y, sin embargo, ahí está, paciente, cachazudo, como hay que ser. Sin abrir el pico. Mira, niño, si no te callas ahora mismo, te saco de aquí. -91- Yo pierdo la película, claro, pero te rompo la crisma en el mismo vestíbulo. Como hay Dios que si no te callas te rompo los hocicos. ¡Caray con el mico éste! ¡Acomodador, llévese a Panchito al cuarto oscuro! Hombre, señorita, lo del cuarto oscuro es para asustar, o sea, a ver si achanta la muy, pero ya sé yo que el cine está a oscuras y no hacen faltan más cuartos ni narices, usted también. Anda, que todos la tienen tomada hoy con mi Panchito. Yo creo que le duele algo. Él no ha llorado así nunca, ni en el cine, ni en misa, ni en ningún sitio. ¡Pero si parece tonto, de modosito que es! ¡Gracioso tú, y que lo digas! Te aprovechas de la oscuridad para llamarle a gritos cabezorro a Pancho, y tarado, pero te he conocido la voz y no te contesto porque soy muy mirado, pero ya puedes ir enfundándote las narices en un costal, que, mañana, cuando te encuentre donde sea, no vas a llevar frío, cacho de... Le aseguro, señora, que estos gritos me empiezan a preocupar. ¿No se habrá clavado algo en la garganta, o en un ojo? Los veraneantes clavan a los pajaritos una larga aguja en un ojo para que canten sin parar y atraigan así a los demás. A ver si éste se ha tragado uno de esos imperdibles que le pone su madre en el jersey, con el papelito. ¡Ah, usted no sabe lo del papelito! Pues, sí, es muy sencillo. Mi niño lleva un paquetito clavado con un imperdible, o sea, vamos, para que no se pierda, algo así como una bolsita. Lo ha hecho la Remedios, mi señora, que es muy mujer de su casa. Nada, que no voy a poder decirle a usted lo que lleva la bolsita dentro, porque ¡jarabe! cómo grita. Y ahora ya patalea y todo. ¡Quieto, borrico! Pues mire, van unos papeles con su nombre y dirección, por si se pierde, o si se cae en una alberca, o lo matan los veraneantes con las bicicletas, que todo puede ser, que a cafres, mi madre, qué niños esos de las bicicletas, y como, usted me comprende, -92- el chico es tartamudo... Tartamudo nada más, nada de memo, como quiere la señora Vicenta, la de los periódicos, sí, hombre, la de las pipas... Lo que pasa es que Panchito siempre que puede le tira del rabo al perro de la señora Vicenta, que es feo y viejo, hace bien, y ella... Bueno, ella... Aquí, memos memos no hay más que el Lucio, el del guardabarrera segundo, que el pobre no levanta cabeza... Pero si van a visitarle los turistas, como si fuese la iglesia o el castillo, y le sacan fotos cuando la Pascualeja, la del hortelano, que es la que le cuida cuando su madre va a asistir, pues, cuando la Pascualeja le echa polvos de talco... Pero, usted, vaya a verlo y se enterará dónde le echan el talco. ¡Qué gente! Y la película pasándose, y este zoquete desgañitándose. Y todo así. Si nadie se creería que estamos a una hora de la capital. ¡Barbarie, eso es, barbarie! Pero, ¡cómo me

voy a callar, si me están preguntando! Además, que la película se está acabando, porque el tren se ha vuelto a poner en marcha, y ya no quedan indios. Mira, Panchito, mira qué campana. La verdad es que la película nos ha salido hoy por la culata. El gilí éste, venga de llorar, venga de llorar. Y lo que te rondaré. No te... Su madre, cómo se ha puesto esta gente. Ni que esto fuera un cine de la Gran Vía, en Madrid, bueno, hombre, ya me voy a salir, ya, no tienen ustedes corazón, qué me van a contar, a ver, siempre Panchito arriba, Panchito abajo, que si le va a salir un diente, que cuándo va a ir al colegio, que si patatín que si patatán, y ahora... Total, porque llora un poquillo hay que ver la que arman ustedes. Ni el dos de mayo. Pues como me llamo Pedro y soy fontanero, que ya se pueden ustedes ir ahogando en el primer atasco, que seguro que le habrá, que yo no voy a hacerles el servicio ni a la de tres. ¡Inciviles, filisteos, caravinagres! ¿Es que ustedes no han llorado nunca de pequeños? ¿Qué tanto -93- no? Ya me parecía a mí que ustedes no han hecho nunca nada a completas. ¿Te quieres callar, so primo? ¿Es que no ves la que has armado? Oiga, si se va a traspasar, ay, madre mía, que busquen un médico. Sí, claro, ya sé, cualquiera encuentra un médico ahora, en el cine, con película de indios y sin tener el volante del seguro. Hombre, cuando la guerra, si buscaban en el cine a un médico o a un soldado que fuera, ponían ahí un cartelito y el interesado salía al momento, pero lo que se dice pitando. Pero ahora... ¡Qué se me ahoga! En fin, nada, Pedro, a la calle, que el tartaja este te estropeó el día libre. Al mal tiempo, buena cara. Pero me vas a oír. ¡Anda, ahora no quiere salirse! ¡Qué ya nos vamos, no sea gafe, acomodador! ¿No ve usted que ya estoy poniéndome la cazadora? Más le valía ordenar a toda esa cábila que no grite ni hable, que esta película es muy cultural y, con los siseos, no dejan enterarse a nadie. Y no digo más que siseos, ¿estamos?, que como yo pesque a ése que ha aludido tan directamente a mi Panchito... Nos vamos a ver las caras, ésa es la fija. Vámonos, chico, vámonos. ¡Pero qué tripa se te ha roto, criatura, tanto llorar en el cine y ahora no quieres salir! Anda mi madre. Vaya, menos mal que han encendido. ¡Dios, cómo está esta gente! No es para tanto, y además que ya nos largamos. Pero... Oiga, señor, usted, el gordo, sí, claro, si ya lo decía yo, ¿es que no ve usted que tiene agarrada con su asiento una mano de mi Panchito? Qué tío valiente, casi tiene desprendido el meñique, y sin decir nada. A ver, hombre, con razón lloraba, es que a otro, por menos, la laureada; ahora quería yo ver aquí a la bruja esa de los periódicos, a ver si es verdad que Panchito es memo. Un poco tartaja, eso sí, y algo llorón, a ver, levanta, hombre, que ahora hay un descanso y vamos a respirar un poco...

-94- -95-

Llamada semanal

Vamos, hombre, ya era hora de que aparecieras, vaya por Dios, ¿dónde andabas? Llevo aquí más de media hora, hemos llamado a casa de tus padres y todo, a ver si estabas allí, y claro, el caso es que siempre que yo llamo nunca estás en casa, hay que ver qué desastre eres, cómo has tardado, que ya me tenías muy intranquila, sí, sí, ahora di lo que quieras... Pretextos, nada más que pretextos. Lo que pasa es que estás mal organizado, hombre, ya me

dirás... ¿Qué no? Bueno, si es ahora, cuando sabes que yo voy a llamarte y no estás, pues a ver, figúrate tú cómo andará lo demás. Javierín, estate quieto, ricura. Es que tengo aquí a Javierín, ¿sabes? Está muy guapo, le ha sentado muy bien el campo. Javierín, sol mío, ¿quieres hablar con papi, que está en Barcelona? Ven, guapi, deja, deja la puerta en paz, no te pongas cargante, un niño como tú no debe ponerse pesadote. Vaya. Oye, Javier, fíjate, no hace más que abrir y cerrar la puerta... ¡La puerta de la cabina, hombre!, ¿cuál quieres que sea? ¿No oyes los golpes? Es él... ¡Es más rico, y está más fuerte...! ¡Si le vieras qué bien le ha sentado este mes aquí...! Bueno, señora, yo qué le voy a -96- hacer, si usted no se entiende con su marido será por la línea, a ver, estos teléfonos son una birria. Nada de echar la culpa a mi niño, pues sí. No, Javier, no, cariño, no te lo llamo a ti, hombre, qué va, es que en la cabina de al lado hay una señora muy mística que se queja de que Javierín mete ruido y de que no la deja hablar, y, bueno, todo eso, ya sabes cómo son esas gentes... Cuéntame, Javier, anda, cariño, ¿esperabas que te llamase hoy? Acuérdate que es jueves, y yo te llamo siempre los jueves a esta hora, yo soy muy cumplidora. En cambio, tú, ahora solito por ahí, campando, ¿eh? No, no, si te conozco muy bien, claro, es la de siempre. Menuda mosquita muerta estás tú hecho. ¿La Cuquita? ¿Eh? ¿Que la Cuquita? Está bien ya. Se ha quedado en el chalé con unos amigos, tienen un tocadiscos bárbaro, sí, ya se le ha aviado la tripita y está la mar de mona. Pero ha pasado unos días que no veas. Un horror, un horror, te digo que un horror. Pobrecita, fíjate, sin poder salir, ni ir a la piscina, y de aperitivos, ya te supondrás, ni tanto así, porque, a ver, con la tripita así, a ver, dime tú dónde iba a ir. Tampoco pudo postular el día del cáncer, o de la peste aviar, o qué sé yo qué mal de esos corrientes, bueno, que la pobre ha hecho bien en quedarse hoy en el chalé. Oye, el chalé está muy bien, ¿sabes? Quizá tenga alguna gotera. Ahora que como nos iremos antes de que llueva... ¿Qué? Sí, claro, ha estrenado un vestidito precioso, malva, de liquidación, no te asustes, y le han puesto unos vivitos blancos que le caen estupendamente... Una modista de aquí, mucho más barata que ahí, bueno, ya sabes, de pueblo, pero nosotras lo arreglamos y queda fetén. Un verdadero modelo. ¿Qué no me oyes? Pues, anda, hijo, ni que estuvieses sordo, yo grito mucho. Claro, es que Barcelona queda muy lejos, hombre, no me vas a oír como si estuvieses aquí mismito. Pero, ¿qué dices de ruido? Aquí -97- no hay ruido. Bueno, aquí hay mucha gente, pero están encantados con Javierín, que no hace más que diabluras. Es que es un sol, lo que se dice un sol... ¿No me oyes? Espérate, voy a quejarme a la encargada... Oiga, señora, no hay derecho, después de tanto esperar y tanto recordar las tarifas, ahora resulta que mi marido no me oye, a ver si se puede arreglar esto... Javier, cariño, dale un golpe a tu teléfono, así, fuerte... Más fuerte... ¿No me oyes? A lo mejor suena más. ¿Lo ves? ¡Ya! Oye, dime, ¿cómo lo pasas? ¿Qué comes? ¿Has acabado ya lo que te dejé en la nevera? No compres cosas en el mercadillo, vete siempre al super. ¡Ay, hijo, qué pesado te pones! Sí, sí, los niños están muy bien. ¿No ves que aquí están todo el santo día en la calle? A ver, aquí están lo que se dice salvajes y no pasan autos por la calle, y hay gallinitas, y cerditos, y conejitos... Oye, oye cómo lo repite Javierín... Y los chicos andan siempre con ellos. Pero yo sufro mucho, hijo, y me aburro. Menos mal que jugamos un poco a la canasta por las tardes, ya a la nochecita. Con las señoras de la colonia... ¡De la colonia!... ¡Qué de la colonia veraniega...! O sea, ¡pues de las que vienen a descansar! Unas viejas cursis que no dicen más que chorradas, hijo. Fíjate que hay una, ya te lo dije el otro día, que habla del honor, y de la eternidad, y de la cosecha, y entiende de kilovatios y qué sé yo qué más. Es la que siempre pierde, ¡toma! Sí, ya lo hice... ¡Qué ya lo hice...! Oye, no me has dicho nada del abuelo... ¿Tanto? Pero... ¡Andá! ¡No es posible...! Bueno, déjale que coma lo que quiera, pobrecillo, si revienta habrá sido a gusto. Total, a sus años y para lo

que le queda... Procura que lleve limpio el cuello, y las solapas, que siempre está baboso, caramba con el viejo. ¿Qué tose? Bueno, pues que siga tosiendo. Seguro que le has comprado Ducados, o Coronas... Llévale Celtas, si va a seguir tosiendo, -98- qué más da. Hay que ahorrar, que cuando venga el otro niño... Porque va a ser niño, lo sé yo, lo noto en las pataditas... ¿Aquí? ¡Qué burrada! Ni lo pienses. Nada, nada de antojos. Haciendo punto y sanseacabó. Tú sí que te irás al cine, y venga de Julie Christie y de Sofía Loren, y la Déborah esa... Yo, solamente los niños, que no me dejan ni a sol ni a sombra, y que, para que lo sepas, que ya me voy hartando de esta esclavitud. Fíjate que ayer me tuve que levantar de la partida cuando iba ganando porque Cuquita tuvo la genial idea de pasar un ataque de nervios, será loca, que ella quería ser jipi y no tener prejuicios, y que tú y yo éramos unos desalmados atestados de manías, y del tiempo de Maricastaña, y del año de la pera... ¿Qué ordinaria, no verdad? En fin, no quería decírtelo por no disgustarte... ¿Eh? Claro que se le pasó... Espera... ¿Qué le pasa a usted? Yo tardo lo que me da la gana, estoy hablando con mi marido, que le hablo todos los jueves, ¿no verdad, encargada? Y pago lo que sea, hombre, estaría bueno, proteste usted a la Telefónica para que pongan más cabinas, habrás visto. Javier, nada, oye, ¿estás ahí? Nada, hijito, nada, que un cateto de aquí, que decía algo de un accidente, que si tenían que llamar a no sé qué sitio, que si ambulancia... Caprichos, camelos, que no nos dejan hablar y nada más. ¿No te digo que están salvajes? Y la otra dale con Javierín. Adiós, ¿has oído? Se acaba de cargar los cristales de la puerta, angelito, qué riesgo más estúpido. Bueno, señora, bueno, yo pagaré... Es que este hijo, hay que ver cómo se ha puesto, le ha sentado el campo que para qué, y, luego, a ver, estos chismes son tan malos... ¿Jesús? ¿Por qué dices Jesús? Ah, ya. No, no he estornudado, ha sido una moto que ha pasado por aquí, o la gente de afuera, que no para de hablar. Mal educados. Todos están mirándome la mar de serios, enterándose de lo que te digo, y la - 99- encargada lo mismo. Cualquiera diría que no han visto nunca a una persona hablar por teléfono. Ya ves qué raro, una señora que llama a su marido. Sí, sí, las chachas van, van. Ay, hijo, esclava de ellas. Pendientes de la tele y de la película en el cine de aquí y en el del pueblo de al lado, a ver, la Petra, ya sabes, hasta allí de folletinesca, fíjate si será, sueña con Anthony Perkins, que le ha visto el otro día, menudo rollo, El proceso, que no la entendió nadie... Y la otra, bueno, la otra lo pasa mejor con un factor de la estación. Así que solita y en mi estado... Sí, sí, ya se le quitaron los granos... Anda, que preguntas más por ellas que por mí. ¿Un timbre? ¿Qué timbre? Ah, ya, es un gracioso. Javier, ¿te has ido?... Oiga, encargada, ¿es que me han cortado? La reoca, estaría bueno. Esto es una vergüenza, dejarme así, a medio, aquí nadie cumple con su deber y el público a pagar el pato, y así vamos. Javierín, chiquitín mío, no has podido decirle hola a papi... Ah... Javier, Javier, ah, ¿estás ahí? No te oía, creía que nos habían cortado. No, no era nada, uno que tocaba el timbre de la bicicleta y decía «Se acabó la función, ahora un descanso...» Como ves, uno así así. A estos sitios me mandas tú. Ahora lo quieres arreglar... Grita, grita, que no te oigo. ¡Pues no se han puesto ahora a barrer los cristales de la puerta...! Javierín, Javierín, ay, qué susto... ¿Pues no se mete cristales en la boca? Lo que no se le ocurra a éste... Esto no es vida. Ya, Javier, ya, sí, si tengo cuidado. ¿Qué está lloviendo? Pues no han dicho nada en la radio, para que te fíes. No te vayas a poner malo. Ponte un jersey, el que te hice este invierno, que te sienta muy bien... No, ése no... El clarito, hombre, el clarito... ¡Ése! Ya. Tómame manzanilla, que la grasa de las cafeterías no es muy allá y luego te quejas de acidez... ¿Cómo? Sí, aquí, la leche, pues de la vaca, de la vaca. Hay una preciosa, se llama la Pastora... -100- Oye, es más graciosa... Figúrate que la otra mañana... ¿Qué? Javierín, dile algo a papi... Oye, te voy a dar un cachete. ¡Dios mío!, ¿has oído, Javier, lo que te ha

dicho? ¿No? Menos mal. Es que aquí aprende unas cosas que para qué te voy a contar, a ver, todo el santo día en la calle, con estos niños tan grullos... ¿Sabes que Rafa...? ¡Rafa!... ¡Qué a Rafa le ha dado por beber agua de pozo...! Y está empeñado en bajar al pozo, no sabes lo que tengo que luchar. No, no vengas, no te pongas así, claro que no le dejaré bajar, pues sí, para catarros estamos... Ya voy, señor, ya voy; si usted tiene que hablar, yo también tengo que hablar, a ver, con mi marido, que está en Barcelona, ¿o es que se cree usted que el teléfono lo han hecho para usted exclusivamente? No es ninguna tontería lo que yo estoy haciendo... Bueno, Javier, tengo que dejarte, esta gente se está poniendo pelma y además es la hora de la canasta... ¿Que con quién hablaba?... Ah, nada importante, una gorda que vino a protestar, parece andaluza en el habla, no te gustaría, está demasiado llenita... ¿Que la tía Pura ha desaparecido...? Bueno, déjala, para lo que hacía aquí... Pero tú eres capaz de mandar un aviso a la radio y una foto al periódico... Déjala, siempre muy, muy fantástica y quizá esté por ahí... Que por ahí, por las nubes, en alguna playa, metida en algún sitio, dormida en un cine... No tengas cuidado, no hay quien cargue con ella. Adiós, Javier, qué prisa te ha entrado... ¡Qué me pongas una postal... Oye, de futbolistas, que Rafita las reúne! Sí, sí, que esté tranquila, bueno eres tú, yo aquí sola, y en mi estado... Javier, cariño, ¿te acordarás el mes que viene del aniversario de nuestra boda? ¿Eh? ¿Has pensado algo ya? ¿Sí? ¿Es buenecito? A ver si lo acierto. ¿Una joya? ¿Un abrigo? Tampoco. ¿Una...? Encargada, pero, ¿por qué han cortado? Es que no he podido ni decirle adiós a mi marido.

-101- Javierín, hijito, vamos, bueno, a ver, dígame cuánto le debo... Porque ustedes no se fijan en que el niño no tiene conocimiento aún, y eso de los cristales... Sí, sí, quien rompe paga... Y lo que sigue. Pues estaría bueno, irme sin pagar, mi Javier seguro que me llamaba y...

-102- -103-

En el fondo del mar

Oiga, no me diga, que esto del turismo se está poniendo la mar de complicado, hombre, que me va usted a contar. Yo, ya se lo supondrá usted, yo no soy un turista cualquiera, o sea, vamos, entiéndame, yo tengo estudios. Modestitos, claro. En casa, ya se sabe, éramos muchos y hubo unos años malejos, pero, en fin, uno salió de analfabeto, ¿está claro? Pues quiero decir que yo voy a ver las ciudades con un interés cultural, admirativo, educacional, o sea, vamos, que no me da por subirme a los árboles o por pasarme los días muertos bajo un puente, en cueros vivos. ¿Usted me entiende, no? Hombre, si más claro, agua. Pues, en fin, que a duras penas va uno sacando para redondear su formación, a ver, lo caros que están los libros, y los hoteles no digamos, ¿eh?, no digamos, y hay que viajar, sí, señor, hay que viajar, a ver si no. El viajar ilustra mucho, da cultura y se aprende la mar. Sí, sí, pues, ande, vaya usted a cualquier sitio a ver cosas para aprender. Fíjese usted, la otra noche le dije a la Paca, mi señora, que también es muy instruida, no vaya usted a creer, hombre, menuda es la Paca, se lee todo lo que cae en sus manos, porque -104- en mi casa, de eso de juergas y fiestas nocturnas y ir a los sanfermines y así, que de eso ni tanto así, ¿eh? Nosotros, al teatro alguna vez, y al cine de reestreno, y alguna vez al de arte y ensayo, sobre todo si invitamos a algún pariente que viene del pueblo, que hay que ver cómo se aburren,

pobres gentes, a ver, no tienen instrucción, qué culpa tendrán ellos. Pues le dije a la Paca, mi señora, que tiene mucha instrucción: «Mira, nos vamos a acercarnos mañana ahí, a ver si podemos admirar esas iglesias viejas que ha restaurado el gobierno...» Y dicho y hecho, allá nos fuimos. Bueno, no le voy a decir a usted que apretamos a correr, pero de tempranito... Vamos que si era tempranito cuando salimos. A las seis y media nos levantamos, qué le parece, ¿eh? Las seis y media de la mañana en este país, ¿eh? Algún que otro fraile y nadie más. ¿Aquí, a esa hora, y en día de fiesta? Amos, ande, a otro perro con ese hueso. Aquí no se levanta a esa hora nadie, más que un par de majaretas como la Paca, mi señora, y un servidor, que nos entregamos a este jaleo nada más que para recibir ilustración, a ver, hombre, no me va a discutir eso ahora, pues sí que no me conozco yo bien el tole. Bueno, que nos fuimos y se acabó.

¿Cómo que qué bien? Calle, hombre, calle usted, por Dios. Si no he empezado aún, como quien dice. Le perdono a usted todas las vueltas y revueltas que tuvimos que dar para encontrar la carretera. Socavón por aquí, remiendo por allá, dirección prohibida por el otro lado... Una perdición. Hombre, no me diga, qué molienda. Y todo es porque nadie tiene que hacer viajes educativos, sino que se hacen de pura diversión. A ver, al que va a divertirse, le da lo mismo tomar el sol aquí que allá enfrente. ¡Toma! El caso es tenderse a la bartola y: ¡hala!, a respirar hondo. Pero si usted quiere ir a ver una iglesia antigua, recién restaurada, y no se conforma con verla en el Nodo, ¿eh? ¿Qué va a hacer usted? -105- Buscar la carretera, ¿no? Ah, pues, entonces... Bueno, mire, si usted tiene ganas de saber cómo se hace turismo educativo se va a ir callando y sígame. A mí se me antoja que usted está muy maleado por las noticias corrientes, hombre, a ver, escúcheme y verá... Mire: al mismito llegar, en la Plaza Mayor fuimos a la oficina de información local. Mi experiencia es que ahí suelen saber siempre dónde están las llaves de los monumentos cerrados. Efectivamente, una señorita la mar de opípara, espigadita ella, vestida con el traje regional, nos saludó saltando y repitiendo «Buenos días» en cinco o seis idiomas. Se quedó algo así, vamos, así como... Cómo diré yo. No turulata, no, pero, así así... Ella debía esperar otra pregunta. Pero se ve que estaba enterada, y: «Las llaves de Santa Olaya las tienen en la parroquia de Santa Dorotea». «Die Schlüssel von Santa Olaya...» Se veía que nos lo iba a decir en los idiomas de antes, vaya gachí, ¿eh? Así da gusto. Dije: Paca, ¡a Santa Dorotea! A pie. Como los buenos. Hay que atravesar toda la ciudad de parte a parte, pero uno se arriesga. Las ciudades, digo yo, hay que patearlas. Si no, se convierte uno en un gringo de esos que no carburan ni se enteran de nada más que de lo barato que cuesta todo aquí. Las naranjas, baratas; los zapatos, regalados. Las criadas, en bandeja. Bueno, no divaguemos y adelante. No crea que esto de ir a pie era moco de pavo, que caía cada chaparrón... ¿Usted no ha notado cuánto llueve en España ahora? ¿Usted no cree que habrá que hacer alguna declaración en la tele explicando por qué llueve tanto? ¡Hombre, si hasta las frutas secas se han estropeado! Bueno: que llegamos a la parroquia de Santa Dorotea y entramos. Y allí no había un alma. Y la sacristía, cerrada con llave. Ni cura, ni sacristán, ni monago. Las capillas oscuras y cerradas. Nada. En la puerta de la calle, un muchachito que pasaba y que se llevó un susto de no te menees cuando -106- le preguntamos por Santa Olaya y sus llaves, nos dijo, ya más calmado, que las llaves de Santa Olaya las tenía la señora Jovita, la del consumero, que vive en la plaza, enfrente de la misma iglesia, en la casa de balcones con tiestos... Fíjese qué chico tan servicial, ¿eh? Ni un guía. Bueno, el que no estuvo ya tan amable fue un perro que le acompañaba. Nos debió tomar por turistas, y vaya gruñidos, y ladridos, y, en fin, mala uva perruna, que para qué le voy a contar. Y el chico sin llamarle al

orden. Ah, le digo a usted que el tal chucho era un asquito. Unas heridas feas, feas por el lomo... Las autoridades debían recoger esos perros, o industrializarlos, y que nadie viera esas lacras de nuestra vida social. ¿Usted no ha visto lo mirados que son con los perros los extranjeros que nos visitan? Figúrese qué dirán cuando se encuentren un animalejo así. ¿Cómo? ¡Yo qué sé de qué raza era! Sin raza. Desrazado. Chucho a secas. ¡Para lo que hizo!

Ya, ya voy a contarle lo de Santa Olaya. Veo que está usted intrigadillo, ¿eh? Pues más lo estábamos nosotros, a ver, si habíamos ido aposta a verla, la iglesita. Pues que llegamos a la plazuela, allí, ¿usted la recuerda?, donde está la portería de Santo Domingo el Viejo, y, efectivamente, allí hay una casa de dos pisos, con tiestos. Llamo, y nada. Empujo la puerta, y en el patinillo, nadie. En el segundo piso se oía cantar a una chica, delgada voz de soltera, con ruido de agua, No somos ni Romeo ni Julieta, digo ¡Oiga! dos o más veces, y nada. Ni caso. Golpeo otra vez con el llamador, y nada. Sigue, eso sí, la canción. Ya algo molesto doy un poco más fuerte en la puerta del fondillo... Y entonces, la cantante, que no debe ser la señora Jovita la del consumero, sino otra, digo yo, más flaca que la cuerda del tendadero, salió dando gritos: Vaya manera de llamar, ¿es que no sabe usted llamar de otra manera? Ésta es una -107- casa decente... La que armó. ¿Que no había nadie, eh? En un instante, todas las ventanas y las esquinas estaban llenas de gente, gruesas mujeronas que coreaban a la... la... la... la... Aquélla. Hubo un momento en que todas, a la vez, parecían no sé si secarse las manos o arremangarse, por si había lucha y tenían que intervenir... Le aseguro que le pregunté lo de las llaves con unos modos que ya ya. De lo más suaves, vamos. «¿Yo, llaves? ¿Y para eso vienen? Pues sí que. Para ver ese hospital robado, de Santa Olaya. Ahí no entran los turistas. Y, ¿es que tengo yo cara de sacristana? Pregunte usted ahí, a las monjas de enfrente...» Nos metimos a toda prisa en la portería de Santo Domingo, hombre, usted me dirá. Y cerramos la puerta y todo.

¿Sí, eh? Eso se lo cree usted. Tampoco estaban allí las llaves. Llamamos donde decía en letras doradas Portería. No salió nadie. Llamamos en otra puerta, y al ratito salió una señorita muy amable. Aquello era el locutorio y, al fondo, detrás de la reja estaba una monja, la abadesa, según dijeron. La señorita, una visita sin duda, transmitió a la madre abadesa nuestro deseo. No fue fácil: la abadesa estaba sorda que sorda. Se enteró, por fin, que todo se resuelve en esta vida, sí, señor. Y se empeñó en que nosotros no debíamos ir a Santa Olaya, sino esperarnos a que, por la tarde, hubiese no sé qué festejo en su propia capilla, que era más bonita que Santa Olaya, y más grande y más nueva, a ver, del siglo XVII, mientras que Santa Olaya es del IX, cualquier día se cae del todo, es una lástima tanta vejez... Aquí, aquí... Las llaves de Santa Olaya las tendría el cura de Santa Dorotea. Bueno, no nos quedamos a esa ceremonia, ya se lo supondrá usted. A la calle, y lloviendo, a buscar al cura de Santa Dorotea... Preguntamos a una mujercita ya vieja, de pelo blanco, que tenía el aire de venir de misa, dónde vivía el señor cura párroco de Santa Dorotea. La señora, una voz -108- dulcísima, lejana, nos explicó enseguidita dónde estaba en esos momentos el cura de Santa Dorotea: Ustedes sigan por ahí derechito, luego a la izquierda, y después la segunda a la derecha, y luego al frente, y tuerzan un poco a la derecha, otra vez al frente, y luego crucen por el jardinillo, y luego de pasar la farmacia del Vivillo, pues que ya está ahí al ladito. Allí es. Al revolver de la esquina. No tiene pérdida, qué va. Qué mujer amable, menos mal, aún hay gente de fiar en el mundo. Todavía al separarnos nos dijo, más ahilada y melosa la voz: «¿Y para qué quieren a don Lucio? Ay, Señor, estos madrileños,

habrán cometido algún crimen y quieren confesarse, ¿no? ¿A que sí?» Como usted ve, el día iba redondo, lo que se dice redondo. Y lloviendo a cántaros. Mire, haga el favor de no reírse, que la cosa no es para tomarla así, que vaya catarro que...

Bueno, voy a abreviarle, no le pase a usted hoy conmigo lo que a nosotros ayer. ¡Caramba, cuando pienso que todo era por el afán de conocer un monumento nacional, de ésos que, después de todo, vienen mejor en las fotos de los libros...! Verá. Dimos con el cura. Practicamos todas las vueltas y revueltas que nos aconsejó la señora, todas en derechura, claro, y puede que algunas más. Y nada de llaves. El cura era persona instruida, muy simpático, qué duda cabe, y nos habló de mil cosas. Paseaba patriciamente por el patio, y yo temiendo que tropezase a cada vuelta con la cuerda del pozo, que estaba muy mal puesta en el suelo, él sin notar la lluvia, se veía que nos encontraba gratos y quería tener confianzas. Esto son las desventajas de ser persona culta, que te colocan cada rollo... Nos contó las dificultades entre la mitra y las bellas artes, entre restauradores locales y arquitectos ministeriales. Nos refirió el alza de la arena y de las antigüedades. Y de mucho más. Arregló y desarregló y volvió a remendar el concordato como una veintena de -109- veces. Se veía que era hombre muy dispuesto. Y nosotros, quietitos, niños buenos, en un hueco de la pared, lloviendo, con unos goterones como sandías que se descolgaban de los canalones, soñando para mis adentros con oír al tío del tiempo por la noche la cantidad fabulosa de litros que nos habrán caído encima... Como no lo diga, es para escribirle una carta injuriosa o protestar de su mala información... Y, para afuera, nosotros: Sí, padre. No, padre. Lleva usted razón, padre. Es muy justo, naturalmente, padre... En fin, ya sabe usted, todas esas chorradas que se dicen en esos casos. Debió conmovérle nuestro aspecto dócil y cultivado, porque, eso sí, aunque estábamos chorreando, no habíamos perdido nuestro empaque de personas cultivadas, hasta ahí podíamos llegar, nada de parecer impíos turistas holandeses, digo yo, y nos confió que las llaves de Santa Olaya habían estado en el museo provincial, pero que la señorita Fifí, funcionaria, etc., etc., se desentendió de ellas, porque, a ver, ella tenía título universitario y matrículas de honor por libre, y, se comprende, no iba a estar atada a las llaves y que, en fin, todo eso. Ahora estaban en la conserjería del Palacio de Abajo, y que allí estaban también las de San Juan de Mata, y las de Santo Toribio, y las de... Todas más dignas de ser visitadas que Santa Olaya. Lástima que ya no teníamos tiempo para tanto.

Y venga de caer agua, dale que te pego. Nos tomamos un cafelito, al paso, ya más esperanzados. Y una instantina. ¿Ve, lo previsor que es la Paca? En su bolso, instantina. Siempre que vamos a algún sitio ella saca lo que hace falta: aspirinas, mercromina, tiritas, sulfamidas, para comerlas o para untarlas, jeringuillas... Lástima que no llevase ayer un paraguas. Usted me dirá. Una persona culta siempre resulta útil. Bueno, al Palacio ese. Por cierto, en la cafetería, para -110- que usted me diga luego que si tal y que si cual, aquellos camareros que son de allí y que se chulean de acompañar a las turistas a todas partes, ninguno sabía dónde estaba Santa Olaya. Le digo que este país... Así nos va. Bueno, llegamos al Palacio. El portero nos quiso colocar los billetes, que valían para varios sitios. ¿No ha notado usted esta manía nueva de los billetitos por episodios? Sí, hombre, a usted, ¿le interesan los cuadros? Pues tiene que ver relojes, o acericos. ¿Le interesan las armaduras? Tiene que ver momias, o panteones, o las cuentas de una panadería. Allí también era así. El portero mandó a una señorita a buscar a otra señorita, que era la depositaria de las llaves. Esperamos un rato, volvió la señorita: «Ahora baja, esperen». Pasó

otro rato, nos íbamos secando, seguían fuera los chubascos. Bajó otra señorita, escoltada por un ente. Sí, hombre, un ente, un fulano bajito que venía unos pasos detrás de ella sin decir nada. Esta señorita no era la señorita que esperábamos, sino una delegada, es decir, una tercera señorita. Bueno, a ver si me escucha con cuidado, que estoy algo ronco, Sí, sí, había tres señoritas. Una: la que subió. Otra: la que estaba donde subió la primera, que no vimos. Y otra: la que bajó. La señorita tres era encantadora. Se ve que también tiene estudios. Dijimos una vez más que las llaves, que Santa Olaya, que..., que. La señorita tres dijo que la señorita dos estaba enfermísima, se acababa de tomar una taza de té y una grajea, y dijo no sé qué de metabolismos, aneurismas... Oiga, ¡qué tía, cómo hablaba de bien! Evidentemente, tenía estudios. La señorita de arriba, por boca de la de abajo, se lamentaba de no poder bajar a vernos. Se notaba que era chica educada y cumplida, no faltaba más. Pero en cuanto a lo de las llaves... Eso de entrar en Santa Olaya... La señorita número tres, o sea, vamos, la mensajera, -111- me preguntó a bocajarro «¿Usted quién es? ¿Un particular?» Hombre, amigo mío, usted reconocerá que esto es ponerle a uno en un aprieto. Yo le dije que sí, que era particular, a ver, o que, por lo menos, no era general. A ver, no me iba a poner a explicarle que yo fui inútil total en el ejército... El colmo fue cuando le preguntó al hombre que bajaba detrás de ella si me conocía... ¿Gracioso, eh? Se conoce que temió que yo fuese un pez gordo. El hombre dijo que no, que no me conocía, y puso una cara así, muy desdeñosa, sacando los labios y levantando los hombros, no cabe más despego, también fue cosa. Aquello fue la puntilla. Estaba clarísimo que aquel tipejo no conocía a nadie, menos me iba a conocer a mí, que tengo carnet de segunda, a ver, de empleado eventual... Mira tú que si me llegó a parecer al Cordobés, o a Raphael, o al General De Gaulle... Pero me parezco al abuelo Luis, que palmó en lo de Novedades, y que parece que no era muy recomendable. Lo que son las cosas. Ah, no, oiga, no, si no me quejo. La chica estuvo muy gentil, aparentó conmoverse, sería al vernos tan mojados y tan ciegos por la cultura, y nos dijo que el hombre que acompaña con llaves no estaba. Se le acababa de morir una hermana, Angelita, la pobre, de cáncer, tan buena, si usted viera, esas infelices criaturas... Como usted adivina, yo no insistí, hay que respetar el dolor, yo soy una persona comprensiva. No sé si sería verdad, vaya usted a saber, o si sacrificó a la pobre Angelita en honor de Santa Olaya, abogada de no me acuerdo qué, o quizá pretendía, al darnos largas, ver mi foto la próxima semana en un periódico o en el telediario, quién sabe, para obrar sobre seguro... ¿Eh, qué me dice? ¿Es fácil adquirir cultura aquí? Nos quedamos sin Santa Olaya. Todavía al despedirnos nos decía muy cariñosa: Vuelvan mañana... Se conoce que ha leído ese libro recién salido, que anda ahora por los quioscos, -112- de un tal Larra. ¿Sabe usted quién es ese fulano? Porque a lo mejor, la gente da en repetir la frasecilla, igual que ya decimos lava blanco blanquísimo, sólo faltaría eso, vaya bromazo. En fin, que no hubo llaves. ¿Está claro? Estarán en el fondo del mar, es inútil perseguirlas...

-113-

Goyito, tirador de pecho

¿Que me encuentra usted muy bien conservado, casi un mozalbete? Naturalmente, cómo iba a estar, con lo que ha sido mi juventud. Usted no lo sabe, qué va a saber, ni usted ni

nadie, pero yo fui un personaje importante, allá por los años mil novecientos y pocos, cuando yo andaba por los dieciocho míos, mis veinte... ¡Ay, se me ablanda el corazón en acordarme quién fui...! Había que verme con mi gorrita a cuadros, de visera, comprada en la Plaza Mayor, en la rinconada de Postas, y mi pantalón ceñido, comprado en El Águila, Preciados esquina a Tetuán, cerca de El Dorado, donde ya eran famosas la Chelito, y la Tórtola Valencia, y la Raquel... ¿Que usted no las ha conocido? No es posible, hombre, cómo no va usted a conocerlas, unas glorias nacionales, si hasta los serenos lo saben, estará usted traspapelado de memoria. Unos rabitos de pasa, amigo mío, que no hay que olvidarse de la historia patria, qué caramba. A ver, si no. Bueno, pues por entonces, que muchas huelgas, que si los panaderos, que si los albañiles, que si los carniceros, o los de correos, y, eso sí, muchos accidentes ferroviarios, porque de eso... Mi -114- madre, de eso... No nos hemos privado de nada. Dios, qué porrazos. Me acuerdo de uno que hubo en Seseña, ahí, un poco antes de llegar a Aranjuez según se baja, que, anda, la que se armó. Ni la pareja se libró. Espachurraditos. Y ahora que lo digo, ¿por qué se iban a escapar los civiles, no verdad, usted? Hombre, digo yo. A mí no me han hecho nada, pero, a ver, yendo en tren y dándose el tortazo, pues que todos somos iguales, con tricornio o a pelo, ¿no le parece? Bueno, pues que en ese tiempo todo el mundo las pasaba moradas, pero yo... Usted no oía hablar más que de la falta de pan, falta de esto y de lo otro y de lo de más allá. Y la gente, pues que la gente se moría en la calle, en las esquinas, en los soportales, un horror. No sé si sería de frío, porque entonces nevaba de lo lindo, no era como ahora, o quizá era de aguardentazo, qué más da. El caso es que la dañaban que era un contento. No, no me ambolique ni me confunda. Lo de la gripe fue otra cosa, bien que la recuerdo, que se me murió media familia y el perro Lenin, un danés que mordía a todos los guindillas. Vaya disgustos, qué le voy a contar. ¿La gripe a mí? Menudas defensas me gastaba yo, o sea, vamos, vitaminas. ¿Que qué era un guindilla? Pero, oiga, usted se ha caído de la higuera hace un cuarto de hora, con repique y todo. Un guindilla era... Pues un guardia de seguridad. Como un gris de ahora, sólo que con otra pinta. También había romanones, que iban en las procesiones a caballo y solían caerse. ¿Que por qué guindillas? A mí qué me cuenta. Llevaban un pantalón colorado, sería por eso, a mí me trae sin cuidado. Búsquelo en un periódico del tiempo, o en el Diccionario de la Academia, que dicen que trae todo lo que no dice nadie. Bueno, ¿quiere que siga contándole por qué estoy tan lustroso a mis ochenta y pico, o no? Anda que no incordia usted ni nada, -115- leñe. Pues, como le iba diciendo, yo... Era mi oficio, señor, mi oficio, que, desgraciadamente, ha desaparecido. Con estas pejugueras del desarrollo, pues que todo lo interesante se está perdiendo, pero que a todo correr, si lo sabré yo. Pero ya ve usted, yo estoy aquí tan pimpante, tieso que tieso, gracias a mi oficio. Ríase usted de las dietas de Marañón, ¡la mía, señor, la mía! Porque yo era, para que usted lo sepa, yo era... Bueno, no sé si decírselo, porque usted es capaz de ir a contarlo y entonces me veo haciendo ruedas de prensa, y saliendo en la televisión en los temas promocionales esos, o en la emisión de sobremesa, o sufriendo análisis y más análisis de sangre, de orina, de aliento, de sueño, de proyectos, de olfato económico... Buenos son los médicos, ya ya. Quizá hasta tuviese que hacer una declaración de impuestos nueva, o declarar algo en patentes y marcas, qué sé yo. Pero, en fin, ¿prometido el secreto? Pues, agárrese, que allá va. Y tenga presente que no es solamente el oficio sino mis cualidades, que yo era un maestro solicitadísimo, sin rival posible. Mire, don usted, como se llame, esa alusión a mi abuela sobra. De todas todas. Yo sé lo que me digo, y, si vuelve a largarme una chinchorrería así, no sigo y se queda usted sin saber el secreto de mi eterna juventud. Ah, pues, entonces... Le decía a usted que había que verme a mí con mi

chalinita de seda, que me la regaló la señora marquesa del Salobralejo cuando se le murieron los mellizos pelirrojos y mal hechos. ¡Talmente dos gatitos! Bueno, en la fotografía que hicieron para el museo anatómico, no sé por qué, que, yo, al vivo, claro está que no los vi nunca. Oiga, ¿se va usted a callar? Qué barbaridad, qué manera de preguntar. Vamos, acérquese. Yo era... ¿Está usted seguro de que no nos escucha nadie? ¿Por qué no mira usted detrás de esos aligustres? A lo mejor hay algún soldado -116- medio dormido, o algún chiquillo jugando al escondite, o una ama seca tostándose al sol para parecer más de pueblo y cobrar más caro. No es prudente que nos oigan. Bueno, ¿qué? ¿Nadie? Pues, allá va... Yo era... Es que no se lo va usted a creer, hombre, y le aseguro por mis muertos, por estos labios que se ha de comer la tierra, que no había oficio mejor pagado ni más nutritivo, ni que fuese más distinguido. Entonces, claro, quiero decir entonces, las cosas han cambiado muchísimo, ¡vamos que si han cambiado! Pues, yo era... Ah, pero, ¿no se lo he dicho todavía? Bueno, no se ponga así, ahora mismo se lo digo. Yo era tirador de pecho. ¡Qué tirar al blanco ni qué narices! ¿En qué país vive usted? Yo lo que hacía era mamar a las horas reglamentarias, en sustitución de numerosas criaturas que por hache o por be no podían hacerlo. La mayor parte, fiambres. Angelitos al cielo. ¡Anda! ¿Por qué pone usted esa cara? ¡No te fastidia! Mamar, hombre, mamar, no le veo la rareza por ningún sitio. Mamar, a ver, el hombre es un mamífero, usted también habrá mamado, ¿no? Pues yo me pasaba la vida yendo a mamar a domicilio. Anda, Dios, qué cara se le ha quedado, pues sí que es raro, a ver, usted piense un poco, si es que puede, que en ese estado de alelamiento, que parece que le ha dado no un aire, sino un huracán, vaya, hombre, espabile... Yo iba a mamar para ayudar a las señoras... (Ojito: señoras dignísimas, ¿eh?, no vaya usted a mal interpretarlo, hasta ahí podríamos llegar) que no podían dar de mamar y estaban pletóricas de jugo... ¿Qué tal lo he dicho? ¿Eh, que ha quedado bárbaro, o sea, fetén? Estas frases y otras parecidas las colocaba yo de cuando en cuando. Me las enseñaba Leoncio Regúlez Pintos, natural de Melgar de Fernamental, en el secano, que era practicante de la maternidad. Fíjese, por ejemplo... Espérese, que me voy a poner de pie -117- para que me salga mejor, observe qué entrada, qué fascinación, o sea, vamos, qué simpatía si yo empiezo así: Señora, beso a usted los pies, comparto la inexorable angustia que los inescrutables designios de la Providencia han volcado sobre su hasta ayer feliz hogar, privándola de ese encantador vástago de inteligencia privilegiada y ojos de zafiro radiante. Dios, con su indiscutible poder, y usted y su marido, todavía ambos en envidiable juventud... Etcétera, etcétera, etcétera. Y así y así y así... Me siento. Yo creo que el Leoncio Regúlez Pintos sacaba estos discos del zaragozano, almanaque que traía las fiestas movibles y el pronóstico de las tormentas. Al pobre Leoncio no le iban muy bien las cosas con su mujer. ¡A ver, tanta huelga! Adelante. Pues que yo me ganaba la vida así. Cobraba quince pesetas por sesión, que para entonces... ¿Eh?, para entonces... Y eran varias veces al día. A veces, si la cliente era de clase artesana, de las que comían cocido, le hacía una rebajita apropiada, con arreglo a un baremo que me hizo don Cástulo, el médico comadrón de La Gota de Leche, ahí, en la calle de Bailén. ¿Que no hay ya Gota de Leche? Pero, hombre, a ver, si todas las guías de turismo lo traen: «Calle de Bailén. Abierta todo el día. Tres cosas importantísimas para visitar: Palacio Real, Viaducto -¡toque madera!- y La Gota de Leche». Esto lo sabe todo el mundo. Para mí que usted es de provincia, vamos, o sea, de pueblo, es decir, algo paleta, vamos, digo yo. Ande, la verdad. ¿Navalcarnero? ¿Griñón? ¿Bustarviejo? ¿No? ¿De dónde, pues? Ya. Como que me voy a creer que usted es de Puerta de Moros y no va a conocer La Gota de Leche. Pero usted se cree que yo me chupo el dedo. Sepa usted que a pesar de mi profesión, tan sufrida, nunca adquiriré tan feo hábito. Bueno,

allá usted. Lo cierto es que yo era muy cotizado y buscado en mi trabajo. Yo a las cabañas bajé, yo -118- a los palacios subí... Ande, ¿a que no sabe usted de dónde es eso? ¿No? ¿Y se las da de madrileño, eh? Pues de don Jacinto Benavente, Premio Nobel, y un tío bárbaro haciendo teatro y escribiendo versos y lo que salga. ¿Me deja que mire mi reloj? ¿Que siga contándole cosas? ¡Pero si no me cree...! Bueno, ya voy, no insista tanto, hombre. Yo tuve un apoderado, que estaba empleado en la Maternidad, Leoncio Regúlez, ya le he citado, y me proporcionaba la faena. Se cobraba un cero coma cero cinco por ciento, lo que no estaba mal. Si el mes era bueno, además, yo le convidaba a los toros. Allí fue donde, una tarde de Rafael el Gallo, que vaya escandalera que armó el nene, vimos a la Paloma, la mujer del Leoncio, en una contrabarrera, muy amartelada con don Luisillo, su vecino, picador jubilado y chepa. Cosas del ganado femenino, que tiene ceguerras, qué se le va a hacer. ¿Que cómo lo hacía yo? ¿El qué? Ah, ya. Siempre de rodillas. Era la postura más cómoda. La señora muchas veces, ya sabe usted, hay que ser comprensivo, la muerte del cachorro tierno, daba grandes suspiros de pena, y esto me producía atragantos nada agradables, y, por lo menos, ensuciaba mi chalina, lo que, después, no vea usted el olor. Y sobre todo, alteraban el horario. Le digo esto para que no crea que todo eran tortas y pan pintado, quíá, también había sus peguitas. En fin. Yo exigía, además, un servicio para limpiarme los dientes, que se quedaba muy bien puestecito sobre la cómoda, o sobre el trincherero. Lo mejor que había, cepillo de cerda blanda, Licor del Polo. Si la casa era pudiente, me daban, al acabar la faena diaria, una copita de benedictino o de coñac, y si era de medio pelo, catedráticos, algún médico de iguala, gentes devotas, tenía que conformarme con un vaso de litines, que eran muy digestivos. Con que ya adivina usted el secreto de mi vejez terne que terne y mis excelentes -119- cualidades físicas. ¡Ah, si no fuese por los juanetes...! Pero así se justifica sobre todo mi piel sin arrugas, y mi excelente estado digestivo. Vivo ahora unas diez mil infancias prestadas. Y que me quiten lo bailado. ¿Que cómo estaba visto este trabajo? Estupendamente, hombre, estupendamente. En algunas casas, hasta me mandaban el coche, a veces hasta con dos caballos, para que fuera. ¡Era tan bonito atravesar en el coche la Puerta del Sol, o bajar por la calle de la Montera, y pasar por el alto de Carretas, donde estaba el Horno de San José, que vendía caldo de gallina para las recién paridas...! Yo me asomaba a la ventanilla y saludaba a la cola de mujeres, porque siempre había alguna que me conocía de alguna ocasión, a ver, tantos años trabajando, y esto fomentaba mi popularidad. Todas me señalaban: Ahí va Goyito, el de. Bueno, permítame usted que no le diga lo que a veces me soltaban. Oiga, ¿por qué serán las mujeres tan mal habladas y peor pensadas? En fin, cuando me acuerdo, aún se me pone carne de gallina, de la emoción. Así fue como conocí a Dosinda, la de Mondoñedo, que era ama seca, siempre han sido muy cotizadas las gallegas para eso. Fuimos muy buenos amigos la Dosinda y un servidor. Nos íbamos, cuando la cosa venía bien, a los bailes del Círculo recreativo. Vaya salón que se gastaban los gachós aquellos. La Dosinda y yo juntitos. La Dosinda se bebía el biberón del niño, que teníamos que cargar con él, aquellos biberones tan complicados, que corrían a la par que la edad, primera clase A, segunda clase B, maternizada yo qué sé... El niño lo dejábamos en el guardarropa, bueno, el niño, que hoy menudo empleo tiene y vaya viajes que se pega, es ahora un tío con nietos y todo, es de éstos que se quieren jubilar un poco a la fuerza, porque, si no, son capaces de comerse a Dios por los pies. Pero no le voy a -120- decir quién es, porque a él no le hace gracia, sobre todo le da algo de reparo el pensar que en el guardarropa le hiciesen algo y no quiere complejos... Algún maleficio, hombre, algún maleficio, qué ca... Pero, qué preguntas. ¿Qué quería que le hiciesen en el guardarropa? ¿Bachiller? Mire, por lo que más quiera, no me pregunte pijaditas, que me

está quemando la paciencia. Vaya, sigo... Lo del maleficio lo dice él, que sabe muchísimo, pero lo cierto es que se quedaba bien abrigadito, y la Dosinda iba de vez en cuando a verle y a decirle: Hola, ricura de su madre. Quién te quiere a ti, Cachorrillo mío, y etcétera, ya sabe usted. Filfa todo, porque es feo con avaricia, ¡y con una uva...! Y la Dosinda y yo, ¡Hala!, venga de bailar polcas y habaneras y chotises y lo que saliera. La Dosinda se murió ya, en un accidente, yendo a su pueblo, ¿no sabe? Sí, hombre, si vino en los periódicos y todo. Iba en la baca del coche y llevaban un par de ataúdes allí arriba, y como llovía, cosa que pasa siempre por allá, un tipo se metió en un ataúd, para protegerse. La Dosinda no lo sabía, ¿comprende usted?, y cuando el fulano sacó una mano para preguntar si seguía cayendo, pues que la Dosindiña se asustó y se tiró de cabeza al suelo. Repito que la Dosinda no lo sabía, porque, si lo hubiese sabido, otro gallo le cantara. La Dosinda se dio contra el quilómetro 86. Catapum. Se acabó la Dosinda. No somos nada. Ya andaba por los sesenta y tantos. Algo borrica siempre lo fue. Dios la haya perdonado. No me casé con ella porque decía muchas veces coña, y eso es una coña y la coña es que... Eso no estaba bien para mi profesión, ¿no le parece? El caso es que yo la quería mucho porque me hacía propaganda y me regalaba servilletitas de papel para que las emplease en las casas modestas, es decir, huelguistas, repartidores de carbón, ferroviarios y cosas así. Recuerdo que el año 17, después del -121- jaleo, ya tenía yo veintiocho años y acababa de abrir consultorio, digamos, para entendernos, una sala de recibir la mar de higiénica, con báscula y todo para vigilar mi peso, marca Toledo, y me había hecho tarjetas de visita y me anunciaba en El Liberal : «Gregorio Dulce Cremoso. Succionador. Seriedad. Economía. Limpieza. Teléfono 103». Óigame, por favor, ¿quiere cerrar la boca? Bueno, pues la Dosinda organizó un homenaje a este servidor de usted, en el que participaron casi todas las nodrizas de Madrid. Había muchas gallegas, dos o tres maragatas y solamente una de Igualada, en Barcelona, junto a Monserrat. También es despiste, qué diablos haría esa catalana en este fregado, no son propias para este ajeteo las catalanas, no, qué va, resultan muy miradas. ¡Qué desfile de trenzas larguísimas, de grandes pendientes, de cofias rizadas! Me regalaron una placa de plata con mi nombre grabado y un cochecito con mis iniciales. Fue una pena que las huelgas que vinieron luego me impidieran hacer una agrupación obrera con todas las de la ley, de la que yo habría sido el jefe, hombre, a ver... En fin, que ahora le queda a usted clarito mi estado boyante a los ochenta y tantos años. ¡No vea, menuda alimentación! Y sin el menor trastorno, ¿eh? Quizá tan sólo alguno de orden político, a ver, eran gentes tan diferentes... Todo no se iba a tener así, de rositas, qué va, hombre, qué va. ¡Ah, señor, si usted me hubiese visto con mi chalinita de seda, que me la regaló la marquesa de... ¿Se lo he dicho ya? Pues mejor, si ya se lo he dicho. Usted comprenderá mi repulsión a las modas actuales y en especial a la pésima dieta que la gente sigue en verano. ¿El verano, las vacaciones...? El verano siempre solía ser algo irregular, ya se sabe, los calores, y eso que alguna vez fui al norte, a las playas del Cantábrico, ya sabe usted, aunque a lo mejor tampoco lo sabe... ¿A ver, míreme? Nada, se echa de ver enseguidita -122- que usted no lo sabe. Pero, usted, vamos, no me diga, no es que yo quiera decir que usted, o sea, es un ignorante, no, pero estoy seguro de que no ha oído nunca hablar de «La Bella Easo», ni del «ministerio de jornada», ni del... Bueno, para qué seguir. Le digo que no sé por qué me esfuerzo en confiarle nada. Oiga, usted, por lo menos, ¿sabe a cuántos estamos? Ah, algo es algo. Y la alcaldía de Inclusa, ¿sabe dónde está? ¿Mande? No, no me gustaba mucho el norte. Además, aunque pudiese parecer que ganaba más, al ser empleado en casos extraordinarios, la verdad es que perdía, perdía bastante. Las mujeres de por allá son sanas, fuertotas, no se les desgracian jamás los cachorros. Le digo

que vacas, que como vacas, hombre. ¿Es que no oye tampoco? Pues está usted bueno. Perdía, perdía. En agosto, claro, los fríos de noviembre, diciembre, la gente se queda en la cama, y en agosto es cuando nacen más niños en Madrid, y cuando más palman por el calor natural, o sea, cuando yo podía tener más. ¡Más qué! Qué va a ser. Más trabajo, hombre de Dios, más trabajo. En setiembre, con la melonera, me rehacía un poquillo. Pero, dígame, si usted no parece creerse nada de lo que le estoy diciendo, aunque lo que yo digo va a misa, ¿por qué ese interés en el asunto? Sí, claro que hubo intromisiones. Y me las buscó el propio Leoncio Regúlez Pintos, mi apoderado, que era hombre del secano de Castilla, gente algo agria, que, al final, además de cornudo, resultó un pajarraco de cuidado. ¡Hombre, eso no se hace! Claro que, lo reconozco, el rival no tenía clase y uno necesitaba un sustituto de tarde en tarde. Analfabeto, para empezar. Nunca se logró aprender una de esas parrafadas tan bonitas que Leoncio decía en alta voz. Señora mía, su irreparable dolor, confiemos en la mano divina. Está usted en la flor de aromada juventud... Bueno, ya sabe cómo. Nada. El rival, que era algo patoso y un sí es no es algo engreidico, -123- no prosperó. Pero lo malo no fue eso. Fue la leche maternizada más científica cada día, y la condensada, y la manía de los médicos de lograr que no se murieran los chavales, que anda, para lo que les espera aquí... Que venga Dios y lo vea si es esto un acierto. Manías, nada más que manías. Si sobramos más de la mitad. Y, además, para lo que se ve... Fíjese usted en esos vejestorios que andan por ahí, sordos, con reuma, las babas en las solapas, cegatos, pitarrosos, tosones, meándose pata abajo. En cambio, madurar un pura sangre de cuando en cuando, como un servidor, bien alimentado y sin tantas garambainas de vacunas, vigilancias, pediatras y demás calamidades... Ya lo ve. Ochenta y cuatro añitos, si no son ochenta y cinco... Ay, ay, perdón, son los juanetes, los condenados juanetes, tendré que hacer más grande el agujero de la zapatilla, caray, si se me va a salir la pierna entera por ahí y todavía no es bastante. Bueno, pues que aquí me tiene, con la piel tersa, con el mejor humor del mundo, y me subo las escaleras que para qué. ¿Estamos? Eso sí, no he catado la carne desde 1931, el año de la República, en que me desahuciaron de mi despachito, la ley de vagos ésa, a ver, no iba nadie ni para un remedio... Yo tenía parroquia muy distinguida, casi noble, y con la República... Y aquí estamos y seguramente para rato y sin jubilación, a ver, en este país todo está mal hecho, sí, como lo oye, sin cinco de retiro y teniendo que comprar la leche en bolsitas de plástico o de cartón. Y sin verla subir, una perdición. ¿Creerá usted que los niños, ya no tan niños, de la casa donde vivo no han visto nunca subir la leche? Anda, mi madre, ¿usted tampoco sabe que la leche sube así así, aprisita, cuando va a hervir? Bueno, así anda España. Lo que me faltaba que ver. ¡No te digo! ¡Si la pobre Dosinda levantara la cabeza! ¿Le he dicho que la Dosinda se dejó la sesera en un majano? ¿Sí? ¿Le he dicho que en el kilómetro -124- 86? ¿También? Entonces me parece que ya le he dicho todo. No, no me casé, suele traer malas consecuencias. Además, como todos los inviernos paso el sarampión, y algunas veces paperas... Le dejo. Tengo una ligera desazón en las encías... Oiga, usted, ¿se queda con frecuencia así, con la boca abierta? Pues, anda...

No, hombre, no. La verdad es que yo fui por pura curiosidad, a ver qué pasaba allí. Pero no estoy muy caído en la materia. Yo, ¿sabe?, yo no soy más que un funcionario público, con carnet de familia numerosa, eso sí, porque yo, vamos, que yo con mi familia y por mi familia, lo que haga falta, que, amigo mío, la familia, ¿eh? No es nada, la familia. Hasta ahí podíamos llegar. Pues, ya le digo, yo tenía mi picazón. No había estado nunca en una casa así, y, claro, quién iba a decir que aquello se iba a acabar como se acabó, pachasco, hombre, pachasco, a ver, ¿no verdad? ¿A que usted también habría ido? Naturaca. En mi oficina, ya se sabe, los de mi Cuerpo, sólo hablamos de los pelmas esos que siempre tienen algo que resolver atrasado, ya sabe usted, esos expedientes que no se encuentran nunca, y de las mocitas del Caribe que quieren convalidar, y alguna vez, los lunes concretamente, charlamos de las quinielas, y de los turnos de vacaciones, bueno, de cosas así. Don Rosendo, el jefe (perdón: he de levantarme. Yo siempre, saludo al citar a mi jefe) habla de los toros, sabe mucho, ¿eh?, no se vaya usted a creer, y de las aguas de Archena, adonde - 126- va en cuanto los expedientes le dan un respirillo, y de la Semana Santa de Aljoferín, su pueblo... Huy, huy de eso. De eso sabe un rato. ¿No ve que es el mayordomo de la Virgen de no sé qué, una imitación de la Macarena de Sevilla? ¡Si es muy conocida, hombre, también con usted! Total, que como usted puede apreciar, pues que cuando yo me tropecé con el anuncio... Se lo voy a repetir, ¿eh? Agárrese: «Revelación del porvenir». Así, en letras muy gordas, en la esquina del periódico. Y qué periódico, ¿eh? No me irá usted a decir que este periódico es enemigo del régimen, no me faltaba más que eso. Estaría bueno. Sigo: fíjese. Debajo, en rojo: «Métodos científicos, basados en el averroísmo y en otras dos religiones orientales más. Profesores diplomados por Bagdad, Bolonia y París. Pida hora. Franqueo concertado». ¿Qué le parece? No, no crea que le engaño, ya ve, lo llevo recortado en la cartera. Esto y el índice de la última subida de precios, para que en casa no se me desmanden. ¿Ve qué tío? No lleva turbante ni ninguna garambaina de ésas que se ponen los fakires de las verbenas. En seguida se echa de ver que es gente seria. Mire, mire. Bueno, este tío de aquí, yo no le vi, la verdad. Los que me atendieron a mí no eran así, quíá, eran todos, cómo le diré yo, así como..., como... ¡Ya! Como de La Bañeza, ¿me comprende? O de algo más para acá. Pero de Bagdad... ¡Amos, anda! A don Rosendo, el jefe (¡A la orden! Con su permiso!)... A don Rosendo se la dan con queso, pero a mí... Yo soy de Madrid. Con eso está dicho todo. ¿O necesita usted una firma del jefe de casa? Ah, creía... ¿Qué? ¿Esto de abajo? Hijo mío, está bien claro. Esto es la letra chica. Yo no lo leo casi nunca, porque uno está escarmentadillo, y los Inocentes no son más que una vez al año y ya está bien, pero ya ve usted lo que son las cosas: esta vez lo leí. Sí, señor, sí. Lo leí. Fíjese, fíjese -127- bien: «Si no acertamos, se le devuelven sus honorarios». Con todas las letras. Esto, señor mío, esto de devolver la pasta vagabunda, no lo hace en este país ni mi padre. ¿Cómo? ¿Qué diablos tiene que ver lo que sea mi padre? Mi padre es suboficial de carabineros, pero lo que yo decía, vamos, era un decir, ¿eh? Bueno, ya sigo. Pues que, como le iba contando, coincidimos en la cafetería don Rosendo (perdón, me levanto) y yo, y, también fue chiripa, los dos teníamos abierto el periódico por el mismo sitio, por el dichoso anuncio. Los dos nos reímos, pero yo me tuve que poner serio, porque don Rosendo, que para algo es el jefe (no me levanto, solamente inicio el gesto, ¿ve?), dijo: Landínez, esto es un asunto trascendente, Los testimonios abruman. No debemos poner en duda las fuerzas sobrehumanas de algunos mortales. Yo, la verdad, se puso tan así, tan, vamos, tan eso, que le repliqué (levantándome, naturalmente): Don Rosendo, a mandar. Y el mandato fue que el sábado a las cinco (se ruega puntualidad, dice la contestación) fuimos como dos pipiolos a la casa del mago éste, sí, hombre, sí, éste que pone aquí.

Bueno, mire usted, no se impaciente. Yo le voy a contar todo lo que pasó. Bueno, no pasó nada, pero... Ahora, si usted me pincha, pues que no le cuento ni tantito así. Aparte de que yo no sé si debo decirle a usted lo que le dijeron a don Rosendo (¡con su venia, don Rosendo!), porque dicen que dijo que... Me estoy haciendo un lío, y esto no es propio de mí, Landínez, natural del barrio de Pozas... Para acabar: le contaré lo que me dijeron a mí, eso ya es otra cosa. Yo hago de mi capa un sayo. Pero don Rosendo (¡a la orden, don Rosendo!), es el jefe, ¿comprende?, y, claro, el respeto, la sumisión, la jerarquía, el derecho administrativo. Y etcétera. Sí, usted dice a todo que sí, pero luego veremos cómo termina. Bien, verá. Llegamos -128- al hotel del anuncio, y, la verdad, uno se reconfortaba. Todo estaba muy bien, entornadito, daban vasos con zumo de naranja, al menos lo parecía, y había sofás por aquí, sofás por allá, y unas chicas la mar de monas, con trajes de las tres religiones ésas, nos rellenaban unas fichas con muchos, muchísimos datos. Más que para las vacunas en el seguro. Nos medían con una especie de compás de madera, grandote, guiñando un ojo y mirando por el otro, vamos, digo yo que mirarían por el otro, y apuntaban tanto de frente, tanto de nariz, cuánto de papada, color de ojos... Bárbaro. No se les escapaba detalle. Ya quisieran en el ambulatorio, hombre, ya quisieran. Así se hacen las cosas, y lo demás es tontería. Por cierto, a mí, la que me preguntaba esa media filiación fetén, me dijo que me iba a costar mucho más, porque tenía no sé qué manchas en el iris, y que, como consecuencia, flexionaba mal la corva izquierda, y que me iba a mandar a informe del iridiólogo, con perdón, y que si no me dolían aquellas manchas, y, fíjese si tienen pesquis, a mí, que no me había dolido nunca nada, pues que empezó a dolerme el ojo derecho que no vea usted. Mire qué rica la niña, ¿eh? Su papaíto. Se ve que la clientela a veces no es del todo fina, porque la que escribía soltó un par de Jolines y un «Está bomba enseñando mucho los dientes», que, a ver, no me diga usted, eso no está nada bien en una señorita extranjera y culta... Bueno, a don Rosendo (¡mándeme, jefe!... Oiga, a ver si me deja usted espacio para levantarme con comodidad!) le hicieron varios análisis y fichas de diversos colores. Le está bien empleado, sin duda fue por darse pisto y decir que era mayordomo de la cofradía de la Macarena esa de segunda división, y venir ahí contando que era jefe de administración, y no sé qué cosas de un collar del Rey no sé cuantos, uno de esos tíos medievales, vamos. En -129- cambio, le pusieron un cojín con adornos y borlitas doradas y todo, se ve que hasta al Bagdad ese ha llegado la preocupación por la jerarquía. Pues, yo, ahora, que se chinche, no me levanto.

Para esperar nuestro turno, aquellas señoritas nos daban ducados con filtro y mentolados y con humo de tres colores, y nos decían que nos concentrásemos. De vez en cuando, mis Zompá, que según dijo era de Alejandría, hija de un cónsul norteamericano y de una pitonisa sudanesa (ahí es nada el lío, ¿eh?), y que había hecho estudios de Antropología y Psicología en medio mundo, se subía en un pedestal que había junto a la fuente del jol (eso de jol se escribe hall, ¿sabe?, o sea el vestíbulo, pero en un establecimiento así, tan supernumerario, ¿comprende? jol, jol queda mejor). Se subía y nos decía con voz muy patética: Cierren los ojos. Piensen en su infancia. Olviden sus infidelidades... Y cosas por el estilo, al parecer dedicadas a cada uno de los que allí estábamos. Hay que reconocer que es una manera de aludir, sin faltar ni nada. Esta señorita fue la que profetizó antes de entrar en el despacho del doctor... ¿me escucha?... la que profetizó a don Rosendo (¡usted me manda, don Rosendo!) la muerte para el año 1971, en febrero, día de San Ricardo. Una gracia, no me diga. Yo, ya no me vuelvo a levantar más, total, para lo que queda... A mí, la tal fulana

no me hizo el menor caso, se ve que no le gustan los cagatintas de segunda como yo. Bueno, a todo esto, pasaban con unas cestitas muy adornaditas, hechas con lotos del Alto Nilo (Made in Germany, según dijo la chica que las llevaba), y pedían ayuda para los innumerables desvalidos del mundo, los críos de Biafra, los realquilados a causa de los terremotos en Argel, Perú, Persia y Alcalá de Guadaíra, los heridos del Vietnam (oiga, eso del Vietnam parece que está algo -130- durillo de pelar, ¿no cree?); para secar rápidamente a los arrasados por las presas hundidas; para los niños gilís de Luxemburgo, para las dinastías cesantes... ¡Hay que ver cómo está el mundo, Dios! Y encima, aquí, nos quejamos... Bueno. Usted, a ver, qué iba a hacer uno más que echar algo. Pesetilla va, pesetilla viene. Y luego, la factura. Eso sí, con detalle y timbre móvil, y por triplicado. Mírela: Por indagación del misterioso porvenir... Auscultación de los hados presuntos o contribuyentes... Dosificación de la dicha... Eliminación de las borrascas atroces... Está muy bien escrito, menuda letra, es lo que decía don Rosendo (sí, sí, ya verá usted si no tendré que seguir levantándome por los siglos de los siglos, usted espérese que lleguemos al final), que así, pues que así da gusto pagar, ya ve usted. ¡Hombre, un gustito...! No todo va a ser como pasa aquí, a lo bruto, a ver si no, que todo es por faltas a la autoridad... Por meterse en el verde... Por escupir en el suelo... Por no haber presentado el billete de andén al ser requerido para ello por el sobrino del factor... Claro que no olvide usted que estas gentes, ya lo decía el prospecto y el anuncio del periódico, han pasado por París y por Bagdad, etcétera, etcétera. Menuda labia. Bueno. Debo añadir que son muy considerados, porque se puede pagar a plazos y hasta llenar una suscripción, con un escaso veinte por ciento más, total, bien poco, ¿no cree?

Total: que pasamos, y pasamos juntos. El doctor tenía unas gafas muy oscuras y estaba muy nervioso. Gritaba paseandillo de aquí para allá, y tentándose mucho la cabeza. Se veía en seguida que el talento estaba en ebullición, como si dijéramos. Qué tío. Era natural que le doliese, a ver, había adivinado ya muchas cosas, y esto no es como jugar a la brisca, qué va, ni mucho menos. Debe ser un esfuerzo de aúpa, digo yo. Miró las fichas con displicencia, dio grandes -131- suspiros, se acercó a nosotros y nos miró a los ojos levantándose un poquito las gafas, y dijo varias veces: Hélas. Claro. Lo que me temía. Diáfano. Diafanísimo. Don Rosendo (¡a sus órds....! Me siento, gracias) la verdad, estaba algo asustado. Como ya le habían dicho que el febrero del 71... Y aquel hombre, que se daba palmadas en la frente, y todo lo encontraba tan claro. Yo ya veía que a don Rosendo (¡hombre, déjeme mantener mi disciplina de buen servidor hasta el último trance!) lo apiolaban en febrero del 71, usted fíjese qué noticia para los ascensos y todo eso, y los trienios, etc., etc., ¿eh? El doctor era un retinto muy movidillo, que chasqueaba la lengua sin parar, y que, por fin, dijo que iba a consultar a alguien. La habitación se quedó a oscuras, y, oiga, qué tembleque le entró al tío aquel... Y don Rosendo (¡yo siempre a sus órdenes, jefe!) venga a sudar, a sudar. El doctor empezó a escribir apresuradamente en su cuadernillo, con los ojos cerrados. Don Rosendo (esta vez no me levanto, porque me tiemblan las piernas por el caso) iba a explotar, a hacer patapán, o sea, vamos, usted me entiende, tan congestionado estaba. Fue entonces cuando el jefe (tampoco me levanto) estornudó con la fuerza a que nos tiene acostumbrados en la oficina, sí, ya sabe usted, cada vez que el mochales ese de Argimiro, el portero, se deja la puerta abierta. El estornudo es un terremoto. Así es como suelen perderse los expedientes, toma, así cualquiera. Pues que mi jefe estornudó. Y los papeles que el doctor arrancaba del cuadernillo o de donde fuera, se volaron. Y el tío agarró una rabieta de órdago la grande. Dios, qué basilisco, y leyó con

muy malos modos unas palabrejas que no le gustaron a don Rosendo (¡mande!), a ver, póngase en su caso, y, además, que si ya sabe uno que la va a diñar en seguida, pues que casi es defensa propia, a ver, si no... El uno tras el otro, y el otro tras el -132- uno, y el doctor gritando que le había cortado la relación con no sé qué santo, y don Rosendo (¡a sus órds...!) diciendo que bueno, que sí, que fíate de la Virgen y no corras, y que el santo aquél no escribía con aquellos garabatos, ni con palabrejas en francés, vamos que a él, a él, mayordomo de tal y tal, le iba a decir que ese santico inocente escribía francés desde el otro mundo, que por quién le había tomado, que sería uno de esos bienaventurados que jubilan en Roma cada lunes y cada martes, y que ahora iba a ver el sabijondo aquel (cuando don Rosendo se pone al rojo, yo me pongo en posición de firmes, y él hace jotas las haches, como en su pueblo) quién era él, don Rosendo de Jaraba y Benalmidón, natural de... Perdóneme, pero yo, como usted echará de apreciar, sigo en posición de firmes: si usted tuviera la bondad de mandar en su lugar descanso... Ya. Muchas gracias. Sigo. La cosa se habría podido más o menos arreglar, pues la secretaria llamó a unos adláteres que andaban por allí, incluso a la mis Zompá, la mezclada de americano y lo otro, pero lo malo fue que el doctorcillo, queriendo arreglarlo, dijo que había habido un malentendido, y que el que se moriría en febrero del 71 no era él, don Rosendo (ahora sí que no me levanto, que se levante su madre), sino yo, su acompañante, el Ilustrísimo señor Landínez, oficial primero de... ¿Se da cuenta? Eso sí que no, hombre. Usted comprenderá. Yo no puedo estar a morirme cuando no quiera morirse don Rosendo, ni creo que haya reglamento de funcionarios en el mundo que cuente con esa innoble servidumbre. Fue entonces cuando saqué la baraja del bolsillo, la pequeña, la que utilizamos para jugarnos el café en el pasillo o en los retretes, y le leí al doctorcillo, delante de todos los suyos, su porvenir. Quizá no muy científico, pero yo puse el dos de bastos detrás de la sota de lo mismo, que, para trampas, me pinto solo. Desde -133- pequeño. Y dejé turulatos a aquellos tíos de Bagdad, que le digo que ni de Bagdad, ni de París, ni de La Bañeza, se lo digo yo. Le demostré además que ni él, ni la Zompá, ni ninguno de ellos sabían jota del averroísmo, figúrese, yo, que estuve desterrado en Córdoba cuando la dichosa depuración, no me leí ni nada el tal Averroes en el casino, que lo tenían sin abrir, completito. Un buen chico, ese Averroes, algo pesado, pero nada más. Bueno, que le di un baño al tal doctor, y le dije que hala, hala, adelante, que... Es que si yo me empeño usted no llega a mañana, porque unas cartas echadas por mí...

Sí, ya lo sabe usted, se cayé por la escalera, efectivamente. Crá, crá, pún, catapún. Ni pío. Como que me voy a dedicar a echar las cartas, pero, eso sí, se lo juro, sin hacer trampas. No está bien precipitar las cosas así, sobre todo hay que tener en cuenta los poquísimos técnicos que tenemos, y ese doctor... Don Rosendo me ha dispensado, por oficio, de levantarme hasta el año 71, pero yo, usted estará conmigo, no le obedezco, o sea, a ver, yo no soy un abusón. Lo peliagudo es convencerlo de que no me gusta empujar a la gente, qué va, es verdad que no me gusta...

-134- -135-

Un mal viento

Vaya por Dios, hombre, si se lo decía yo, si no dejaba de repetírselo. Pero es que es una descreída, una loca presumida, eso, eso es. A ver si no. Fíjese que le estaba yo diciendo siempre: Hijita, que no me gusta que te pongas abrigo largo para la postulación, porque va a ser en marzo, y, ya se sabe, hace mucho viento siempre por esas fechas, y no te vas a manejar. Eso sin contar con que, ya sabe usted, la caseta donde mi niña iba siempre es en esa esquina de la Catedral y el Dry Cleaning. ¡Huy, qué cara! El tinte, hombre, el tinte, junto a la parada del tres, hombre, qué va a ser el tres. ¡El tranvía que va al Matadero, a ver, eso lo sabe todo el mundo! Hasta la Jacinta, la del señor Pepe, el paraguero, que está medio lila, que se le cae la baba siempre, y se asoma al corredor a dar gritos medio desnuda, a ver... ¿Tampoco sabe usted eso? Cuando yo digo que usted... Bueno, para qué preocuparse. Cada oveja con su pareja. Y usted con mi hija no va mal. Ella por ahí arriba y usted por aquí abajo, dos astronautas. Pues le iba diciendo a usted que en esa esquina hace siempre un viento de agarrarse a lo que salga, porque el viento, ahí, menudo -136- viento. Prueba al canto. Lo cierto es que llegó el día de la postulación, y, a la mañanita, bien temprano, mi Chonina que se me levanta, toda nerviosa: Mamá, ayúdame, que hoy tengo yo que dar el golpe. Van a ver las cursilonas esas de lo que yo soy capaz. Verás qué envidia en cuanto vean mi modelo, pues ahí es nada. Y era de noche aún cuando mi Chonina, que a dispuesta y madrugadora, bueno, que no hay quien la gane, porque, fíjese usted, cuando tuvo que ir a examinarse para ingresar en la Asociación, pues que ni se acostó, y el día de las pruebas para ascender en los Almacenes, pues que no se acostó, y si yo le contara lo que hizo cuando... Bien: no desayunó, qué va a desayunar, buena es ella. Ella es muy sufrida, y lo primero es siempre la obligación para ella, que ella es muy cumplidora, y se había comprometido a estar muy temprano en la tienda -que le dicen ahora, vaya usted a saber por qué, el pabellón-. ¡Era más bonito! Un tapiz, con una señora saliendo del baño, y unos niños con alas llevando la toalla o algo así, y detrás, un cazador medio escondido sosteniendo los perros. Muy requetebién, ¿no? Chonina decía que era una alegoría, ¿comprende?, ah, bueno. Pues sí, una alegoría, o sea, vamos que era una señora bañándose, o acabando de bañarse, da lo mismo. Para el caso es igual. Claro que era de muy buena familia, a ver si no, no la habrían tolerado ahí, a la puerta de la Catedral, como quien dice. Bueno, pues que la Chonina... ¿Que si había más adornos? Hombre, claro que había. Hojas de pino, unos tiestos que habían traído de las Reparadoras, con las primeras hortensias, y unos tulipanes de plástico que habían prestado los de la mercería de don Servando, que es secretario de la Acción intervecinal del distrito. No, si este año todo estaba como las propias rosas, quién iba a pensar que salieran las cosas como salieron. Estaría de Dios, digo yo. Porque ha sido -137- una verdadera fatalidad. No, si no lloro, pero es que la verdad, es tan difícilillo acostumbrarse a esta separación tan prolongada, y a este llegar noticias así, tan embarulladas y mal avenidas... La que le digo: estamos hechos un lío, un verdadero lío, sin saber si pedir que la bajen, o qué. Porque nos han metido de tal manera la ilusión de su papel..., y, luego, la podemos ver los miércoles en la televisión, y parece que no le va mal del todo... En fin, le voy a contar a usted cómo fue, aunque no acabamos de entenderlo. Yo me quedé en el balcón viéndola marchar. Jacarandosilla ella, moviendo las faldas con un garbo que para qué. La poca gente que había en la parada del tranvía se volvía a mirarla, y como el viento, que ya estaba algo picadillo, le levantaba la falda grande, se exageraba más la mini de debajo. Era muy chic, ¿no? Oiga, yo hablo como me da la gana. Y eso de chic lo digo porque yo sé que está bien, lo dicen todas las señoras de la mesa. Usted de eso, mire, usted de eso, ni pum. Hombre, si lo sabré yo. Parece mentira. Son ustedes unos bárbaros y

unos ignorantes. ¡Mira tú que decirme a mí que no está claro lo de chic! Chic, señor mío, quiere decir provocativo, atrayente, escalofriante de puro cachondo, vamos. ¿Se entera? Además, no tiene usted más que ver los anuncios de las revistas, y lo deducirá enseguidita. Ande, infeliz, no sea paleta y escuche, que ahora viene lo gordo. Era, como le estaba diciendo, marzo entradito. Ya había algunas hojas en los arbolitos de la Plazuela, los que dan al Arco de las Madres, que son los más abrigados, y hacía viento. Esto era natural. Era marzo, y, de propina, ya lo habían anunciado en el parte. Supongo que usted conoce el refrán: Marzo ventoso... Bueno, menos mal, porque con lo remirado que es usted, a lo mejor no le gustan los refranes. Luego, cuando haya acabado de contar lo de mi Chonina, una gran desgracia, se lo digo yo, -138- le examinaré a usted de refranes. Chonina andaba, ya se lo dije, contoneándose, menudo meneo tiene la niña, bendito sea Dios, y agitando el talonario de recibos para los donantes generosos, a ver, ya sabe usted, toda esa engañifa de los impuestos y demás latas. Estaban ya esperándola muchas camaradas, o sea, vamos, otras chicas del botecito de marras, que estaban intrigadas con las noticias que tenían del vestido nuevo, porque, para eso, para eso de sembrar intranquilidad, es que le digo que mi Chonina se las pinta sola. Hombre, menuda es, y cómo alarga las cosas. Como ella dice: Las medias palabras, mamá, las medias palabras. Desazonan, intrigan, apasionan, encalabranan... Y cuando ella lo dice... Porque sepa usted que es mucha Chonina mi Chonina, hombre, quite usted allá. Bueno, es que mi Chonina tiene un suspenso... Chonina, en vez de cruzar por la cebra, se atravesó por medio de la plaza, yo creo que cuando iba por la mitad el campanero de la Catedral le gritó algo desde allá arriba. Menos mal que estaba muy alto, porque las cosas que ese tío dice, o sea, que no se pueden repetir, ¿eh? ¿Me entiende? ¿O no se las supone? ¡Ah, vamos!, ¡crefá! Bueno, y aquí fue la gorda. Quiero decir que aquí fue lo que fue. Chonina se paró en el centro de la calle, de la plaza quiero decir, e intentó dar media vuelta para que la admiraran. Ya habían empezado los aplausos de las chicas, y de la vendedora de periódicos (¡para un día que habían salido temprano los periódicos!) y de la churrera, la señora Colasa, la que es viuda del fogonero héroe, el que evitó el choque de trenes en Villambres arrojándose al queso de la aguja, qué tío, ¿eh?, hace falta tener riñones, y más sin estar de servicio, porque aquel día no estaba de servicio, que, como gimotea la Colasa, si mi marido estuviera de servicio, rediez, aunque fuera todas las noches del año, pero a él quién le mandó meterse en si la -139- aguja estaba enhebrada o no, bueno, ya sabe usted que las agujas del tren no se enhebran, ¿o tampoco lo sabe usted?, es que a mí me parece que la señora Colasa ha perdido un poco el cacumen, a ver, de la emoción sería, digo yo... Bueno, pues que la señora Colasa aplaudía, que la veía yo desde mi balcón, y también estaba como lelo el Joaco, el mancebo de la farmacia, que tenía a medio barrer la acera, y estaba tan atontado de ver a la Chonina que ni siquiera recogió las colillas, que, ¿eh?, dígame usted que no es embelesamiento ni nada. Bueno, pues cuando la Chonina se quedó allí quieta en medio de la plaza, poniéndose el brazalete de la postulación, a mí se me caía la baba de verla tan admirada, fue... Ay, no quiero ni acordarme, porque qué impresión, si me parece que aún no he vuelto en mí. Es que me da algo. Fue como un remolino, como una alarma, como cuando suenan las cañerías del baño, qué sé yo cómo fue. El viento, enfadadísimo, a ver, fíjese, viento de marzo, el de peor iniciativa, la arrebató con tal furia que mi Chonina salió disparada por el aire, así, así, para allá, para acá, ssss, sss, venga y venga, y venga y dale, y subía, subía, las faldas hinchadas, rellenas de viento (¿ves, hija mía, ves? Si ya te había avisado yo que eso de las faldas largas no puede ser bueno, si cuanto menos ropa se lleve, tanto mejor, si no se va a estar siempre tan tapada, ¡es antihigiénico!), y seguía subiendo, y todo el mundo la seguía con la boca

abierta, y la perseguía con anteojos, con telescopios y con cristales ahumados, y subiéndose a los tejados, una verdadera hecatombe. Hubo quien se cayó por los aleros. Anda, a ver, ¿qué le va a pasar? Tortilla instantánea, como en las mejores cafeterías. Menos mal que los barrieron enseguidita, eso sí, los servicios de limpiezas funcionaron muy bien. Menos mal, porque si no, a ver, los extranjeros, que siempre están a la que salta..., ¿verdad, usted? Y Chonina -140- sube que te sube, ése va, ése viene, para aquí para allá, unas veces bajaba algo, luego subía, ya era sólo un punto, y se le fueron cayendo cosas, también es mala pata, con la falta que le están haciendo ahora, dígame usted si no, se le cayó el talonario de cheques, o de recibos, bueno, eso es lo que menos necesita, porque, allí, arriba, la Acción intervecinal no tiene sucursales todavía, a ver, esa manía de no dejar a la gente organizarse como es debido, que tanto se habla y se habla, y a la hora de la verdad, ya ve usted: ni una sucursal más allá de la sierra. Pero, en una de las revueltas, se le cayó el bolsito que llevaba, fue a parar cerca de la playa, también fue mala suerte, y, aunque ya lo han llevado al museo, la verdad es que se ensució mucho, porque cayó cerca de donde salen las cloacas. Y eso sí que ha sido una desgracia, porque ya adivina usted cómo lo pasa la pobre para arreglarse un poquito los días que la sacan por la tele: sin peine, sin barra de labios, sin pinzas, sin crema, sin nada. Un lío. Y sin espejo. Pobrecita mía, está sufriendo la mar. Y sin documento de identidad, que para qué le voy a contar a usted lo que esto me desazona. Supóngase usted que lo necesita: un choque, una instancia, un..., un..., un algo, vamos, algo que le puede pasar. Lo de menos será que la multen, porque de seguro que por ahí arriba, que dicen que todo es tan riguroso y exacto, pues que me la multan, ya lo verá usted. A mí, una vez, al cruzar la calle, me torcí un pie, y, ya sabe usted lo que pasa, me entraron en el portal los vecinos que me vieron caerme, porque aquí, otra cosa no habrá, pero asistencia intervecinal, hombre, usted dirá. Pues ya ve usted, el Anastasio, que es de esos de la circulación, que no entiende ni papa de nada de esto, pues que me multó con 100 pesetas por ir sin documento de identidad. Va a haber que colgárselo al cuello, como un dije. Así que fíjese si no estoy sobre ascuas con lo de la -141- Chonina. Y ahí está, ya va para tres meses, mañana los hace, eso es, el día 13 tres meses que salió volando mi Chonina. ¿Que cómo le va? Pues ya sabe usted que lo peor es la cola que esto ha traído, vaya si lo es. La han declarado, como usted sabe, dama de la patria, y nos traen fritos con las experiencias y las comunicaciones, y los datos médicos, que si pasó el sarampión y la escarlatina, y la varicela, y que si tal y tal cosa de las suyas, porque, vamos, o sea, que se enteren las vecinas de eso de la difteria o de la peritonitis, bueno, pero de otras cosas... ¡Hombre, quite usted allá! Ya es demasiado. Y mi pobrecita niña por ahí arriba, sonriendo de tres a cinco y cuarto todos los miércoles, que es cuando sale en televisión para el público. Las otras emisiones científicas no nos dejan verlas. Aquí la ciencia no interesa ni jota, a ver. Y luego, los periodistas dichosos. Que si tenemos noticias directas, que si come, que si no come, que si le estamos preparando ropa nueva, que si aceptamos el contrato de los jabones, y el de los cinturones y el de los polvos de talco, y el de las fajas higiénicas, y que si aceptamos el documental para el reclamo de los deportes de altura, y que si patatín y que si patatán, y que si fue y que si vino. Me he quedado ya sin fotografías, todas han ido a parar al museo. Y no me vengán con cuentos, ese fotomural para el sello nuevo con sobretasa, no es la misma, la han sacado un poco así. Me he quedado también sin las muñecas de Chonina, que ya están en el museo, peinaditas, acicaladas. Sin sus cosas personales, que están en el museo con carteles muy bien hechos, con muchos números y muchos colores, y quebrados y decimales, y se han llevado todo, todo, lo que se dice todo, hasta el uniforme del colegio, que yo guardaba para Petrilla, la hermana menor, que ya irá a las Esclavas el año que viene,

y la cama, y las novelas que iba leyendo. Bueno, esto no importa, a ver, no -142- valen más que para llenar la cabeza de tonterías y de viento, mucho viento, verdaderas galernas. Siempre se lo venía yo diciendo: Hija, a ver si no lees más, que corre el contador, y te crees todas las bobadas que dicen. Si estoy segura que ella se siente ahora importante tan sólo porque se cree que está dentro de una novela, es muy capaz, así es de boba esta hija. Y su diario... Ah, esto sí que sí. ¿Sabe usted que han sacado fotografías de su diario para la Biblioteca de Washington, y que el original se lo ha comprado no sé qué fundación alemana, una reunión de tíos sabios? Me dijeron... Pero acérquese, se lo diré al oído, que, ahora, con este jalefílo, ¿eh?, con este jalefílo... Acérquese, así... ¿Eh?, ¿qué le parece? ¿Será posible? Qué gente, Dios mío, qué gente. Y mi pobretica Chonina más allá de las nubes, ande, ¿tengo razón o no?, ¿qué le parece? ¿Cómo dice? Ah, sí, claro, han venido a visitarme todas las personalidades, todas me felicitan. El Gobernador con su mujer, el concejal del distrito con su mujer, el Arcipreste... No, hombre, no, no sea bárbaro, éste no tiene mujer. Éste vino espontáneamente. ¿Cómo? Ah, no, éstos no. Ésos han mandado un representante, pero sí, me han escrito unos telegramas muy afectuosos. ¿Quiere que se los enseñe? Los guardo para cuando baje, si es que se decide a bajar alguna vez, porque lo que es los de aquí... Ahora resulta que unos la quieren dejar por ahí arriba a ver cuánto dura, y a ver qué resultado da la ropa, y la alimentación por televisión, y los rezos fuera de hora, y qué sé yo qué más, y otros me dicen que no saben a quién reclamar, porque en Madrid salen ahora con que no tenemos relaciones diplomáticas con esas regiones por donde ahora está Chonina, que, sin duda alguna, ya ha llegado más allá del extranjero, y que habrá que plantear el problema ante el Consejo de Seguridad, y que si hay cosas más importantes, los chinitos, los -143- judiítos, los moritos, los negritos... ¡Jesús, Jesús y Jesús!... Menos mal que, por mediación de doña Amparo, la..., bueno, como si dijéramos la mujer del conserje del Observatorio meteorológico, me dejan hablar en privado con Chonina unos diez minutos martes, jueves y sábados. ¡Qué quiere usted que diga, pobretica! Que está encantada. Me la han engatusado con condecoraciones, diplomas, nombramientos de hija adoptiva, doctora honoris causa, mayordoma mayor de tres o cuatro roperos, fallera honoraria para el próximo decenio, y sobre todo los autógrafos... Ya sabe usted que hay una flota aérea especial para dejar los cuadernos de notas en su órbita. Ella los recoge luego, cada vez que pasa por allí de quince en quince días. Nada, ella tan divertida, pero nosotros... ¿Sabe usted que la muy ladina ha ordenado que le pongan sus haberes en el banco, y hasta no sé qué de que le vayan adquiriendo unas acciones eléctricas? ¡Habrás visto, haberes! ¿De cuándo ha dicho ella haberes? Eso se llama el jornal en toda tierra de garbanzos. Y jornal de miseria, se lo digo yo. Y de las acciones, nada. De eso, ella no entiende ni pío. Ya dicen las compañeras que ahora trabaja de espía, y que como se equivoque de pista al bajar, me la apiolan..., y, ¿sabe lo que le digo? Que a lo mejor es verdad, porque ya se sabe: Piensa mal y acertarás. ¿Sabía usted este refrán? Oiga, si ni siquiera sabe usted refranes, ¿cómo va a entender este problemazo de la Chonina volandera? Vamos, hombre, no amole. Ya, ya verá usted cómo cualquier día se acuerda de que salió a la calle para postular, y hace que entreguemos lo del anuncio de los viajes a plazos para la dichosa Acción intervecinal. Por cierto, ¿le dije que estrenaba abrigo largo para ese día? ¿Sí? Bueno, pues ella me dice que fue un acierto, porque así, cuando se ve obligada a dar una vuelta para cambiar de postura, se puede tapar bien con la falda, -144- a ver, lleva razón, no me va usted a decir que toda esa tropa que anda por los tejados con telescopios va con intenciones científicas, qué va, hombre. Pues sí que no conozco yo a esa gente. Algo bueno había de tener la falda. ¿Que cómo está en estos momentos? Echa

mucho de menos el ratito de cama después de sonar el despertador, y el paseíto hasta casa los sábados por la tarde, viendo escaparates. Si será boba. Procura llenar los huecos haciendo quinielas. Ya han dado un decreto para esperar que lleguen las tuyas antes de hacer el escrutinio... Ayer me dijo que estaba algo cansada, que ya no sabe qué contestar y que no entiende muchas veces lo que le preguntan, sobre todo a esos americanos que pasan cerca, tanto güel y tanto bai, y tanto yupí, y que no saben más que sonreír, y que, por si acaso, le tiró el bote de la postulación a uno de ellos que se salió de su carricoche y quiso acercarse mucho... Buena es mi niña, porque, eso sí, de decente, ¿eh?, de decente... Bueno, ya lo vería usted por la segunda cadena, que es la fetén. Ahora, ya sabe usted: grandes preparativos para recuperar la hucha, que, eso dicen, caerá cerca de Burgos, el 22 de diciembre, con el gordo de Navidad... También es casualidad, hombre... Entretanto, ¿por qué no me compra usted alguna condecoración de éstas? Todas a la vez no va a poder ponérselas cuando vuelva, y que, luego, vaya usted a ver con qué genio se nos descuelga. Después de este viajecito...

-145-

Toda cautela es poca

Lo que son las cosas, ¿eh? Cualquiera diría que íbamos a tener este día tan precioso, que menudo día, no me diga usted, hombre, no me diga usted... Después de tanto padecer... Que no se los deseo yo estos días ni a mi peor enemigo, y ahora: Ya ve, en el periódico, en la tele, en el Nodo, hay que ver. Y de autógrafos, y de regalos, un porción. ¿Cómo? ¿Que usted no sabe cómo ha sido todo este lío? ¡Anda, Dios! Lo que me faltaba que oír. ¡Si todo el mundo lo sabe! No me diga. Fíjese usted que hasta en el Congreso se ha tratado del caso y han venido a ver a mi niña diez o doce profesores de éstos de por ahí, de la Usa, y de más allá, de éstos que van en cohete y todo, a ver, hombre, a ver, una gente muy competente, figúrese. Y es que menudo caso, ¿eh? Dicen todos que no han visto nunca una cosa igual. Embobaditos, embobaditos que se quedan mirando la mano de mi niña. Ahora es cuando, la que yo digo, mi niña se nos casa, vaya si se nos casa. Antes, Petra, su tita Petra, que es su madrina, no vaya usted a creer, sí, ya, mucha madrina, pero no se le veía un detalle ni a la de tres, y una madrina, ¿eh?, vamos, que una madrina... -146- ¡Hombre, digo yo! Pues nada. Ni una punta de alfiler. Pero, eso sí, siempre: Esta chica, tan pelirroja, tan pecosa, tan cardo, y, luego, con esas gafas de aumento... Que no va a haber quien cargue con ella. Y dale que te pego, que si iba a haber o no iba a haber y que si fue y que si dejó de ir. Ande, para que vea usted. Ahora, hasta dos premios Nobel andan con ella arriba y abajo. Y la tita Petra bien que se tiene que chincar. Pero, hombre de Dios, no me diga usted que no sabe cómo fue el asuntito. Si ha venido en Semana y en Coquetilla, y el domingo de Ya dio un estudio Manuel Calvo Hernando, que no vea usted lo que sabe ese señor de estos jaleos de ahora, ¿eh? Pues fíjese, traía fotos de los perritos, en colores, naturaca. Y salió en el Boletín Internacional de Estadística, y en el de Canicultura Aplicada... Bueno, qué sé yo. Yo se lo contaría con el mayor gusto, porque la verdad, mi niña, hombre, hay que ver a mi niña, pero

ya lo he contado tantas veces, que no sé si no le voy a aburrir. ¿Se lo cuento? El caso es que... ¿De verdad quiere saberlo? Se me hace muy duro que no esté usted al cabo de la calle, si todo el mundo lo sabe, si ha venido en Semana y en Co... Ah, sí, lleva razón, ya se lo he dicho dónde ha venido... Bueno, discúlpeme. ¡Lo he contado tantas veces...! Un mordisco, un mordisco tuvo la culpa de todo. ¿De veras que no lo sabe? ¡Ay, Señor, cuánta ignorancia hay en este mundo! A ver, cómo nos van a hacer caso por ahí, con este atraso. Mira tú que no saber que a mi niña la mordió un perro... Sí, hombre, sí, en el Banco, una mañanita, a las nueve y media de la mañana. Verá usted, Queta había ido al Banco a cobrar su beca de la Escuela de Artes reformatorias y disciplinantes, para su tercer curso de secretaría y decoración, ¿sabe? Tiene muchas salidas. Queta es muy aplicada, un tantico empollona, saca notable, y eso que tiene que emplear -147- las gafas, que, ya sabe usted, algo impiden, bueno, usted me entiende, ¿no?, o sea, vamos, que no está mal para una familia pobre. A ver. Y sin recomendación. Claro que ahora va a ser otra cosa mejor, digo, si no se estropea, porque esta juventud... Ya verá, ya. No, no, nada de eso, Queta es Quiteria, Quiterita, el 22 de mayo. ¿No se acuerda de la adivinanza: «El 22 de mayo, Santa Quiteria, ¿en qué mes cae?» ¿Es usted hereje, que no se sabe el santoral? Pues, anda... Bueno, se lo voy a contar todito, todito, pero no me altere con comentarios, que ya estoy más que harta de recordar calamidades. Fíjese, ya le he dicho que Queta fue al Banco, por su beca. Por cierto: una roñosería, menos mal que ella es muy aplicada, pero, para lo que le dan, una chica de dotes como Queta, hombre, en cualquier tienda, en el supermercado mismo, pero ella está empeñada en tener título. Ya veremos cuando tenga título qué hace, porque, luego, nadie se va a acordar de esto de ahora. La gente es muy ingrata, ¡ay, Señor! Bueno, sí, ya voy, que fue al Banco. ¿Estábamos en el Banco, no? De acuerdo. ¿A las nueve y media? A las nueve y media. ¿En el Banco ese de la esquina de...? Oiga, oiga, aquí, ¿quién cuenta las cosas, usted o yo? Pues, entonces... A ver si me deja hablar. Bueno, pues que Queta, ya sabe usted... Sí, estaba en el Banco, ya, ya se lo he dicho... Pues que las películas, que si Michele Morgan, que si la Ava, que si la tal... Que todas tienen un perro. No hay más que abrir las revistas para saber que todas tienen un perro. Un perro bien, un perro elegante. Y Queta, pues eso. En cuanto ve un perro, se pone cinematográfica. Eso sí, muy decente, ¿eh?, mi hija es muy decente. Yo no quiero decir nada de nadie, ¿estamos?, pero Queta... Además, es aún muy joven, una estudiante, o sea que no ha tenido aún tiempo de maliciarse. Porque todo eso que cuentan por ahí de los estudiantes... ¡Naranjas! -148- Pues que allí, en el Banco, sección giros, ahí es nada, en giros nada menos, ¿eh?, en giros, calcule usted, había un señor con un salchicha. El salchicha, o sea, vamos, el perro, atiende, lo hemos sabido luego, por Fefo. Queta no lo sabía, que, a lo mejor, si lo hubiese sabido, digo yo que... Pues el Fefo, un desagradecido. Porque Queta quiso acariciarle, pues que el Fefo le arreó un bocado de órdago la grande, pobre Queta mía, fíjese qué espanto, un bocado mayúsculo, aquí, así, ¿ve?, en el pulpejo. La tita Petra, mi cuñada, que vaya cuñada, bueno, si de ésta pongo yo las cosas claras, como me llamo Rosa, vaya si las pongo, dice que la Queta le deslumbró con las gafas, y que, claro, el chucho obró en defensa propia. ¿Se da cuenta? Envidia, señor mío, envidia, si lo sabré yo, porque la Petra en su vida fue a ningún Banco, qué va a ir, ni a la Escuela esa de eso que le acabo de decir. Es lo que se dice una analfabeta, muy mujer de su casa, muy limpia, ¿eh?, muy limpia, pero analfabeta. A ver, lo que se llevaba en nuestro tiempo, ¿no verdad usted? ¿Que si le hizo sangre? Hombre, no llegó al río, pero sí, sí le hizo, se le podían contar los dientes, por arriba, así, y por debajo, así. Oiga, ¿por qué me mira la mano tanto? A mí no me mordió, ¿eh?, que conste, fue a Queta, yo me limito a señalar. Bueno, pues cuando volvió a casa al principio

no le dimos importancia, pero luego, las amistades, ya sabe usted, don Servando, el del tercero, el ebanista, y doña Eudoxia, la viuda del carabinero, la que lleva siempre puesta la condecoración, y don Cugat Prats Molló, el jefe de casa, que es de Barcelona, se ve, ¿no?, y, en fin, que todos le hablaron o nos hablaron de la rabia, Jesús, qué muerte tan aperreada, se me pone la carne de gallina al pensarlo, quite usted allá, todos diciendo de lo que le pasó a Fulanito en Castil de Peones, y a Javierín, el poeta, que le mordió una yegua en Caravia, que tuvieron que traerle a -149- Oviedo a toda prisa, con la Guardia Civil y todo, porque, palabra, palmaba aprisita y sin dejar de rugir: Oigo patria tu aflicción y escucho el triste concierto que forman tocando a muerto, y así sin descansar, oiga, qué desgracia. Un horror. Que nos metieron un miedo... Total, que decidimos ponerle a Queta las inyecciones. Eh, eh, pollo, sin cachondeíto, bueno está lo bueno: indiciones lo dirá usted. Yo he dicho in-yek-cio-nes. Con ye y con ka. Pues sí, pachasco. ¿A que no sigo? ¿Qué se apuesta? Encima que estoy recordando estos ratos de amargura... En fin, seguiré, porque ya embalada... Fuimos al Instituto contra las fiebres nativas, a que le pusieran las in-yek-cio-nes, ¿se percata?: ¡in-yek-cio-nes! Ah, creía. Y allí una mañana, Enterita. Nombres, edad, grupo sanguíneo, tests para acá y para allá. A los tres días nos recibió un señor muy amable, con gorra de plato y pistola. Enseguidita se notaba que tenía cautela por si acaso. Hay enfermos que se vuelven muy agresivos, ¿sabe?, a ver. «¿Conque le ha mordido un perro a esta agraciada señorita? Vaya, vaya. Estos perros... Aunque éste, no se va a negar, tenía buen gusto. ¿A ver, por favor...? Esto tiene muy mala cara». Le dio la vuelta a la mano. «¿A ver? Hum, hum. Muy mala cara». Y era verdad que la tenía, porque la mano de Queta había empezado ya a engordar, así, como..., como, bueno, yo qué sé cómo. No, hinchada, no: engordaba por aquí, así, solamente en el pulpejo, pero que se notaba de día en día, ¿eh? Se notaba. Bueno. Aquel señor, sin quitarse la gorra ni nada: «Pues sí, es verdad, se nota que la ha mordido un perro. Pero yo no puedo ponerle las inyecciones si no me trae el certificado de la primera cura, la que le hicieran inmediatamente después de la agresión, en la casa de socorro». Ea, a la casa de socorro. Fuimos al día siguiente, que aquel día ya... Tuvimos que esperar un gran rato, porque estaban comprobando -150- los crucigramas, Queta misma les ayudó a verificar los resultados, ella es socia del Laberinto Real, Agrupación pro desarrollo de la ortografía, y les ayudó a rellenar los de la semana siguiente, a ver, Queta es la mar de servicial, hicieron buena amistad, además no fue mucho trabajo, sólo les ayudó con la mano izquierda, porque, se comprende, la derecha ya estaba así, muy crecida. Le miraron la mano también muy cuidadosamente, no faltaba más: «¿Le duele aquí?» Y apretaban. «¿Aquí? ¿Dice usted que fue un perro? ¿De qué color era el perro?» «Marrón». «Ah, marrón. Así que el perro era marrón, no? Vaya por Dios, hombre, también fue mala pata, un perro marrón». Queta se quejó una vez, yo creo que la apretaron demasiado, y entonces, el señor de pipa y bata blanca, le dijo, muy enfadado, que de qué se quejaba, si ni siquiera estaba sangrando. Que no era para tanto, que qué se había creído, que para aquello... Ellos estaban allí por algo de más alcance, o sea, los albañiles que se caen de los rascacielos, los soladores planchados por los autobuses. Ésos, éstos, éstos sí que deben reclamar. Pero, ¡por esa mano...! Un poco de formalidad, señorita. Espérese usted aquí un ratito y verá. Seguramente traen alguna vieja butanizada, o sea, vamos, que le ha reventado la bombona en las napias, y vaya cara que pone, o uno de esos señoritos que se comen el reloj, o se tiran, sugestión de la ciencia, desde la terraza con un paraguas abierto y se acomodan las canillas por sesera, hombre, usted dirá... Qué señor más enterado, ¿eh? Pero mi Queta también tiene derecho a la vida, es verdad que no era más que un mordisco de perro salchicha, pero un mordisco que crecía, vaya si crecía, y ellos, nada. Total, que nos echaron

alcohol en el bulto, y a la calle. Y que si queríamos algo más, por si las moscas, o sea, por si la rabia, que, según dicen los libros que nos han prestado, la rabia es cosa mala, -151- pues que hacía falta el volante de la Comisaría, que explicase no sé qué artículos del código, como que habíamos presentado una denuncia contra la agresión injustificada del perro... Todavía en el portal, abrazando a Queta, algo llorona, también fue buen consejo, nos dijo que era todo muy fácil, que no haría falta especificar ce por be el color del perro...

Fíjense si no han sido malos tragos. El Banco, el Instituto, la Casa de primeros auxilios... Ahora, la Comisaría. Don Ceferino, el párroco, nos arregló la entrevista con el comisario, que estuvo muy amable. A ver, la tarjeta de don Ceferino. Son paisanos, ¿no sabe? Sí, de Pilar de Navalvilla, algo más allá de Talavera. Pero, la verdad, no le gustó mucho que le molestáramos con la recomendación. Se ve que es gente muy recta. Para un caso tan insignificante requerir a don Ceferino, tan atareado siempre... Aparecen mujeres descuartizadas en la basura, y hay estudiantes que se queman vivitos, y quinquis, y tecatos... Total, un perro salchicha... Ni siquiera se le cita en el código penal. Sin embargo, y en atención a don Ceferino, un amigo, paisano y consejero espiritual, estaba dispuesto a cursar la denuncia. Pero necesitaba la entrega del perro, para luego, con unas cuantas pólizas, procesarle.

Había que buscar el perro. Échele usted un galgo a ese perro. Ya se habían pasado lo menos quince días y en casa todos rabiando, lo que se dice rabiando. Ya nos suponíamos que el perro alegraría algo, ser forastero, o diabético, o pamplonica, vaya usted a saber. Y la mano de Queta, engordando, engordando. El médico de cabecera la miraba cuidadosamente, y decidió vendársela y ponérsela en cabestrillo, y le puso un aparatito para medir los latidos tan extraños, pum, pum, pam-pum, que daba el bulto dichoso. Pero, Dios mío, ¡si mi Queta de mi alma se me estaba torciendo -152- de tanto esfuerzo por llevar la mano al compás del andar...! ¡Quite usted, hombre, quite usted! A todo esto, en el Banco, unos cuantos detectives, traídos de Inglaterra, localizaron el perro. Igualito que en la tele, igualito. El chuchó, o sea, su amo, se vio y se deseó para conseguir los papelitos que le pidieron: certificados médicos de esto y de lo otro, curvas de ritmo lento y jadeante, póliza de diversos seguros, carnet de identidad, certificado de inmigración (el perro había venido de matute, creo que de Alemania, a lo mejor por eso no entendió a Queta cuando Queta le habló). Un barullo de miedo, no me diga. Y todo, ¿sabe usted para qué? Para acabar pidiendo la cabeza del perro. ¡Habrased visto crueldad! Oiga, ¡qué gente! La Sociedad Mutual de perros intervino, también el cónsul, hubo una manifestación de la colonia extranjera... ¡Dios, la que se armó! Y a todo esto, mi pobre Queta con una mano que para qué. Ni la de la Estatua de la Libertad esa. Y además, sin poderse marchar a esquiar, que estaba apuntada en un concurso, y estaba muy bien puntuada, y había llegado la fecha de la competición, y se había comprado con la beca un traje fetén, pantalón encarnado, un anorah azul con sus hebillitas aquí, y un gorro así, y unas gafas dúplex de tres grados negros, para el sol, ¿sabe? El sol en la nieve es muy peligroso, más que un perro, quite usted, hombre, mucho más. Una pierna rota siempre es accidente mayor que una mano reventona, no vea. Pues los médicos la hicieron quedarse en cama, pobrecita niña mía, ya no podía con su alma, y venga de análisis, y de análisis, y de más análisis, y tuvo unas fiebres... Un volcán. Un día vino a verla Fefo, muy elegante... ¿Cómo que quién es Fefo? ¿Cómo me atiende usted? El perro, leñe, el perro. Venía con su mantita y su collarín de cascabeles, y atufando a Vikvaporup. Claro que debía venir bien aleccionado, porque no mordió a nadie -153- ni

se hizo ninguna guarrería en la moqueta. Aparte, todo hay que decirlo, que, mientras duró la visita, los grises estuvieron desfilando por el pasillo. Eso sí, con zapatillas, para no molestar. Y aquí viene lo grande del caso. Esa noche, Queta se puso malísima, qué gritos, qué cosas, y ¿sabe usted?, se le reventó el bulto de la mano y... Salieron cinco perritos preciosos, lo que había que ver, ninguno salchicha, y tenían ya los ojos abiertos. Menos mal que hubo muchísimos testigos, y que hasta pudimos retratarlos, mire, mire, aquí los traigo, éste es el negrito, y éste tenía una mancha blanca en la frente, talmente una estrella, tan rico... Ésta era perrita... ¿Cómo que por qué eran? Pues hijo, ahora se cae usted de la higuera... La perrita se la comió el Fefo. A toda prisa. Visto y no visto. Y los otros los donó Queta al Laboratorio Provincial, son un gran reconstituyente, ahí tiene usted a la Petra, mi cuñada, que tomó caldo de perritos durante un par de años, cuando salió de la meningitis... ¿Cómo dice? Ah, sí, se me olvidaba. Queta sale ahora con Guillermito, el practicante de la casa de socorro que le va poniendo las inyecciones... Toda cautela es poca, es mejor pecar por carta de más que por carta de menos. Y, además, mientras dura la fama, y las entrevistas, y las ruedas de prensa, y todo eso, y que, a lo mejor, la rabia, que es cosa mala... Precisamente ahora Quiterita está en rayos X, toma, a ver, la están mirando bien las articulaciones, a ver cuál anda mejor de temperatura y eso. Lo paga todo la Asociación canina para la mejora de la raza. Parece que su mano derecha es talmente talmente un nidito. Lo que se dice un nidito. Mire, ¿no quiere una radiografía de la mano? Va firmada, rubricada, fechada, sellada, desinfectada...

-154- -155-

No es para tanto

Le digo a usted que no es para tanto, qué caramba. Si no llega a ser por lo que fue, una tontería como quien dice, a ver, dígame usted quién se hubiese enterado. Nadie, hombre, nadie. Y dentro de cien años, todos calvos. Pero fue por ese afán de figurar que tienen todas las chicas de ahora, hombre, si lo sabré yo. Si ya me pasé yo la vida diciéndolo: No la mandéis a un colegio de monjas, que luego no se va a domesticar con nosotros, y hasta nos va a desairar. Y así salió. Si ella no hubiese tenido necesidad de dar la fiestecita a la amiga de Colegio cuando llegamos a Rejillas, pues nada. Pero todo se complicó porque en el Rejillas ese, no se vaya usted a creer, un pueblo de mala muerte, Jesús, si tienen que ir al pilar de la plaza a buscar agua, y no llueve nunca, y no hay tren, y no dan la luz hasta las ocho en invierno... ¿Qué quiere usted que hagan? En cuanto anochece, los viejos fuman dale que te pego, las viejas murmuran o rezan, y los jóvenes... Bueno, los jóvenes. A lo suyo, toma. Eso sí, a brutotes... La gente no habría notado nada, de seguro, pero, ahí está lo malo, en Rejillas veraneaban los señores de Valdueza y Carnero Regalado, ¿eh?, -156- ¿lo he dicho bien? Tenía usted que oír a Sole decir Val-due-za-y-Car-ne-ro-Re-ga-la-do. Qué le voy a contar. Con mayúsculas, hombre. Se le ensanchaba la boca como un túnel, así de grande. Pues sépase quién es Miranda, leñe, con esos señores que, anda, la que han armado. Encima de que se hartaron de merendar a nuestra costa. Y a la del oso, que le han dejado a la cuarta pregunta y, por si fuera poco, en libertad vigilada. Y no me irá usted a llevar la contraria, hasta ahí podíamos llegar. ¿Cómo que en qué? No me diga usted, tanto

apellido y meterse a veranear en Rejillas, que tocan a misa con una zambomba. No me venga usted con cuentos. Hay mucha gente que se llama muchísimo menos y se van a la Costa del Sol esa, y a la de más allá, y tienen coche... ¿Éstos? Qué va. Un transistor, y van que chutan. No, no, si por ahí, ni tantito así. Pero, claro, la niña de la familia, una tal Clarita, que tiene las piernas torcidas, había ido al Cole con Sole. ¡Oiga, por lo que echo de ver usted oye peor que los empleados del juzgado, que ya les puede usted decir, ya! Cole con Sole no es nada de eso que usted dice, sino algo más decente. Que había ido al Colegio con mi Sole, mi Soledad, o sea, Solita. ¿O tampoco pesca usted eso? ¡Pues, anda...! Tanto preguntar para el periódico tal y cual, y voy a tenerle que explicar lo que es un Colegio. ¡Tendría gracia, yo que no he estado más que en la sala de visitas de las Potencianas!... Bueno, voy a seguir. Apunte usted bien, todito, ¿eh?, todito, no me haga luego como en las declaraciones del juzgado, el otro día, que me las leyeron cien veces, y, naturaca, no nos poníamos de acuerdo. Le estaba diciendo que Clarita... Ah, Clarita es la mar de presumida. Se cree que como es de Madrid... No está mal la chica, es muy agradable. Le huele el aliento y mira un poco contra el gobierno, y se echa sus muy buenos pares de medias suelas con Adolfo, el del veterinario, que quiere -157- ser aviador. En fin, que es un encanto de chica, como decía su tía Sagrario, llorando a moco tendido, que, anda, cogió buena perra, que su Clarita se iba a morir de asco, que su Clarita no comería ya más carne en su vida. Ay, ay, ay, nada de carne, en jamás de los jamases, y que lechuga, lechuga, lechuga y nada más que lechuga, y, limpiándose la mocarrera, decía, sacando el pecho mucho, para que la vieran todos: ¡Y bien cocida y desinfectada, natural! Ya ve usted. Pobre Clarita, lo que le guarda su familia: lechuga cocida, así es como se morirá, segurito. En fin, Clarita tuvo, eso sí, a cada uno lo suyo, un gran arrechucho de nervios, y bizqueó de lo lindo, y porque llevaba vaqueros, que si no... ¡Que hay que ver cómo pateaba, leñe! Y le digo a usted que no era para tanto, y que bien pudieron dar las gracias por haberles invitado a merendar, pero, a ver, con esa educación tan finolis de los Colegios... Pues que no les gusta la mojama, ni la salazón, está visto. Y nosotros hicimos lo que pudimos, a ver, el que da lo que tiene no está obligado a más, y el Rey le hace libre por pobre, y... Ya, ya me callo, no se enoje. Ya me callé. A ver quién le cuenta ahora lo que falta, a ver, ande, a ver. Son ustedes la oca. Ustedes, los periodistas y los del juzgado. Tal para cual. Pero me callo. Me-ca-llo. Ea, que me callo. Porque me da la gana. Ah, vamos, ya sabía yo que usted acabaría por rogarme que hablara. Si no tiene vuelta de hoja. A ver, toda la familia en la cárcel, menos Solita y yo... Y Solita está lela desde esa tarde, pues a ver... Ahora sigo, pero, antes, ¿me quiere dar un chupito de ese anís tan rico? De ése, sí, el de la muchachita pintada. Es que a nosotros, eso de las muchachitas se nos da tan rebién... Ajajá. Esto resucita a un muerto. Otro poquito. Así lograré vencer la pena que me da que mi gente esté a la sombra. Y todo por esa Clarita que Dios confunda, que le dio por lucirse diciendo nombres -158- de los huesos... Es que no hay nada tan malo como una mujer charlatana, ¿no verdad, usted? Hombre, a ver. Y lo peor es que esa Clarita, por lo visto, en los ratos de lucidez, porque hay quien dice que se ha quedado algo turulata desde la tarde de marras, se dedica a insultarnos, a ponernos de hoja perejil. Que si somos unos muertos de hambre, que si el oso está ciego, que si la cabra cojea, que si patatín, que si patatán... Ya sabe usted, envidia pura, porque en este país, ya se sabe: Mal nacional: la envidia. Ya lo decían unos versos que echaba mi hija Flor, la madre de Solita, al comenzar las funciones. ¿El autor? Qué preguntas. Eso no se dice nunca. En los pueblos, da lo mismo decirlo que no. Además, el autor, o sea, vamos, el poeta, es de izquierdas, y, ya sabe usted, esas cosas que pasan... Líos, no, estaría bueno. Cuesta mucho vivir, Señor, ya lo creo que cuesta. Flor decía que se

los había sacado ella. Daban más perras. Pero a lo que estábamos. Aquí no se puede ser original, ni artista, ni nada así, digno y de calidad. Aquí, ya lo decía mi yerno el día del juicio, o boxeador o funcionario. Envidia, ea, nada más que envidia. Nosotros tenemos una industria muy solicitada y aplaudida, y honrada, a ver, honrada. Pagamos contribución. Nuestro oso ha recibido condecoraciones, medallas, diplomas, ha actuado en bautizos, despedidas de soltero y bodas de plata de la aristocracia, y nuestra cabrita, Facunda, se llama Facunda, ¿sabe?, tiene una gran colección de trofeos. Lo peor en este momento es la trompeta, que ya va estando vieja, pero que hemos podido sustituir por un magnetófono de propaganda, y las dos mulas, que tienen unos torozones que para qué. Ahora nos han obligado a revisar su salud periódicamente, para que no hagamos con ellas lo que con... Bueno, no precipitemos los acontecimientos. Aparte de que yo sola, cómo voy a meterme en esos trajines. ¡Con lo grandes que son -159- los sacos de sal, y lo que cuesta encontrarlos, que siempre te dan un botecito con agujeros, muy cursi, para la cocina...! Total, que nosotros, todo el mundo lo sabe, y así lo han declarado más de cien testigos, nos ganábamos la vida honradamente, y la gente tan contenta. Llegamos al pueblo. Se habla con quien haya que hablar, que, a veces, hay con quién hablar. Se anuncia el trabajo. Hacemos lo que sabemos, se cobra un precio. Muy módico, a ver, lo nuestro no sube. ¡Qué injusticia, Señor! Y así, durante años, tan amigos, unos muriendo y otros naciendo. No me irá usted a decir, como se emperraba el juez, joroba, qué manía, que la lluvia no es razón suficiente, vamos, hombre, cómo se nota que él amasa los verdes con el abrigo puesto y en una camilla calentita. ¿Usted se acuerda cómo nos llovió en enero? Un descuido del gobierno, a ver, no arreglar bien las lluvias. Hombre, si aquello era el diluvio. Y Ramona, la gallega de Redondela que cuidaba del vestuario, pues que agarró una pleuresía. Siempre se lo estábamos diciendo: ¡Ramona, ese pecho, que lo enseñas demasiado! ¡Tápate, Ramona, que vas a pescar algo! Pero ella, terca como una mula, leñe. Y la agarró, vaya si la agarró. ¡Qué calenturones, Virgencita de las Angustias! ¿Y de jadeos, y de toses? Una locomotora... La pobre Ramona estuvo más de un mes entre la vida y la muerte. Figúrese las pérdidas en el negocio. Y menos mal que era invierno, que se trabaja poco, que si no... Y la muy mema, cuando ya empezaba a salir el sol y la primavera la notaba el oso en que... ¿Usted no entiende de osos, no verdad? Claro, ya me parecía a mí. Bueno, pues da igual. Que ya llegaba el buen tiempo cuando la Ramona fue y cascó. Había adelgazado algo, ya se sabe, la penicilina y las purgas, que son de no te menees. Pero, ¡la queríamos tanto!... Y luego, era chica sanota, porque, total, una pleuresía más o menos, eso no tiene importancia. -160- Algo testaruda, pero nada más. Y las subsistencias cada vez más caras, hombre, usted dirá... En fin, el resto ya lo sabe usted. La fiestecilla de marras, o de autos, como se empeñan en decir. Sole se puso la mar de pesada. Que si Clarita, que si eran gente influyente, para eso se llamaban de la Valdueza y Carnero Regalado, y que si era su mejor amiga en el Colegio, y que si estaban juntas en clase de geología, ¿eh?, no me diga, ir a un colegio, con lo que costaba en cuadernos, y regalitos a los profesores, calefacción, falda larga, y todo para mirar pedruscos y pedruscos, darles vueltas así, medir por aquí, y luego qué. Ay, Dios mío, lo que puede el afán de figurar y salirse de su clase. Que hubo que dar la fiesta. Cervezas, gaseosas, un poco de peleón, una cuervecita con trozos de melocotón, de lata, ¿eh?, no se crea. En Rejillas, vamos, hombre, en Rejillas. ¡Qué va a haber árboles en Rejillas! Pero lo malo eran las tapas. ¡Es que no había nada, nada, nada de nada! ¡Qué pueblo, Dios! Después de mucho sufrir, nos hicieron algunos churros, pero aquellas gentes eran capaces de comerse a Dios por los pies. Ya lo dice el refrán. A Carnero Regalado, frénale el diente. Oiga, no sea panoli, a ver si usted se cree que yo no sé cómo es el refrán

de verdad. ¿Quiere que le enseñe unos cuantos? Ah, pues entonces. Ha puesto usted la misma jeta que el alguacil de Rejillas cuando dice dí-a-de-au-tos, que parece un lagarto estreñado, largo así, negruzco así, algo gilí él, pobretico. Pues que acabamos con los arenques que tenía Juvencio, el tendero de todo, y yo creo que Frasco, el consumero, se escondió en la chaqueta la única barra de salchichón que apareció en el bar de la Gasolinera, en el empalme, a dos kilómetros. Pero, a ver, ¡cómo no íbamos a complacer a Solita, pirrada por los Valdueza y eso! Por cierto, tenía usted que haber visto a la señora mayor de Valdueza, o sea, vamos, la mamá de Clarita, -161- con gafas de ésas sujetas con una cadena. Talmente un cabezal, pero, claro, eso sí, sin cascabeles. Hala, hala, a comer, a beber, a bailar, así y así, y toma tripita, y palmas, y jaleos... Locos, locos del todo. Muy finos, pero locos. Hicieron paloma con aguardiente, y la echaron en el botijo blanco, y ¡le daban cada tientito!... Y ya, como dijeron después los civiles, se llegó al desenfreno. A mí no me pregunte. Yo, cuando llegan los civiles, yo me callo. Y además de verdad. Buscaron, no sé dónde, una bacalada. Y se la jalaron a toda prisa. Apareció, debió traerla el maestro, una lata de atún. Vista y no vista. Su madre, qué tíos. No habían comido desde que los sacaron de pila. Y ellas, ¿eh?, ellas peor. Una tal Ubalda, confitera por lo que decían, trajo una libra de chocolate. Para los niños, dijo. Sí, sí, los niños. Se comieron hasta los cromos, uno de Tarzán y otro con los Azotes a Nuestro Señor. En fin, que no acababan, mi madre, qué maneras. Y Sole que se compungía, Mamá, Tata, Abuelita, hay que buscar algo para Clarita, que no ha catado nada, la pobrecita... Entonces, ante los lloros de su hijita querida, la que nos ha jorobado a base de bien con su finolismo, Fede, mi yerno, fue a buscar algo más. A ver, qué quiere usted que trajera. Ya no quedaba mucho, porque el oso... ¿Le he dicho que el oso se llama Petro, como el que está encerrado en Oviedo? Es que son de la familia. Fue un detalle muy cariñoso que tuvo Fede cuando se quedó con él. Fede es muy compasivo... Pues que el oso se había ido comiendo poquito a poquito la preparación, pero, la verdad, quedaba lo mejor, porque se le guardaba para este verano, tiempo en que se trabaja más y hay que tenerle contento. Quedaban las pechugas, los muslos, los mollones de los brazos. Por cierto, a Petrole costó mucho pasar las orejas, nunca supimos por qué. Pues que Fede fue y trajo lo que quedaba, bien arregladito con ramos de romero, de menta, - 162- de tomillo. Encima de todo colocó un muñequito vestido de legionario, de ésos que salen en los detergentes, con gorro y la bandera nacional. Estaba la mar de propio. Era una preciosidad. ¡Oiga, cómo se tiraron a la tabla donde venía! ¡Qué aplausos, qué hurras, qué bravos, qué todo! Y a bailar, venga de bailar y bailar. Entusiasmados. Que si sabía a ternera, que si a jabalí, que qué calladito lo teníamos. ¡Viva Fedel, que así debía comer la Reina de Inglaterra los días de tres capas... Hasta el párroco hablaba de los festines de la Reina de Saba y de la perdición de los romanos, no vaya usted a creer, de lo que se acordaba, hay gente para todo. Yo no pude decir esta boca es mía, porque, a fuerza de mimar a los invitados, no lo caté, a ver, hay que tener miramiento y disciplina, si no... Y fue entonces cuando, ya ve si no fue una tontería, la Clariboba de las narices, se atragantó con una pulserita que le salió en su carne. Era tan delgada, no debieron verla cuando dispusieron la conserva. Y claro, como la Clarita sabe tanto de anatomía, o de medicina, o de las manos, o como se llame eso de los huesos de la muñeca, patatús al canto. Espumarajos, convulsiones, vaya con la niña, y sin parar: ¡Son metacarpianos, son metacarpianos, son metacarpianos! ¡Si es que hay unas gentes...! Ya ve qué respeto, qué educación dan esos Colegios... En fin, hubo gritos, desmayos, carreras, hasta hubo algunos, descastados, si serán desagradecidos, que hasta vomitaron. ¡Con lo que le había costado al Fede salar bien a la Ramona, balanza en mano, kilo de sal, kilo de carne! ¡Pobrecilla! ¡Tan

fina, tan bondadosa que era, y lo bien que cosía, y toda esta gente ahora, con lo que va y nos sale...! ¡Por favor, deme otro chupito, que no es para tanto!...

-163-

El porvenir, ese malestar

Mira, Fausto, no me marees con tus ideícas y hazme caso, que yo sé lo que le conviene a esta chica. Hombre, si lo sabré yo. Hay que tener mucho pesquis para arreglarle el futuro a la Cuca, y nada más. Porque, a ver, esta Cuca no se va a defender nunca sola, no es como sus hermanos que saben manejarse solitos, y algunos... Vamos que si se manejan, qué me vas a contar a mí. Pero esta pobre mema... A ver, no va a encontrar quién cargue con ella. Mira, Cuca, hija, ponte así, anda, so boba, que te vea tu padre bien, que, por lo visto, aún no se ha dado cuenta del rato largo de idiota que eres. Mira, Fausto, di la verdad, fíjate qué babas, qué torcer la vista y, luego, este tembleque... ¡Ay, qué hija, Dios mío! Y tú pensando que con dotarla... Ya ya. Tú lo arreglas todo en seguida, ya se ve. Que nanai, hombre, nanai, que no tiene remedio. Lo mejor es lo que yo te digo. Vamos a cobrar eso del seguro, de cuando quemaste las parvas en... Bueno, ya sabes. Y con eso compramos algo, qué sé yo, algo, algo que ella pueda tener. Una mercería, una churrería, un salón de limpiabotas. En la mercería podría estar con un braserito detrás del mostrador, y se -164- distraería viendo entrar y salir a la gente, y las niñas del barrio: «Que dice mi mamá que me dé usted un ovillo de La dalia, que ya se lo pagará ella mañana...». En la trastienda es donde podría estar nuestra ampliación, Fausto, ¿te das cuenta para qué la quiero? Esta pobre yo creo que nos conocerá de alguna manera, y así, teniéndonos delante, qué sé yo... El caso es que si no hay ampliación no hay mercería. Y ya está. También se puede pensar en un quiosquito de agua de cebada, de ésos de verano, que se puede quitar y poner en un santiamén, y, de paso, podrá descansar en casa en invierno, que, anda, con el gris que corre en la esquina de la Costanilla, ¿eh? Porque, sin la menor duda, pondríamos el quiosco en la esquina de la Costanilla, a ver si no. Pasa lo mejor del pueblo por allí, y el agua de cebada en verano... Acuérdate que siempre, cuando estábamos de novios, decías: «Tomasa, ¿una cebadita?» Y yo: «Pues claro, Fausto, una cebadita». Y que, como te estaba contando, la Cuca, así, se quedará en casa en invierno, y no se le helarán las babas, que, anda, la gilí esta, tan babosa siempre... ¡Ay, hija, no seas tan esaboría y límpiate los hocicos, que fíjate qué mostrador llevas ya! ¡Ay, calamidad, a quién habrás salido! ¡Límpiate, leñe! ¡Y esas legañas...! ¡Siéntate encima de la mano, que no te baile más! ¡Ay, Fausto, de todo esto, nunca te lo diré bastante, tienes tú la culpa! Hombre, no me lo discutas, que yo sé lo que me digo. Aparte de que en esto que ahora te propongo me tienes que hacer caso, porque, si no, esta desgraciada es que se queda a pedir por Dios en la esquina donde piensas poner el quiosco. Y eso, suponiendo que la dejaran, porque, a lo mejor, en esa esquina tan concurrida, con todos los niños de la clase bien paseando por allí... No, seguro que no la dejaban poner allí el carretón. Porque estaría en un carretón, tenlo por seguro. No vayas a creerte que las cuñadas -165- y los sobrinos le iban a comprar una silla de ruedas, de ésas buenas, qué va, hombre, qué va. Un carretón. Con maderas de los cajones del pescado y va que chuta. ¡Eh, qué tal tu Cuca con un respaldo «Conservas. La perla del Cantábrico. Congelados y

salados. Mariscos», ¿eh? Hágame usted mucho el favor, qué diaño. Mírala, mírala. En cuanto ve que me suenan las pulseras al gesticular, las quiere agarrar. Si yo pienso que no es tan idiota como parece la esmirriada esta, que, anda, rica, no pareces hija mía, quién lo diría, con lo que a mí me ha gustado siempre la viveza. Y el aseo no digamos, que no había quién me siguiera, y los otros hijos, ¿eh?, Fausto, no me irás a decir que los otros hijos... ¡Fausto, rediez, te estoy hablando!, ¿no? Pues, entonces... Tú repara, tu Miguelón, qué desparpajo, ya con su negocito del taller en marcha, que, ¿eh?, con los porrazos de los turistas, vamos, que se está haciendo de oro. Y la Fátima, ¿eh?, la Fátima, menuda es, cómo supo agarrar al del tío Calañas, que vaya bodeguita que tienen. Ya ves, en tres años, tres ampliaciones del negocio. Lo que hay que ver: La turca. Mesón. Comidas. Lechón. Caldereta. Gazpacho. También toca la tuna. Y eso apagándose y encendiéndose, apagándose y encendiéndose, hala, hala, se apaga y se enciende, se apaga y se enciende. Una preciosidad. Y tienen televisión en el comedor. No te vayas a creer, los mejores programas siempre. Menos el día del aniversario del tío Calañas, que, eso sí, la Fátima lo guarda muy en serio. Ese día no hay televisión. Le pone la funda al aparato. Una funda fenómeno, de color morado en tela carísima, la compró en el chamarilero, es así como de iglesia... Bueno, claro que no es de mucho luto, pero la Fátima le ha hecho un moñito negro, de terciopelo, y se lo ha cosido en el centro. Ese día los clientes le dan el pésame a la Fátima siempre... En fila. Serios. Con la ropa mejor: Señora -166- Calañas, mucha resignación, salud para encomendarlo. Ya ves, total, por un moñito de nada, y es que hay que ver lo expresiva que es la Fátima, hombre, un águila. Como ves, ellos tienen mucho que considerar, no pueden apechugar con este incordio. ¡Dejarla con el maestrillo! ¿Cómo te atreves a pensar eso? Iba a estar él a estas horas como está... Bueno, como ésta. En fin, y así todos. Fíjate, tú, Toñuelo, el tercero, cómo ha hecho carrera con el transporte. A ver, si alguien se quiere mudar, a él que acude. Es que no hay otro. Sí, en fin, Señor, qué hija, qué hija y qué hija. Los otros hijos, ya digo, ¿no? Trabajadores. Atentos. Serviciales. Bien vestidos. Saben algo de cuentas y tienen baño en casa. Así que ya te digo y te lo repito: Esta equivocación de la Cuca, pues que tienes tú la culpa, Faustito. Tú y nadie más que tú. Hombre, a ver. Así que tú tienes que remediarlo. No esperarás a que los hermanos se encarguen de ella. Ya ves, la Fátima, hala, hala, a hijo por año. Se ve que el figón es muy productivo. No se va a poner a cuidar a este trasto. ¡Cuca, no me tires del pelo que te arreo! ¿Ves, Fausto, ves cómo no se la puede sacar a ningún sitio? ¿Te piensas tú que la Manuela, la mujer de mi hijo Miguel, la iba a soportar esos gritos, ese lagrimeo, sin contar con que, a lo mejor, se hace lo otro, como ahora, aquí, delante de todos? Quita allá, hombre, quite usted allá. Menudo marmolillo. ¿Ésa le va a dar las fricciones en la cabeza con el emplasto de romero, matalahúva y boñiga de vaca recién parida? Venga ya, hombre, venga ya... Qué va a hacer ésa. Ni siquiera sabe preparar la pomada. Ésa lo compra todo hecho, es una despilfarradora. Sí, bueno, va a las liquidaciones, pero hecho... No, no, no puede ser por ahí la cosa. Hay que comprarle algo productivo. Con mosca, la gente baila delante hasta caerse redonda, aunque la mosca sea de la Cuca. Sí, Cuquilla, sí, vamos a ir al notario para dejarlo -167- todo bien arreglado, que no me tengas que depender de tus hermanos, que yo sé que les gusta hacerte de rabiar y llamarte cosas feas... No, no llores. Ya no te van a hacer nada de eso. Eso era cuando eras pequeña, mujer. ¡Ay, esta burra tarada, ahora cualquiera la calma! Mira, Fausto, dale algo, las llaves, el reloj, algo que la distraiga. Es que, como la dé por llorar, nos joroba la tarde. Hemos hecho las diez de últimas. ¡Cállate, soleche! ¿Cómo quieres que le dé las pulseras mías? ¿Y si las pierde? Ya se comió un día el bucle de la abuela Casiana por chupar el dije, y lo arrugó todo mascándolo. Dale tus llaves, tu reloj o la

pluma, cualquier birria de ésas. ¡Ya está: el encendedor! Dale tu encendedor. Mira, Cuca, sopla, hijita, sopla. Vaya, menos mal. ¡Atiza, se chamuscó! Si es que a mema... Con razón no la quieren sus hermanos, hombre, qué me vas a contar. Tan mañosicos, tan dispuestos. ¡Qué te calles! ¡Si ya no te hacen eso! Anda, Dios, se cree, como nos oye hablar de sus hermanos, que le van a hacer lo que le hacían cuando niños, que la ataban a una silla, la ponían contra una pared o contra la puerta, y le tiraban piedras, o libros, o flechas, o pelotillas de goma... ¡Qué chicos!, ¿eh? Es que son de la piel del diablo. Mira, Fausto, pero, hombre, ¿no te acuerdas?, si tiene la mar de gracia. Cuando la metieron en una tinaja... Claro, hombre, claro, vacía, en aquella grande de Villarrobledo, donde guardábamos la mistela... ¡Ya te he dicho que vacía! ¿En qué estás pensando? Ay, Señor, si es que aquí no le hace caso a una nadie. Ni para un remedio... ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¿Cómo quieres que la bajaran estando llena la tinaja? Pues sí, con lo caro que resulta hacer la mistela en estos tiempos, figúrate, habríamos tenido que tirarla, o venderla más barato... Sí, alguien se la habría bebido. Ojos que no ven... No, la tinaja estaba vacía. Y limpita. Y, además, le pusieron a ésta un cucurucho -168- de penitente para que no se mareara al ir bajando... Pues, anda, no tienes tú mala memoria ni nada que digamos. Si por algo tengo yo que estar en todo. Todos los hombres sois iguales. Ya te hubiese querido yo ver a ti si en vez de salir mujer la Cuca hubiese salido hombre, a ver qué hacías tú con él. Tú le ibas a haber llevado a las sesiones de aquello, como se llamase, bueno, a aquel fulano de la feria, que exorcionaba, o exorcizolaba, o ¿cómo se dice, hombre de Dios? ¡Ya, eso es, exorcizaba!, ¿no? ¡Cómo eres, Fausto, Fausto de mi vida, cuidado que, a veces, resultas bruto, no me ayudas a nada! Ya me duele la frente por aquí, así, del esfuerzo que he hecho para sacar esa palabreja. Menos mal que yo soy muy calladita, que si no... ¡Estate quieta, pasmarote, vergüenza de la familia! Vaya, lo que faltaba ahora. No, si nos va a dar la tarde. ¿Pues no se pone a morderse la lengua ahora? ¡Que no te tires de la falda! Pero, bueno, habrás visto. ¡Fausto, a ver si dices algo de una vez, que es tu hija! Yo creo que hoy está peor que otras veces, así como excitada, ardorosa. Y no respira bien. ¡Es temible que se ponga mala, Dios...! Mira, yo creo que le debes comprar... Hay que pensarlo con cuidado, no vayamos a pringarla, que cuando nos hayamos muerto van a hacer de ella chicharrones, hombre, como si yo no conociera a la gente. Y no te olvides de que ella no sabe sumar, ni apenas conoce las letras grandes, y que, en cambio, se tira a los que no conoce. No vayas a traerle un apoderado, que cuando lo vea... Vamos, sí, disimula, que no sabes lo que va a pasar. Y que yo no voy a estar siempre al quite para evitarlo. Yo tengo mis obligaciones, y la casa, y el tomar las cuentas a los aparceros, y preparar las solicitudes de los créditos contra las tormentas..., y... ¿Oye, oye, quieres ver que te dedicas tú a cuidar al bichejo este? Ay, Dios mío, que siempre esté yo hecha p -169- una esclava y ahora me mandas callarme, para una vez que se me ha ocurrido que podríamos hablar de su porvenir, cosa tan negra... Si sois todos iguales. ¿Ves? Ya vuelve a llorar. Con un ojo sólo, vaya, esto marcha. ¿Si a lo mejor se irá poco a poco aviando? ¡Fíjate, fíjate cómo se estira, la mal criada! Vamos, hombre, siéntate bien de una vez. ¿No ves que hay mucha gente aquí delante? Ay, ay... Oye, Fausto, que esto es otra cosa, que esto no le ha pasado nunca. ¿Por qué te ríes ahí por lo bajandito, Fausto, que pareces lila? ¡Es tu hija, caramba! Esto no es de su mal, quíá, Dios mío, si ruge. Está mortal, lo que se dice... ¡Cierra ese ojo, condenada! ¿Eh? ¿Que se ha muerto? ¡No! Sin avisar... Ahora que íbamos a arreglarle todo bien, una mercería tan bonita, con dos escaparates grandotes, con una campanita en la puerta para que sonase al entrar alguien, y un braserito eléctrico, y un dependiente joven que, a lo mejor... Pero, hija, hija, ya me parecía a mí que estaba peor que otras veces, pero ¿se ha muerto de veras? Y te

sigues riendo con esa cara de torta... Tendrás que escribir que ya no queremos la ampliación, quizá haga bonito un día más al año sin televisión en el comedor de La turca...

-170- -171-

Una tabarra

Mire, es que le aseguro que no hay manera de entenderse con usted. Ni a la de tres, mi amigo. No sé qué demonios viene usted a hacer en esta tertulia. Esta tertulia, pues que ya ve usted; es la mar de seria, de sensata, y usted siempre está saliendo por peteneras. A ver por qué vamos a tener que hablar de eso, no faltaba más. Pero, hombre, ¡también usted! Pues sí que no hay temas de conversación, agradables, formativos... Con lo fácil que es hablar de..., de... De viajes, por ejemplo. Que no son bonitos ni nada los folletos del turismo, en colores, plegables así, con planos muy claritos, y, luego, el programa de la Feria de Sevilla, o la de Albacete, y el camino de Santiago, y cómo pasar las vacaciones en Madrid a dólar por día. Pero, ¿no se da cuenta? Usted, erre que erre. Hombre, quite usted allá. Qué tío. Si ya se ha hablado bastante, hombre de Dios, no nos jeringue. Dedíquese a paladear los broncazos del Cordobés, que no están nada mal, que hay que ver cómo queda nuestro prestigio después de una tarde de éstas, yo no sé cómo serían las del Gallo, pero éstas... Bueno, babélicas, meteóricas, superferolíticas, qué sé yo cómo decirlo. -172- Así, que son así y ya está. ¡Cómo! ¿Que no le importa eso nada? Pero, oiga, usted, ¿dónde tiene el patriotismo? ¿Se lo cortaron con las, vamos, con las anginas? Pues dedíquese a los sanfermines, y ya está bien. Ya está usted otra vez con lo mismo. ¡Qué manías agarra usted, vaya! Escuche usted, don Ceferino, ¿no oye usted a este andova, con lo que nos sale? Casi nada. ¿A que usted es también de mi opinión? Ya lo decía yo, claro. ¿Ha oído usted a don Ceferino, señor mío? Pues lo mismo piensa don Sebas, el registrador, y don Silvino, el inspector, y don Prudencio, el farmacéutico, y hasta Cagarriche, el repartidor de lotería..., y, naturalmente, todos los que venimos aquí, a pesar del calor y de lo pésimo que anda el aparato de la televisión, y de la birria del café que nos arrear. ¿Se va enterando? Y usted con sus saliditas. Cómo vamos a hablar de eso que usted se trae. Nada, hombre, nada. Mire, aquí, aquí, solamente de cosas buenas. Todos esos problemitas que usted se crea y le parecen tan de ahora, pues que ya me los resolví yo hace cuarenta años, y me va tan rebién. A otra cosa, mariposa. Ya está bien. Es que como no se corrija, me parece que usted tendrá que abandonar el círculo La fraternidad, estaría bueno. Hable de otras cosas. ¿Es que no ha visto la película de anoche? Ése es un gran chico, y no los de ahora, ya lo creo. Canta, canta ese muchachito. Lo que hay que ver. Un poco ronco, pero no vea usted. Vamos que si canta. Canciones a la madre, a la novia joven, a la patrona de su pueblo, que, como está desfigurado en la película, a ver, es natural, por prudencia, pues no sé cuál es, pero valía la pena de ir de vez en cuando, todo tan limpio, tan peripuesto, tan organizado. No debe faltar nada de nada de nada. Es una película preciosa, ya que usted no se molesta en eso, por lo visto usted canta mejor que él y por eso no va, le contaré todo, menos el final, claro, porque si -173- no, don Natalio, el empresario, se molesta, y no hay por qué molestar a los amigos, ¿no verdad, usted?... Pues es un chico, ya lo habrá usted comprendido, que es de pueblo, ¿eh? ¿Me comprende? De pueblo. Pero de pueblo pueblo. Eso es. Nada, o sea,

vamos, que nada. Y viene a la ciudad, que, por cierto, yo me acuerdo cuando estaban haciendo aquí la película, que tenían que lavarse algunas veces en los servicios de La Estrella del Polo, y se pintarrajeaban de lo lindo, y el tal niño decía que esto era un asco, ande, para que vea, y eso que venía del pueblo pueblo, y le parecía un asco esto, y usted aún diciendo que a ver, que si tal y que si cual, y que si fue y que si vino. Ése era de pueblo y encontraba también esto muy ful, qué le vamos a hacer. Pues que el mocito se tiene que poner a estudiar, aparejador o algo así, o jefe de relaciones públicas, que es lo que ahora se lleva, que lo anuncian en Ya todos los días, debe ser una cosa buena, digo yo. ¡Y el tal rapaz, que aquí encontraba todo mal -igual que usted, vamos, sólo que usted no canta-, pues que se va a una escuela de ladrones! ¿Eh, verdad que está muy bien traído? Ja, ja, una escuela de robos. Bueno, no creo que eso esté legalmente reconocido, como el colegio de doña Terenciana, que este año, por fin, parece que trae dos licenciadas de fuera, se ve que la purrela aumenta que es un gozo. Esperemos que se gasten una falda potable, porque si no, doña Terenciana las despacha aprisita. Aunque se quede sin latín y sin geometría, usted dirá. ¡Ah, claro que el nene de la película es de cuidado! Pero canta. Tampoco es mala carrera esa de robar lo que se pueda, ¡qué me va usted a contar! Y sin reválida, ¿eh? Gracias a Dios que le veo sonreír. Así, así me gusta a mí. ¿Ve? Sin problemitas. Usted, lo que le pasa es que es muy joven, y, claro, ya se sabe, los jóvenes, pues eso. Pero ¿qué bicho le ha picado? No, por -174- favor, no vuelva usted a las andadas, mire, yo también estuve en la guerra, en Soria, eso era frío y lo demás... Para qué me va usted a contar lo que pasaba en Madrid o en Barcelona. Quiá, hombre, quiá. A mí, ahora, pues que agarro las revistas aquí, en la biblioteca del círculo, que es un sitio muy fresquito y muy cómodo, y se ve la calle estupendamente, y veo las fotos de las procesiones del Corpus en Toledo, y en Granada, y en Bilbao y más allá o más acá, y me empapo de los éxitos de Carina y de Alain Delon, que vaya tío de suerte, y me tomo el bicarbonato que me trae Secundino el limpia, que está cojo de cuando el Garabitas, a ver, mala sombra que tuvo... Ande, ¿a que no le va usted con sus saliditas de pie de banco a Secundino, que es prácticamente un héroe, lo que se dice un héroe? ¿Cómo que así le va? ¿Qué más quiere usted, si todo el mundo le respeta, y le ponen de ejemplo a los niños cuando no quieren hacer los deberes? Hombre, usted es un iconoclasta, eso es, un i-co-no-clas-ta. Hágame caso, pollo, que lo mejor es callar y dejar las cosas como están. ¡A las revistas, digo! Las ilustradas, naturalmente. Gracia de Mónaco, Soraya, Jacqueline Kennedy, Sofía Loren, Claudia Cardinale. Vamos, mis amigas. Déjese de historias, macho, que ya está bien. O si no, coja usted los campeonatos de boxeo, y los de fútbol... ¿Que no sabe usted la alineación de los equipos de Liga? ¿No le da vergüenza? Claro, cómo no, usted se sabe la lista de los cirujanos del hospital, la nómina de los reyes godos. Hace mono. Ni que fuera usted un intelectual. Por lo que veo, con usted no se puede, qué va, y es que cuando usted agarra un tema, ¿eh? Pues que lo agarra de veras. Los hay tercicos, vaya. Qué va usted a sacar con darle vueltas y más revueltas a las cosas, si ya, total, después de tantos años, no puede usted remediarlo, digo yo. Y que además todo eso es agua ya pasada, molino muerto. Fíjese usted ahora, la -175- que yo digo, que cada día se trae su asuntillo. Casas que se hundan, catapún, de una vez y de repente, y como si tal cosa. Bueno, algunos espachurrados, pero tampoco hay que exagerar. Más cayeron en Hiroshima, o en las grescas de los judíos y los no judíos, pero, ya se sabe, aquí, enseguidita nos gusta exagerar y salir diciendo que como lo de aquí, nada. Preocupaciones, preocupaciones... Qué no podrían decir éstos de las inmobiliarias que se evaporan engulléndose la pasta, ¿eh? Y usted venga y dale con que si justicia o no justicia. Fíjese, alma cándida: para preocupación la de don Óscar Luis Federico Alberto (no sé si tendrá algún nombre más, pero él es muy

acogedor, qué demontre), el chileno, que no vive desde las elecciones. Ande, ya lo ve, para eso valen las elecciones, para que un señor, un gran señor, se lo digo yo, un pedazo de pan... ¡Ah!, y muy bien educado, elegante, leído, botines, dos anillos, dentadura de oro, transistor, ¿eh?, qué le parece... Pues que no puede pegar un ojo, que, créame usted, ya se le está notando, ya. Es que pierde carne día a día, sobre todo si no le llega correo. Una lástima, que a mí me pasaba los sellos. Y la mujer... Ésa sí que está alicaída, pobre señora. Pero, a ver, los pobres, no se van a traer aquí sus tierras, ¿no verdad, usted? No estaría bien, sería poco patriota. Supongo que usted, que tiene el bachiller, no me irá a decir como Lucas el portero, que el chileno es un señor feudal. ¿Cómo? Ah, creía. Naturaca, un tío feudal es otra cosa, así como..., como. Vamos, algo mejor. Y muy alborotador. Y este señor es muy ordenado, aunque, eso sí, tiene un asma de no te menees, pero de orden y patria, a dejárselo sobrado. ¡Hombre, a la vista está! Veo que se está usted pasando a mi bando, menos mal. Me preocupaba usted mucho. ¡Es usted tan simpático, caramba! No, no se debe hablar de esas cosas que usted... Créame a mí que soy su amigo. No todo está -176- tan mal como usted lo ve. Tendrá que ir al oculista. Mire usted, aquí, todos los colegas de partida, chillan por lo de los secuestros aéreos, que eso sí que es moco de pavo, gruñen más que si les hubiesen ahorcado a todos el seis doble. Su madre, qué tíos, qué manera de berrear. Parecen bucaneros. Y luego dice usted que si no se habla, y que si tal y que si cual. Ahí los tiene. Y total, ¿por qué? Porque hay cuatro o seis ingleses de la Gran Bretaña metidos en chirona, a ver, como si aquí no pudiese pasar eso en cualquier momento. Y los judíos... Bueno, para qué vamos a hablar de los judíos. ¡Si hasta les gusta trabajar! ¡El colmo, hombre, no me diga usted! Mire, yo ya soy perro viejo, y más sabe el diablo por viejo que por diablo, siga mi consejo y no vuelva a sacar esa conversación delante de personas sensatas, estaría bueno. Esta tertulia es muy cuerda, muy tranquila, todos somos gente seria, de confianza, pertenecemos a varias cofradías, hay tres por lo menos condecorados, en fin, qué le voy a contar. Somos gente conocida, respetada. A veces a veces, según la altura del año, alguno se escurre con un chistecito algo subidillo de color, pero sin mayor importancia. Todo muy bien pensado, llevado y tragado (Esta abundancia de -ados finales es el truco de don Constancio, el notario, lee mucho a Cervantes, qué se había creído usted). Y estamos lo que se dice al día: que si los niños plus ultra, que si la maxifalda o la minifalda, que si los toros drogados o afeitados, o por barbar, o la ofrenda al apóstol, o la lista de hijos dilectos, predilectos y naturales, o sea, vamos, los de la mano izquierda... ¡Pues anda, que no hay temas de charla ni nada que digamos! Pero usted, con sus obcecaciones, pues que ni jota de esto, y es una gran lástima. Vive usted aquí, mi querido amigo, aquí. Y si no se entera, pues que está usted mandado retirar. Léase usted las esquelas y los anuncios de las liquidaciones, -177- o siga el curso de la Televisión y el idioma, donde dicen cosas muy sugerentes sobre los acentos, los verbos impersonales, las malas palabras y otras trascendencias así... O vea zarzuelas, que ahí están para ir tirando unas cuantas, Una morena y una rubia hijas del pueblo de Madrid me dan el opio, o hasta en el cine, Yo soy el caminante que al pasar, o si no... ¿Me va a decir usted que hay algo mejor por el mundo adelante...? ¡Gachó, qué tabarras larga usted! ¿También contra las zarzuelas? Vaya por Dios. A ver, venga acá, hombre, venga acá. Usted, ¿no se levanta cuando yo, a las once, las doce, da un paseíto, lee el periódico, come, viene a la peña, no lee el periódico de la tarde porque si no a ver qué queda para la tele a la noche, pasea otro poquito a lo largo del estanque, pasa un rato oyendo a Rafael en un cine de continua, utiliza los pases que le proporcionan los colegas para el teatro, y a dormir se ha dicho? Claro que después de haber cenado con un amigo. ¡Y con puro y copa!, ¿eh? ¿Eh, cómo? ¿Que madruga? Pero, ¿tan temprano? ¿Y que por la

noche...? Ahora me explico muchas cosas, claro. ¡A no ser gafe, jovencito! Es mejor que se decida usted a algo más constructivo, digo yo. Reclamar que mejoren los funerales, pedir tres o cuatro premios Nobel para nuestros compatriotas, o que se repartan bien los hinchas en las bodas de los cantantes, no se vaya a quedar desairado alguno. ¡Bueno, pues sí que no hay maneras de hacer feliz a la gente!... Si se decide a hacer alguna oposicioncilla, a maestro, por ejemplo, avíseme, para que vea mi afán de ayudarlo. El tío vinagrillo ese del registro está casado con una prima segunda de mi administrador, ya veríamos cómo echarle a usted una manita, ya verá, ya. Pero ¿otra vez con las mismas? Usted, con su rollo. No es usted cargante ni nada, vaya sermones que nos coloca. Ande, lea esto, fíjese: concursos - 178- poéticos, nuevas fábricas de agujeros de plástico, un circuito de carreras flamante... No hay que ser gafe. Lea las cotizaciones del mercado. Precisamente esta mañana los pimientos morrones... ¡Pero emperrarse en eso, hombre, en eso...! Hasta ahí podíamos llegar.

-179-

Todo tiempo pasado...

¡Ay, Señor, Señor, es que apenas me puedo mover, a esta edad pesan tanto los recuerdos...! Quién te ha visto y quién te ve, ciruelo. Sí, sí, ustedes los jóvenes, siempre están hablando y hablando, y van a hacer y a acontecer, y luego... Boquilla, nada más que boquilla. Si yo le contara... Ahora, ustedes, y al decir ustedes meto también a las chicas, estudian un poquito, unos años, que los paga papá, y ya está. Terminan y se colocan. Que si en un Banco, que si de azafatas, que si eso de las relaciones públicas, que ¿eh?, no me diga usted a mí que eso puede estar bien, qué demonios. ¡Relaciones públicas! Pero, hombre, ¡si parece cosa mala...! En mi tiempo... Todo era mucho mejor, ea, que mucho mejor. ¡Ay, estas piernas, Jesús bendito, que me traen por la calle de la Amargura! ¿La enseñanza? Bueno, quién va a comparar. Las Dominicanas, las Esclavas, las Carmelitas... Con nuestro uniforme, y las estrellas en la frente como premio, así, aquí. ¿Te sabías bien los cabos de España, o los golfos, o la batalla de Covadonga? Pues una estrella. ¿Te sabías bien las Obras de Misericordia, las Bienaventuranzas? Dos estrellas. Y cita -180- en el cuadro de honor, tan primoroso, con los colores nacionales, y con Isabel la Católica en un rincón, con un león de la mano... Y, de propi, en casa, cuando llegaba el domingo, a meditar bien la carta a los Reyes Magos, o un paseíto a la procesión, o al teatro, a ver La Revoltosa, o La viejecita, o El rey que rabió... No, hombre, no, qué va, cómo iba a ir una señorita bien a ver eso, también usted... ¿El cine? Claro, hombre, claro, Los dos pilletes, Sin familia... Yo me acuerdo de Los misterios de la selva, eran treinta y tantos episodios. No me gustaba ir con mi hermano Tolo, que se murió en la guerra, lo mató un obús cuando iba en un tranvía de Mataderos a cobrar los recibos de La Previsora, seguros de vida, no quedó sano más que la cartera y los zapatos, fíjese, ¿eh?, un horror, es que le digo que tiraban a dar, qué bárbaros. Pues le decía que Tolo... Eso es. No me gustaba porque siempre se quedaba con la boca abierta, y los demás chicos se reían de él. Pero, ahora... Le digo que todo, todo era mejor. ¡Aquel hombre que explicaba la película desde el centro del pasillo!... Y ya de mocitas, éramos útiles, habilidosas, nos enseñaban a gobernar la casa y a hacernos los vestidos, y

aprendíamos de todo: Centro instructivo parroquial de protección y educación de la mujer. Parece que estoy viendo el diploma. Lo firmaba el concejal delegado de ciencia y arte del distrito, o alguien así, con imprentilla, claro, a ver, éramos muchas, y llevaban una póliza de una cincuenta. Aquí, en la esquinita de abajo. Yo perdí mis diplomas también en la guerra, con todo, a ver, esas barrabasadas que pasaban en la guerra, qué le vamos a hacer. ¿No se lo cree? Yo me hacía mis vestiditos. Con patronos de papel, de La Moda práctica. Eran bonitos, hombre que si eran, con un lazo aquí, con un bolsillito aquí, y el tontillo aquí, aunque esté mal el señalar, y lazos, muchos lazos, aquí, y aquí, y aquí, y una larga cadena -181- para el abanico, y un boa, y manguito, y los pendientes de familia... Si viera usted qué ruido de enaguas almidonadas y rizadas, qué tumulto de frutas en el sombrero. Las señoritas de clase bien llevábamos siempre sombrero. ¿De qué se ríe? Era una moda bonita. Y respetable, sobre todo si se llevaban velillos... Ahora, en cambio, qué ganas de perder el tiempo comparando. Anda, que no es jaleo ni nada lo que se echan las niñas en la cara. Nosotras, agua de Carabaña para la piel, para los granos, que, en fin, ya sabe usted, y manzanilla para el pelo, y sanseacabó. ¡Tenía usted que vernos cuando íbamos de visita! Se anunciaban por carta, o por tarjeta impresa, con una sirena o unas florecitas en el ángulo, o una bella señorita que, digo yo, sería modelo de pintor, era entonces trabajo bastante bien pagado y discutido. ¡Hombre, qué preguntas tiene usted! No había teléfono, o casi nadie lo tenía, y quien lo tenía salía ronco por las mañanas, de tanto gritarle a las señoritas de la central y que no le hicieran caso. ¡Anda, Dios, ahora se desayuna este señor con eso de que el teléfono no era así, de éstos de marcar y hala! No, hombre, había que tener recomendación, es decir, la de siempre. Bueno, a lo que estamos. Si había mucha confianza, se iba y nada más. Llegábamos. La portera se levantaba, nos miraba y remiraba y requetemiraba, y nos dejábamos mirar, porque, a ver, casi todo era nuevo, y que si la falda plisada, y que si las botitas, y que si los guantes, y que si el collar... Subíamos. Llamábamos. Se miraba siempre por la mirilla, ¿eh? A veces tardaban en abrir, y se disculpaba, a ver, no nos esperaban y estaban arreglándose un poco, que si la cara, que si unas medias limpias, que si hay polvo en el macetero del salón, que si hay que quitar las fundas a la sillería o la gasa a la lámpara... ¡Una gasa contra las moscas, carámbanos! Pero, oiga, usted no entiende una palabra de economía doméstica, -182- ¡si está más claro que el agua! Abrían: «¡Dichosos los ojos! ¡Cuánto bueno por aquí! Precisamente pensábamos ir a verles una tarde de éstas, cuando a Paquita se le pase la jaqueca...» Siempre había jaqueca o colitis. También apendicitis, que era, por lo visto, muy fácil de pillar, se ve que era contagiosa. Y nosotros: «Pasábamos por aquí por casualidad y hemos dicho: Hay que ir a ver a estos buenos amigos. ¡Si hubiéramos sabido que Paquita tenía hoy jaqueca...!» Y así así, y dale que te pego, y que si fue y que si vino. Y se pasaban las horas muertas, tranquilas, se iba poniendo azul la tarde detrás de los balcones, y chirriaban más los tranvías, y se oía al farolero que canturreaba, y a los niños de la calle que le silbaban: Yo soy el farolero de la Puerta el Sol, cojo mi escalera y enciendo el farol. Y por lo general el farolero se ponía furioso, pues así, furioso como un farolero, y soltaba una palabra gorda, y entonces, la señora de la casa clamaba contra la mala educación de esta gentuza, y corría las cortinas en seguida, y salía a preparar un refrigerio. «No me digan que no, una cosita sin importancia, unos pestiños que ha hecho Paquita el otro día, que no quiso ir..., ir..., ir». Bueno, a donde fuera, la verdad es que no íbamos a ninguna parte. Y sacaba soletillas, y agua de limón, o chocolate con picatostes si era invierno, y todo el mundo decía cumplidos suspirando, y que nos quedábamos en el borde de la silla para no romper nada y los señores se levantaban a escupir, o a tirar el cigarro en la escupidera, que era un cacharro con agua y

un agujero en la pared. Y venga miramiento... Ay, que le digo que usted no puede percibir la finura, la educación, los modales de corte que tenía este pueblo entonces: Fíjese. Póngase usted allí: Y va y dice: «Hoy hace mucho frío, ¿no cree?» Y yo: «Sí, mucho, ¡huy!, ya lo creo que hace». Y le enseño a usted mis sabañones y mis cabrillas. Y usted otra vez, se - 183- encara por ejemplo con mi hermana, que está ahí, pongamos, en esa otra silla. No hombre, no, no se mueva, mi hermana la diñó cuando la gripe del año 19, así que tiene sitio bastante: «¿Usted no nota el frío, Consuelito?» Y así una vez y otra, calentando el frío con el aliento. No comprometía a nada, no se hablaba mal de nadie. No como ahora, que al mismo llegar, te preguntan si tienes resuelto tu problema sexual, si prefieres güisqui o ginebra, si Brecht o Alfonso Paso. Y menos mal, porque a veces te dicen, así, de sopetón, mirándote entre los pelos caídos: «¿Es usted dinástica?» No te vayas a creer con la preguntita. Y antes de que contestes: «¿Marxista?» Calle usted, por Dios, hombre, con esta gente de ahora. Podían preguntar por la salud, digo yo, o si cobra uno la pensión, pero, quiá, ceporrear: «Ah, conque republicana, ¿eh? Pues va usted a hablar con su tía Javiera, que lo que es conmigo...» Bueno, eso de la tía Javiera es un decir, que, si lo sabré yo, lo que dicen, usted me entiende, no hay gachó que lo repita. Hala, hala, vaya con la gente. Ah, pues ¿y las fiestas? Los bailes, los asaltos, los juegos de prendas. Ya se está usted riendo otra vez. Se echa de ver enseguidita que usted no entiende ni pum de estas cosas, qué va usted a saber, hombre, qué va a saber. Pues ya ve usted, se cuela de medio a medio. Eran juegos muy decentes, incluso la lotería, que los novios podían apretarse un poquillo las manos por debajo de las faldas de la camilla. Cuando la señora de la casa decía: «¡Que voy a echar una firma!», todos los jugadores se ponían tiesos, graves, y algunas se encendían como el ababol, a ver, temían que las hubieran sorprendido, usted me entiende. Y así se iban las tardes, hasta que, ya de noche, órdenes para la cocina, algún bostezo que otro, se aludía a que el día siguiente había que hacer esto, o lo de más allá, siempre con mucho miramiento, claro, y entonces: «Ay, -184- pero si son las diez, Jesús, tan agradable compañía, pero no tenemos la cena preparada para papá...» Papá estaba haciendo otra visita, o charlando en el café La Colonial, o en Ambos mundos, jugando al tute, cosa muy de hombres, y nosotras: «Solamente cinco minutos más. No queremos ser pesadas». Y usted, hemos quedado en que usted era la gente visitada: «¿Qué prisa tienen? ¡Siéntensen!» Se decía siempre siéntensen, que luego me han dicho que está muy mal dicho... ¿Que le hable de cosas serias? Oiga, usted, ¿qué clase de hombre es? ¿Serio? Pues no es nada lo del ojo. En mi tiempo, para que se entere de nuestra seriedad, éramos muy patriotas. Ya, como ahora, claro, ¿eh?, que hay que ver lo que pasa, que abre usted el periódico y hay que ver lo que está pasando. Qué perdición. Vamos, hombre, vamos, no me venga con cuentos. En mi tiempo, patriotas, patriotas y nada más que patriotas. Óigame ¡Y tome nota! ¿Había que rifar algo a beneficio de los soldaditos que no tenían ropa? Pues a rifar. Y se iba a vender las papeletas de casa en casa, una y otra vez: subíamos a ver a la generala, y a la maestra, y a la hermana del párroco, y a la del mercero, y a la mujer del bombero, y a la cacharrera. Y el día del sorteo, venga charanga: La marcha de Cádiz, Sol-da-di-to-es-pa-ñol-sol-da-di-to-va-lien-te, y Pepita Creus. ¡Qué entusiasmo, qué mantillas, qué cohetes! Tachíntachín, tatatachín... Banderita, tú eres roja. ¿No sabe usted eso? Ah, ya, claro, se me olvidaba que usted es... Vamos, usted es usted. Si ahora no saben nada. No, no se preocupe, no rompo la silla aunque siga el compás. No estoy tan gorda. También usted, qué ocurrencia, para una vez que no me acordaba de mis piernas... ¡Ay, ay, maldito reuma, Señor! Ésa es otra. Ahora, las chicas, pues que tan escurridas. En mi tiempo... Llenitas, llenitas. Es que estaba una mejor alimentada, a ver, calcule usted, comíamos como Dios manda. -185-

Torreznos, huevos fritos, manteca, cada cocido... Pan, mucho pan. ¿Usted ha visto alguna vez una libreta gallega? Pues hace falta ser cegato, oiga. Y se bebía tintorro de Valdepeñas, con sifón, y copitas de Chinchón dulce con alfajores de Estepa. Y milhojas, y candelilla, bueno, qué sé yo qué. Ahora, cocacola y siete arriba y cuernos flacos. Ay, déjeme que me entusiasme. ¡Vivan los gabrieles! Anda, mi madre, ¿que no sabe usted qué son los gabrieles? ¡Los garbanzos, hijo de mi vida, los garbanzos! Un cocido bueno, bien espumadito, resucita un muerto. Los presidentes norteamericanos, desde ese lío de las bases, comen cocido todos los jueves, a ver si no. Toma, se me hace que usted está en la higuera. ¿Me va a decir que no sabe cuál fue el mayor éxito de la Exposición de Nueva York? Pues empátese: la paella y los pepinillos en vinagre. Ande, para que vea. Yo también he bordado escarapelas, y cosía los galones a los cabos de cuota, y fui madrina de guerra de algunos. Les mandaba postales, la Giralda, el Pilar de Zaragoza, Juan Belmonte. Uno de mis apadrinados se quiso casar conmigo y todo, ya ve usted. No me casé porque era de Garganta la Olla y no me gustó ese nombre. No me gustó. No sé. Corazonadas. Y ya ve, tenía cerezas, no se vaya a creer. A lo mejor desperdicié mi fortuna. Aún guardo las fotografías. Con gorro y polainas. Era tuerto, pero de acción de guerra, lo que siempre alivia un poco. Es que yo fui también enfermera. Entonces desfilábamos por la calle de Atocha cada vez que llegaba un tren de repatriados. ¡Era una cosa bonita! Claro que me casé, estaría bueno. Yo era de muy buena familia, y mi padre me dejó mejorada en cien duros. Y así, cualquiera. Me casé con Ceferino Tapia y Tapia de Redondo, conserje del Ministerio de Estado. Con él estuve algún tiempo en Londres, en la Embajada, yo dirigía la limpieza y la vajilla y cosas así, a ver, una sabía las cuatro -186- reglas y bordar, y de plancha qué le voy a contar. Lo del inglés no tenía importancia, porque nosotros no teníamos más que ver, oír y callar. Es como mejor va al gobierno, decía el embajador. También, después de una buena comida, decía que lo mejor para gobernar es leña, leña, mucha leña. A Cefe no le gustaba mucho esta leñera, pero... Éramos subalternos. «Sí señor». «Naturalmente, señor». Una Nochebuena... ¡Cómo cenamos! Mucha plata, muy brillante, velas además de las lámparas y mucho vino español. Acabamos todos que para qué: «¡Viva la reina gobernadora! ¡Vivan los voluntarios! ¡Viva la Virgen de la Consolación de Utrera! ¡Viva la celadora del Refugio!» La celadora esta era mi madrina, ¿sabe?, ahora le contaré. Se llamaba Sol. ¡Andá, no se me había ocurrido nunca si era Sol del Sol, o Sol de Soledad! Bueno, qué más da. También usted, hombre, no lo complique. La Sol era de Bercimuelles del Cortinal, donde Cristo dio las tres voces. Tenía allí un palacio y dos hermanas con título. Ella había estudiado para comadrona, ya sabe, algo muy útil y bien pagado. Entonces los niños nacían en casa, a ver, y todo el mundo ayudaba, el marido, las cuñadas, la portera, a veces el sereno. Si cuando yo le digo que antes... Ande, a ver ahora, ¿dónde hay milagros? Pues cuando yo nací, pues que hubo un milagro, ya ve. Una Virgen del Carmen grande, pintada en lienzo, con marco ancho y todo, dorado, el cuadro le había tocado a mi abuela en la fiesta anual de las Adoratrices, ya sabe, esa rifa para mujeres descarriadas, pues fíjese que el cuadrado se descolgó dando tumbos, pasó por encima de la cómoda, que estaba atestada de cacharros, potingues y todo eso, y saltó por encima sin romper lo que se dice una punta de alfiler y se colocó de pie, solito, a la cabecera de la cama. Y entonces, yo vine al mundo. Yo, chilla que chilla... ¡Hombre, que no es para chillar ni nada lo que se -187- encuentra uno en este país! Yo, Carlota Meneses Ruiz, hoy viuda de Tapia y Tapia de Redondo. Casi nada. ¿Eh, qué le ha parecido? Quién habría de decir, cuando nací así de tamañita que yo iba a postular en la Fiesta de la Flor, lo que había que ver, todo el señorío en la calle, se quitaban el sombrero los hombres cuando una se

acercaba, y echaban diez céntimos en la hucha, aquello era rumbo. Y no le voy a contar lo que era ir a recorrer las estaciones en Jueves Santo, o ir a la Minerva acompañando al Santísimo a casa de los inválidos, o a ver los desfiles del 2 de mayo en el Prado, y del 7 de julio en la Plaza Mayor, o la Capilla pública en Palacio. ¿Cómo dice? Ah, sí, se me olvidaba. Ceferino se murió, pobrecillo. En una manifestación. Yo creo que se volvió majareta, a ver si no. Un hombre como él, con tan buen historial, funcionario, condecorado, hombre de orden, muy de orden, pues ya ve usted, se chaló con aquello de Pablo Iglesias, y un primero de mayo, pues que le arrearon de lo lindo, y ya no levantó cabeza, qué había de levantar. Le estuvo bien empleado, si ya se lo advertí: «¡Ceferino, que estas cosas no son para ti, que tú eres hombre de butaca y copa!» Pero como si oyese llover. Sería castigo de Dios, como repetía mi madrina, la de Bercimuelles. Total, me quedé viuda, y por aquello del primero de mayo, mire usted qué tendría que ver eso con las témporas, me limpiaron el empleo. Por si las moscas, a la calle. Y trabajé de lo lindo, vaya que si he trabajado. Fui de todo. Carabina, yo acompañaba a las niñas de la Chuela Rica, la canzonetista, ¿no la recuerda? La que cantaba aquello de: Cada mochuelo a su olivo, todo Dios a su desván, con tan plausible motivo, bailaremos un cancán. Era una canción preciosa, vaya si lo era, tan triste, tan sentimental. También cuidé niños. Conozco por ahí algunas personalidades, y cómo que si las conozco. Usted me contará. Algunos han llegado -188- a obispos, a notarios, a veterinarios, a jefes de estación. Le digo que no se podía suponer. Hombre, ahora caigo. ¿Usted no conoce a ese Zamora Vicente, que escribe a veces en Ya, su periódico de usted? Pues a ése le sacaba yo de paseo, que en su casa no le aguantaba nadie, y le digo a usted que sería por la escarlatina, o porque nació así, qué le vamos a hacer, que era la mar de atravesado y fastidió, que no daba una en el cole y tenía una intención que válgame Dios. Un miura el angelito. Y ahí le tiene usted escribiendo pamplinas la mar de aburridas en un periódico de derechas. Es que este mundo da cada vuelta que no vea usted. Mejor no pensarlo. Cerrar los ojos y no tocarlo, ea. También, y no sé por qué me acuerdo de esto ahora, pero, a ver, usted me pregunta y me pregunta... Repartí por las casas las imágenes de la visita: Las tres Avemarías, San Antonio de Padua, el de los novios, y la Virgen de los Llanos, que es de Albacete, ¿sabe?; y también cosí a domicilio por la comida y tres veinticinco diarias, y ahora... Realquilada. Lo último, no me diga. Yo que he vivido en una embajada, en Londres, y que tuve madrina casi título, lo tenían sus hermanas, y me dieron cincuenta pesetas cuando la boda del Rey, por haber escrito unos versos alusivos... No, no tenga miedo, no se los voy a recitar, además no me acuerdo más que del primer verso: Oh, tú, gran rey feliz del Mediodía... Puse el tú con minúscula y no le gustó al jurado. Si lo llevo a poner con mayúscula me atizan cien pesetas, pero, a ver, lo que pasa. Ande, estudie usted para esto. Ahora tengo el pelo blanco, pero fui la primera en mi barrio que lo llevó a lo garsón, y... Bueno, no le voy a contar la que se armó en casa cuando me lo corté; yo que había tenido premio de pelo largo en la kermés de la Paloma, ¡ah!, y tuve premio en el concurso del vestido de cuatro pesetas, ahí es nada, a ver quién es la guapa que hace hoy -189- un vestido de cuatro pesetas, tarlatana arriba, tarlatana abajo... Bueno, mire, tanto preguntar, ya me está usted jorobando, déjeme dormir, hágame usted mucho el favor de largarse a hacer puños para hoces, yo ya tengo una cofradía que, por un durejo al mes, me paga médico, funeral, entierro, qué sé yo cuántas cosas más. No pondrán sobre la caja nada, ya le he dicho que perdí todo cuando la guerra...

## No conviene aparentar

Mira, rica, que te pones cargante. No sé qué vamos a conseguir con poner una casa así. ¡Si no vas a poder verla del todo! Ni aunque te pases dando vueltas por el pasillo arriba y abajo el día entero. ¿Que no va a tener pasillo? Anda, Dios. Ahora sí que me avías. ¡Una casa sin pasillo! Un pasillo es así como..., como... Vamos, cómo te lo diré yo... ¡Pues lo que es un pasillo! Que es así, para pasar. ¿O no? Entonces, cómo vas a pasar por una casa que no tiene pasillo, es decir, por dónde pasas... Bueno está lo bueno, tanto hablar de modernidad, pero, chica, una casa sin pasillo... No me digas. ¿Y cocina? ¿O tampoco se lleva ya la cocina? ¿Eh? ¿Eléctrica? ¿Y retardada? ¿Cómo, cómo es eso? ¡Ah, ya! Lo que tú quieres es largarte por ahí de pendoneo y que el piri se haga solito, o lo cuide yo. Y eso sí que no. Hasta ahí podíamos llegar, estaría bueno. No, si ya se ve, todo siempre en manos de los criados, como si no hubiese señora en la casa. Ah, si esto de la emancipación esa... ¿Tú te crees que yo me he pasado la vida en los negocios dale que te pego, para poder comprar un piso como Dios manda, y ahora me sales con esto? Claro, -192- ya, yo me chupo el dedo. Una cocinita así, enchufar y listo. Ni cocinera ni nada. Ya, corriendo. Como que yo no sé lo que pasa en casa de Facundo Chiribogo, que ya ves, archimillonario, y tienen esas cocinas, y tostaderos para el pan de siete formas, y altavoces por todos los rincones, y neveras de tamaño natural, ya sabes que la suegra se le quedó dentro de una por ir a buscar la dentadura, y tuvieron que deshelarla como a las merluzas o poco menos... A la suegra, leñe, a la suegra, qué demonios van a deshelar la dentadura... Y tienen hasta una cosa así, comprada en Nueva York, redondita, felpudita ella, que vete a ver cómo funcionará, pero el caso es que mantiene a 25 grados el tabloncillo del retrete, no me digas tú que no es comodidad, a eso se llama desarrollo, caramba, y no a lo que tenemos aquí, siempre atrasados, siempre pordioseando de las grandes potencias, y eso que nuestra banca vaya si se porta, rediez, vaya, eso, sí, señor, eso, eso es cosa buena y no lo que tú pretendes, siempre tan calamocana. Bueno, pues ya ves, tanto y tanto, ¿y qué? Pues que tienen cocineras, y doncellas, y botones, y costureras, y mozo de comedor con calzones de éstos de lacayo de carroza del Corpus y medias coloradas, no te vayas a creer. Que no, que a mí no me la das. Que tú te pasas de la raya y sanseacabó. Eres tú muy arrimada a la cola. Que nada de esas cocinas. Una económica, de las bilbaínas, que no echan humo, y una criadita alcarreña, y vas que chutas. A ver qué te has creído, niña. Porque mis dineritos dan, sí, a ver si yo, después de treinta y cinco años en el Banco, no voy a saber cómo hacerlos parir, estaría bueno. Pero, por eso no estoy en Babia, ya te lo tengo bien dicho. Tú tienes que ser como mi madre, siempre vigilante: «¡Dorotea, aquí hay una telaraña! ¡Dorotea, encima del espejo hay dos telarañas!» Y si encontraba tres telarañas en la lámpara, bofetón y tentetieso. A ver, para eso le había -193- traspasado a la Dorotea la tía Candelas, la del Cojoleño, un gran hacendado de San Cándido de los Montes. ¿A que tú no sabes dónde está San Cándido de los Montes? ¿No? Ya lo ves, si se te notaba en la cara. Menudo pesquis tengo yo. Y pretendes esa cocina retardada, modelo BJ415873300. Y pago al contado. ¡Pero, niña, que te frían un Barreiros! Aquí, a tocateja, no pagan más que los catetos. ¿Cómo que te da lo mismo? Mira, vas a hacerme el favor de no lloriquearme, que me pones negro,

siempre con ese timito del lagrimón. Y no me digas que te da lo mismo saber o no saber dónde está San Cándido de los Montes. Una mujer de tu clase debe saber muy bien la pueblería de la patria, y los cabos, y los golfos. Sí, los golfos de España. ¡Mira, qué graciosa! ¿Desde cuándo vienen los nombres de los golfos en los periódicos? En los periódicos vienen otras cosas, esas que te encandilan a ti, y te crees que eres lo que no eres. Tú tienes que hacer como mi madre, ya te lo vengo diciendo, que aprendió a pagar cédula más barata que la que le tocaba, y a hacer trampas en la luz para que el contador no corriera, y a hacerte el desentendido cuando vengan a traer algo, para no dar propina a los zanguangos de las tiendas, y, sobre todo, estar atenta a la casa. Tenías tú que ver a mi madre, toda una señora, disponiendo desde la camilla, mientras hacía los recibos para las rifas benéficas, cosa que, por cierto, tampoco sabes hacer tú, qué vas a saber, con tu repajolera ortografía. Mi madre se ponía: «¡Dorotea, échale una hoja de laurel al puchero! ¡Dorotea, que al señor le gusta el filete bien pasado! ¡Dorotea, que al niño se le ha caído un botón de la bragueta, a ver si se lo coses antes que se vaya al Colegio!». Eso, eso era una señora de su casa. Sin moverse de su gabinetito. Ahora, hala, hala, a fumar y a jugar a la canasta y a pasarse las tardes fuera de casa, de cafetería en cafetería, y menos mal si no te da -194- por ir a esas conferencias, que luego no hay quien te aguante. Que si el doctor tal ha hablado de sexo y matrimonio, y que si el de más allá sobre las mujeres en la conquista de América, o sobre la producción hidroeléctrica y el sedimento femenino del caudal, y tal por cual. Esto, ¿sabes lo que es todo eso? Contestación: indisciplina, o, más claro, pésima crianza. Pero esto se acabó. En mi casa se acabó. Ahora vamos a volver a la normalidad. En cuanto tengamos el pisito nuevo. Ah, antes que se me olvide, nada de hacer que el portero se levante cuando vengan tus amiguitas a verte. Conviene acercarse a las masas sufridas, está muy bien visto ahora, lo recomiendan los periódicos. Y ya hemos tenido bastantes grescas. Ahora, para evitarlo, no tendrá dónde sentarse, y, así, resuelto. Y tú dedicarás las tardes de los martes y los viernes a llevar un estadillo de mis sueldos. Figúrate que este mes, y ya ves si está cerca, pues que se me ha olvidado si me pagaron en La Fraternal, y no estoy muy seguro si ya me han girado los de La cooperante. Así no puede ser. Nunca sé si he cobrado en todos los sitios. Tienes que encargarte tú de anotarlo, no, no voy a hacer lo que Segis, mi administrador en Colorantes SRL, que tiene bastantes menos obligaciones que yo y se me ha puesto una secretaria. Y de muy buen ver, lo que resulta algo provocativo, no me digas que no. Es de... de... de... Bueno, de por ahí. Oye, monina, recochineítos no, que sales perdiendo, ¿estamos, guapa? Sí, mi madre tenía un cuadernito de hule negro la mar de mono, sí, y con rayas para no torcerse, y ¿qué pasa? Entonces las mujeres no sabían tanto, no se lo tenían creído, ni iban a conferencias sobre procreación y lo que sea... Ahí te falta a ti mucha sindéresis. Además, eso del cuadernito estaba muy bien entonces, cuando aún no había milagro español, ni renta per cápita, ni turismo, ni apariencia coyuntural, ni etcétera. ¿Te enteras? No sé -195- para qué te hablo si no carburas, ea, que no. Tú vas a hacer un curso acelerado para manejar la computadora, que al año que viene voy a tener más devengos. Y harás fichas, una por cada sueldo, y las perforarás. Resulta muy distraído. No, de colores diferentes no. No habrá bastantes. Es más práctico hacer agujeritos. Además, el material, la máquina, todo será de la nueva distribuidora-aseguradora que vamos a hacer, y no tendremos que pagar nada. Y, de propi, tendrás un sueldecito. ¿Eh, qué te parece? ¿No te sientes mejor con esta noticia, saberte útil, remunerada, vamos, o sea, sin complejos? ¡Ah, te advierto que nada de sisas, que la máquina canta que es un contento! Ojito, pues, con lo que haces. Y la máquina te dirá hasta cuándo debes jugar para salir ganando, y cuándo debes salir de paseo y qué debes o no

debes comer. Será una gran tranquilidad. Y no me vengas con tus quejas, que la tengo bien merecida. ¿Cómo que qué? Leñe, que me consumes, ¿eh?, vaya entendederas... La tranquilidad, hijita, vaya si la tengo merecida. Tú dirás. Salgo de casa tempranito, para vigilar la firma de los empleados en el Banco. Luego, a La Fraternal, y otro tanto, y luego miro las cuentas de los azufres y los sulfatos, y tengo que pasarme por la Caja de Depósitos para ver si hay algo nuevo en la liquidación de acciones, de préstamos, de abonos por catástrofes, que anda, que no hay ni nada, vaya por Dios con la bella naturaleza. No, ahí no me hace falta ir, me basta con dar un telefonazo, tengo allí una rubiales que pita mucho y me guarda todas las preguntas para el 15 y el 30 de cada mes, es tan rígida que no me lo perdona aunque sean fiesta. Ahí tienes, el último San Isidro, me fundió el puente, pero, en fin, no se debe abusar. Y en la fábrica de velas tampoco me urgen mucho. Para eso coloqué allí a ese gilí de tu cuñado, que no me dirás que es chica bicoca lo que tiene, y encima siempre pidiendo aumento de sueldo, y no es más -196- que maestro, ¿eh?, maestro, no te vayas a creer tú con el niño, si, la que yo digo, es mejor no ir por no verle. En fin, que ya ves qué mañanitas me echo al colete, vamos, hombre. Y aún me tengo que pasar por el Departamento de Cambios, y asistir a alguna sesuda reunión sobre créditos a largo plazo, que son los peores, a ver. Y he de comer, seguro seguro, con algún desdichado de ésos que vienen a pedir enchufes para colocar a sus niñatos, unos pasmados que estudian ingeniero agrónomo, o Filosofía y Letras, o cualquier pavada así. Que no, hija, que no, que no puede ser. Tenemos que hacer algo de vida familiar como está mandado, así que no pienses en esa cocinita dichosa. Que se te quite de la cabeza. Eso es pura frivolidad, indigna de ti, una chica de la mejor sociedad, con diploma de honor en las francesas. Anda, anda a cuidar de la casita y la cocina, para que tu maridito bueno encuentre el filete a gusto por la nochecita, al volver de su trabajo y de sus reuniones petardas. ¡No, por favor, di que no estoy, dichoso teléfono! No nos dejan un ratito de intimidad, es que a jorobar no hay quien gane a esta morralla. Que vayan a la oficina. ¿Cómo que a cuál? ¡A la que les coja más lejos, también tú! Yo recibo en todas. Yo no soy egoísta. Yo comprendo los problemas de todos. Yo me he hecho todo a pulso. Hay que ver lo que yo he pasado en la guerra, y luego, después, cuando el cerco mundial, y después, cuando no se podían importar las cosas, y ahora mismo, qué caray, que esto no es vivir. Rica, ¿tú sabes lo que hay que arrimar el hombro para mantener los tres coches? ¿Haces tú algo para mantener el tuyo? Pues entonces... Ay, hija mía, tú, como no paras en casa, y venga de ir de aquí para allá, cafeterías y mandangas, pues que no te das cuenta del tiempo que yo pierdo con esas visitas, siempre llorando por algo, créditos, recomendaciones, empleítos de nada. ¡Qué poca ambición, -197- qué puntos de vista tan insignificantes, todos anticuados! Así va el país, a ver, tú me dirás. Menos mal que algunos tenemos visión. ¡Qué visión va a ser, también tú! Visión de futuro, de porvenir, que es lo que la gente ésta de las narices no puede entender ni a la de tres. Pero, claro, así va el país. En fin, hay que escucharles, tampoco se va a subir uno a la parra, porque uno haya triunfado en la vida a fuerza de sacrificios y de privaciones, aunque de todos modos lo van a decir. Y en fin de cuentas tampoco se van a desdeñar las cajas de pomelos, las cestas con jamón y champán, algún chequecito, ¿eh? Ya me entiendes, esas sorpresas que llegan siempre por Navidad. ¡Bien que te gusta, no te me vistas ahora de remilgosa! Bueno, ¿estamos de acuerdo, no? Un par de pisitos de cooperativa, de esos baratitos, ya los juntaremos, ahora se llevan mucho los duplex, hacen elegante, y entre los dos... Hay que tener cien ojos para el lío ese de los impuestos, ya hemos tenido bastante jaleíto con lo del año pasado, ¿eh?, ya veremos cómo los amueblamos luego, supongo que ya tendrás alguna idea que no sea solamente de esas revistas que te mandan del extranjero,

quizá aquí haya algún decorador que no sea un patán del todo. ¿No se casó tu amiga, la zote esa de Logroño, con uno? Invítalos a cenar, será cosa hecha. Los amigos son para las ocasiones y para decorar gratis los pisos. Pero no te vayas a poner todas las joyas, pareces un burro de San Antón, hazlo con cuidado, ¿eh?, ojo, con cuidado, que no conviene aparentar, hay que ser modestos, recogidos y no figurar, no, nada de eso, nosotros vivimos solamente del fruto de nuestro trabajo, y eso tiene que notarse, no faltaba más. Eso es, de nuestro trabajo. Sí, mujer, sí, si estamos de acuerdo, no vamos a regañar ahora, después de tantos años, eso sí que no, qué diría tu madre, cómprate ese collar y el abrigo si lo crees tan importante, naturaca, hombre, naturaca. -198- ¿Que la Lola esa se atreve a tenerle mejor que tú? Será porque tú quieras, que tu maridito arregla eso en un periquete. Trae el teléfono y verás tú quién lleva mañana el abrigo más caro, hasta ahí podíamos llegar, qué demontre. ¿O es que yo no sé dónde tengo la mano derecha? Has de saber que yo, entonces... cuando... aquella vez...

-199-

Siempre en la calle

La verdad, no sé por dónde empezar, y, en fin de cuentas, qué más da. Lo mejor es empezar por en medio. Años arriba, años abajo, siempre resulta algo muy parecido: malos humores, y nada más que malos humores. Pero se sigue tirandillo. ¿Qué quiere usted saber? A mí me da lo mismo contarle una cosa que otra. Ya estoy para el arrastre, y de una manera u otra, con éstos o aquéllos, pues que me han de arrastrar. Ésa es la fija. Ya ve usted, y no es broma, ¿eh? a ver si me entiende, desde que me concedieron la plaza, la bequita, como dice Secundino, el nieto de la señora Cleo, la estanquera, que estudia para turista... El Secundino, hombre, el Secundino, la Cleo qué va, es más vieja que yo, solamente que como tiene familia puede vivir en su casa, pero ya ve, menudo telele que tiene, que cuando va a tomar la sopa, hasta la hija pierde la paciencia y le desea la muerte. Eso sí, se lo dice de manera muy fina, que para eso es bachiller, pero lo cierto es que se lo dice, y por muy finolis que sea, óigame, es que se trata de su madre, ¿eh? Su madre, y, vamos, que... Usted me entiende. Bueno, sí, vuelvo a lo mío. Claro, los viejos, ya se sabe, estamos algo idos, a ver, lo que pasa. Idos, babosos, reumáticos, pitañosos, todo junto, y, encima, muchas gracias a -200- Dios. Bueno, pues le decía que, desde que tengo la placita en el hotel (ya sabrá usted que le llamamos el hotel a eso, lo cual que a las monjas les cabrea de lo lindo), pues, sí, desde que tengo cama y mesa en el hotel... Oiga, yo cuento como me da la real gana, vamos, hombre; usted, a callar. Luego que si los viejos tenemos mal genio. Sí, eso. Digo que desde que... Que ya me han sacado en televisión varias veces, y siempre digo que estoy muy bien, y que qué estupendo, y que qué hogar, y que qué estupendo tres o cuatro veces más, ya lo voy diciendo sin equivocarme, y que si mis médicos, y que si la ropita limpia, y que si fue y que si vino. Bueno, qué más da. Luego, por lo menos ese día, hay algo más de postre, o se merienda algo. Bien que se lo gana uno, tanto esperar, decir amén y luego... Bah. Es un paseíto agradable, el ir a la tele. Claro que a mí me pueden sacar, porque, aunque muy pobre, soy por lo menos limpio, y en el chisme ese de la tele no se me nota la tos, ni el resuello roto que me queda un rato largo, después de los ataques de tos...

Sí, me llaman, fíjese, fíjese, me llaman el tío Caralpúblico. Mejor, ¿no le parece? Es mote que revela buena familia. Hay otros que no se vaya usted a creer: Caracosida, Vinagrillo, Pinchaúvas, Tolondrondrillo, Jorobetón... Ya se imagina usted cómo son estos desgraciados, ¿no? Una pena, le digo que una pena, lo mismito que un anuncio de funeraria. Luego, ¡nos visten tan de negro! No, qué va a ser por comprar todo igual, o por si nos perdemos, qué va, hombre, qué va. Es para que se noten más las manchas, y poder regañarnos a sus anchas. Que si las babas, que si la ceniza, que si se queman las solapas, que si esa caspa, que si la salsa en la bragueta... Bueno, mejor no seguir, porque, a ver, lo que pasa, aunque uno es muy pobre y uno está muy viejo, pues que cada quién es cada quién, ¿no verdad, usted? Sí, sí, en medio de todo, suerte, lo que se dice suerte, no me - 201- ha faltado. Qué me va a faltar. Antes, yo comía en la tasca del sanabrés, ahí, a la vuelta de la esquina, en el treinta y ocho. Ya ve, todos estos viejales de aquí dicen que es un tipo de mucho cuidado. Que si mató a golpes a su primera mujer. Que si no paga impuestos como está mandado. Que si echa al vino cada bautizo que no sube ese día el agua al entresuelo, y que echa a las comidas la intemerata. Que si es republicano. Ya ve, una perla, ¿no? Pues a mí, cuando pasaba el día 15, que ya sabía él que no tenía una perra, pues que no me cobraba la comida, y me seguía cambiando la servilleta, y los domingos hasta me daba un partagás de tamaño natural, y el año de los hielos me daba café y media copa, y me pasaba a la rebotica a jugar a la lotería casi toda la tarde, tan calentito, venga a cantar Los-dos-patitos, El quince-la-niña-bonita, El-setenta-y-dos, Tengo-quina, ¡El-abuelo! Era un pasatiempo bonito. Y nunca me decían allí: Quítate esas legañas, Límpiase los puños, A ver si dejas de gargajear, so guarrete, y cosas así. Serán todo lo republicanos que quieran, pero allí se estaba bien, vaya si se estaba. Hasta un ponche hirviendo me subió Juanón, el chico, un soleche de no te menees, una vez que me quedé en cama, algo acatarrado. Sí, a mi sotabanco, allí, escalera interior, piso octavo puerta C (Un solo retrete, al final del corredor, eso era malo para mi edad, sobre todo por la noche). A lo mejor, lo hacían porque yo, todo el mundo lo dice, tengo gracia contando cosas, a ver, mucha experiencia, uno ha visto mucho, les divertía que les hablase de Cuba o de Filipinas, y del mono que me traje de Malacañá (eso escríbalo como le parezca, yo no sé cómo se escribiría, será tagalo, o chino, o yanqui, Dios sepa). Les asombraba que yo, que había tenido bancales de azafrán... ¿Usted no ha visto los campos de azafrán en flor por Ruidera, en noviembre? ¿Que no? ¡Anda mi madre! Pues, ¿cómo se atreve usted a escribir de nada -202- si no ha visto eso? Le pasa a usted lo mismo que a las monjas del hotel, que no han visto nada de nada y hablan de todo. Vaya por Dios. Ya ve, usted habrá oído decir algo de un libro bueno, muy bueno, se llama el Quijote. Pues, ya ve, ese libro es tan bueno porque el autor se pateó bien bien los campos de azafrán, si lo sabré yo. ¿Estamos?... Pues le decía que les pasaba que yo... Eso, que me hubiese reenganchado de sargento. La verdad es que había que curarse de alguna manera las fiebres que me traje, ¿me entiende usted? Los riñones se me quedaron derringaditos desde entonces. A cojear se ha dicho. Pero, como buen español, viva la resistencia. Anda, que no he subido veces ni nada la escalera de ese dichoso octavo piso, escalera interior, letra tal y tal. Lo que le he dicho antes ya. ¿África? Anda, pues claro. Allí es donde me dieron por inútil del todo, mejor, por inservible, eso sí, con muchas medallas y mucho jabón, pero a la calle. Oiga, oiga, ahí no ponga usted más que a la calle, solamente a la calle. La palabreja de antes no la ponga, no está bien, y luego, si las monjas la leen, ¡la que se arma! Y seguro que la leen, que no se les escapa nada. Menudas son. ¿Está bien? ¿A la calle? A la calle, así me gusta. No, mire, no hace falta exagerar las cosas, ni desembaular palabrotas. Ya a mis años, y más con la fama de limpio que yo tengo... Pues, sí, ya ve, me

quedé en Carabanchel, cerquita del hospital, bueno, y del cementerio. Tenía una casita de una planta, con dos ventanas, una gran cortina de esparto en la puerta. No, no tenía calle, ni número, ni nada. No hacía falta. Nadie se acordaba de mí. ¿Para qué iba a ir al pueblo? Quite usted allá. Me dediqué a la chatarra. Era negocio honrado, fácil de mover. A tanto el quilo, compro. A tantito más el mismo quilo, me lo vendo. Y así fui pasando. Hasta tuve una radio de galena, oiga, aquello era vidorra. También salía a hacer otras cosas, extras... Recogía -203- moñigos por la carretera, después de que había pasado la caballería, o la artillería montada, y los preparaba para mantillo de los tiestos, era muy lucrativo. No hay alhábega de mejor perfume ni hortensia de mejor color que las abonadas con estiércol de yegua verrión, eso lo sabe todo el mundo. Así sacaba unas beatas para los toros, o para el circo, o para las charlotadas nocturnas en Vista Alegre, tan cerquita de casa, a un paso. También cuidaba los caballos del médico y de su mujer, un tronco que daba envidia. Pero... Ya sabe usted, esas cosas que pasan: se compraron un automóvil, un fotinga, y, ¡a la calle! Ahora no he dicho nada feo. Solamente: ¡A la calle! Yo con los autos, nada. La única vez que he salido en los periódicos fue en 1923, mandaba García Prieto, en que la aleta de un Hispanosuíza me sacó de la acera y me dio un buen revolcón. En la esquina de la Plaza del Rey, donde había un herbolario. Malparió la dueña, que vio el accidente y se asustó mucho, a ver, usted me dirá, un auto subiéndose a la acera, eso era muy grave entonces. Me indemnizaron con un pantalón del propietario del Hispano, un fulano con bombín, botines y leontinas, algo amaricado, pero, eso sí, se quitaba el sombrero para hablar. Yo era un chatarrero, usted me comprende, me había hecho un gran favor al atropellarme. Se veía que era una persona de posibles y muy bien educada, no faltaba más. Ahí es cuando me casé con la Petronila, que vendía castañas asadas junto a Price, al ladito de donde me empitonó el Hispanosuíza. Las castañas, aquello rentaba, producía, o sea, vamos, usted me comprende. La Petronila, una gran mujer. Alta, fuerte, un lunar muy bien puesto en la sien, así, en semejante lugar, y se hacía un caracolillo la mar de aparente con los pelos que le nacían allí, uno era blanco, se lo elogiaban mucho en la vecindad. Estábamos contentos en nuestra chabolita, pero, aquí... Es que aquí no dejan en -204- paz a nadie, ya lo ve. Que si era una vergüenza, que qué barbarie, que qué pecado, que si un horror, que si el mal ejemplo para el pueblo... El pueblo, no vea usted para lo que valía el pueblo, para recibir el ejemplo de un chatarrero y de su mujer, bastante bien avenidos, no nos metíamos con nadie, se lo juro por éstas... Sí, claro, es que, ya me comprende usted, estábamos, bueno, pues así, arrejuntados, que no se llevaba entonces tanto, o que, por lo menos, parecía muy mal a aquellas señoras que se empeñaron en llevarnos a la iglesia. ¡Vaya boda! Menos mal que fue tempranito. Luego lo sentimos, porque, la verdad, quedamos muy bien. La Petronila llevaba una mantillita de Almagro, negra, y una cruz de diamantes de doña Sonsoles, la del cabo, y un prendedor en el moño, con una perla, de la señora Colasa, la frutera, y un vestido de crespón, que brillaba mucho. Y yo mi corbata grande, con alfiler, y una chistera, y unas botas nuevas, y un medio chaqué. Talmente un concejal. Estuvo todo muy bien y, al acabar, tomamos café con tostadas y chinchón dulce. En el tupi La Puerta de Getafe, frente a la fábrica de cerillas, donde estaba el pilón del ganado. Nos llevaron a casa. Y nos quitaron todo enseguidita, se ve que lo necesitaban para casar a otros malos ejemplos que a lo mejor habría por allí, digo yo, en Leganés, en Cuatro Vientos, vaya usted a saber, si no a ver por qué tanta prisa. Cinco duros por barba y a escupir a la calle. Siempre en la calle, ya se lo vengo diciendo, por eso quizá estoy muy contento en el hotel, siempre he tenido miedo de la calle. La Petronila me regaló entonces, se lo agradecí mucho, una cartera de piel de lagarto, mírela, aquí está, con la foto de nuestra boda. Ya teníamos bastantes años.

¡Hombre, estaría bueno, bastantes menos que ahora! No, no, por favor, no me haga hacer cuentas. La Petro, además, contaba por duros y por reales, y qué sé yo qué más. ¿Se da cuenta, oiga? -205- Observe, llevo un clavel en el ojal. La Petro lo guardó mucho tiempo en una caja, en la cómoda. Porque teníamos una cómoda, no se vaya a creer, de caoba. Esta cartera y esta foto es lo único que me queda de entonces. Todo el negocio se lo llevó la guerra, cuando los nacionales llegaron allí ¡pum, pam, pam! Nada. Ni el solar. Luego han hecho por allí una cárcel, lo que prueba que la tierra era buena. Sí, hombre, sí, ya le he dicho que no nos quedó nada después del cacao aquél. Nos costó trabajo encontrar el sitio. Vamos, que no éramos nosotros solos los que no teníamos calle, ni número, ni nada. Casi todo el pueblo estaba igual. A ver, tres años y pico arreándole a dar. Y, para que usted vea lo que son las cosas, nos tropezamos revolviendo la escombrera, el espejo de la Petro. ¡Qué alegría, qué gritos! ¡Mira, mira, Tomás, el espejito, mi espejito! ¡Qué lagrimones, Señor! Era un espejito de mano, de ésos con un mango así, y tenía una raja de lado a lado. Era el que empleaba la Petronila para arreglarse, mi Petronila era muy aseadita. Ya se puede figurar cómo lo recogimos, cómo se le caía el moco a la Petro al limpiarlo con la falda, acariciándole. Es que... Toma, a ver, ¿que salíamos a Madrid, a ver las procesiones? La Petro que gastaba un ratito en el espejo. ¿Que un desfile, o un entierro gordo, como el de Primo de Rivera, que lo llevaban en un armón? Pues la Petro, el espejo en una mano, se ponía salivilla en los pelos del lunar, o se daba polvos. La Petro se peinaba, se miraba los dientes, se vigilaba las arrugas y se entristecía, pobrecilla, a ver, toda la vida en la calle, las castañas en la esquina de Price, en el otoño de Madrid, ¿sabe?, el otoño de Madrid tiene ramalazos de muy mal café, a ver... Eso es muy malo para la piel. Pues, sí, se lo vengo diciendo, la Petro se peinaba canturreando Reverte en medio, o Una faca albaceteña se la sepulté en el pecho...La Petro cantaba muy bien, muy entonada, -206- con mucho sentimiento. Parece que la estoy oyendo, tantas veces la oigo, ahora mismo, escuche, escuche usted, mire, así, bajito... También la oigo cuando no duermo. ¿Eh? Anda, ya no, qué va. ¿Para qué quería yo el espejo? Era de propaganda, ¿comprende?, ponía por detrás algo, Piperazina, Potober, qué sé yo. Algo para engordar. Bueno, que no nos quedó nada, ya lo habrá notado usted. La Petronila se murió del tifus después de la guerra, cuando espichó tanta gente. Por eso estoy viudo ahora, a ver. No fue ella sola, sino mucha más gente se murió, hombre que si se morían, a ver, tantas hambres, tantos fríos, tantos disgustos. Los disgustos matan mucho, ¿no sabe? La Petronila era muy cariñosa, vaya si lo era, y me cuidaba mucho. ¡Qué camisas, qué pañuelito blanco tenía siempre yo! Una buena mujer, la Petronila. Ahora, al recordarla, me suena su voz, ya se lo he dicho, igualito, igualito, aquí: ¡Tomás, no te vayas a resfriar! ¡Tomás, que no me entere yo que bebes! ¿No la oye? Todo está oliendo a ella, como ella. Se me pone la carne de gallina. Usted perdone. Esto no lo puedo decir en el hotel, está prohibido. Total, que después de lo de la pobre Petro, me quedé solo con el perro, un bastardo canelo muy simpático. Me daba calor por la noche, durmiendo a mi lado, sobre la manta. ¡Ah, se me pasaba, caramba, esta cabeza! Esa manta la habíamos salvado cuando la evacuación, nos la habían regalado las mujeres aquellas que nos casaron, era preciosa. Tenía una cinta de seda todo alrededor. Claro que ya al final esa cinta se había caído, o estaba rota por partes. Se ve que era de mala calidad. El perro, como le iba diciendo, a veces manchaba mucho la manta, no estaba bien adiestrado. También se murió. Para mí que lo mataron los de la loquería, porque se metía por allí, buscando la cocina. Había una enfermera alemana con muy malas pulgas, enamorada de su gato. Ahí estuvo la madre del cordero. -207- ¡Adiós mi Canelo! A lo mejor le inyectaron locura y se les iría la mano en la ración, a ver, pobre animal. Ya, otra vez solo. Siempre solo. Y,

¿sabe?, es muy malo tomar cariño a la gente, tomar cariño a la Petronila, tomar cariño al Canelo, al sanabrés, al espejito, a la manta... Tarde o temprano... Hala, a hacer..., bueno, gárgaras. Por eso, yo, ahora, nada de encariñarme con nadie. ¿Al Caracosida? Que le den morcilla. ¿Al Vinagrillo? Ídem de lienzo. Y así a todos, a todos, a todos, a todos. El otro día palmó Cantimpalos, el tuerto que cuidaba de las gallinas. Era mucho más joven que yo. Pues bueno, al hoyo. Y ya está. Y yo a tomar el sol. ¿Que le cuente algo más de la guerra? Anda con lo que sale. Pues sí que. ¿Qué le voy a contar? A mí me está que eso fue igual para todo el mundo, una gran pena. Además, si no se habla del Alcázar, o de Garabitas, o del Clínico, o de la toma de Bilbao, no le hacen a uno caso. En el hotel no se puede hablar de otra cosa. Así que... Oiga, me estoy quedando ronco. Yo, ya he pagado, con las pesetillas de la ayuda de no sé qué de previsión, un ataúd la mar de arregladito. Como no gasto nada, cada mes le voy poniendo algún adornito, que si un crucifijo, esto me ha valido algún postre aparte, las monjas lo han celebrado mucho... Que si una especie de almohadita. Que si unas asas decentes. Lo malo es si no sé ya qué ponerle antes de... Tendré que decir que me pongan a mí, que me dejen allí, quietecito, y que se callen, por favor, que se callen... Mire, mire, ya casi siento este descanso tan bueno, y me quiero estirar, y dormir, dormir... Oiga, ¿usted cree que allí, bueno, usted me entiende dónde, la Petronila seguirá asando castañas, y el Canelo vendrá por las noches a la manta, y habrá un sitio para los republicanos como el sanabrés, y venga, y venga, y venga y venga y dale...? Ojalá, porque sí no...

-208- -209-

Autobús, nueve y media

¡Ay, rica, es que no me dejas hablar, siempre me estás cortando! ¡Qué barbaridad! Ya te lo decía yo que pasaría eso, a ver. Si no haces lo que yo te tengo aconsejado, a ver, rica, no te quejes luego. Es que hay que ver cómo eres. Ya te había avisado, no digas que no, igual que con lo del vestido, también te dije que te convenía de la otra manera, a ver si ahora me vas a decir que es mentira. Ya te dije que te pusieras el adornito así, por aquí, en vez de como lo llevas, pero como no me haces caso nunca, pues a ver. Luego... También le ha pasado a Luisina, que cuidado que se lo recomendé, y hasta fui con ella a la prueba, pero como si nada. Es que no se puede, pues aunque una tenga la mejor voluntad, siempre os salís por peteneras. Como en lo del guateque la otra tarde. ¿Te acuerdas que yo te dije que no hicieras eso? ¿Me hiciste caso? Pues así salió. Que otra vez se aguló la cosa. Yo no voy a decir una palabra más, porque, luego, todo se sabe. Hala. Huy, fíjate qué despacito va esto hoy, ya hace un año que hemos salido de casa y todavía estamos en Doctor Esquerdo. Una lata estos autobuses, si ya lo tengo dicho, que es que no se puede con estos -210- autobuses, te pasas la vida aguardando, tirada en las paradas como un trapo, lo mismo si hace calor que si hace frío, ya ya. Es que no tiene remedio. Pues ¿y en el metro? ¡Cómo achuchan, anda, qué brutos! Oye, ¿no sabes lo que le pasó a Rosita la otra tarde en el metro? Huy, pues tiene un rato gracia. Fíjate que entró en el metro, y claro, se puso a la cola, y venga a esperar, y aquello que no corría, y... Bueno, ¿te has dado cuenta cómo nos mira ése que va ahí? Ya podía mirar para otro lado, chica, es que aquí todo el mundo está a la que salta. Me voy a dar la vuelta. Dime si sigue mirando. ¿Eh, no? Será memo... Ah, sí,

¿sí mira? Bueno, pues ahora no me va a ver la cara, no me va a ocurrir como aquella vez que fuimos a Aranjuez a pasar el domingo, y que iba tanta gente en el tren... Chica, qué gentío. Es que había toros, ¿sabes?, y, además, iban a correr las fuentes. Porque en Aranjuez hay unas fuentes muy bonitas, para que te enteres, que tú te crees que todo lo que yo te digo es camelo. Pues cuando fuimos a Aranjuez aquella vez, ¿te acuerdas? venía también Laurita, la de quinto, esa rubiales pecosa, que, anda, que no tiene pecas ni nada, qué barbaridad, no sé cómo podéis decir que resulta simpática, si no se la ve, hombre, es que no se la ve, va tapada, lo que se dice tapada, como si la hubiese salpicado de barro un seiscientos... Bueno, ya la estás defendiendo, ya. Si yo no me meto con ella, yo solamente digo que marea, un poco al menos, ya sabes que yo soy una detallista, y en cuanto me pongo a contarle las pecas, es que me pierdo, me mareo, o sea, que no aguanto, además es pelirroja, y bueno, de ese color, y de excursión, pues ya ves. Que pasó lo que pasó, a ver. Si os lo tengo dicho. También venía Rebeca, esa gordita, que es una provocativa, a ver, tan gorda, dime tú a mí, por más que se aparte, es que no tiene dónde meterse, y luego, por si fuera poco, las coge lloronas. Y también apareció -211- por allí Margarita, la que es jefe de grupo en el Preu, ya ves, no tenía nada que ver con nosotras, pero es una metijona, hombre, te lo digo yo, ahí tienes la prueba, hombre, venirse a Aranjuez con unas chicas más jóvenes que ella, es que vas atada en casos así, porque te sientes vigilada, y yo, así, pues que no me divierto, hombre, qué me voy a divertir. Ni yo ni nadie. No, no se puede. Sí, hombre, sí, no me insistas, si yo me acuerdo muy bien quién fue a esa excursioncita, no hace falta que me lo recuerdes. Vino Angustias, y Pili, ¿te has dado cuenta qué mal le sienta la mini? Hoy está muy delgada, y parece más alta... Yo no me vestiría así ni aunque me dieran un premio. Es que llama la atención y eso a mí... Bueno, ya está mirando ése otra vez. Debo de tener monos en la cara, y es un vejestorio, lo menos tiene ya treinta años, qué tío. Bueno, a lo mejor está casado y todo, y a mí, en ese caso... Ay, rica, yo no soy como otras, que andan con disimulos a cada paso. A mí me gustan las cosas claras. Si está casado que lo esté, pues bueno. Fíjate, fíjate cómo sigue mirando. Me voy a dar la vuelta y me avisas si me sigue mirando. Oye, ¿qué es de aquel chico que te acompañaba hace un año? No le he vuelto a ver. Me gustaba, ya ves, ese chico. Te esperaba siempre por las tardes en la esquina esa del sauce. Debía ser un romántico. Ya se le estaba poniendo el pelo largo. Le hacía bien, pero a mí no me gusta el pelo largo en los chicos, es un asco. Resultaba algo menos así que el otro que te persiguió durante los exámenes. Decían que era hijo del dueño de una cafetería, ¡ay!, no sé cómo no le hiciste caso. Ahí es nada, una cafetería, figúrate. Tenía el pelo corto. Claro que eso de no ir a la moda... Pero como tú eres así, tan pava... Pues ahí tienes, se las piró a Mallorca, a estudiar meditación trascendental, ya ves si el chico vale. Y se paga el curso tocando la batería en un clú, para que veas. Oye, -212- ¿sabes? a mí me gusta ahora mucho el profe de Matemáticas, bueno, no, el de Latín, alto, delgado, lleva dos manchas muy llamativas en una solapa... O no, no es ése el de las manchas, debe ser el de Biología, sí, eso es, el de Biología... ¿Cuál fue el que contó el otro día en clase ese chiste tan gracioso? Sí, no te acuerdas. Una chica va de paseo, con su madre. Va a cruzar una calle muy ancha, y no hay disco. Un joven se acerca y va y le dice... Ay, hija, si ya no me acuerdo. ¿Tú tampoco? Pues, anda, que no eres desaborida ni nada, con lo gracioso que era. Oye, ¿sigue mirando ese fulano? A mí me pican las orejas cuando algún tipo así se me queda mirando. ¿Que se ha bajado? Será soso, total, no faltan ya más que dos paradas. Estos hombres, no se dan importancia que digamos. Pero estabas hablando de Aranjuez, y de aquel día, y te has ido a otra parte. Te decía que también fue aquel día... ¿quién fue? Sí, es verdad, fue Rosarito. Pero, ¿cómo lo sabes? ¿Es que tú también fuiste?

Pues podías haberlo dicho, hija, porque, anda que no llevo yo rato intentando recordar a la gente que fue. No ayudas nada, ¿eh?, tú también, qué salidas tienes. Sí, de chicos aquel día no estuvo mal. El de la guitarra era un poco manazas, no me digas, y no se le vio un detalle. Era un niño muy bien, muy así, haciendo así con las manos, mirando así, suspirando y tal. No resulta en fin de cuentas un tipo así, hay que ser práctica, que la juventud se pasa muy pronto. Yo voy a cumplir el mes que viene diecisiete años. Oye, haz el favor de no toser. ¡Anda, ésta! A mí me da lo mismo que tosas o no, ¿te enteras, guapa? Lo que pasa es que os reconcome que ese tipillo que trabaja en la óptica que hay enfrente del Instituto, salga a verme todas las mañanas después de Religión... Atrayente que es una, a ver. Pero no hay cuidado, yo no me voy a casar con él, os lo dejo a la que queráis, os lo podéis repartir, vaya -213- si os lo podéis repartir. Yo, como tú comprenderás, no me voy a casar con ese tipejo. Yo voy a ir a la Universidad. Seguramente voy a estudiar Filosofía y Letras. Mi madre no quiere, dice que hay que ser práctica, y que es mejor Derecho, para ser abogada, alcaldesa, procuradora, gerente de un banco, embajadora... Ahora nos espera un tiempesito bueno a las mujeres. Y hay que estar preparadas. Mi mamá se ha comprado unos discos para aprender inglés. Ahora se lleva mucho decir cosas en inglés. ¿Tú no tienes discos de inglés? Pues, hija... ¿Tu madre tampoco? Sois unas raras, hombre, tú dirás. Mi mamá sabe saludar, pedir el té y marcharse a la cama, qué te crees. Yo también me lo voy aprendiendo de oírsele a ella. Me compraré otros, de otra lengua, y me colocaré seguro seguro en la Unesco, está muy bien pagado y no dan golpe. ¿Tú no te vas a colocar en la Unesco? Casi todos los tipos que trabajan allí son de carrera, y la boda, impepinable. A viajar, que si museos, que si congresos, que si banquetes... Bueno, fetén, fetén. Debes hacer por colocarte en la Unesco, la Unesco es una cosa muy buena, tiene una central en París, fíjate, en París, y sucursales en muchos sitios. Lo mejor es una sucursal, porque, sobre todo si te toca en un país que apenas tenga museos, es que no haces más que cobrar y dormir, y te puedes dedicar a otra cosa. A escribir novelas, por ejemplo. Yo tengo muchas dotes para escribir novelas y lo que salga. A propósito, ¿has leído esa novela, no me acuerdo cómo se llama, que tenía Marijose la otra tarde? Es una pedantona, y la novela no es para tanto. Muchos tiros, mal puntuada, todo seguido, como algunos cuentos de Ya, hablan hasta dormidos los personajes, y eso no está bien. Una persona que hable mucho, acaba por molestar. ¡Huy, todavía estamos entrando en Goya! Es que con la obra del paso ese dichoso... Ese paso lo han hecho para que los entierros puedan llegar -214- antes, que lo traía el otro día el Ya, que está muy bien enterado de los jaleos de Madrid. Y van a hacer otro especial, más estrecho, para los que quieran adelantar. Madrid se está poniendo estupendo, ¿no verdad? Si me da pena que me coloquen mis papás en la Unesco, es por tener que salir de Madrid. Claro que con un poco de influencia... Oye, por fin no te conté lo que pasó en Aranjuez. Ah, ya, también estuviste tú, entonces no te lo cuento. Ahora que me acuerdo, no me has dicho nada de este collar. Es nuevo, hecho a mano, con semillas de diversas plantas, todas medicinales, así como algo magnéticas. Ya verás, a lo mejor, hoy, el tonto ese de Biología, va y me pregunta qué plantas son, y ya verás, estoy pegadita. Bueno, yo no me callaré. ¿Tú sabes de qué es esta negra, gorda? Seguramente es ajonjolí, a mí me dijeron los jipis aquellos que era ajonjolí, sí, mujer, los jipis del Rastro, donde lo compré, están reunidos allí, en la cuesta, y venden cosas hechas por ellos, collares, cinturones, adornos para todo. Había uno que pintaba escenas de amor en piedras de esas de los ríos, para emplearlas de pisapapeles, o para llevarlas al cuello con unas cuerdas trenzadas. Hacen la mar de mono. Tengo un amigo, si quieres vamos el domingo. Si no tienes dinero, te presto, pero también se pueden adquirir las cosas por intercambio, algo que te sobre a ti, que sea bonito, a

cambio de otra cosa de las que ellos tienen, pero a ver no vayas a meter la pata, porque a mi amigo hay que llevarle algo que quede bien, no vaya a ser que se enfade. Una plancha de vapor, pilas de los timbres, una dentadura postiza, alguna regadera, tenacillas para el pelo, juegos de cascabeles, gorros antiguos, de niños. Las lágrimas de las lámparas le chiflan. Es muy sensitivo. Tiene una barba así..., y un pelo hasta aquí, y los pantalones están desteñidos así, por aquí, y los domingos buenos va descalzo, o con unas sandalias atadas a los tobillos -215- o algo más arriba... Es un chico fenómeno. También tiene tocadiscos. No, no sé cómo se llama. Él, nada más. Él. Basta, ¿no? No se va a llamar Pérez, o Rodríguez como yo, o Sánchez, como cualquier cateto de por ahí en llegando, estaría bueno. Se llama Él. Pues los puestos están en... Oye, fíjate, ya estamos llegando, ¿qué vas a hacer, te vas al metro o tomamos un taxi? Porque me parece que ya a clase de nueve no llegamos, ya ves, ese cobrador es un impertinente, no me quiso dar ida y vuelta, es que los hay antipáticos, vamos, no me digas, podemos tomarnos unos churritos calentitos en el snack de enfrente, ahora no hay mucha gente y podemos oír algún disco hasta que sea hora de clase. ¿Qué tenemos hoy a las diez? ¿Física? Arrea, yo me he traído hoy la literatura. Estoy arreglada como me pregunten algo. Bueno, es que una no puede estar en todo, y se me pasan los días de clase sin que logre saber bien qué toca hoy, qué toca mañana. Es una lata. Ya podían arreglar esto de otro modo. ¡Mira, mira un Morris mini...! Como el de Ricardito. Ricardito es un tipo estupendo, qué va a ser engreído, es que la gente le tiene envidia, a ver, porque conduce estupendamente, hijita. Hay que ver cómo se sube la Cuesta de las Perdices, en un decir Jesús, y quiere ser corredor, para que te enteres. Se está entrenando. Y no tiene novia, que si tuviera no vendría tanto a la salida del colegio nuestro, lo que pasa es que no está aún muy seguro de por cuál va, que es muy jovencito, a ver, tiene sólo veinte años. Ya verás, ya, cómo logra el éxito, porque es un chico muy aplicado. ¿No te gustaría ser la mujer de un corredor famoso? Saldrías en los periódicos, y en las revistas, y tú dirías mientras te retratan con cara de angustia: «Yo rezo». Cuando vas a rezar, boba, cuando él está corriendo. Tiene sus riesgos. Ya ves, a veces se tiran contra la gente y matan treinta o cuarenta, no me digas que no tiene peligros la profesión -216- ésa. Es que la gente se cree que todo son tortas y pan pintado. No, hijita, no, que el que algo quiere, algo le cuesta. Y Ricardito tiene que llegar a ser un corredor de esos de fórmula no sé cuantas, un número; no, no es de esas de Química, es de otra clase, y entonces bien que nos va a dar envidia. Si lo sabré yo. Bueno, ya hay otro moscardón ahí mirando. Qué tendrá una. Ése de las gafas, el que lleva un periódico en la mano. Siempre va leyendo, algunas veces coincidimos con él, ¿no te has fijado? ¿Que no? Pues, mona, no sé en qué piensas cuando vas en autobús. Yo tengo dotes observadoras, y la vista es la que trabaja. Ese chico ya me puede mirar, ya, que va dado. Con esa pinta... Con razón dicen eso de que el hombre y el oso, cuanto más feo más oso. Debe de trabajar en un sitio sin importancia, de esos que entran un poco tarde, a las diez por lo menos, en algún ministerio. Se parece... ¿Que es un cura? No me digas. Eso se avisa. Es que ahora, como no se nota nada o casi nada... Pues anda, es verdad, lleva ese cuello así... De todos modos, ya podía escuchar a otras y no a nosotras, que tampoco somos tan graciosas, qué barbaridad. Es que no puede una disfrutar de tranquilidad cinco minutos seguidos. ¡Ay, que me caigo! Qué chofer tan bruto, por poco nos desnucamos, fíjate qué frenazo. Se conoce que íbamos a chocar, qué emoción si hubiésemos chocado, oye. Habríamos podido entrar en la clase de nueve sin apurarnos mucho y contar el choque, y el porrazo, y el ruido, y prestar ayuda a las víctimas, ¿tú no eres socorrista? yo me voy a matricular, se ahogan muchos en San Juan porque las novias no saben hacer nada en un caso de apuro, bueno, que habríamos sido el centro de la clase.

Figúrate, todas mirándonos, y la Madre habría venido a felicitarnos en vez de soltarnos esas frases avinagradas que nos atiza cada semana por no madrugar, nos pondrían en el corcho, como cuando éramos pequeñas, -217- aquella vez, ¿te acuerdas?, cuando yo acerté las cuatro adivinanzas de un libro... Ya no me acuerdo cómo eran, ¿y tú? Bueno, no me las digas. ¿Que no se cree nadie el accidente? Bueno, basta con despeinarse un poco, una carrera en la media, algo de sofoco, y pica todo quisque, si lo sabré yo. Andá, ahora tenemos bronca, ven, ven, vamos a acercarnos a ver a quién podemos servir de testigos... Vaya, ya empiezan las palabrotas. Esto es malo, porque todo se pega, y luego vas y las largas en cualquier situación, y anda, anda, justificate diciendo que has sido testigo de una bronca entre automovilistas... Mi padre sobre todo, es muy incomprensivo, y no me aguanta nada, y me dice cada cosa... Oye, fíjate en el conductor del taxi, está la mar de bien. ¿Cuántos años tendrá? Habría sido una pena que le hubiera cogido de pleno el autobús, ¿no te parece? Es que lo plancha, mujer, lo plancha. Ah, no me has acabado de contar lo de la excursión a Aranjuez... ¿Que era yo la que lo contaba? Ah, es que cómo te pones en cuanto puedes. Te lanzas a hablar y ¡hala!, a ver quién te alcanza. Eres tremenda, cariño. Debían dejarnos bajar, ¿no crees?, y que sigan ellos regañando. Yo estoy deseando bajar, llevo ya media hora sin fumar. Y me gustaría un pitillo antes de la clase de Geografía... Bueno, sí, de Física, qué más da, la de las diez. ¿No habías dicho que era de Geografía, la clase de las diez? Me parece a mí que tú también estás como yo, algo trasapelada. Ay, qué cabeza, me he dejado el tabaco en casa, se conoce que al cambiar de abrigo... No, el bolso ese no lo suelo traer a clase, no le gusta a la gente, y no me extraña, me lo trajeron de Viena mis tíos hace unos quince días, y es un poco atrevido para aquí, sobre todo para el colegio. Para el colegio tengo éste de flecos estilo pielrojatejanotarahumara, a lo Sharon Tate. Fíjate, van a matar al tío ese de la Sharon Tate, al que la despachó. Se está poniendo -218- el mundo que no nos van a dejar en casa ni que vengamos a clase solas, ya lo verás. Estas noticias son ahora muy inoportunas; ahora, cuando tenemos que ir preparando el viaje de fin de curso, que iremos quizá a Barcelona, a Ginebra, a Milán, y, si queda monis, a Roma un par de días. Vamos a pasar por el Pilar de Zaragoza, anda, ya ves. En Roma me gustaría conocer a Vittorio de Sica, vive allí, no, me he equivocado, quise decir a Vittorio Gassman, bueno, ya me habías entendido. Dame un pitillo, rica, no te hagas de rogar. Oye, ¿cuándo hay que pagar las cotizaciones para el viaje de fin de curso? A mí me parece que no he dado una perra desde Nochebuena, y a lo mejor... Buenas son las señoras esas. Oye, ¿y si nos fuéramos al Retiro, a remar un ratín? Fíjate qué mañana hace tan estupenda. No me apetece nada, nada, lo que se dice nada, tener que escuchar al señor de Física ahora, a lo mejor nos sale con uno de esos rollos de electricidad y venga matraca, con lo fácil que es darle a la llave de la luz y ya está. Podemos pasarnos por la puerta del cole, a ver si hay alguien más. A lo mejor hoy libra el chico de la óptica y se escapa con nosotras. ¿Hace? Estupendo, eres un sol... Oye, ahora que me fijo, ¿qué crema te has dado? ¿A ver? Huy, qué bien huele. Debe de ser francesa. Yo, a mí, vamos, una vez me trajeron una parecida, pero es que te la has dado muy mal, hija mía, pero que muy mal, está muy poco igualada, estarías dormida también tú. Ay, me han pisado. Anda que no hay grullas que digamos, qué bárbaro. Oye, oye, fíjate qué Jaguar, ése, boba, ése, ¡el encarnado! Qué va, qué ocurrencias, el verde es un Peugeot, dónde vas a comparar. Ay, el otro día me estuvo diciendo tontadas un chico que tenía un Jaguar como ése, sólo que de otro color. Pues era... Ya no me acuerdo de qué color era, qué más da. Mira, rica, a mí me revienta el autobús, ¿no te das cuenta de cómo nos escuchan? -219- A ése del cuellito blanco le voy a sacar la lengua, tanto mirar. ¿Es que no habrá visto nunca una chica bien vestida? Oye, anda, que ya vamos a llegar, dame un

Ducado. ¿Tú no fumas Ducados? Pues son un rato buenos, no dan cáncer, lo oí en televisión, un médico muy famoso, americano, que hablaba de eso y después se fumaba un Ducado, a ver, figúrate tú, si no... Ay, si vieras cómo me aprietan las botas... ¿No has visto mis botas? Son nuevas. Le he tenido que llorar a mi padre a base de bien para sacarle las pelas. No te vayas a creer, son de artesanía, ¿eh? Estos herretes de los cordones los voy a cambiar, son algo llamativos, y eso no está bien, queda algo paleta. Vaya por Dios, la de siempre, el disquito cerrado. Con esto ya no llegamos a nada, ni a clase ni a nada. Si es que es un asco el servicio. Con lo bien que anda esto en París, en Nueva York; y en Londres, eso, ya... Y aquí... Oye, ¿has ido tú alguna vez a eso del café-teatro? Ricardo me quiso llevar, pero yo no me fío, necesito que alguien me aclare bien qué es eso, no vayamos a pringarla. Ya estuve una vez en un naiclú, y, vamos, hombre, ¿tú sabes? Bueno, no te lo voy a decir aquí, pero acércate, acércate, así, al oído... ¿Eh, qué te parece? Si yo le digo eso a mi padre. Se me pone la carne de gallina de pensarlo. Bueno, vamos llegando. El amor, el amor, el amor es... El amor... Es preciosa esta canción, ¿verdad que sí? Ah, ¿has hecho el ejercicio de don Segundo? ¿Y la traducción de francés? Pues yo no. Yo me declaro incompatible con ese señor Sastre o Sartre, o como se llame. Además, que ya está bien, tanto mandar trabajos, que no tienes un rato de tranquilidad. Además, ahora, también lo han dicho los periódicos, pues que no va a haber exámenes, ni matrículas, así que los viejales se tendrán que ir callando. ¡Ahí va!, mira esa gordinfla del abrigo de ante, mira... ¡Haz sitio, que como se nos caiga encima...! Mi madre, ha -220- notado que hablábamos de ella, nos va a morder, es que no sabes disimular nada, ¡también contigo, cariño! Ay, niña, no digas, yo estoy de espaldas ya, la miré antes. ¿Se larga? Bueno. ¿Sabes? En el cine de al lado de casa echan Irma la dulce, es un rato divertida, una fulana que, bueno, ya te imaginas... No, no te hagas ilusiones, no te la cuento, porque si no... Yo quería volver a verla. ¿Vamos esta tarde? A lo mejor Ricardo está de buenas y convida. Oye, oye, antes de que se me olvide. ¿Te has enterado de...? Baja, baja, que no se nos haga tarde. Oye, me vuelven a picar las orejas, yo no quiero volver la cabeza, pero tú fíjate, con cuidado, boba, hay que disimular, si no... ¿Quién, quién es? ¿El del bigotito, ése del pantalón a cuadros? Cómo fastidian los libros en estas ocasiones... Y luego, como me obligas a escucharte, no puedo fijarme bien en ellos, qué lata, hija, qué lata...

-221-

Por un amigo...

Anda, vamos a charlar en esta cafetería, siéntate un minuto. Está bien esta cafetería, ¿no verdad? Grande, limpia, buena luz, las chicas parecen simpáticas. Y hay máquinas tragaperras, para discos, ¿no ves? Ya, ya entiendo lo que quieres... Conque boda, ¿eh? Buena señal. Yo, naturalmente, estoy a tu disposición. No faltaba más, hombre, qué cosas tienes. ¿Que te tienes que casar, dices? Allá voy yo, de testigo y de lo que haga falta. Por un amigo... Hasta ahí podíamos llegar. Yo, por los amigos, hombre, que no se diga. Un amigo como tú, además. Yo hago lo que tú necesites. A ver quién es el guapo que lo pone en duda. Sí, hombre, sí, yo voy a la iglesia y adonde sea, para decir que te vi bautizar, como ya hice cuando se casó Rafa, el de la Blasa Corchera, que era también de Malagón, figúrate tú si no

iba a ir, que, además, a ver, no había archivo en su parroquia, que lo quemaron cuando la guerra, vamos, cuando el jaleo. Anda, también tú, ¿quién lo va a quemar? Pues sí que tienes tú cada pregunta... ¿Es que ha habido alguien que haya hecho alguna burrada así, que no sean los de siempre? Los rojillos, hijo mío, los rojillos, a ver quién, -222- si no. Qué salidas. Cómo se nota que vienes de Alemania. A ver, allí, de guerras civiles, nada. Y de ir a la iglesia a decir si ibas o no con faldones y gorro a la pila, de eso, nanai. A ver, son países desarrollados. Ya ves, han indemnizado a todo Cristo, por lo que perdieron en la guerra. Aquí, ya ves, aún está mi padre esperando que le paguen el dinero que tuvo que entregar al acabarse el fregado, y, te lo juro, eran sus ahorrillos. Bueno, mejor a otra cosa. Pero tú, tú tranquilo. Que vamos que si voy yo a declarar lo que haga falta, estaría bueno. ¿Oye, y si te corrieras un poquito hacia allá, que me estás achuchando aquí mucho, contra el rincón? ¿Que está ahí el pasillo, y los camareros te molestan? Ah, amiguito, por un amigo uno se comprime lo que sea menester, pero, en fin, tanto apretar y apretar, es que parece que la mesa es para ti solo, caramba... Yo necesito espacio vital, ¿entiendes? Bueno. Es que me vas a laminar, gachó. Así que te vas a establecer, me decías. De pintorempapeladorestucador. Vaya, vaya. Y a casarte con la Matildita, mi prima. Vaya, vaya. Quién lo iba a decir. Pero yo, como amigo, debo avisarte. Mi deber es advertírtelo, yo soy hombre de ley. La Matilde es una chica bárbara, es guapetona, bien puesta, menuda estampa tiene la niña, y mujer de su casa, y muy ilustrada, sabe algo de cuentas y de geografía, y ha hecho los cursos esos de cocina y tal que hacen las chicas de la Femenina, pero... Yo creo que debes meditarlo bien. Consulta con la almohada. Y, sobre todo, es un consejo de amigo, háblale claro. Ella, a lo mejor es comprensiva, la Matilde. O sea, vamos, digo que tú vives en Alemania. En Bisbadén, ¿no? Eso debe de caer muy lejos. Yo me quedé en Francia, en Chenevières. Anda, que no me pinté paredes ni nada. Chico, es que allí, en cuanto se fue enterando la gente que estábamos allí unos pintores de Ciudad Real, mi cuñado y yo, pues que a todo -223- el mundo le dio por pintarse la casa, que si el salón, que si la cocina, que si los baños... En fin, para qué te voy a contar, que... Bueno, ya sabes, nos volvimos al año, y pusimos el taller en Las Matas, a ver, cerca de Madrid, donde el turismo, que nos va fenómeno. Es lo que hay que hacer, chaval, pringar un poco, y ¡a casa! De patrono, que es lo que se lleva, y sienta muy bien en cuestión parné, te lo digo yo. No hagas caso a esos mandrias que hablan de la sociedad de consumo y tal y tal. A vivir, chico, que son dos días, y que se mueran los feos. Mira, aquí está mi tarjeta, para que lo sepas. Fíjate, a dos colores, y las letras grandes del centro, que se llaman romanas, en oro. ¿Eh, qué te parece? «Ramón de Pedro y Lorenzo. Reparaciones mecánicas. Carretera de Villanueva del Pardillo, s/n. Repuestos. Engrase. Lavado. Teléfono 49, Las Rozas. Se venden coches usados enteros». No me digas, es fenómeno. Una tarjeta así... Este coche de la esquina, a tres colores, ha encarecido mucho, pero las hace muy atractivas. Es un Packard modelo descapotable, 1919. La Paca, le llamamos la Paca. También le hemos puesto en las facturas, en los almanaques de propaganda, en el anuncio luminoso. Porque tengo un luminoso, qué te has creído tú, a ver... Y al año que viene, ya lo hemos encargado, haremos llaveritos con la Paca colgando, eso gusta mucho a los turistas americanos, son unos gilís y esas menudencias, bueno, es que se pirran por esas menudencias. ¿Conque te gusta la tarjeta? Ya decía yo. Y eso que no he puesto que tengo la exclusiva de las bocinas «El trueno», porque me parecía demasiado poner. Así queda muy bien repartido todo, fíjate, mírala un poco de lejos, así... Quédatela, quédatela, puedes necesitarla, o recomendarme a algún conocido, nunca se sabe. Pero ¿por dónde íbamos? Ah... Perdona, se me iba el hilo. Estábamos hablando de la Matildita. Es una chica estupenda, -224- no ha

tenido más novio que tú, nada, ni el menor ligue, qué va a tener, si es más seria que el rabo de un badil, de su casa a casa de don Lorenzo, el matasanos, adonde va a asistir, y de allí a casa. De gura a gura, te lo aseguro yo. Quizá a la iglesia o a pasear a la estación con las amigas, pero nada más. Ni cambios en la falda siquiera, que ya es, ya. Pues yo creo, vamos, o sea, es un consejo de amigo, que le debes hablar con el corazón en la mano, es decir, vamos, con claridad. No, hombre, no te asustes, qué bárbaro, qué quisquilloso eres, qué tío, no te... Pues sí que tienes tú aguante, vaya con el niño. Quiero decir, y es solamente un consejo de amigo, pero de amigo de veras, ¿eh?, de amigo, pero que de amigo de verdad, de los fetén, sin medias tintas, a mí las medias tintas, vamos, que no, que me revientan, ¿estamos? Pues ahora viene. Tú estás en Alemania, ¿no? O sea, ¿en Bisbadén, no? Y una vez que el cura os haya echado las bendiciones, que yo voy de testigo, ¿eh?, yo, Ramón de Pedro, por un amigo como tú, vamos, donde haga falta, no faltaba más. Pues digo yo que te la llevarás a Alemania. A la Matildita, a quién va a ser, caray. ¿O estamos hablando de Gina Lollobrígida? A la Matildita, tan rica ella. Y ahora viene aquí el quid. Considerémoslo despacito. A ver, concéntrate. Hay que pensarlo despacio para que no saltes, que ya he visto que eres un tío de muy poca correa. Pues que yo veo que hay dos grandes peros. Uno, vamos, quiero decir, el primero: La Matildita, de alemán, ni pío. Y no va a estar contenta. No hay mayor soledad para una mujer que el tenerse que estar todo el santo día, y las semanas enteras, sin poder hablar con nadie. Que no hombre, que no. Eso es un tormento chino. Es que vas a llegar a casa harto de trabajar, y te va a colocar cada rollo que no veas. A ver, todo lo que haya estado sin poder desembuchar a lo largo del día. Y al cuarto o quinto -225- día de tirar así, que ya os sabéis de memoria el uno al otro, que, la verdad, le quita un rato aliciente a la vida conyugal, a ver, tú me dirás, siempre lo mismo, y siempre muy poco, y más en cuanto ella vaya percatándose de que no entiende el cine, porque tú la llevarás alguna vez al cine, y no veas lo que cabrea oír a los demás reírse y tú no sabes por qué, medio bobo, medio muerto, hombre, tú figúrate, y que no le dicen nada los periódicos, ni siquiera las fotos de los crímenes, ni la tele, ni nada de lo que hagas por distraerla, y que no va a saber pedir siquiera una salchicha... Totalizando: que te muerde, a la semana te muerde, menudas son las mujeres con bozal, aunque sea invisible en este caso... Ya verás qué llantinas te agarra, ay mi mamá, si yo la hubiera hecho caso, ay mi pueblito bonito, con su torrecita, y su casinito, y su quiosquito de la banda municipal, que estarán tocando ahora Los voluntarios, o La revoltosa, o algo así tan patriótico, y ay, mi paseíto por el andén... Ay, los tiznones de la matanza, ay, mis fiestas de moros y cristianos, con sus ropitas preciosas y sus estampidos, y la procesión, cómo te has atrevido a enterrarme viva en un país sin procesiones, ay si mi alma lo sabe. Y pídele a Dios y a los santos que no arremeta con las comidas, ay, Señor, estas porquerías, mi torreznito frito, mis bajocas con pernil, dónde, dónde están mis tortas de manteca, ay, qué martirio, no hago más que abrir latas, ay, ay, ay... Chinchorrerías, sí, claro, pero que te pone la cabeza... No quiero decirte cómo te la pone, y que, no se te olvide, la Matildita ha salido a mi tía, o sea, a su madre, que, a testaruda, vamos, a dejárselo sobrado. Yo, vamos, te advierto, es un deber, una responsabilidad de amigo. Y te lo advierto, que, cuando una mujer empieza así, malo, muy malo. Por un pelín, por un pelín, acaba la fiesta a trompazos, si lo sabré yo. En fin, que salen y salen todas esas memeces que hacen las mujeres, -226- y la Matildita, que yo la conozco desde que nació, pues que es capaz de... Bueno, mejor no pensarlo. Nadie sabe de lo que es capaz una mujer en esa situación. Ea, que no veas la que se prepara. Dios te coja confesado, Natalio, no te digo más. Yo soy amigo tuyo, un buen amigo, ¿cuántos años hace que nos conocemos? Pues fíjate si no... Es por el aprecio que te tengo, que si no... A mí,

plim. Llévatela si quieres, pero ya verás, ya. Y ten por seguro que en Alemania, o sea, vamos, en el Bisbadén ese, pues que no encuentras a nadie que quiera hacer intercambio de idioma con la Matilde, vamos, quiero decir con buena intención, ¿eh?, porque ésa es otra. Pero de eso no hablemos, ¿eh? De eso, nada. Bueno, hombre, bueno, no te pongas así, qué cosas se te ocurren, ya has sentado plaza de marido español, es que no se os pega nada de las costumbres de por ahí, siempre seguís tan cejorros, erre que erre, a ver si la Matildita, ¿eh?, yo no quiero decir nada, Dios me libre, hombre, Dios me libre, pero en Alemania, y sola, y tan lejos de su mamá, ¿eh? Pero no hace falta que te encalabrine, qué tío, allá tú. ¡Hombre, sin faltar! ¿Quién dice aquí palabrotas más que tú? Oye, me estás resultando tú un fuguillas. Yo... Pero es que hay que estar prevenido, es un consejo de amigo, nada más, hay que estar prevenido para todo, qué demontre. Además, aún queda el segundo pero. Pero de éste sí que no me vas a decir tú que no es moco de pavo. Anda, anda, que yo te conozco muy bien. ¿Cuántos años hace, decías antes? Nada, total nada, para que me pretendas engañar. Y que además yo me sé de muy buena tinta toda esa entente de las alemanas, los persas y los españoles. ¿Qué? Dime que no, anda. Y tú no eres manco. A ver, eres español, y los españoles somos así, qué le vamos a hacer. Genio y figura... Y no tenemos remedio. Y tú llevas ya dos años en Alemania, que, sea dicho de paso, -227- ya podías tener aquí algo, un taller, una tiendecita, una cafetería en el pueblo, o un despachito para comprar y vender terrenos, algo, en fin, algo, que se te viese un detalle. Venga, hombre venga ya, a mí no me la das tú. Si tú te portases en Alemania como Dios manda, pues que ya veíamos aquí tu nombre por las carreteras, en carteles de éstos que piden perdón por hacer puentes, o desvíos, o ferrocarriles, o lo que sea. Imagínate: «Natalio Riobóo. Construcciones. Dragados. Aguas subterráneas». Y en rojo, con unas cuantas herramientas pintadas al fondo: «Concesionario del utillaje alemán». ¿Eh, macho? No me digas, criatura, tú podías tener eso y mucho más. Dos años en Bisbadén, son ya muchos años. Pero, a ver, lo que pasa. La juerga. La cerveza. Las salchichas. Las salchicheras. Frau-va-frau-viene. Pero hijito, si conmigo no tienes que disimular. En todo caso, con la Matildita... A mí, como tú comprenderás, ni me va ni me viene. Pero la Matilde... La Matilde es muy sensitiva, y a lo mejor no le gusta ni pizca eso de que salgas de noche y que tengas amigas y amigos y que se te planten en tu departamento a cantar eso que cantabas la otra noche, en Navidad, cuando viniste, eso de Tannenbaum, oh, Tannenbaum... No me vas a contar a mí que eso lo has aprendido en la iglesia, venga ya, hombre, venga ya. En fin, si te incomodas, chico... Pero, te pones tan serio... ¿Será posible que con las alemanas, tú, nada?... Hombre, que no se diga. Bueno, bueno, chaval, allá tú. Yo ya te digo que yo por ti, un gran amigo de hace tantos años, hago lo que sea menester, pero si te enfadas... Hasta ahí podíamos llegar. Nada, nada, no se hable más. ¿Quieres hacerme el favor de correrte un poquito hacia allá? Este local es una birria. Y la gente de la barra, vaya gente. Unos muertos de hambre. Deben ser estudiantes. ¡Re... tal y qué pintas! ¿Pedimos otra caña? Esta cerveza no tiene que envidiar -228- mucho a la alemana. Desde luego es mejor que la francesa. Debe ser por el sol. El sol de España le sienta muy bien a todas las bebidas. ¡Ole ya! Ese disco que acaban de poner esos chavales es de..., de... Bueno, ¡de un tío estupendo, de Almería! Eso se llama cantar. Algo bueno debía haber aquí, en este cafetucho. Nada, chico, paga y vámonos, y ya sabes dónde tienes un amigo. Cuando quieras, vamos a hacer esa declaración. Pero avísame para ponerme decentito, a ver, no querrás que vaya a jurar algo por ti con la ropa de trabajar. Tengo un terno que para qué te voy a contar, aunque se me ha quedado algo estrecho, a ver, tantas horas teniendo que hacer cuentas, sentadito, lo que pasa. Venga a darle agujeros al cinto. También tengo alguna joya. Y una leontina que he heredado de mi

padre, y mi padre la había heredado del suyo, y vete a ver si no viene de más allá aún, con un Omega extraplano, antimagnético, anti todo, que te digo que quita el hipo, y ese día es que yo me pongo encima todo lo que tenga, a ver, por un amigo. Todo, todo eso me lo pondré el día que tenga que ir a firmar. Por un amigo, a ver, por un amigo hago yo lo que haga falta y un poquito más, ya te lo tengo dicho. Yo soy siempre Ramón de Pedro, palabra. Y tendremos que fijar la fecha de la boda con antelación, porque me haré un traje adecuado, o sea, vamos, bien, un traje bien, fenómeno, es más, si cobro eso que tengo a punto de terminar, la contrata del alumbrado, es que me lo haré a la medida. ¡No te fastidia con el camarero! ¡Su madre, y que no es marmolillo ni nada que digamos! Hombre, no me digas, me ha rozado al pasar por ahí detrás, si llega a ir con la bandeja me pone la chaqueta hecha una lástima... Si es que esta gente que no ha salido de España nunca, te aseguro que son un atajo de cenizos, no vale la pena preocuparse de ellos, te lo digo yo. A ver si te corres un poquito, te lo estoy pidiendo con toda educación desde -229- que hemos entrado, es que no te enteras... Te decía que avises, que ese día... Bueno, ese día yo tiro la casa por la ventana. Zapatos nuevos, corbata nueva, todo nuevo. Yo, por un amigo... Ya me dirás qué queréis de regalo. Tengo unas cuantas ideas, pero, naturalmente, yo no quiero imponerme, así que a pedir por esa boca. Tengo algunos muebles buenos, que ya no me gustan, a lo mejor os hacen apaño. Tengo una máquina de retratar estupenda, modelo 1950. Para las mañanas de Matilde, sirve. Ya me compraré yo otra más moderna, En fin, que no os ha de faltar un recuerdo mío. Pero, sobre todo, mi firma. No faltaba más. Yo, con amigos como Natalio Riobóo voy al fin del mundo. A la iglesia, al juzgado, al hospital, al banco, donde haga falta. Así que ya lo sabes, a mandar. Ahora tienes que perdonarme, mira, aquí, la agenda, tengo que acercarme a Tetuán, estoy pintando una casa, bueno, una casa, ya sabes, ahora se llama casa a cualquier chozo, esta chapucilla no tiene importancia alguna, pero debo pasarme por allí, los oficiales son capaces de guardarse la pintura. ¿Cómo? ¿Qué te preste...? ¿Qué te adelante para tu boda? Pero... Oye, macho, tú has tomado el número cambiado. Aquí, ¿quién es el novio? Estaría bueno, lo que hay que oír. Antes, mucho mal genio y mucha dignidad, y ahora... ¿Me has confundido a mí con el Monte? Venga ya, hombre, venga ya. Ni que me estuviera chupando el dedo. ¿Qué pito tocas tú en Alemania, o sea, vamos, en Bisbadén? Anda, paga las cañas, y déjate de pamplinas, ¿quieres? Me largo. No dejes de avisarme para la boda. Yo, Ramón de Pedro, por un amigo, bueno, es que soy capaz de cualquier cosa, te lo juro por éstas...

-230- -231-

Profesor visitante

De veras te lo digo, que no sé cómo se puede hablar tanto y tanto, todo el mundo boquiabierto, y luego, un gentío... Lo habían proclamado los periódicos, y la radio, y la televisión, y no sé si hasta una camionetita con altavoz anduvo por los barrios extremos, en las boleras, en los clús, y a la salida de las comuniones elegantes... Y la gente, como ahora no hace más que pensar en el cáncer y en la cirugía plástica, y el señor tenía una fama de no te menees, hombre, que si tiene, no es un pelanas cualquiera, que viene desde Nueva York, que es donde de verdad de verdad entienden de eso, y de aparatos para todo, y de

rapidez, y, en fin, para qué te voy a contar. Que venía de Nueva York y sobra, porque ya está dicho todo. Menudo exitazo al canto. Las casas de modas agotaron sus reservas, no te digo más, y las joyerías... Bueno, el despiporren. No ha habido señora de clase bien que no se haya hecho un verdadero equipo para asistir a la conferencia. Y de recomendaciones para conseguir entradas, un turbión. Nada, sin precedentes en la historia de nuestra ciencia. Pero, oye, ¿cómo te sales con ésas? A ver si te crees tú que nuestro círculo es una -232- grillera. Naturalmente que había que pagar la entrada, a ver si no. Anda, hijo, que tú también tienes unas ocurrencias que ya ya. Gratis, gratis. Venga ya, hombre. Esas cosas sólo ocurren en sitios bajos, como la Deuda pública, la Universidad, y así. Tú piensa, pedazo de... Traer al fulano, que es doctor y catedrático de cosas muy sublimes, que ha sido finalista del Nobel varias veces, prepararle el viaje, que, por cierto, se ha venido en un barco de campeonato y vaya facturitas de extras, no veas, no sé qué demonios ha hecho el sabio, se habrá bañado en agua de algún río sagrado, su mamaíta. Bueno, en fin, que, de propi, ya ves el hotel en que está, con una suite que ni un jefe de estado, bueno, que ya te lo supones todo. Ah, hombre, eso ni se pregunta. Claro que ha traído a la mujer. Parece una buena chica, o sea, vamos, que es un plomo de mucho cuidado. No para de mascar chicle. No, no, todavía no la he oído largar una bombita entre labio y labio, está bastante bien educada. También es intelectual. Está tan así, que yo me atrevería a asegurar que el sabio del marido hace experimentos con ella, la inyecta algo, o le da a probar los precipitados que se cocine, porque, mi madre, a veces, qué loro. Habla con la ese. Sí, son gente muy bien pagada, no pasa lo que aquí, y tienen dos esclavas negras, caribes. Y ella habla así, pues así, ya sabes cómo, igualito que en las rumbas cubanas, ¿está claro? Te digo eso de las inyecciones porque otras veces pone la cabeza así, caída sobre un hombro y llora cinco minutos sí y cinco no. Una plasta. Y él toma apuntes entonces, y le saca fotografías, y la escarba con una cosa así, como un palillo de dientes, en el oído, mientras dice algo bajito, no sé si en ruso o en inglés, ya sabes tú que a mí eso me resbala. Total, que te juro por la gloria de mi madre que yo, mujer, no me casaba con un sabio de éstos ni a la de tres. Bueno, pues como te iba diciendo, el acto resultó -233- muy bien, pero estuvimos a punto de que ocurriera una catástrofe. Y todo porque se da una importancia enorme. O no se da ninguna, vete a ver, tiene unas reacciones muy extrañas, y, luego, como es tan bisojo, pues que no puedes saber bien qué está pasando, y eso que yo, de pesquis, un rato largo. Bueno, los problemas han comenzado en el barco, durante el viaje. La propaganda de la naviera, inglesa como Dios manda, ha resultado una piña. Nada de lo prometido. Tú figúrate, no es que hayan faltado diez o doce categorías de queso francés, sustituido en el menú del doctor por un Cabrales sofocante, que dicen que es de por ahí, de algo más arriba de León, caracoles, tú me dirás qué va a salir de esas latitudes que le pueda valer a un hombre con esta dosis de cabeza, un extranjero que viene a conocernos, que ésa es otra, era la primera vez que venía, tú me dirás. Si a lo mejor le han dado todos esos premios a barullo por eso, por no haber venido aquí nunca. Esto de la justicia anda un poco discutidillo, lo que pasa es que... Y hay que ver la tirria que nos tienen por esos países adelante, y todo, lo sé yo muy bien, por ser el flagelo de los herejes. Ah, amigo mío, los países pagan su historia, y a nosotros, ahora, pues que los usos más frecuentes no nos van ni poco ni nada. En fin, vivir para ver. Pero, como te contaba, pues que el doctor, o sea, nuestro sabio, ya sabes de quién estamos hablando, o sea, nuestro huésped, pues que tiene sus manías. Algo rarillas. Había pedido, tú me dirás qué tiene que ver eso con las témporas, una escolta personal lírico-auditiva. Aquí, la Junta directiva, de la cual tengo el honor de ser presidente elegido por unanimidad unánime y némene discrepante y por un período de cinco

años renovables, pues nuestros estatutos, copiados de la constitución holandesa, prevén la reelección... Pues que, como te puedes suponer, la Junta no sabía ni pun de esa petición, pero parece que -234- figura entre los atractivos de la naviera, eso de la escolta. Pero falló, ya ves tú por dónde, porque las cuatro o cinco sopranos (y dos típles, dice el prospecto de propaganda) contratadas, no pudieron venir. Estaban buscando enloquecidas, y ayudadas por sus antiguas compañeras de colegio, una cita que les dedica Julio Cortázar en su última novela. Por procedimientos crípticos, caramba, eso ni se pregunta. Las radios nacionales de varios países suramericanos han convocado un concurso fenómeno, con premios muy sustanciosos para el primero que encuentre esa alusión cabalística. Toma, así cualquiera. A buenas horas se iban a meter esas señoras en el barco con el sabio para aguantarle a todas horas sus fórmulas y sus éxtasis, que creo que tiene éxtasis, o sea, vamos, algo así como arrebatos sin importancia, y todo por algún que otro vermú y algunas horas extra. Estas pobres chicas no deben andar muy allá en legislación laboral. Aquí habría sido otra cosa. Total, que no acudió ninguna al muelle. Y nuestro sabio a morder. Parece que se ha calmado con unas cuantas portuguesas en mal uso que subieron en no sé qué isla con volcán, por ahí, por esos mares calientes, y han venido cantando sin parar fados de Vila Real do Conde, que es buen sitio de verano, o sea, vamos, de perdición. Sí, los cantaban de tres colores. Anda, y yo qué sé. De tres colores decía el cable que hemos pagado. Como traía tarifa reducida yo no he preguntado más. Mi experiencia es que, si preguntas, te doblan la tasa. Así que... No, no te rías, eso ha sido otro inconveniente, porque parece que entre él y la señora hay muy serias divergencias sobre la valoración del color subyacente en la música moderna. La señora, por principio y por moler, se despepita por las canciones blancas, ya te dije que era una buena chica. Casi nada. Menos mal que como venían en cabinas de lujo han podido separarlos después de los tumultos -235- que provocaron en el paso del Ecuador. ¿Que no se pasa el Ecuador al venir de...? Oye, rico, tú qué sabes de esto. Los barcos ingleses no se equivocan nunca. Así que pasaron el Ecuador o lo que sea. Quizá sea otra fiesta, que han decidido llamarla así, o los ingleses, que de mar entienden un rato, llevan un Ecuador para distraerse en las navegaciones largas. Tú, lo que tienes que hacer es no mirar tanto mapa, y pagar los papeles que yo te mande. Para eso soy el presidente, y tú nada más que el cajero. ¿Estamos? Pues te decía que se ve que a los sabios no les va bien el Ecuador, porque en el discurso que pronunció a los postres, se dio por aludida mucha gente, incluso la Corona británica, y eso sí, como es natural, va a traer cola. Si lo sabré yo. Buenos son esos tíos. Se ve que este sabio no tiene mucho tacto. Qué va a tener. Si nos hemos enterado de que hace unas preguntitas, so pretexto sociológico, que dejan frío a cualquiera. Y también es casualidad, hombre, se las hace siempre a las señoras casadas. A mí me da en las narices que este tío no vuelve sano a su tierra, por mucho que sepa, caray. Y no insisto en otros aspectos porque los periódicos ya han hablado mucho del viaje, y en la conferencia de prensa que se largó al llegar a la estación de Atocha (desembarcó en Algeciras: factura de fiesta folklórica con cucañas, carreras de sacos, achicharramiento de un judas, y gran duelo de los prohombres locales: en el discurso de gratitud por la bienvenida, nuestro hombre confundió la ciudad tres veces con Southampton) charló demasiado de estas quisicosas de su viaje, ya sabes, esas menudencias que siempre tienen que ocurrir. Ya allí se me atragantó algo el sujeto. Se quejó de que la gente vaya a misa, de que el agua mineral tenga unas veces gas y otras no, de que comamos demasiado cerdo, de que llueve en primavera, de que no hayamos pintado de colores vivos El Escorial, que así, tan -236- gris y monótono, parece viejo y de segunda mano, de..., de..., de... De todo, vamos, de todo. Sí, llevas razón, elogió..., elogió... Algo, sí... No me

acuerdo. Ah, ya, la Ley de Educación. Menos mal, digo yo, así tenemos a qué agarrarnos para si quiere quedarse aquí una temporadita más. Claro que, a lo mejor, todo fue resultado del mareo. Pero ¿no lo sabes? Este sabio es tan exquisito y tan sabio que no se marea en el barco, ni en el tren, ni en ningún vehículo. Se marea al bajar y poner pie en tierra. Mareo de tierra, lo que hay que ver. Tuvimos que contratar un equipo médico especial que le recogiera al dejar la pasarela del barco, porque si no... Es hombre importante, benefactor de la Humanidad, a ver, no podíamos dejarle allí haciendo eses en varias lenguas, la mujer desolada: Yoni, darling, repórtate, Yoni. Mira que erej cargante, ¡ajá!, no se te puede desembarcá en ningún sitio. Erej un desatento, ay bendito, o te sostienej o te vaj a esfaratá la crijma, m'ijo... Y como, ya lo notarás, ¿no?, la señora habla en cubanito... Que no hubo manera de disimularlo. El mareo, leñe, el mareo, qué demonios vamos a disimular. Con otras personas no importa. Tú te mareas, pues aguántate. Cambias la peseta como te sea posible, te tumbas, y a comer si puedes o a ayunar si no puedes. Y ya está. Pero con el doctor, que ha descubierto tantos virus y contravirus, y que ha traspasado de dueño vísceras y más vísceras... El honor nacional estaba en entredicho. Ni nuestro paisaje ni nuestras costumbres toleran un mareo en tierra, hasta ahí podíamos llegar. Echa la cuenta de los discursos preparados que se iban a quedar sin llegar a las ondas, ni de los bailes y cantos de la agrupación cañí que estaba, toda simpática y enjaezada, esperándole... Menos mal que los servicios municipales funcionaron esta vez muy bien, no siempre va a pasar lo mismo. Pero el retraso de veinte minutos fue calamitoso para lo -237- sucesivo. A ver, tú figúrate, ya aquí no llegamos a tiempo a nada de lo previsto. ¿Que había que darle la llave de la ciudad en tal sitio? Cuando llegamos, ni rastros de nadie. Fue un feo muy gordo. Un señor feo. En la Plaza de la Virgen estaba prevista una concentración de enfermos paralíticos e intervenidos, que iban a cantar no sé qué himno alusivo, con tarantelas y con bengalas y bombas, y etcétera, etcétera, etcétera... ¿Estabas tú? Solamente quedaban tres o cuatro mujerucas, de negro y con una flor en el moño, que andaban a la gresca con los barrenderos. Hasta los cartelones se habían llevado. Bueno, esto fue una suerte, pues eran los mismos que se emplearon cuando llegó no sé qué heredero de un reino de por ahí, de por más allá de Gambia. Bueno, hay que decirlo todo, que a cada uno lo suyo, o sea, suum cuique, ¿eh?, ya ves que no se me da tan mal el latín, yo, en fin, presidente... Quiero reconocer que por allí, subida en una mesa del refrescante, en la esquina de la Avenida de la Libertad, las butacas de mimbre muy bien puestas y atentas, estaba doña Angustias, la directora del Patronato Emancipador Femenino, que, cuartillas en una mano, la otra en el corazón y las gafas en la punta de la nariz, repetía incansable su salutación: «Mi querido pensador...» Debe ser la recepción de otra lumbrera de éstas que nos caen por aquí de tarde en tarde, quizá también retrasada, o quizá que vaya a venir para San Isidro, el año próximo, nosotros, desde luego, no habíamos invitado a esa señora... No, lo de pensador yo no lo considero un dato. Nuestro huésped podrá pararse a pensar alguna vez, no lo pongo en discusión, pero, digo yo, siempre sería mejor «mi querido doctor», o «mi muy eminente sabio...», ¿no te parece? Bah, no me distraigas. A lo que estamos, tuerta. Que nos invadieron las quejas. Los catalanes y los navarros han protestado por haberles hecho esperar, y parece -238- seguro que tendremos más bollo con el asunto de las cantantes, que todo sea por Dios, resulta que son argentinas y han caído en la trampa de la novela de Cortázar. Las que se mencionaban allí eran de Provenza, y esto ha causado un profundo dolor en las pobres muchachas. Acusan al escritor de poco patriota, y exigen, con muy malos modos, que no le dejen entrar en ningún teatro de ópera durante diez años y un día. Anda, para que veas, esto se llama no ser profeta en su tierra. Y, para que lo oigas, yo digo

cien veces «profundo dolor», que lo de «trauma» se lo cuentas a tu padrinito, ¿sabes, rico? En fin, es que ya lo decían mi abuelo y mi padre, y lo repite lo más selecto de la intelectualidad: aquí, de tareas del espíritu, ni golpe, chico, ni golpe. ¡Un hombre de esta altura y quedarse así, solo, en medio de una ciudad como Madrid! No me digas, chaval, no me digas. Bueno, que conste que, a todo esto, yo no me quejo. Pero yo soy el presidente, elegido por unanimidad y para cinco años... Ah, ya, ya, se me olvidaba. Ya, ya sé que lo sabes. ¡Perdona, chico! Es que estoy nervioso. Nervioso y quizá algo más, porque te aseguro que no levantamos cabeza. Y eso que tenemos concedidas ya varias subvenciones. Pero es que el profesor y su mujer son insaciables. Culo veo, culo quiero. Ella se trae una lista de regalitos que para qué. Mantillas, castañuelas, botas de vino, gaitas, un mantón así y otro asao, y él... Bueno, él me confió que con unas cuantas espadas toledanas, una baraja de Vitoria, dos o tres peonzas de madera y un guardia civil para colgar en el auto se daba por satisfecho. Ah, y un botijo. En fin... Bueno, pues... Es que no quiero ni acordarme. Hasta la hora de la conferencia, las ocho, todo fueron nervios, sofiones. Las cinco secretarias que le pusimos despacharon miles de llamadas telefónicas, atendieron a las peticiones de autógrafos, oye, se trae el tío una estampilla -239- con fecha y escudo y toda la pesca, ¿eh, qué te parece?, y dieron las gracias a los ramos de flores, a los envíos de palcos y peticiones de dinero pro-algo, que si los enfermos, que si los desertores, que si los licenciados en letras... Una vergüenza esta manía de pedir, vaya si lo es. No se les ocurre pensar a todos estos desgraciados que el doctor es un hombre de ciencia, o sea, un intelectual, y todo el mundo sabe que los intelectuales, o sea, los sabios u hombres de ciencia, pues que ni chapa. ¿A qué pedir tanto entonces? Es que somos unos atrasados y nada más, y no hay mercado europeo que nos avie. Menos mal que el doctor es hombre de buen humor, y si no les da monises les apalea con buenos consejos. Algo es algo. Hombre, no me salgas con ésas, menos da una piedra. Bueno, hubo que ir a dedicar libros al salón del hotel, había una cola tremenda. Estudiantes de selectivo, seminaristas, enfermeras, una delegación de tiradores de pichón y otra de picadores jubilados, coristas, ensalmadores, sordomudos, casamenteros, meteorólogos, un par de ministros del antiguo régimen, el jefe de la oposición, un obispo protestante, que, por cierto, se coló, el muy cuco... Qué te voy a contar. Es que de todo, vamos, de todo. Cuando entramos en el salón, no cabía un alfiler y, chico, ¡qué ovación! La gente, de pie, aplaudiendo, se subían a los asientos para ver mejor al genio, se oían vivas y más vivas, y un lloroso «Viva la madre que te parió», que, lo que son las cosas, no pareció bien a las delegaciones femeninas de las provincias vascongadas, a ver, tú me dirás, allí se habla de otro modo, están más europeizados... A todo esto, un poco de silencio, que hubo que mantener con una ligera carga policial por los pasillos (sí, en la calle fueron algo más severos, pero no mucho, ya tú sabes que en la calle, en este país, la gente chillotea que es un contento), permitió hacer las últimas grabaciones para la radio y la -240- tele. El profesor se confesó, eso sí, muy ruboroso, en seguida se nota que es muy modesto y que no le gusta exaltar sus méritos, se confesó, te decía, gran jugador de oca, de parchís, y aficionado a las lentejas. Son muy ferruginosas. Ya te supones el estremecimiento de placer, un verdadero oleaje de aaaes y ooooes admirativas, ante las mimosas inflexiones del doctor cuando decía «De oca a oca y me toca», o aquello, tan emotivo, «De seis a seis y tiro otra vez». Hubo gritos, paroxismos, desmayos, entusiasmo demoledor. Los periódicos de la oposición, que no pierden ripio, se han permitido, supongo que ya lo habrás leído, algunas reticencias, que si histeria, que si enchufe, que si gentes pagadas y adiestradas (¡aquí, en nuestra altiva, independiente, noble, y nunca sometida Hispania!). Lo menos, lo menos, nos acusan de partidismo. Son así. Las rencillas de

siempre, las envidias de siempre. A ver quién de entre ellos ha hecho lo que esta eminencia, hombre, no me salgas con timos, es que me irrita. No, eso no, ¿por qué los vamos a fusilar? Que trabajen, hombre, que trabajen, a ver quién si no. Mira, ¿ves?, por interrumpirme se me pasaba un detalle muy delicado. Los valencianos, que no han podido acudir al recibimiento, a ver, no quieren dejar aquello solo por si suben las naranjas o se repite la inundación, han ofrecido al doctor una cinta magnetofónica donde todas las bandas municipales de la provincia resoplan un pasodoble-homenaje. También con traca. Creo que hay que vigilar el volumen, el trueno final no lo aguanta nadie y los aparatos sufren la mar. Pero volvamos a lo nuestro. Entonces, al entrar al salón de sesiones, es cuando ocurrió el no va más, lo que nos hizo a todos perder la cabeza de emoción. El profesor comenzó, radiante, sus palabras: Señoras, señores... Y, catapúm, se dejó caer desplomado en el sillón. Entre paréntesis: menudo sillón, lo habíamos traído prestado del palacio -241- episcopal, toda la historia de la sede allí, enzarzada en el terciopelo rojo, desde Recaredo el Grande, como dijo el ilustre Pedro Míguez en una poesía homenaje... Sí, leñe, sí, Pedrito, el niñato de doña Elvirita, el que el año pasado, ya sabes... Ése, el que va a ser notario. ¡Hombre, tanto como gilí! Es un ligero tic lo que tiene, no exageres. Lo de las babas no tiene importancia. ¿El sillón? Rojo y con oros, como no hay dos, con escudos y figuras muy alegóricas, el Caos, la Culpa, la Disculpa, la Hipertensión... Fue un ataque de modestia el caerse de aquella manera detrás de la mesa, no pudo abrir la boca, un verdadero cataclismo. La gente lloraba, yo vi gimotear a los hombres más conspicuos, a las autoridades más sesudas. Y las señoras, eso, ya, para qué repetirte. En fin, está en marcha el decreto, exigido por la manifestación posterior al suceso, que declara monumentos histórico-artísticos los pedazos del vestido, las uñas, tres piezas del reloj, una muela de oro, y cosillas así que han podido recuperarse. Se leerá en las iglesias una exhortación a que devuelvan los más trozos posibles... La corbata ya está en la Colección nacional de trofeos... ¿Es posible? No, no hagas caso, son infundios de esas gentes abominables. El manuscrito de la conferencia... ¡Qué van a tenerlo! Son los resentidos de siempre. El doctor se la sabía de memoria, ahí lo tienes, está bien claro, había empezado ya: Señoras, señores... Lo único que no estuvo bien, hay que reconocerlo, fue el retraso de veinte minutos, chico, una lata, espera que te espera, eso no, no estuvo bien, qué va a estar...

-242- -243-

En un solo pie

No, no, qué va, no me da el menor reparo. Ya estoy muy acostumbradillo, ea. Vaya si lo estoy. Además, esto de contar la vida de uno es así como el papeleo de las comisarías, o del asilo, o de las peticiones en cualquier oficina... Te escuchan, te escriben en unos papeluchos muy grandes, casillero va, casillero viene, y, luego, al cajón. Y aquí paz y después gloria. Así que, por una vez más... ¿Por dónde quiere que empiece? Todo lo que me ha pasado a mí ha sido muy parecido. Una verdadera calamidad. No he tenido suerte alguna, ya se ve. Ahí tiene: De chiquillo, pasé todas las enfermedades posibles, tantas que ya ni me hacían

caso. Vivo de milagro, según oí contar, porque, a ver, yo ni me acuerdo de eso. Se conoce que yo tengo buena encarnadura, porque salía adelante, y, ya ve, no había penicilinas ni mandangas de ésas. Luego, con esta historia del pie mal hecho, usted ya me entiende, con el mote me bastaba, cojitranco para aquí, cojitranco para allá, y yo tan pancho. Agradecido encima. La gente en nuestro pueblo es muy cariñosa, ni qué decir tiene. Hasta piedras me tiraban los chicos para verme dar saltos, cuando -244- salían de la escuela, o los zagalones cuando acudían al pilar con las mulas, a la tardecita. Así creían divertir y enamorar a las muchachas del pueblo, que se reían a más y mejor cuando lograban darme, o si me caía al intentar esquivar las peladillas. Yo siempre pensé que la guerra me ayudaría a salir adelante, tantos cambios como hubo, tanto fregado como se armó. Pero, quiá... tuvimos que dejar el pueblo, que se hundió del todo, usted me dirá, vengan bombas y más bombas, que, la verdad, no entiendo por qué tantas bombas, si bastó con la primera, figúrese, casas de barro, cercas de pedruscos, cuevas, en fin, un pueblo, lo que se dice un pueblo. Sólo quedó parte de la iglesia, la que habían hecho los moros, era natural. No le voy a decir lo que se quedó por allí, que salimos con lo puesto, a medio vestir. Nadie pensaba entonces en tirarme piedras, muertos de miedo, ansiosos por cargar con alguna cosa del ajuar... Yo fui donde me llevaron, a ver, la de siempre. ¡Cojitranco, arrea! ¡Estos tullidos! ¡Cualquiera hace algo con estos lisiados! Y así, y así, y así. Me devolvieron pronto, que, donde estábamos, se armó otra de no te menees. De algo me valdría estar en Francia, digo yo. El viajar educa, según dicen. Y, guerra por guerra, está claro que en casa se pasa mejor. Pero, sí, sí. Al llegar, la que pasa, yo venía de «los otros». Siempre ya esa murga de «los otros». Me hablaron de depurarme, que yo creía que iba a ser una operación para enderezarme el pie, pero fue solamente andar arriba y abajo con avales, recomendaciones, lástimas, amenazas, en fin, caramba, qué le voy a contar, ya todo está tan lejos. Salí de aquello con el pie peor que estaba, algún accidente que otro, caídas, patadas, hambre, y ya me quedó el brazo en perpetua defensa, a la espera de los tortazos que se veían venir, qué le vamos a hacer. Por fin, y a falta de cosa mejor y como -245- nadie lo pedía, me hicieron cartero del pueblo aquel donde fui a parar, que no le digo el nombre por si las moscas, que a lo mejor anda por ahí un energúmeno de ésos que me pide responsabilidades por haber sido algo sin carrera, sin méritos de guerra y, de propina, cojo. Tuve que hacer unos ejercicios, escribir un dictado, conocer algo del mapa de España, que, oiga, que no es difícil ni nada, con la de pueblos que hay... Pero es bonito, yo me he pasado muchos domingos mirando el mapa, y pasando el dedo por los ríos y por los montes, y hasta guardo ahora los folletos esos que dan en el turismo, eso es, se viaja así muy bien, sin equipaje, sin horarios, viendo solamente lo que se quiere ver... Pero me estoy alejando del propósito, yo soy muy distraído, usted perdone. Vivía en casa de la tía Blasa, viuda del sacristán, vieja gordinflona y gruñona, que no me daba apenas de comer, y abría todas las cartas que caían en sus manos, lo cual que nos costó algún que otro disgustillo. Pero yo estaba ya feliz, tenía mi camita limpia, un balcón a la calleja del Verdugo, con geranios y todo, y un mapa en el hule de la mesa, sobre el brasero. Yo me sentaba siempre junto al Estrecho de Gibraltar, que es una cosa así, con agua por aquí y por allá, y Tarifa aquí. Se estaba bien allí, y aprendí solito la regla de tres, que el maestro nunca me la enseñó. Decía: Este marmolillo, con ese pinrel, no aprenderá ni a sumar, a ver, si es un canguro, talmente un canguro, y me destinaba a llenar los tinteros, o a borrar la pizarra, o a recoger las judías de su huerta, y a regarle los tiestos a la señora maestra, una gallega atravesada, que enseñaba las pantorras a los chicos mayores, a escondidillas, en el recreo... También allí empecé a leer algo de la conquista de América, mientras la tía Blasa roncaba sobre la mesa,

América, América, por dónde caerá eso, cuando, ya usted lo sabe, todo marchaba tan bien y fue cuando se -246- rompió la presa del pantano. Oiga, la que se armó. La tía Blasa apareció cuatro o cinco días después, hinchada, yo fui a reconocer el cadáver, estaba cerca de la Mora, la vaca grandota, también hinchada, también rebozada de barro y porquería, figúrese... Pobre tía Blasa, ya no me abrirá las cartas, pensaba yo. Y el que se quedó sin cartas fui yo, natural, todo nuevo, pueblo nuevo, gente nueva, presa nueva, cartero nuevo, todo brillante, seguramente que ya hay otra tía Blasa más joven, eso sí, y con transistor y con butano, no faltaba más. Y yo a empezar de nuevo. Ganas me dieron de quedarme en el barro, con los muertos, dejar allí que mi cojera se curara definitivamente, pero que si quieres arroz, Catalina. Otra vez a empezar. Me coloqué, me lo aconsejaron, yo nunca he tenido arranque para hacer nada por mí, como recadero, cosario que le dicen, ¿me entiende? Siempre es bueno hacer algo, la gente me nota menos la avería, ya no se es el Cojo, sino el Mandadero, o lo que sea. Me fue bien, ya ve usted, quién lo diría. En aquellos años faltaba de todo, hambre, guerras, calamidades, y la gente mandaba bultos con comida, embutidos, frutas. Venga bártulos, banastas, orzas con longanizas... Que si los mozos que estaban en el servicio militar, que si los del otro lado de la frontera, que si los presentes a los señorones de la ciudad para que ayudaran en tal o cual asuntillo. Yo me defendía bien, y hasta me casé. La Pruden era una chica guapetona, con mucha espetera y de familia no mala. Ahora, pasado todo, ni veo las bromas de la gente a costa de mi pie fallido y de la afición al baile que tenía la Pruden. Quizá era una afición excesiva, pero tenía derecho a disfrutar, a ver si no. ¿Que era siempre con el chorlito aquel meapilas del Quintín, el hijo del boticario? ¿Y qué? Pues sí que estamos buenos. Como si los demás fueran de pastaflora. Todo iba bien, le digo, hasta que un día la Pruden -247- malparió, llegamos tarde al hospital, nevaba mucho y no encontramos quien nos llevara, nadie quiso echarme una mano y, lo que pasa, todavía hay que dar gracias a Dios y a medio mundo, si serán hijos de su madre. Pero no fue eso lo peor. Con razón se canta aquello de Bien vengas, mal, si vienes solo... Primavera asomando, ya había hojas tiernas en los castaños, la casa se nos quemó... Todita. Yo no creo que fuese verdad aquel chisme de que lo hizo aposta el dueño para sacar el seguro, o qué sé yo... Ardió todo, ya sabe usted, lo trajeron los periódicos, casitas con entramado de zarzo, una hoguera infernal. Nuestra cama, la habíamos comprado a tocateja en la Puebla, y los cacharros de loza, y los de plástico, que ya empezaba entonces a haber de eso, y las latas con clavellinas y albahacas, y el retrato de boda, y el dechado con las letras que la Pruden había hecho en el cole cuando chica, y un mantón de flecos regalo del Quintín del... Bueno, no debo decir palabrotas, no está bien. Aparte de que el fulano fue a ver a la Pruden al hospital un par de veces antes de que se muriera, se ve que era afectuoso, lo cual que no sé a qué iba, porque la Pruden estaba hecha una pena a fuerza de vendajes, pomadas, quejidos, sangres, medio calva, las cejas ardidadas... Cosa mala, se lo aseguro. Palmó, no le digo más. Y aquí me tiene usted otra vez solo, al aire que sople, y viudo.

Fue un golpe que para qué, estará usted de acuerdo. El fuego tiene eso, que no hay quien pueda con él y mata deprisita. Me harté de la compasión de todos. Ya me dolían los ¡Pobre cojo! Tan solito. Si al menos hubiesen tenido un hijo. Si le hubiera quedado al menos la cocina... La gente es buena, ya se lo he dicho antes. Qué ralea. Me convertí otra vez en el cojo más ruin y más cojo que ha habido en toda la cojería, y sin que nadie me diese un chavo, vaya por Dios, eso sí que no, no fuese que lo tirase o me echase -248- a perder con las monedas. Con lo que cuesta ahorrar, ¿no verdad, usted? Y una mañana tempranito, sin que nadie me viera, había dormido en el establo de los bomberos, me largué. Ni miré

para atrás, no valía la pena. Y sin lloriqueos, ¿sabe?, yo soy un hombre fuerte. Paré en Barcelona, no puedo explicarle cómo. Anduve muchos días, y vi por el camino madurar las uvas, y la vendimia, que me dio algunas perras trabajando en ayuditas, y vi el desnudarse de las cepas, y alcancé el primer frío. Se echa de ver que tardé bastante, pero... Con mi cojera a rastras. Me coloqué de albañil y guarda en una obra. Por ahí hacen muchas casas, ya sabe usted, tanto extranjero. Al poco tiempo todo se me arreglaba. Otra vez una cama, unos cajones, el sotanillo de la obra... Tan guapo todo, tan poca cosa, algunos turistas venían a verme, y me sacaban fotografías, y hablaban de la España no sé cómo, y traían otras cosas, y cachivaches para retratarme, cosas que luego se volvían a llevar, una vez un borrico con muchos arreos, otra una chaquetilla torera, otro día unas conchas de peregrino, o una virgen de Fátima. Mi madre, qué tíos, lo que habrán hecho después. Yo pensaba que así, quieto, muy puestecito en la foto, por lo menos no se me notaba la cojera, y a lo mejor lo hacían por eso. Estos extranjeros son muy caritativos. Bueno, que yo iba tirandillo. Hasta el día del papelucho, unos pliegos que cayeron como del cielo. Los estaba leyendo cuando llegaron los civiles. No, no me haga repetirlo, ¿para qué? A empujones, sin oírme, y en chirona una buena temporadita. A ver, yo era de otro sitio, a lo mejor yo había pegado fuego a la casita, fíjese qué ideas, y, por si era poco, yo era de «los otros», y cojo, eso es, cojo, y qué sé yo cuántas maldades más. Cuando salí, todavía no me han dicho por qué, es decir, casi por la misma razón con que me enchiqueraron, ya se había terminado la obra, una casa muy bonita, de muchos -249- pisos, seguramente tiene calefacción y todas esas garambainas que dicen los anuncios de los periódicos. Pero de mi sotanillo, ni sombra. Habían tirado a la basura mi cama, mi colchón de muelles, mi baúl, el escapulario de la Virgen de Gracia, recuerdo de la Pruden, que yo había colgado de un clavo, en la pared. Me regañaron mucho los encargados, y el listero no digamos, por haberme ido sin avisar, abandonando el trabajo. Me alejé de allí en seguidita, yo debía de estar muy puerco, quizá con demasiada barba, y por allí andaban unas gentes muy aseaditas, bien vestidas, que no me miraban tranquilas, y temí que dieran otra vez en retratarme. Se explicará usted que me lanzara de nuevo a la carretera, y que yo mismo, los brazos en cruz, pidiese a la pareja, cada vez que la topaba, que me registrase, y que les recitase de prisa mis datos personales, sin ocultar nada por si acaso... Perdóneme, pero esta tos... Bah, qué más da. Dentro de poco, todo se habrá resuelto, ya lo verá, ya. Sí, ahora trabajo como jardinero en esta casa, y bajo al pueblo todas las mañanas a comprar lo que hace falta, el pan, la leche, el Ya, el ABC, y traigo encarguitos para los refugiados, que si unos celtas, o el champú para el pelo, o unas pastillas Valda, o plantillas o gomas para los callos, en fin, lo que me piden, que nunca son mirlos blancos, qué va, aquí todos somos unos pobres traspellados. Me sobra tiempo por las tardes, mucho, puedo observarme a gusto cómo el pie se me ha ido estropeando cada vez más hasta ser una piltrafa, cualquier día me lo arranco de un tirón y le hago un entierro de tres capas, vaya si se lo hago, y tendrán que buscarse un nuevo jardinero, y ya sé, lo estoy viendo, lo desentierro de mi memoria, lo estoy viendo, le digo, en esas tardes que me sobran, cómo se levantará ése nuevo todas las mañanas a correr la manga poco a poco, y arrancar las zarzas que han crecido aquí y -250- allá traídas por el viento, y quitar las hojas secas, y sudar con la segadora del césped, que está medio derrengada, y andar de aquí para allá con cuidado de no romperle las flores a la madre Adela, que le va en ello el postre y la televisión de la cena, y le veo bajar, a lo mejor hasta cojea, por el atajo a buscar la leche y los huevos, y el diurético para don Segis el administrador, y los días trece devuelve la imagen de la visita, y me sonrío porque sé muy bien qué le preguntará la Guardia Civil a la entrada de las eras, y hago cola con los turistas que sacan fotos a los españoles

andrajosos, sí, hombre, sí, por ahí, por los sotanillos de las obras, y puedo entrar y salir de la trena sin necesidad de avales ni declaraciones, ni de los consejos, tan bondadosos y útiles, del señor juez, y, sin quemarme, bien fresquito, veo el eterno fuego de la Pruden, y algunas veces juego a las canicas con el crío que se nos malogró, que de buena se libró, no me diga usted, y de nuevo hago idas y venidas con paquetes para los que están en el cuartel, o para los que se han marchado lejos, allá ellos, en buena se han metido, y hago retroceder a su hueco el agua toda de la presa rota, y pongo en orden todo lo que había, las cabañas, los cortinales, el callejón del Verdugo con sus tiestos, el bar del pueblo, la cómoda con las camisas, la mesa con el Guadalquivir y el Estrecho, y le doy a la tía Blasa muchas cartas para que se entere de todo y lo chismorree, a ver, ella era feliz con eso, total, qué importancia tiene, y me burlo de todos los que me llamaban cojitranco y de las piedras que me tiraron, solamente con eso, con verlos, con suponer cómo estarán ahora, quizá muertos, o aburridos, simplemente eso: aburridos. Para que vea usted: lo que no sé es cómo rehacer el pueblo, devolverle su aire de antes de las bombas, será mejor así, digo yo. En fin, todo se deshace en una interminable tarde de domingo, tan rica, ¿usted no -251- ha visto cómo es de buena la tarde del domingo, sentadito en casa solo, viendo esa luz amarilla de las cinco, de las seis, mientras va bajando el frío? Y sin prisas... ¿No lo ha notado? Claro, usted tiene letras, y la gente de letras no se da cuenta de nada, perdóneme usted, suelen ser algo memos, mejorando lo presente, ni siquiera notan eso, que es, o puede ser, domingo por la tarde, vaya usted a saber cómo, pero es domingo, y no tengo que andar reculando, miedoso, ni tengo que levantar el brazo, para defenderme de esas amenazas que no sé, tan duras... Ay, Señor, si fuera verdad, todos allí, calentitos, en ese sol de las cinco... Si usted viene algún día, por favor, tráigame un buen mapa de España, a ver cómo van las cosas por aquí...

-252- -253-

Veracidad, veracidad

Ah, tanto tiempo leyéndole, admirándole. En mí tiene usted un hincha completísimo. Le cito a usted en casi todos mis artículos, y en la bibliografía de todos mis libros, que, como de seguro usted ya sabe, son numerosos, y algunos de ellos premiados, hombre, claro, y con premios muy sustanciosos, no se crea. Yo escribo constantemente. A mí, eso de escribir, pues que como las propias rosas. Ya de chiquitín, llegaban las visitas a casa, y: Doña Victoria, usted tan entendida ¿ha visto cómo redacta Fernandito? Anda, Fernandito, rico, échale a doña Victoria la poesía esa que has escrito el jueves pasado. Y yo, muy serio, los pies muy juntos, así, con el pecho hacia afuera, carraspeaba, y: «Cual la nieve pura, Cual la nieve blanca, Cual la nieve fría, y, al fin y al cabo, cual la nieve, agua». Eran unas veladas cultísimas, ¡ay, tiempos idos! Doña Victoria, doña Sofía, doña Remedios, doña Lupita, y a veces también don Adoración, profesor de Geología, me elogiaban a gritos, me pasaban la mano por la cabeza, siempre se maravillaban de mis dos remolinos, y me daban diez, quince o veinte céntimos para que echara sólidos fundamentos a mi biblioteca. -254- Eran gente rumbosa, preocupada, verdaderos mecenas. Tengo su fotografía en mi despacho de la Biblioteca Municipal, un bonito grupo, en Roma, con motivo del entierro de un cardenal español, paisano de doña Remedios, o sea, que era del mismo pueblo, por ahí, por

Jaén. Admiro esa foto martes, jueves y sábados de 16,45 a 17. Si hay invitados, leemos un poema alusivo. No, como el de antes no, hombre, qué ocurrencias. Me he ido depurando, naturalmente. Ahora, menos brillante en la forma, soy más sesudo en el contenido, ¿estamos?: «Oh, lares de mi niñez / Que no tenéis parangón, / Si me visteis cabezón, / Me curasteis la endebles». ¿Los conocía? Están publicados en la Nouvelle Revue Française, número extraordinario de homenaje a no me acuerdo quién. ¡Esta memoria! Los dieron en primera página, ande. Y es que yo, no es por alabarme, que no parece sea aceptable, potable, sino que, en fin, que es la verdad. Yo, ¿sabe?, yo soy historiador muy acreditado. Y veraz. Por encima de todo, veraz. Yo, la verdad, y nada más que la verdad. A ver, si no. Yo he descubierto datos valiosísimos que han trocado totalmente el conocimiento de la evolución humana. Así, como suena: Lo de arriba, abajo. Figúrese, siempre se había pensado que Tamorlán, después de sus disgustos matrimoniales, ¿eh?... Ya, ya veo que está usted enterado. Pues no, para que vea, mis cavilaciones, publicadas en versión íntegra en Alemania, demuestran claramente que las grandes empresas del referido emperador fueron después de su viudez. Es un dato que solamente mi preocupación por la exactitud más exacta, ¿eh?... Pues ese trabajo, ya ve usted lo que son las cosas, aquí, casi nadie lo conoce. Lo que se dice nadie. Y es que la tarea callada, de investigación profunda, entre nosotros, nada. Qué va, hombre, qué va, no se cotiza, qué me va usted a contar. Pero yo, yo sigo trabajando, laborando, investigando. -255- Yo soy muy empeñoso. Yo sé quién soy. Yo estoy condecorado. ¿Ve usted este lacito de la solapa? Pues del Gobierno francés. A mí en Francia me estiman muchísimo. Yo soy correspondiente de varias corporaciones científicas, todas con uniforme y protocolo especial, aprobados por el Superior Gobierno de la Nación. Ah, ¿conoce usted al profesor Palissy? Es un gran amigo mío, estudiamos juntos. Para mí es un honor haber coincidido en esos años de la juventud con tan ilustre maestro y reconocido sabio. La juventud, amigo mío, la juventud. Es lo que tiene, que no existen prejuicios, y, a ver, andas con vete a ver quién. Aunque en este caso, repito, la compañía de tan ilustre sabio... Bien es verdad que a veces desbarra, es algo tozudo, o sea, vamos, algo melón. Sus trabajos sobre las primeras expediciones de Juana de Arco son notoriamente exagerados en sus conclusiones. Y yo soy muy partidario de la veracidad. Todo el mundo lo sabe. Yo, la veracidad. Aunque se trate de Juana de Arco, la veracidad. Por cierto, ya ve usted, yo pude demostrar que Juana de Arco no era de Arco, sino de un pueblo de al ladito, algo más a la derecha. El profesor Palissy no ha tenido en cuenta mi descubrimiento, lo que no me explico, yo le mandé separata y, además, en el programa de mano de la feria de setiembre en Arco, costado por el comercio local de ultramarinos y espartería, reprodujeron mis conclusiones, con mi fotografía. Tamaño carnet, hombre, las páginas no daban para uno al natural, habría sido un gasto superfluo de papel, una lamentable concesión a la sociedad de consumo. Ese profesor Palissy es un pedante de... Trabaja por dinero, cuestión verdaderamente anticientífica. ¡Bah! En el infierno, además de leerle sus libros en alta voz, le condenarán a contar ininterrumpidamente sus ganancias, y quizá a mí me destinen a soplarle el montón de billetes cuando los tenga ordenados para que -256- tenga que volver a contarlos, y así una vez y otra, y otra... Es que me parto, solamente de pensarlo. Y que agradezca que, gracias a mis buenas relaciones con la Intendencia General de Castigos, no le harán efectuar recuentos en calderilla, algo es algo. En fin, le digo que el tal profesorcito no podía ignorar mi modesta pero severa aportación a tal enigma histórico. Debo advertirle que mi fotografía no es muy buena. Se nota enseguidita que los procedimientos de reproducción gráfica están bastante atrasados en esa región normanda. Y eso si no es sabotaje, vaya usted a saber, porque hay cada tipo por ahí... En fin, esto lo

demuestro plenamente en mi ensayo sobre la sicología colectiva (si usted lo prefiere puede decir psicología, con p y mayúscula, a mí eso me importa un pito, yo soy muy liberal), aparecido en Roma el pasado diciembre. Yo publico mucho, pero en el extranjero. Eso da mucho prestigio: Ya ve, Roma, París, Callosa de Ensarriá. Bueno, esto de Callosa... Ya sé, ya, hombre, quite usted allá, si lo sabré yo, lo que pasa es que la editorial está financiada por gentes de Orán, y, a ver, usted me entiende. ¿Usted no conoce al ilustre novelista Sánchez, natural de Sevillejilla? Estoy preparando un análisis de sus producciones. Por cierto que el autor me ha prometido no volver a escribir nada hasta que yo termine mi interpretación de su mundo y su visión del hombre. Se trata de un escritor amable y muy comprometido. Seguramente mi libro será premiado, ya veremos. Y del Ministerio correspondiente recibiré una medalla y un diploma a dos colores. Son muy elocuentes estos diplomas. Si tiene interés en conocer gentes interesantes, deberá usted asistir al banquete que, sin duda, mis amigos, discípulos y colaboradores me están preparando ya. No me gustará que sea masivo. En esos restoranes de Cuatro Caminos, son muy grandes, la voz retumba muchísimo y mi discurso se echará a perder, -257- apenas podré demostrar mi emoción en la palabra. Yo necesito un ambiente y un local acogedores, con buenas condiciones acústicas, y con algunas flores en la mesa. Yo siempre suelo hacer una comparación entre las flores de la mesa y las damas presentes. Me salen fetén, y sé cuatro o cinco variantes. Eso emociona mucho, las señoras suspiran, piden autógrafos... Bueno que si suspiran, le digo que un huracán, un verdadero tifón. Yo tengo ya escrito el discurso, incluso con un soneto de catorce versos. Ni uno más ni uno menos. Estoy preocupado con la presidencia, ya sabe usted, las gentes, las prelaciones, en fin, la presidencia, qué le voy a contar. Siempre hay que variar las primeras palabras, según sean los asistentes, y eso hace desmerecer el tono total eurítmico de mis párrafos. Porque yo soy muy mirado en eso de los párrafos, no me gusta que acaben mal, ni que se descabale la economía acústicotemporalpersuasiva de mis oraciones. ¿Usted no conoce ninguna? Pues tengo muchas publicadas, y me consta que en la Escuela Internacional de Declamación se ponen como ejemplo. Mis discursos conmemorativos, especialmente los de los cincuentenarios, se han hecho famosos por su eficacia. ¡Si yo le contara! ¿Recuerda usted el cuarto centenario de la disolución del Imperio Turco? Gracias a mi intervención, se celebra el día otomano en los grandes comercios de Madrid, y por una iniciativa expuesta en mi discurso de clausura, todos los aviones nacionales vuelan con el morro orientado hacia La Meca durante cinco minutos, de doce veinticinco a doce treinta, lunes, miércoles y viernes. ¿Qué le parece a usted? Esto se llama confraternizar, y lo demás son cuentos. ¿O se creía usted que la amistad hispanoárabe era una filfa? Sí, sí. Le dispenso a usted del largo repertorio de medallas, grandes cruces, babuchas, collares, honores, etc., que tal iniciativa me ha deparado. No, no, no me felicite, no se moleste, -258- muchas gracias, no tiene importancia. Yo, la verdad, esas cosas... Se las pone mi mujer cuando va a la peluquería, o a ver los desfiles de la Semana Santa, de la Fiesta de la Raza, o del Diez y ocho de julio... Con todo eso colocadito, la dejan siempre en primera fila. Y en la peluquería no espera turno. ¿Fama? ¡Hombre, qué cosas! Yo vengo citado en el Espasa. Por cierto, la fotografía de esta enciclopedia no está mal. Es la de la recepción de mi doctorado honoris causa en la Universidad de Aquisgrán, o de Aix la Chapelle, o de Aachen, que de las tres maneras puede y debe decirse. Es el doctorado consecuencia de mis numerosas publicaciones sobre Carlomagno, sus amantes y sus debilidades y alifafes, que tenía los suyos, vaya si los tenía, qué barbaridad, qué tío, no sé cómo no la diñó antes, siempre con febrícula, con eczemas, con si es no es sarna. Yo he demostrado que era arcillista, y así pudo durar tanto, a ver, la

arcilla es radiactiva y, aunque se la traían de la más acreditada entre los pueblos paganos, tal terapéutica no está en conflicto con el catolicismo ni con ninguna otra variante cristiana. Así que... Ya me contará usted, menudo descubrimiento, ¿no le parece? Bueno, pues aquí me tiene usted, doctor honoris causa, la verdad, es que yo, aparte de mi natural, reconocida y muy acreditada modestia, no suelo hablar nunca de este doctorado. Tengo otros varios más. Y no hablo, primero: Porque Carlomagno no se portó con nosotros muy bien que digamos, y la patria es la patria. Y segundo: porque eso de ser doctor por un poblachón reviejo que se llama de tres maneras... A mí me gustan las cosas sencillas, y eso es muy complicado y propenso a errores. Mientras que si usted logra tal reconocimiento y honores por Getafe, donde yo tengo una casita de recreo con noria y melocotoneros, y alguna chumbera aclimatada, pues que no tiene pérdida. Getafe es eso: Getafe. Ni siquiera -259- hay Alto o Bajo, o de Arriba o de Enmedio, como suele haber otros tantos pueblos confusos y faltos de personalidad. Y es que la veracidad, amigo mío, la veracidad... Donde esté la veracidad... Yo por la veracidad daría la vida gustosísimo, siempre es un alto honor dar la vida por algo. Opino que usted podría ya estar dándola, ya que no es usted doctor honoris causa ni cosa parecida, ¿estamos? ¿Usted no ha dado nunca su vida por algo? Hombre, ¡qué no se diga! El heroísmo es cualidad que se sigue cotizando como si tal cosa. Es verdad que las nuevas técnicas, el nuevo desarrollo han tirado a la basura muchos viejos conceptos, o sea, vamos, la desmitificación, o sea, eso. Pero el heroísmo... Viriato, Guzmán el Bueno, Agustina de Aragón... ¿Eh, qué tal? Pues, ¿y el Conde Duque? ¿Y don Manuel Godoy? ¿No siente usted una bola así, en la garganta? ¿Ni carne de gallina? ¿Tampoco? ¡Anda, mi madre, el tío este, qué friuras! Hay que ser admirador de nuestros grandes héroes. Yo lo soy mucho. Simpáticos, piadosos, puntuales. No me diga usted. La emoción asoma la oreja en cuanto uno se acuerda de los puntales de la Humanidad, entre los cuales figuran los venerables antepasados que acabo de citar (En cursiva, naturalmente). Yo, todos los domingos por la tarde, durante un par de horas, reúno a mis nietos y no me opongo a que vengan también sus amiguitos de juegos, los siento como Dios me da a entender sobre la alfombra del salón, porque yo tengo un salón, a ver, casa moderna, y digo salón, no livinggg, como mis cuñadas, que son unas cursis de las narices, y unas antipáticas, y, como le voy diciendo, le explico a la chiquillería la Reconquista, la expulsión de los judíos, la guerra de la Independencia, la Cruzada última. ¿Qué dice usted de merendar? Que se conformen con las explicaciones. A la hora de merendar, cada cual se va a su casa, qué diablos. Pues -260- sí que está barata la comida. ¡Y que no tienen hambre los zagales ni nada! Ya basta con el alimento espiritual, ¿no cree? Aparte de que yo no tengo escrúpulos y acepto al chico del portero y al del zapatero, y al del fontanero, y hasta a Luisito el del guardia, que está tullido de polio, ahí es nada. Los chicos suelen estar muy atentos. Solamente Lucita, la mayor de todos, se obstina en confundir torpemente la batalla de Bailén con la Invencible. Debo decir que Lucita es hija de un pastor protestante. Tendré que comprarle un manual de bachillerato, a ver qué pasa. Probablemente es un mero desajuste de generaciones. A ver, si no, qué otra cosa puede ser. Pero hay que estar preparado para extinguir esos brotes de rebeldía y dispersión de valores, fuente de innumerables males. Yo, como siempre, ante todo, la veracidad. La veracidad y nada más que la veracidad. Soy particularmente enemigo de los castigos corporales, pero reconozco que ante los valores patrios maltratados hay que tomar posiciones. El caso de Lucita, hija de un pastor protestante, debe ser resuelto con la máxima energía y decisión, porque si no... Precisamente, pienso estudiar con todo cuidado la reacción de Lucita ante los castigos, pues preparo un volumen de quinientas páginas (no cuento índice de nombres y lugares), con

numerosos grabados, bibliografía y estadística, sobre la educación, los alcances y los fallos de la vieja pedagogía, y las deformaciones físicas y espirituales que pueden nacer por un mal enseñamiento de la historia nacional... ¿Qué tiene usted que decir del enseñamiento? Yo digo lo que quiero, ¿sabe? Además, que ensañamiento es otra cosa, vamos, digo yo. Yo, cuando yo, como le digo, yo... Pues que yo... Yo estoy preocupado con el renombre de mis colegas e imitadores, ya ve, usted, a pesar de que su trabajo es notoriamente inferior al mío, y de que está usted muy por debajo de mí en el escalafón, le cito en la -261- bibliografía y, siempre que puedo, en nota de pie de página, a ver, hay que hacer algo por la gloria ajena, sacar del olvido a los talentos de segunda fila, tantos como hay por ahí, qué caramba. En ese aspecto yo soy muy desprendido. De siempre. Ya ve usted, en la Enciclopedia Británica, se me han dedicado dos columnas, con selección de títulos y enumeración de reseñas y condecoraciones. Ya creo haberle dicho que yo tengo condecoraciones de varios gobiernos, de los legales y de los otros, quizá más de los otros, pero, en fin, ya sabe usted, el mundo no para de dar vueltas. Pues, para que se entere, cuando hicieron ese artículo en la metrópoli londinense, acaeció el descalabro de mi primo Carlos, un gilí de mucho cuidado, que no aprobó sus oposiciones a diplomático. Había que ayudarle, ¿no le parece? Pues mandé su foto a Inglaterra, y ahí le tiene usted, en la Enciclopedia, con mi nombre debajo. Eso se llama hacer un favor, y es que yo he sido siempre muy desprendido. Es una pena, una verdadera pena que esté algo bizco y sin afeitar. Yo no, hombre de Dios, ¡Carlitos! Pero parece que eso a los ingleses no les preocupa mucho. Además, con ese aire suciote no se le nota lo sarasa. En fin... se trata de una publicación de claro matiz imperialista, y no es pecado engañarla un poco, a ver, los nuevos tiempos. Claro que la veracidad... la veracidad... Cada cual tiene sus manías ¿no cree?, y total, ese libro aquí no lo ve nadie, qué van a leer, si aquí, bueno, aquí... Con decirle a usted que ahora voy a escribir teatro, que, por lo menos, qué caramba, por lo menos, lo miran... Ya procuraré citarle a usted, de alguna manera, sus desvelos, sus rabietas, sus heroísmos, su muerte, algo, en fin, algo que no le moleste.. No olvide que yo siempre estoy admirándole, leyéndole, vaya si lo estoy.

-262- -263-

A soñar se ha dicho

Yo suelo tener pesadillas, pesadillas o lo que sea, que sobre eso habría mucho que hablar. Porque, por ejemplo, usted mismo alguna vez sueña, ¿no? Y no pasa nada. Lo más seguro es que no recuerde luego ni golpe. O todo lo más algún detalle. Pero es que a mí, ¡hombre, lo que a mí me pasa! Sueño que yo tengo, algo que se tritura, palabra. Quiero decir que pasa algo de lo que yo he soñado. ¿Me entiende? Sí. Le digo que ya hasta tengo miedo de acostarme, porque si entra la racha, no veo más que tragedias por todas partes. ¿Que si he tenido alguno de signo bueno, o sea, vamos, feliz? Claro, pues no faltaba más, pero ¡han sido tan pocos! Aparte de que lo que es feliz para unos, es un desastre de no te menees para otros. Si lo sabré yo. Sí, sí, usted ríase, ríase, que ya vendrá el tío Paco con la rebaja. Pero es la pura verdad. ¿Se acuerda usted del hundimiento del Bismarck? Pues esa noche yo estuve, en sueños, ¿eh?, no amolemos, toda la noche dando vueltas con la cucharilla a una tacita de té. En el centro había, pues ya sabe usted, ese hoyito que se forma al dar vueltas

deprisa, una mosca, eso es, había una mosca. Y esa mosca, -264- pues que tardaba en hundirse. Hasta que yo, empujándola, ¡zas!, la metí en el fondo. Al meterla, hubo así como una explosión. Me desperté. Y en ese momento, la radio Montevideo, que no se oyó jamás en mi aparato, y que no la he vuelto a coger nunca, daba grandes alaridos: «¡Hemos hundido al Bismarck! ¡Hemos hundido al Bismarck!» Se echa de ver enseguidita que ese tío era anglófilo, o espía, a ver, ese entusiasmo. Cualquiera diría que era él, y no yo, el que había mandado la mosca al agua, vamos, al té. Ésa fue una de las primeras veces que yo arranqué una revelación a mis sueños. Quizá por esa razón, de peso sin duda, no está del todo claro y hace falta exégesis. ¿Que no sabe usted qué es exégesis? Pues, hijo mío, está bien claro. Exégesis es eso, aclarar lo que no está muy claro, o sea, vamos, como si le llevaran a usted a la escuela para enterarse de las cosas de la escuela, las ecuaciones, los fonemas, la ley electoral, la industria corchotaponera. Oiga, sin ánimo de molestar, me está pareciendo que usted, ¿eh?, o sea, vamos, que usted no carbura mucho, ¿no? A ver si jugamos todos o rompemos la baraja, porque si no... En fin... Una relación entre el sueño y la realidad requiere su cultura, no vaya usted a creer. No es cosa para un bachiller cualquiera, y menos de los de ahora, gente sin experiencia y deformada profesionalmente por la televisión. Yo no tuve más remedio que irme haciendo sobre la marcha, no tenía más solución, ea, qué había de tener. ¿Se acuerda usted de los terremotos aquellos del Perú? Yo soñé durante seis jueves seguidos con Paulita, Inesita y Lupita, las tres desgracias del piso de arriba, que me repatean la casa hasta desprender los retratos, y, ya ve, estábamos en una playa, en el Pacífico, que había un gran cartel iluminado que lo explicaba: «Bienvenidos al Mar Pacífico», y hacíamos castillos en la arena. Preciosos, con una torre así, otra así, el foso aquí, -265- y la bandera encima, y muñequitos de los detergentes en las almenas... Pues las tres caribes esas, tomaban carrerilla, y ¡zas!, se me sentaban encima. Ni adarves, ni poternas, ni artillería. El desplomen de la fortaleza. Qué ricas, ¿no verdad, usted? Pues ya ve, a nadie se le ocurrió tomar en serio mis avisos, porque estaba más claro que el agua el anuncio del terremoto, y yo avisaba, yo avisaba, pero en ninguna parte sabían con exactitud dónde estaba mi playa. Con esta incultura, usted me contará. Decidí soñar con otras materias más asequibles. Durante unos cuantos meses yo soñaba que era campeón de parchís, de mus, de pídola, de toña. Hasta de concursos internacionales de reconocimiento en la gallinita ciega, que ahí es nada con la diferencia de trajes, voces y modos de agarrar, ¿eh? Y siempre me saltaba un gran resplandor, cada vez que ganaba, donde se leía en grandes letras, rojas y cursivas: «¡Aúpa, España!» Pues ya ve usted, eso coincidió con el arreglo de aquel lío de los embajadores extranjeros, con los triunfos del Real Madrid, y el Premio Nobel a Severo Ochoa. No me diga usted que no... ¿Cómo...? No, no conozco a ese Juan Ramón Jiménez... ¿Dice usted que premio Nobel...? Ah, en poesía, acabáramos. No, mire, yo, de eso... La poesía está destinada a gentes así, bueno, usted me entiende. Aquí somos muy científicos, eso está ya mandado retirar. La ciencia, amigo, la ciencia. Eso de la poesía era antes, cuando había genios: Campoamor, Núñez de Arce, Gabriel y Galán, todos esos pelmas que hacen estudiar en general básica, una especie de sarampión, pero luego... Poetas, quite usted allá, hombre de Dios, pues sí que estamos buenos. Yo no puedo perder el tiempo con eso, yo estoy predestinado a cosas grandes, sin duda. Lo que pasa es que aquí, vamos, aquí... Que si uno no tiene un enchufito, pues que verdes las han segado. En cualquier país organizado, racionalista, los Estados Unidos -266- pongo por caso, yo estaría en una Universidad, y me dormirían aposta, en una sala con temperatura uniforme, porque caen muy mal los estornudos en el sueño profético, y las corrientes, no vea usted las corrientes, ya sabe usted lo malas que son las corrientes, y allá, tan cerca del Canadá

helado, qué le voy a contar. Me tendrían así, pues bien arropadito, bien cuidada la dieta, no digamos el metabolismo y todo eso que allí conocen de carrerilla hasta los niños chicos, y a lo mejor a lo mejor el Presidente de la República venía a preguntarme cosas sobre los problemas de la inflación, las guerras asiáticas o la reforma tributaria. En fin, que somos unos pelagatos y ya está dicho todo. Sí, hombre, sí, ya voy. Claro que he tenido más sueños. Qué tío, qué curiosidad, pues no es usted nadie achuchando. Ya le he dicho que no descanso. Es lo malo de esta cualidad, que no puede uno atizarse unas vacaciones, ni pagadas ni sin pagar. Uno duerme y ya está, y en cualquier situación. Menos en el tren. Yo en el tren no duermo. ¿Usted ha visto alguna persona bien que diga que duerme en el tren? No hace mono eso. Yo, solamente ronco. Me aprovecho del ruido del tren, que si las agujas, que si los rieles, que si los niños que lloran o las señoritas que se marean... No se enteran de que usted ronca. Haga la prueba y lo verá. Yo, en cuanto me duermo, le decía, ¡a la faena! Pero no es todo el monte orégano, no se vaya a creer. He tenido muy serias dificultades. En mi barrio todo el mundo me huía. Se había corrido la voz de que yo atraía las calamidades. ¿Se tragaban los niños unas docenas de clavos? Yo era el culpable porque había soñado la noche anterior esto o lo otro. ¿Plantaba alguno a la novia? Yo lo había soñado. ¿Multaba la celosa superioridad al tabernero, al mandria aquel de Palancarcejos, que decía que tenía viñas propias? Pues yo era el filoxera que había tenido la culpa. Esto duró casi lo -267- que un servicio militar, oiga, no vea. Me tuvo que mudar, y trasladar mis cachivaches a media noche, a cencerros tapados como quien dice, que estaba medio mundo en la puerta dispuesto a quemarme vivo y repartirse mis pertenencias, ¿eh?, que se les notaba en la cara, vaya si se les notaba. Con lo que me gustaba mi barrio, donde había nacido, donde reconocía por la voz a todas las muchachas que cantaban por el patio, y donde se podía tomar el fresco por las noches del verano sentados en el portal, la radio alta, el botijo al lado... Ahora, en cambio, en este otro barrio, con eso de la polución... Hasta tengo los sueños más trabajosos, más arriesgados. Digo yo que será por huir de este betún. Por ejemplo, llevo una larga temporada que hago de escalatorres, o de inspector de ascensores, o dirijo una torre de control en un aeropuerto. Por cierto, ¡qué aeropuerto! Ahí es nada. Esto no había manera de poner en claro a qué se refería, porque en realidad, todo iba para abajo, y subir, subir, lo que se dice subir... Pues, ya ve, yo siempre subiendo, subiendo. Figúrese, se nos han muerto unas cuantas lumbreras, el deporte va de mal en peor, los ingleses no se largan de Gibraltar ni a la de tres, los incendios forestales son la monda... En fin, oiga, qué panorama. De cráneo, ¿eh?, no le digo más. De craneo. Debe ser mal de ojo. Y es que cuando Dios nos deja de su mano, ya ya. En fin, algo debe de estar subiendo... No, no, los precios no. Eso ya es cosa vieja. Y el disgustazo que nos llevamos este verano al volver de los exámenes y tener que pagar el tren casi el doble, y, por cierto: igual de malo, de lento, de lleno... Pero no creo que me haya influido en los sueños esa obstinación en las subidas. Es que éste es uno de esos sueños que yo llamo reiterativos y aragoneses, o sea, tozudos, cabezones, ¿usted me entiende?, y quizá un buen psicólogo me lo pusiera en claro. Oiga, ¿usted dice psicólogo -268- o sicólogo? Yo, psicólogo, y si habla o escribe de mí, ponga, ponga la pe. Luego hay siempre un señor de Vinaroz, o de Noya, que me escribe un rato furioso, diciéndome que confundo el alma con los higos. Con pe, ¿eh? Bueno. En fin, habrá que esperar, que algo saldrá. Entre tanto, me dedico ahora, con jornada intensiva, a los sueños retrospectivos, o sea, vamos, ¿usted comprende?, a los históricos. Tienen la ventaja de no plantear problemas con la censura. Estos sueños son, como quien dice, una cosa así... Una película de romanos, ¿vale? Me basta pensar un ratito, después de la merienda, y ya está. Hay que apretar los párpados mucho. Y me digo: «Paco,

concéntrate, Paco, concéntrate». Y así me sugestiono. No hago como en las películas americanas, que pasan la mano así, en el aire, como jugando a cinco lobitos tiene la loba, y en seguida se quedan dormidos y contestan lo que quiere la poli, aunque sea mentira, y ya está: No, aquí somos más serios, quiero decir más científicos, ya se lo he advertido antes. Eso de los americanos es hipnotizar (óigame, póngale bien la hache y la pe, por favor, no vayamos a pringarla), o sea hipnotismo, ¿usted me entiende? Yo lo he visto en vivo en el circo. Y no sirve para gran cosa. Todo lo más algún problemilla de herencias, o de paternidad falsa. Y eso si no hay tongo entre el sujeto y el objeto, o sea, entre el dormido y el despierto. En cambio, yo... Ya ve usted, yo veo, cuando pienso, la realidad de verdad, no lo que dicen los libros, que suele ser puritito cuento. Cuento, cuento y nada más que cuento. La mayor parte de esas aventuras heroicas con que nos joroban en el Instituto y en los discursos, no tienen de heroicas ni un pelín. Son casualidades, o coincidencias, o interpretaciones rebuscadas que han hecho los sabios. O los contribuyentes, que de todo hay. Fíjese usted en Guzmán el Bueno. Que no dan lata ni nada. Pues eso del heroísmo está por ver. -269- Yo he vuelto a vivir el negocio ese ce por be. Y lo que pasó es que el don Juan infante malo iba a molestar a Guzmán todas las tardes, en la siesta, oiga, ya es mala uva, y le insultaba desde abajo, así, por el arranque de la muralla, y tocaba una trompeta muy mala que tenía, que se llamaba añil, o añafil o añañil, o Dios sepa cómo, que entonces las trompetas tenían unos nombres muy raros, a ver, estaban muy subdesarrollados aunque ya eran católicos, y el tal don Juan, que ya le he dicho que era infante y mala persona, eso también lo dicen los libros, venga a moler con la trompetita dichosa. Y don Guzmán se hartó, a ver quién no, y le dijo que matara a quien pillase más cerca, pero que esa trompeta se la metiese en, bueno, ya se figura usted dónde le dijo, ¿o no?, que, la verdad, en una autoridad hay palabras que no está nada bien el decirlas, hombre, pero es que, ya se lo tengo dicho, antes eran pero que muy bestias. Y como el chico de Guzmán estaba por allí cerquita, jugando a moros y cristianos con otros niños de la ciudad, y era el que mejor vestido estaba, pues que don Juan arremetió contra él, para sacar algún provecho o botín que le dicen. Lo triste fue lo inoportuno del trance, porque el rapaz iba ganando, ya tenía cuatro o seis muertos a sus pies, alguno mayor que él, y ya ve usted por dónde el tal don Juan, ¿eh? Quite usted allá, por Dios. No, el niñato no era malo, es que, como era hijo del mandamás, los otros se dejaban apiolar muy a gusto. Ya se sabe, la coba de siempre. Y ya está. Y ahí tiene usted: luego, todos los niños a estudiarse, quieran o no, a don Guzmán el de Tarifa y tal y tal y tal. Quite, quite, hay que ser más ecuánimes. También he soñado de pe a pa el episodio de las naves de Cortés, que ya ve usted, las rebozó con petróleo, y de eso, el libro que estudié en segundo, ni pío. La que nos perdimos, a ver, si se hubieran enterado de que aquello era petróleo, no -270- habríamos perdido La Invencible, y, en vez de haber un Gibraltar lleno de ingleses, habría un Liverpool atestado de gallegos. Y todo por poner al frente de algo a quien no carbura ni poco ni nada. Siempre nos pasa lo mismo. Por cierto, que eso de La Invencible es otra que tal. Siempre nos cuentan que Felipe II estaba en el coro de El Escorial cuando le dijeron que de lo dicho nanay, y que, muy serio, rezongó aquello de los elementos y etcétera. En fin, ya usted lo sabe, y, si no, viene en cualquier guía. Léalo, verá cómo no le timo. Lo sabe hasta el tipejo ese que alquilaba trapos a las señoras para que se tapasen los brazos en la iglesia de El Escorial. Pues, no, señor, Felipe II no dijo eso. O si lo dijo sería en una rueda de prensa unos días después. Entonces dijo... ¡Mi madre, qué par de tacos vomitó! En fin, muy impropios de la realeza, vaya si lo son. Lo que pasa es que, a ver, ya se lo presupone usted, los pelotas de turno procuraron que no trascendieran, por el mal ejemplo. Pero, palabra, le digo a usted que el

fraile que estaba al lado tuvo que guardar cama del soponcio. Por cierto, los frailes de mi sueño iban con algo de blanco y los de ahora son negros. ¡Qué vueltas da el mundo!, ¿no verdad, usted? Ah, hombre, ésta sí que es buena. Usted habrá oído hablar de Cervantes, ¿no? Ah, menos mal, porque, hablando de este señor, se lleva uno cada chasco... Bueno, pues esa historia de que pidió un carguito de nada en América, y que el rey, a pie firme y la mano en el corazón: «¡Naranjas!», pues no, no hay por qué salir clamando cosas, y que si pobrecillo, y que vaya rey fiera, y tenebrista y retrógrado, y bla-bla-bla. Nada de eso, no, señor, nada de eso. Yo he visto, a petición de un comité de Las Pedroñeras, pueblo citado en El Quijote... El Quijote es una cosa que se escribió ese Cervantes, todo el mundo lo dice, parece que tuvo su intrínquilis, le han hecho muchas estatuas, ya ve usted... Pues -271- yo le he visto presentando los documentos de marras, y, usted me dirá: Ni una póliza. Hace falta cutis para pedir algo así. Además, no presentó papeles, ni el certificado de adhesión a tal o cual cosa, ni el de vacuna, ni el de estadística... Estuvo en la oficina a pecho descubierto, así, muy modestito y temeroso, a quién se le ocurre. Un ingenuo, vamos, un ingenuo. ¡Si ni siquiera un titulillo universitario! Así no hay quien gane unas oposiciones, no me diga usted. Así que a otra cosa, mariposa, y callar es bueno. Vamos, hombre, con ese Cervantes, qué carota. Los hay frescos, ¿eh? Y luego, la posteridad a repetir la historia. Si cuando yo le digo...

Como usted ve, este sistema de mis pesadillas o como usted quiera llamarlo, bien dirigido, daría un resultado fenómeno. Dígame si no. Una computadora, un equipo de perforadores y un sistema de cables bien organizados y para qué le voy a contar. Nos hacíamos los dueños del mundo en un periquete. Sabríamos todo, desde Noé hasta la consumación de los siglos de los siglos amén. Y yo, de propina, durmiendo. Ahí me las den todas. Me lloverían los nombramientos, asesor de la Onu, de la Fao, de la OEA, del Cou, de la Renfe, de la Rau, del Consejo Superior de Tribulaciones Olímpicas, del Sindicato de Monarcas en desempleo, de tal y de cual. El mundo en mis manos, mientras cabeceo un ratito cerca del radiador, un puro de tamaño natural, siesta arriba, guerras, dinastías, hallazgos científicos o arqueológicos, lotería, las quinielas, cesta y puntos... Todo sencillamente, mientras el calorcillo de la digestión me va cerrando los párpados y la radio grita quisicosas bobainas, asaltos a galerías de arte, escaladas en el Vietnam, rabetas americanas, mercado común, católicos y protestantes a la gresca en Irlanda, campeonatos de boxeo... Lo único que habrá que vigilar cuidadosamente será la duración de mi -272- sueño, no sea que, sin darme cuenta, me plante en el Juicio Final, cosa ya muy sabida, y que por aquello de las trompetas, como en el caso Guzmán el Bravo, descubramos alguna falsedad... Y no, eso no estaría ni medio bien, qué había de estarlo.

-273-

Siempre con miedo

Siempre he tenido mucho miedo. No sé cómo he podido llegar a estos años, con el miedo que he pasado, que no vea usted, siempre llamando la atención, siempre, siempre, en casa, en el colegio, en las tertulias, en los asaltos del Casino, todo el mundo metiéndose conmigo,

«¡Anda, boba, no seas tan cobardica, si no te va a pasar nada!», pero, que si quieres arroz, Catalina. Que no, amigo mío, que no, que era algo invencible, ya desde el primer momento, y no me venga usted con esas historias de que me lo habrían podido curar, que no me ayudaban, que si fue que si vino. Que cuando hay miedo, pues no tiene remedio y sanseacabó. Ya ve usted si no me iban a ayudar en casa, lo buenos que eran mis hermanos, que para quitarme la mieditis, pues que se vestían de qué sé yo qué, con un sabanón, y, ya de noche, si estábamos solos en casa, pues que me corrían por los pasillos, ¡uuuh!, ¡uuuh! y yo, venga a llorar, que todo el mundo, mi madre, la tía Patricia, y la Sabina, la lavandera, y Casiano el cochero, todos decían mirándome apenadísimos, con esa cara así, ya sabe usted cómo, y dándole a la cabeza: ¡Es tan miedosica! Y si venían visitas: La -274- niña es muy miedosa: ¡Dejad aquí a la niña, que tiene miedo! Yo llegué a creer que ser miedosa era como ser jorobeta, o zamba, en fin, algo que ya está bien con que te aguantes, qué le vamos a hacer. Si hubiese tenido una hermana... Pero no la tuve, sólo hermanos, y a ver, ya sabe usted, los juegos de los niños son bastante brutos. Yo no me atrevía a saltar a pídola, ni supe nunca dar un lique... ¿Que usted no sabe lo que es un lique? Anda, mi madre, este hombre, pero ¡cómo es posible que usted no sepa lo que es un lique! Ay, créame que es la primera vez que me río desde que se acabó la guerra. Todo sea por Dios. Me habría gustado, le estaba diciendo, tener una muñeca, como yo veía que les nacían a todas las niñas por la mañana de Reyes, con su pelo de seda y su ropita chica, y hasta con sombrilla, que las había así en el Bazar de la Unión, que estaba ahí, a la entrada de la calle Mayor, y nos dejaban entrar a mirotarlo todo, y los Reyes no me ponían muñecas porque, si me las traían, mis hermanos se encargaban de tirarlas al alto, de bañarlas de mala manera, de clavarles alfileres, pobrecillas, en los ojos, en las yemas de los dedos, y en, bueno, así, por ahí, ya se supone usted dónde. Y, al final, las fusilaban en el descansillo de la escalera. En cambio me traían uniformes de presidiario, unos trajes muy bonitos a rayas negras, o de indio pielroja, o de guerrillero carlista. Y mis hermanos me colocaban muy firme, alguna vez me ataron a la espalda de un sillón, y tiraban, rodeándome, sus cuchillos de palo, para dibujar, decían, mi silueta en la pared del recibimiento. Y, aunque yo gritaba, me decían siempre lo mismo: ¡No seas miedosa! ¡Esta cagaina, a ti te curo yo de cuajo el miedo!, y cosas así. Y si me quejaba a los mayores, torta y tente tieso, y ¡esta boba, siempre tan jindama! Bueno, pues ya ve usted. De ese tiempo recuerdo muy bien a Robertito, el nieto de doña Antonia, la generala, -275- que era viuda de un héroe de la Guerra chiquita, y que tenía en su casa muchas armas, y se quejaba a cada paso del paludismo, yo llegué a creer que el paludismo era un señor muy fiero que llamaba a casa a media noche y robaba lo que podía, y tenía una cartera atiborrada de soldados españoles medio muertos, tan a lo vivo lo pintaba la generala, que había tenido esclavos negros y llevaba un rebenque a la cintura para ordenar a su criada que le abriese la cama, o le pusiese el calentador, o el agua para las gárgaras y la dentadura. Era una gran señora. Robertito era su nieto, su madre se había muerto, digo yo que sería de paludismo, pero en mi casa, que eran muy leídos, gente muy enterada de todo, aseguraban que no se había muerto, sino que se había largado por ahí, por el extranjero o más allá, con un pipiolo que cantaba en el coro del Teatro Real, y que el padre de Robertito andaba persiguiéndolos para matarlos, por lo que doña Antonia solía poner a Robertito un traje de luto cada pocos días, por si acaso llegaba la noticia, que no les pillase desprevenidos, y le enseñaba a no llorar y ser hombre fuerte, y a saber lo que es un pésame. Quizá por eso Robertito decía siempre, a cualquier cosa, «¡Cúmplase la voluntad del Creador!», a ver, tanto ensayarlo. Pobre Robertito, ¿no verdad, usted? Pues le iba diciendo que yo jugaba con Robertito algunas veces, y fuimos creciendo juntos, y

también él era algo cagaina, pero menos que yo, eso desde luego, hombre, es que como yo... Pocos, pocos en docena. En fin, que nos entendimos muy bien, y hasta pensaron en casa que nos casarían y todo, y que, viviendo en la misma casa, ya nos quitarían el miedo a los dos, ya. Pero para qué le voy a contar. Yo tuve miedo de Robertito, que ya iba camino de estudiar para algo importante, registrador, secretario de ayuntamiento, qué sé yo qué, que tenía mucha influencia la generala en la política -276- con los de Dato y compañía, y ya le tenían buscado un enchufito la mar de aparente, pero... Lo que son las cosas, ¿no verdad, usted? Robertito palmó. No le quiero contar lo que fue nuestra relación. Discutíamos, era mi canguelo a todo, cómo haríamos el viaje de bodas y a dónde, y yo no quería ir a ningún sitio, porque tenía miedo al tren, hombre, figúrese, si había un descarrilamiento cada lunes y cada martes, y se veían en Blanco y Negro los vagones hechos fosfatina, y siempre morían la pareja de la Guardia Civil y unos recién casados. Es que no marraban. Quién les mandarían salir de su casa. Yo no, de ninguna manera. Yo, nada de viaje de bodas. Además, ya empezaba yo a tener estos dolores de cabeza tan fuertes, que me los curaban con rodajas de patata en las sienes, y la doña Antonia dio en decir que yo me iba a volver loca por eso, ahí tiene usted, como si ella supiera medicina, y no sabía, que entonces las mujeres no eran como ahora, entonces las mujeres éramos unas burras del ole y nada más, y la doña Antonia no desperdiciaba ocasión de darse importancia, a ver, es lo que tiene ser viuda de una persona importante, pero no vale la pena hablar de esto, ya le he contado que Robertito la diñó, fue la epidemia de gripe del 19, qué dura era, cómo se moría la gente, y le enterraron con el último traje de luto, el duelo por esa madre que no volvió jamás, y por un padre del que yo no he sabido nunca nada, sino que me le suponía por todos los hoteles y los balnearios y los casinos de Europa, entrando a todos los teatros de ópera con la pistola en la mano, preguntando por su mujer y por el malo a gritos, y disparando al aire: ¡Muera la esposa infiel! ¡Muera la adúltera!, como decían en el teatro. A ver, usted me dirá, un hombre que había tenido que ver algo con aquellos repatriados cubanos, a la fuerza tenía que andar pegando tiros, qué demonio... Y yo, cada vez que lo pensaba así, me -277- alegraba casi de que Robertito se las hubiese pirado, porque, Dios mío, qué miedo un suegro así, si se le ocurre volver, que alguna vez volvería, y si se ha muerto sin satisfacer su venganza estará errante por el otro mundo, acosado por el odio, chillando, chilla que te chilla... con lo que a mí me gusta hablar en voz baja. Quite usted, hombre, quite por Dios. Y pienso que entonces ya se me hizo el miedo como indispensable, miedo a la gripe que me maltrató, miedo a los estornudos, al escalofrío, a los treinta y siete dos, a las corrientes, a los lugares cerrados y con mucha gente... Miedo, miedo y más miedo. Desde entonces, creo, me he pasado la vida en el brasero, como quien dice. Miedo y frío, qué pareja, Señor, qué dos, el miedo y el frío. Y solita. Porque ya ve usted, me quedé otra vez solita, mis hermanos se habían ido casando y las cuñadas no me podían ver ni pintada. Menos mal que mis padres me dejaron mejorada, y que don José, el administrador, me ha cuidado bastante bien, hasta que en la guerra se fue todo con viento fresco, ni diez, ni cinco, ni nada. A pedir por Dios. Y como la familia se ha dispersado, unos han espichado, otros se han ido, a otros los han pasaportado... Total: la de siempre. Que me pasé años y años envuelta en un miedo cervical, sin atreverme ni a salir una tarde a tomar el sol a los jardines de Palacio, tan cerquita que están. Puede quedar un proyectil de cuando la guerra, alguna bomba, o una persona de ésas aficionadas a hacer puntería sobre las viejas, que de todo tenemos en esta tierra, si es que ya le digo a usted que no nos privamos de nada... Y fui poco a poco perdiendo lo que me quedaba de mis padres... Las casitas, los huertecillos en Peñafiel, los majuelos de Tarazona, la finquita de Campamento, los muebles de Filipinas... Poquito a poquito,

escogiendo muy bien el comprador, figúrese, no puede una vender las cosas de la familia al primero que aparezca, cosas -278- tan amorosas, ¿cómo le voy a vender yo las cosas de mi casa a un protestante, como era el tío aquel que se empeñó en llevarse los dos cuadros, Santa Bárbara y Santa Águeda, una tabla muy roñosa, bueno, sí que es verdad que estaba algo roñosa, pero era muy vieja, de siglos, y él, dígame usted quién diablos era él, un inglés, pelirrojo como Judas, que no sabía ni el Padrenuestro, y se quería llevar el cuadro aquel de un antepasado mío, vestido de don Juan de Austria o empleo parecido? Me pagaba bien, sí, pero ¡un protestante! Hasta ahí podíamos llegar. Se los llevaron al museo, por menos dinero, ya me lo decían las vecinas: Mire, doña Lorenza, que el Estado paga muy mal, no haga caso, usted aprovéchese, que todo el mundo lo hace, no sea boba... Y decían que tenía miedo, mucho miedo a vender, y que así, con tanto miedo, a ver, que con tanto miedo no se puede vivir en este mundo, hay que ser valiente, si no... Te comen. Vaya, si te comen. Pero yo... También me quiso comprar los muebles de familia un indiano lagartón que había hecho dinero dándole al café en Chihuahua, que debe de estar lejísimos. El gachupín habría sido capaz de quemarlos para tostar los granitos de la sobremesa, que yo me conozco a mis paisanos. Y no se los vendí. Que se fastidie, hombre, atreverse a querer mis muebles... Ahí tiene usted los que me quedan. Gracias a ellos voy pagando la renta de este pisito, que el casero se los va llevando poco a poco, y no me engaña, no, que para eso es quien es, y pertenece a cuatro o cinco cofradías y así. Y entiende de cosas antiguas. Y sigo teniendo miedo. Miedo de que se los lleven un día, de que me despierte y no estén ya aquí, de que el casero se canse y no espere más, y a ver dónde voy con estos monumentos, y tengo pesadillas... ¿Eh, qué me dice? Ah, sí, claro, yo veo todas las cosas, cuando sueño, con los colores que tienen. Anda, ¿cómo quiere que las vea? ¿Que -279- los sueños tienen que ser en blanco y negro? Qué bromista es usted, a otro perro con ese hueso. Bueno, mire, si lo dicen los médicos, serán los médicos que no saben lo que es el miedo, que, supongo que estará de acuerdo conmigo, serán los peores. Porque un médico sin miedo no pita, se lo aseguro yo. Sí, sí, esa gente que suena por ahí, son los realquilados. Dos habitacioncitas con derecho a cocina. Son buena gente. Ella hace punto con su tricotosa, venga a hacer jerseys y más jerseys, y él vende libros, creo que es un negocio muy ahogadizo, pero se defienden. Ellos conocen mi miedo a todo, y él me trae libros muy gordos, de médicos y sacerdotes muy buenos, generalmente alemanes o ingleses, que hablan de cómo curar el miedo, El miedo y la personalidad, El miedo y la vida subconsciente. Son muy bonitos. Yo los leo, solamente encuentro que si tuviesen más estampitas, o mapas, o casos concretos... Pero me interesan. Y ella, Clotilde, se llama Clotilde, es muy afectuosa. Y procura romper lo menos que puede, y hasta un día, en Navidades, me llevó al cine, y vimos Bambi, que es una historia muy bonita, de un ciervo. Lo pasé mal, hora y media temblando, mira tú que si sale un cazador y le da por atizarle al pobre Bambi... Una desazón como la de la guerra, tres años y pico esperando que me pasara algo, temiéndolo, ahogándome. Que si llaman... Que si dicen... Que si a fulanito... a menganito... Sí, no pasó nada, tampoco a Bambi, pero yo sé lo que se queda aquí dentro, vaya si lo sé. Igual que los años que siguieron a la guerra, también a la espera constante en el aire, con temor, una zozobra... Ay, Señor, Señor, esta manía mía, este afán de huir, de no sé, de salir corriendo, ya, corriendo, y ¿a dónde? Pues fíjese si son buenos mis realquilados que, como saben mi horror a las tormentas, han puesto un timbre desde mi cama a su cuarto, y, cuando hay tormenta, ya sabe usted, esas noches de setiembre en Madrid, -280- por la Virgen, tan calientes, que no se respira del sofoco y se presentan los truenos y el asfalto parece que quiere entrar por las rendijas de la ventana... yo llamo al timbre entonces,

y vienen los dos y se sientan al pie de mi cama hasta que se pasa la tormenta, y se oye el golpeteo del agua en el zinc, y el gluglú de los canalones, y se me calma el espanto, sí, se me pasa, y y no creo que esperen llevarse el armario grande, de caoba con aplicaciones doradas, y una luna con alindes de plata, qué va, si no tienen dónde caerse muertos, y si me muero, estoy segura de que los echan, vaya si los echan, menuda es la gente hoy, no tragan ni un pelín. Qué me va usted a contar. Y no se vaya usted a creer, él es de Logroño, y ella de Ágreda. Eso debe de estar algo apartado, ¿no le parece? Total, que no podrán llevarse el armario, ya se lo digo. Y me hacen muchos más favores, y cuando me piden algo, ya saben que yo no voy a hacerlo porque me da miedo, que no me atrevo a nada, que ya sé lo que es echar una firma y quedarte luego temblando, y ver entrar por casa una gente muy seria y como avinagrada que se lleva lo que quiere, y yo, por mi miedo, no me atrevo a preguntar siquiera qué pasa, por qué agarran el arca aquella, o el espejo grande, o los monigotes de marfil, o las porcelanas de mi abuela. No, no, yo ni pregunto. Es mucho mejor. Ni firmo cuando, después de haberse llevado lo que sea y de haber dejado la casa hecha una porquería, que por lo menos se podrían limpiar los pies en el felpudo, digo yo, que parecen caníbales sin civilizar, por mucho del juzgado que se griten, ea, no firmo, le digo, y hasta les doy permiso para que firmen a Pedro y su mujer... Pedro es el de Logroño, y ella, ya sabe usted, claro, eso. Y me escarbo en la faltriquera para dar esas pesetillas que siempre hacen falta para la propina, para un móvil que se ha caído, o para justificar la invasión de la casa... Sí, yo gasto faltriquera, -281- ya ve, mírela, me las hago yo, cuando me acosan esos ratos largos de soledad junto a la ventana. Yo no salgo a la calle, me dan miedo los autobuses, los autos, la gente que va y viene, los chiquillos que juegan a la pelota, los vendedores, ni me atrevo a ir a las liquidaciones, porque siempre temo que me tomen por una ladronzuela, por una mechera, como dice Clotilde, que es la que me lee el periódico al anochecer, que, por cierto, siempre me quedo dormida después de que hay, como de costumbre, una inauguración de algo, una primera piedra, un desfile, unas carreras en la Universitaria, una huelga en Asturias... Es mi miedo, ya le digo, mi miedo de siempre, a qué va una a salir, si, total, lo que se ve no es más que una constante amenaza, para qué moverse. Me quedo en casa, a solas con mi temblorcillo, que se subleva cuando oigo abrirse el ascensor en el piso, o cuando el niño de arriba pide a gritos su merienda, o coge una rabieta por la escalera Atila, el perrazo alemán del cuarto, que ya un día me tiró en el portal, para qué me atreví a salir, y eso que iba a misa, caramba... Le digo que me quedo solita, va bajando la luz por la fachada de enfrente, veo cómo las rubiales de la zapatería de ahí abajo, mírelas, son unas chicas monas, parecen más jóvenes cada día, las envidio mucho, se han atrevido a salir de casa hoy, incluso con la nieve, o con el calor, con lo que caiga, y venden y sonríen, y hacen cucamonas al gznápiro ese de las barbas que debe de estar haciéndoles guiños detrás de la luna del escaparate... Luego vienen a buscarlas otras a la salida, se las ve nerviosas, acechando por los cristales, mirándose el reloj con frecuencia, alisándose el pelo... Y yo escarbo en mi faltriquera, unas perrillas que ya no sirven, me dice Clotilde que ya no valen las monedas pequeñas, y los botones, y el dije con pelos de algún familiar muerto, y la medallita de la Milagrosa, y un alfiletero de cuando mi -282- madre cosía los calcetines, y llavecitas de muebles o cajas que ya no existen y de las que aún me duele el recuerdo, mire usted ésta, tan bonita, dorada, con tres muescas, era de una caja de marquetería con hueso, antigua, se la llevó el casero las Navidades del 68, dijo que liquidaba así el año, yo guardaba allí el recordatorio de la Primera comunión, y los botones y un lacito del traje que tenía puesto la noche que me llevaron a un asalto en el Casino, que también venía Robertito, un baile muy bueno, y el vestido no digamos, cómo crujía, que no

bailé lo que quise porque también tuve miedo, miedo de que me vieran, de caerme, de que Robertito tuviese que avergonzarse de mí, de que si yo levantaba los ojos no le gustase el color, ya ve, ahora con cataratas y algunas legañas de tamaño natural... También tenía en la cajita otros recuerdillos, un molinillo de corcho que me regaló alguien, no sé si un chico de un hermano mío que se fue a América, Manolo, no, no era Manolo, era Federico, bueno, qué más da, que se fue y nada más, y cualquiera le echa un galgo ahora... Ya no sé dónde está ese molino. Debe de estar encima de la cómoda, fíjese qué cómoda, de taracea, estilo no sé qué rey francés, no lo he sabido nunca, a mí qué más me da que sea Luis XV que otro Luis cualquiera. Mire usted a ver si está el molinillo ahí, también puede ser distraído darle vueltas a las aspas ahora, una tarde de lluvia, cuando esté sola y se oiga ahí al lado el tracatrá de la tricotosa, a veces Clotilde canta, pero yo no sé sus canciones, han cambiado mucho las canciones, ella tampoco sabe las mías y no nos ponemos de acuerdo, por eso me da miedo cantar, no quiero distraerla, haga el favor, busque, busque encima de la cómoda. Debe de estar por ahí el molino, junto a la pistola esa vieja en una caja, ¿la ve?, sí, es una pistola de Ripoll, lleva la fecha en la empuñadura, 1635 creo. Ya me ha dicho el casero que el 71 a cambio -283- de la pistola... Pero, Dios mío, ¿ha pasado ya el 71? Pero, ¿cuántos años...? Bueno, que se lleven todo, todo lo que quieran, pero que me dejen la perilla de la cama, la del timbre, a ver, siempre suele haber tormentas en Madrid cuando llega setiembre, y también hay alborotos de cuando en cuando por la calle, esto está muy revuelto, y yo no quiero pasar los miedos sola, he de tener la perilla para llamar a Clotilde y su marido. Cuando los veo ahí, a los pies de mi cama, tan callados, envueltos en una manta y dando cabezadas, es cuando me doy cuenta de lo grande, lo encendida que debe de estar la vida cuando no se tiene miedo. Yo, entonces, ya no tengo miedo a... Bueno, no quiero decirlo, usted me comprende. Muchos de mi gente han tenido mucho, muchísimo miedo en ese trance, y yo, se lo aseguro, estaré tranquila, ya lo creo, muy tranquila, así, como después de un sueño bueno, largo, tan bonita la luz. No me dirán ya más: Esta miedosa...

-284- -285-

### Casa de huéspedes

Mire, en esta casa, una casa honrada, digna, ¿eh?, usted va a estar fenómeno, ¿estamos?, fenómeno. Deletree usted bien: fe-nó-me-no. Menuda es esta casa. Aquí usted puede estar seguro. Ya puede usted ir escribiendo a sus padres, a sus tutores, a quien usted tenga, que aquí, en ésta su casa, la seriedad, la economía, la comodidad... Bueno, qué le voy a contar. Ya lo irá usted viendo, ya. Aquí hemos tenido siempre huéspedes de mucha clase, ya lo creo. Lo que pasa es que no nos gusta la propaganda. Ni a mis hermanas ni a mí, nos agrada ese bullebulle de los periodistas, que por menos de nada se plantan aquí, y venga fotografías, y preguntas y que si fue y que si vino, y que si le hacíamos o no le hacíamos los venenos que empleó éste o aquél o el de más allá. No haga caso. Son malas voluntades, tirrias que nos tienen los vecinos, porque no quieren que tengamos huéspedes, pero, a ver, a nosotras nos da la real gana tener huéspedes, ya lo saben y que se vayan callando, que no

hemos querido emplear nunca nuestras relaciones, nuestras buenas amistades, que las tenemos, porque ha de saber usted que nuestro padre fue persona muy influyente y conocida, -286- terrateniente y varias veces hijo predilecto, y ya sabe usted: quien tuvo y retuvo, guardó para la vejez. Esto se dice en El Alcalde de Zalamea, que es un libro atestado de refranes, vengan o no a cuento. Mi hermana Atanasia lo lee en alta voz todos los viernes, al anochecido, mientras se cuecen las legumbres. Es muy útil, apasionante y algo diurético. Yo no sé muy bien qué es eso de diurético... No sé por qué dice que ya lo nota, a ver, usted, aquí, sépalo de una vez, no nota más que lo que yo le deje notar. En cuanto esté en casa, usted ha de vivir como yo mande. No olvide que el contrato de inquilinato está a mi nombre: soy la mayor. Llevo tres años a mi hermana Atanasia, y siete a Paulina, la más joven. Ésta es la que borda. Aprendió a bordar, varios procedimientos, cuando el Directorio Militar. Imagínese, estaba prohibida la ley de reunión, no podía juntarse con nadie... En fin, se suscribió a La Muñeca Ideal, y ahí tiene usted todavía los cubrecamas de entonces. Ahora borda todas las mañanas hasta las once menos cuarto. Luego sale a la compra. Es amiga de todos los tenderos de por aquí. Vaya si lo es. Y ahorra la mar. Por eso no se casará nunca. Es demasiado roñica. Ahora los hombres las prefieren dilapidadoras. Está el mundo, que no vea usted. ¡Unas chicas como nosotras, habernos quedado solteras! No, pare usted el carro, para vestir santos, no. Eso no nos gusta. Que los vista su tía. Aquí ya somos más modernas, pero, a pesar de todo, nos hemos quedado solteras. Si mi alma lo sabe, a buenas horas cuelgo yo al gatera aquel de Correos, que se quería casar a toda prisa, y no por el piso, qué va, que eso son infundios de mis hermanas, porque, la verdad, mis hermanas están algo idas, si lo sabré yo, especialmente Atanasia, que se empeña en cultivar un granado en el cemento del patio, y venga y venga y dale con el granado, y todas las noches lo mete en el recibimiento y lo saca -287- al amanecer, y hay noches que se levanta a echarle el aliento un poquillo, sobre todo por allá por las Candelas, que es la fecha peor para los granados. Y la otra, bueno, la otra. Se pasa la vida bordando pañuelos para los novios que dice que tiene, y no se lo crea usted, es siempre el mismo trapito, lo que pasa es que lo deshace luego luego, y vuelta a empezar, o disimula y se pasa las horas muertas echándoles miradas tiernas a los que vienen a descargar bebidas en el bar de enfrente, y les echa papelillos... Ah, no, eso son arterías de la portera, que es una chismosa de las narices, a ver qué le importaría a ella eso. Lo que pasó es que Paulinita tiró y tiró papelillos y, como no le hacían caso, le tiró un tiesto a uno y le dio, Paulina ha tenido siempre muy buena puntería, y le escalabró, toma, hombre, pero es que un tipo tan atontado, también con usted, si una chica le tira a uno cositas y cositas y usted ni se entera... Algo habría que hacer, digo yo, ¿no? Tampoco fue tan importante. Tardó en curarse algo más de un mes, que le agarró de refilón. Lo malo fue que en el tiesto había un granado de Atanasia, y no le quiero contar la que se armó. Atanasia pensó que se hundía el mundo al ver su tiesto hecho papilla, y le dio ese arrechucho que le suele dar, ea, vamos, un panterre, ¿me comprende? Tuvimos que llamar al guardia municipal de la esquina, que es un tipo muy fuerte, porque los huéspedes, para que vea usted, ni uno nos quiso echar una mano para sujetarla. Que mordía, decían luego, y tampoco es verdad. Es que Atanasia suele ser muy efusiva. Ya lo decía mi madre, que también tenía sus patatuses muy bien organizados. Bueno, claro, teníamos la casa llena de huéspedes, figúrese, estaba doña Laurita, era profesora de dibujo en el Instituto Nacional de Educación Simple y Dirigida para Señoritas, tuvimos que echarla, porque, al adherirse a una huelga, ya sabe, esa historia de los contratos, se dedicaba a -288- poner las paredes con unos monigotes y unos letreros que válgame Dios. Es que me pongo sonrojada aún, y Paulina es muy jovencita, a ver, no la iba

yo a dejar que entrase allí a hacer la cama y se encontrara con eso. Era muy intelectual la tal doña Laurita, y, además, tenía unos libros con fotos muy ligeritas de ropa. Ésta es una casa decente. Ya se lo tengo dicho. Además, se reía de nuestros cuadros, la Santa Cena, los pañitos en punto de cruz del colegio, la destrucción de Sagunto por los bárbaros, y la tenía tomada con las coronas de plumas y lentejuelas que hacemos para el día de Todos los Santos. Era medio francesa, o sea, vamos, una impía de mucho cuidado. Aquí tenemos teléfono en todas las habitaciones, así que no hará falta que usted salga de su cuarto para nada. Nada de visitas, ni de guateques, ni de nada. Aquí, a su cuarto, que es lo que le alquilamos. Está la mar de claro. Su habitación tiene todo lo necesario: una marina que pintó mi abuelita Leandra, que era de Ayamonte, ¿usted no ha estado en Ayamonte?, tiene un río grande, y una frontera, y es muy abrigadito... También tiene usted dos maceteros, retratos de familia, una concha de Santander para oír el mar, un filtro, dos diplomas de mi padre, Cruz de los Sitios de Zaragoza, Mérito Civil... Le puedo prestar, si quiere, dos días por semana, la jaula de los periquitos. Son muy... ¿Cómo?, ¿no le gustan? Es un contratiempo, esta diferencia de gustos. Espero que no me los mate usted. Es un cuarto de huésped distinguido. Una vez que usted entre, en su cuarto quiero decir, yo echaré la llave. Usted no saldrá por mucho que oiga gritos, porraceras, juramentos. Lo peor puede ser que Atanasia esté ensayando alguna fiestecita con teatro y fuegos artificiales para cuando llegue el aniversario de mamá. Lo celebramos siempre con una función en la que reproducimos alguna de las bronquitis familiares. Mi madre tenía buen rejo, y sacudía -289- el polvo con verdadero entusiasmo. Aún tenemos los pedazos de dos o tres mozos de comedor, porque en mi casa había mozos de comedor, qué se ha creído usted, pues, le contaba, tenemos los pedazos en el cuchitril del pasillo. Usted hará muy bien en no entrar allí nunca. Está muy lleno y suele oler mal en cuanto llega el verano. Ya lo desinfectaremos de nuevo cuando haya vacaciones. Usted, a su cuartito. No, no, la comida se la serviremos allí. Usted puede disponer de su cuarto para todo. Le agradeceré que no hable con nadie por la ventana que da al patio. Vive ahí una gente de poco pelaje, que son malhablados, dicen obscenidades y gritos políticos, absolutamente ilegales. Usted no debe de aprender nada de eso. Si es que quiere tener relaciones sociales, ya le proporcionaremos libros oportunos, y, por las noches, don Lorenzo, jubilado del Catastro, le hará algo de compañía. Es muy prudente. No dice una palabra más alta que la otra, y conoce el país de pe a pa. Es una pena el susto que le dio Paulinita el día de su cumpleaños, el invierno pasado, que por poco le tira por el balcón a la esquina, para ver si acudía el sereno, pues que, no le digo más, agarró tanto canguelo el tal don Lorenzo, que se quedó sordo del todo, como una tapia, y algo lelo. Como además está ciego, de unas cataratas que le pegó la condesa del Zorzalito, otra que tal, que también tuvimos que echarla, vaya humos que se gastaba y no tenía dónde caerse muerta... A los tres meses sin pagar, tuvimos que dejarla en el cubo, ni siquiera gritó cuando la volcaron en el triturador del ayuntamiento, debía de estar muy cansada. Era muy tarugo, Dios se lo tenga en cuenta. Pues que don Lorenzo es ideal para la compañía. También juega al parchís autónomamente, como él decía antes de perder el habla. Quiero decir que él corre las fichas, y se las deja comer. Hombre, le trae cuenta. Es que si no... Hasta ahí podíamos llegar. Pobre don Lorenzo. -290- Me da mucha pena saber que tendremos que meterle también en el incinerador algún día. Ya hemos decidido hasta la fecha, el aniversario de la liberación: ese día la gente no observa el olor de los humos. Si lo metemos en los cubos, puede haber dificultades luego, que, a veces, el traperero nos ha devuelto estas mercancías. Pero, usted, tranquilo. Usted puede estarse todo el día con la luz encendida, es muy íntimo, se puede hacer mucha tarea así, las traducciones, los rezos, los

planes para la invasión de una ciudad o de un estado, modelos de maquinaria muy adelantada, hurgarse en las narices, también escribir cartas sentimentales. Las cartas sentimentales, por favor, démelas a mí. No quiero que las lea Paulinita. Se le suelen subir a la cabeza, le da por cantar en italiano o en portugués, sin parar, y se quejan los vecinos, y ya una vez nos han multado. Ya nos han mandado un exhorto, amenazando con la grúa. Ya podrán. ¡Qué mal repartido está el mundo! ¿A que no la llevan a cantar en televisión, eh? Pues no lo hace tan mal como algunos, y tiene los dientes preciosos. Y quien ha escrito la carta de marras, se niega a reconocer que ha tenido la culpa, y tenemos que andar con frecuencia en el juzgado, hasta que los análisis, las declaraciones, las radiografías, los peritajes caligráficos ponen en claro quién ha tenido la osadía de redactarlas. Casi siempre hemos ganado. Paulinita tiene mucho talento. ¿Le he dicho que tiene muy buena puntería? Siempre que se encuentra con algún huésped por el pasillo, por las noches, cerca del cuarto de baño, le hipnotiza rápidamente, es que vaya dotes que tiene Paulinita, borda estupendamente, ¿se lo dije?, y luego, cuando le tiene sentado allí, en el baño, hipnotizadito, dibuja en la pared, con cuchillos, la silueta. Es estupenda esta Paulinita. Ahora debe de estar en el rosario, ya se la presentaré luego. Ahora estamos algo preocupadas, pues no logramos recordar dónde -291- demonios habrá guardado las pistolas, y lleva unas noches intranquila, ya que no puede dedicarse a asustar a los novios que se rezagan por la acera de enfrente. Ah, se me olvidaba, usted no pretenda abrir de noche a nadie. De noche, usted debe de tener la luz encendida, porque si la apaga, entraremos enseguidita alguna de nosotras tres para que no se duerma. El mundo no puede estar en manos de gente dormida. Hay que estar bien despierto. Además, Atanasia tiene la fea costumbre de entrar en los cuartos de madrugada y cobrar por adelantado tres o cuatro meses, sin consultarme, y esto acarrea algunos malentendidos. Esta Atanasia, tan buena, tan simpática, tan salada, tan bestia. Perdónela usted, son cosas de la juventud. ¿Cómo? Ah, sí, Atanasia es muy jovencita, tres años menos que yo, a ver, del 1882. Se conserva muy bien. Tiene buen gusto para vestirse: mantilla para ir a misa, falda larga para todo, camisón para acudir al teléfono del pasillo después de las diez. Es lo que se dice una gran señora. Sabe algo de francés: Bonyur, mesié. Orrevoar, mesié. Está muy bien educada. También sabe algunos tacos en alemán, pero no los dice nunca antes de las seis de la mañana. Hasta esa hora se mantiene bastante normal. ¡Qué cosas tiene usted! ¡Cómo no íbamos a tener agua caliente! Oiga, a mí me parece que usted está empeñado en poner pegas y peguitas para no quedarse aquí. Pues sepa usted que los huéspedes de mi casa son excelentes, y algunos llevan con nosotras mucho tiempo. Venga, venga. Ahora que no están mis hermanas, que han salido a la parroquia a un rosario y a encargar unos funerales de cabo de año, le voy a enseñar algunas cosas curiosas. ¿Ve usted esa puerta? Ahí vive don Lisardo Camino, era empleado de la Lotería Nacional, se murió hace ya unos quince años. No me acuerdo ya bien si espichó solito o si le ayudamos algo. Déjeme que haga memoria. Fue éste... No, la de las zarzas -292- fue aquella gordinflas de Sequeros, provincia de Salamanca. Éste, ¿cómo cayó éste? ¡Qué cabeza! Bueno, qué más da. Ahí dentro lo tiene usted, tan pancho, tan morenito, sin dar guerra. Nadie podrá decir que ha causado la menor molestia. Tan sólo se quejó el fontanero, un día que tuvimos que arreglar algo en el cuarto, un radiador, algo, no sé ya bien qué, y le molestaba verle allí, tan quieto y tan mal vestido, decía, en la cama, y sin resollar. Le molestaba que no resollara. Fíjese a qué extremos de señoritismo han llegado ahora los obreros. Primero, que mal vestido. Qué se habrá creído el fontanas ese. Y luego que no resollaba. Es que la dictadura del proletariado, ya lo decía don Secundino, el capellán de las Angustias, sí, hombre, el que se murió de la gripe, bueno, que vaya jaleíto la

dictadura esa. Nadie, nadie se ha quejado jamás de que don Lisardo dé guerra. Ni canta al afeitarse, ni sale de noche, ni nada de nada de nada. Y las cuentas, religiosamente hasta ahora, por el banco. No hay nada como pagar por el banco. Usted ni se entera. Quiero decirle, modestia aparte, que, a veces, me acongoja cobrarle las facturas. No gasta, no mancha el cuarto de baño, ni ensucia los dorados, ni nada, en fin. Le digo a usted que ni una mala colilla. Alguna vez le he mudado la cama, porque eso sí, será por la edad, que, vamos, hombre, vamos... Pero es que ni siquiera come. Yo le dejo en la mesita de noche las lentejas, rehogaditas, calentitas, huelen que alimentan. Y, cuando vuelvo, allí están. Qué le vamos a hacer. Unos días me digo: Estará desgano, a ver, ahí quieto, tan estirado, sin hacer ejercicio... Pero otros, me encocora, y un día se las estampé en las narices, lo cual que tampoco dijo esta boca es mía. Ya, ya, qué hombre tan impasible. Está visto, hay tipos que no sirven para maridos. Eh, eh, ojito, haga el favor de no tocar nada en los salones donde yo le lleve, a ver si tenemos la fiesta en paz. A la -293- señora Carlota, la que venía a cortar las camisas de Perconces, el teniente de carabineros, tuvimos que darle un buen porrazo, porque tocaba a todo, y le dio por chillar y decir: Qué horror. Qué horror... Si sería mandria. Está ahora en la carbonera, digo yo que estará, porque a veces hay que encender la lumbre, siempre hay algún pesado que quiere comerse la sopa caliente, bien caliente, o la manía de los ponches, usted me contará, esta casa es casa de abolengo, no vamos a entrar por los métodos nuevos, somos muy conservadoras, y un ponche, ¿eh?, un ponche... ¿Quiere usted ver esa habitación? Es la más importante, da a la calle. Por eso no la alquilamos. Ya otras veces se ha tirado alguien por el balcón, y es un mirador muy bueno, y luego viene la poli a ver si están las huellas del interesado, y si lo hemos empujado o no desde dentro... Se ve que la poli es muy desconfiada. Total, si han querido tirarse... Hay gente para todo, ya lo decía no sé quién. Lo malo es que los que se tiraron no dejaron bien dispuesto el testamento, y hay que darle propina a la portera por retirar el escombros, a ver. Si usted tiene alguna vez esa mala idea, le ruego tenga muy presente el hábito español de las gratificaciones, o aquello de que quien rompe paga y se lleva los cascotes a casa, y tal y tal y tal. Hay que tener respeto con las costumbres del prójimo, que si no, es que te comen viva, calle, si lo sabré yo. Figúrese lo que nos pasó con... Oiga, ¿por qué pone esa cara? Le advierto que por poner esa cara nosotras hemos tomado severas medidas con algunos huéspedes. No podemos tolerar que en esta casa, que es una casa pero que muy honrada, ya se lo tengo dicho, somos de muy buena familia, católicas, conservadoras, pertenecemos a varias cofradías, una servidora ostenta la triple cruz de Beneficencia Comarcal, nosotras, le digo y le repito, no podemos tolerar malas caras, ni miedos ni temblores. Aquí todo el - 294- mundo tiene que estar a gustito, no faltaba más. Parece que se le doblan las piernas, lo mejor será que le haga un caldito. No se lo incluiré en la cuenta, a no ser que no tengamos ahora agua caliente, que, a lo mejor, hoy tampoco sale el agua caliente. A ver, desde el día aquel del resuello, el fontanero no ha querido volver, y ya llevamos diez años largos esperando, nos hemos acostumbrado a tomar las cosas así, a bañarnos con el agua así... En la sección médica del periódico vienen muchos datos sobre las virtudes del agua fría, y nosotras obedecemos lo que dicen los periódicos. Por favor, tenga cuidado con ese animal... Es Pirracas, el gatito pekinés de nuestra tita Bárbara, la de Alcalá de Henares, era maestra nacional por oposición, premiada por sus labores en la Exposición de París de 1900. La tita Bárbara se murió chamusquinada por un rayo, una imprudencia atroz: se le olvidó ponerle velas a su patrona. ¿Ve usted? Pirracas no tiene bigotes en el morrillo derecho. Se los achicharró el fucilazo. Una pena, tan buen ejemplar, de raza, no le digo más. Lo disecamos y nos hace mucha compañía. Usted me comprende, esas tardes largas

del invierno, cuando no hay nadie en casa, que todos los huéspedes se han ido a sus cosas, a dar una vuelta por Sepu, o por la Armería, o al desfile militar de la reconquista de Barcelona, y entonces nos quedamos solitas. No nos atrevemos a poner el gramófono, tiene la cuerda rota desde antes de la guerra, y por no molestar a don Lorenzo, ni a don Lisardo, tan excelentes, que quisieron casarse con alguna de nosotras, y entonces hablamos bajito con Pirracas, que es tan sedoso, ¡ay, qué sedoso es! He oído contar que se tiraba a las piernas de los cobradores de lo que fuere, del gas, del pedido de la tienda, de la sociedad para el entierro, del abono a las ánimas del Purgatorio... Sacaba siempre tajada, por eso tiene el rabo tan tieso todavía. Oiga, ahora que mis hermanas -295- no están aquí, ¿usted cree en eso del purgatorio? ¿Ha estado usted allí alguna vez? Me preocupa la cantidad de gente que debe de haber, no sé si tendré tiempo de saludar a todos... Pues a Pirracas... Le llevamos todos los años a la bendición de San Antón, suele estrenar abrigo de crochet nuevo. Don Severo, el párroco, es un cegatoprisas, le bendice y no se entera de que está disecado. Nos reímos la mar. Vaya por Dios, ya ha tenido usted que tocarle. Claro, a ver cómo arreglo yo ahora la calva, no ve que le ha apretado usted mucho y se le cae el pelo. Pobrecito... Lo malo será que a ver dónde encontramos un huésped que tenga el pelo parecido para poder restaurar esa calvicie que usted, insensato, méto mentodo, ha provocado. Ahí es nada. Menudo soponcio le va a dar a Atanasia cuando lo vea. Y Paulina se va a pasar tres o cuatro semanas tirando cuchillos a la gente. Y menos mal si no lo hace más que por la escalera. Lo mejor será que se los limpie algo, no sea que se enfade conmigo si los encuentra pringosos. Un cuchillo pringoso es una verdadera desgracia: resbala al entrar, se puede usted hacer daño, estropear la ropa, provocar algún quejido anormal, de ésos que asustan a la gente. Eso no está bien. Bueno, como usted ve, la casa no está nada mal. Es cómoda. Ventilada, silenciosa. Sobre todo, silenciosa. Hay alcanfor en todos los armarios, y algún que otro santo en los rincones. Está muy bien decorada. La calefacción es aparte, no queremos que los catarros caigan en nuestra responsabilidad. También tenemos libros, por si usted se aburre de estudiar en los suyos: El médico en casa, El arte de matar, Procesos célebres, La guillotina, Apaga y vámonos... Éste es una novela preciosa. Aquí, en este cajetín, conviene echar la calderilla de las llamadas telefónicas. Dos pesetas cada una. Así se colabora. Ya ve usted, en la calle cuesta bastante más. Es que hay que ver cómo se está poniendo todo. -296- Paulina dice que no va a tener ni a quién llevarle los cuchillos para afilar. Y Atanasia, bueno, la pobre Atanasia, está algo majareta, ya creo habérselo dicho, no hay que hacerle mucho caso, ahora lleva una temporada que se dedica a organizar recitales por los caídos en la guerra del 14, menos mal, le darán la legión de honor. También la tuvo mi padre. El lacito y la medalla están en la vitrina del comedor, al lado de la dentadura de oro de don Lisardo, y el braguero, doble, de don Lorenzo. Combinan fetén. Mi padre era un hombre estupendo, ya le he dicho que somos de muy buena familia, pero, que, a pesar de eso, nos quedamos solteras. Se ve que el mundo no está ya por las buenas maneras, la delicadeza, la distinción. Ahora, hala, hala, al automóvil y a espachurrar a todo bicho viviente. ¡Qué crueldad, Señor, habráse visto! Antes, ah, antes eran las cosas más sosegadas, más bonitas, y nos besaban la mano, y nos ayudaban a bajar del tranvía... ¿Quiere usted conocer a aquel muchachito rubio, debía ser alemán, decía toj, toj, doblando el espinazo, me esperaba cuando volvíamos de vacaciones de Mondariz, donde papá tenía que ir para curarse aquella porquería que tenía en las corvas, que daba asco, lo que se dice un asquito de todas todas? Era un chico encantador, tan finolis él, estuvo algo bruto cuando quisimos meterle en el tinajón de aceite, nos puso de pena, pero allí está, tan tapadito, doradito, algo arrugada la americana, pero el aceite ha subido tanto... Era tan amable, me

escribió aquella carta tan expresiva: Estoy muriendo, que no hay sin ti el vivir para qué sea... Pero, lo que tienen las cosas, no ha vuelto a hablar, se ve que era todo mentira. Mire qué cama tan arregladita, suenan los boliches un poquillo, pero eso no es nada: ayuda a dormir. ¿Usted no tendrá transistor, no será sonámbulo? Es poco recomendable enterarse de lo que pasa por el mundo adelante, y vivir por -297- libre, eso, no digamos. Debo advertirle que no admitimos perros ni motocicletas. Tampoco es bueno intentar escaparse de aquí. Esto está muy bien. Además Paulina tiene un gran horror al ruido, y como está tan mimada... Oiga, oiga, ¿dónde va usted? Si ésas que suben no son mis hermanas, aún no se ha acabado el rosario de doña Frasquita, la que se murió el martes, no son ellas, será un gran honor presentárselas a usted, verá qué jovial es Paulinita, es la más niña... Pero, hombre... Con lo simpático que me cayó usted, que le pensaba perdonar el mes adelantado... Si será... Desde hace algún tiempo, qué huidizos andan los hombres...

-298- -299-

En la calle Ferraz

No, mire, no. No es que tenga reparo, ¡pasa solamente que lo he contado tantas veces ya! Sí, a todo el que ha querido oírmelo. Ya no sé si es que paro a ratos de contarle, o si es que, sin parar, hasta dormida, lo repito. Una es así de torpe. Hablo sola, digo siempre lo mismo. Así que lárguese con viento fresco, y déjeme a mí que siga hablando. No, por favor, no me pinche. Usted lo que busca es que yo empiece a hablar, y claro, ya se sabe, una vez empezado, hay que acabar, no queda otro remedio, y usted, tan tranquilo, se me marcha con el santo y la limosna, y yo tendré que volver a contarle, para otro, para otros, luego, mañana, cuando sea... Ay, amigo mío, pues sí que está usted bueno, preguntarme por mi hijo. Todo el mundo le conoce, algunos mejor que yo. Ya hay hasta algunos niños de esos crecidotes, que juegan al atardecer en las calles del barrio al burro, a pídola, a gangsters, o a otras cosas parecidas, que me preguntan cuando llego: «Qué, señora Dolores, ¿estará hoy su hijo arriba?». Y se ríen mucho al decírmelo, se ve que les alegra. Y yo subo la escalera, tan larga, tan alta, tan oscura, ya sé a qué huele cada descansillo, cada puerta, -300- adivino quién está allí por lo que chilla la radio, oigo llorar siempre a las niñas del quinto, y rezongar a doña Catalina, la viuda pensionista del sexto derecha, la que tiene huéspedes, y todo así, ya lo creo que me los sé, y sigo subiendo, y a veces espero un poco en el corredor, por si acaso estuviera dentro y se hubiera quedado dormido esperándome, es muy agradecida esa butaca de mimbre que tengo, que me la regalaron al renovar trastos en la terraza del casino, sí, ahí, donde voy a limpiar, ya ve, suelen ser muy buenos conmigo. Ya les tengo hablado para que le den un empleo a mi hijo. Además, le he hecho unos almohadones de ganchillo, de colorines, muy abrigados, blanditos... ¿Que qué años tiene? A ver, eche usted mismo la cuenta. Nació en el 32, figúrese, está en la plenitud de la vida. Pero, el pobrecillo, a ver, ya ve usted, sin padre. Ay, no me lo recuerde, claro que no tiene padre. A ver, aquellos días tan malos. Su padre era el hombre con más labia que he conocido. Un verdadero tunantón, se lo digo yo. Pero era tan cariñoso, tan cercano, tan... Bueno, tan como no había dos... Estaba estudiando, y venía al pueblo los veranos. Estudiaba no sé muy bien para qué, yo no he sabido nunca mucho de eso. Solamente sé que

yo esperaba junio, cuando solía venir, y la Navidad, y la Semana Santa, y nadie lo sabía más que él y yo, los dos solitos, no me escribía nunca, habría sido terrible que sus padres lo hubieran sabido... Y así pasó cuando se enteraron, cuando alguien les fue con el chisme, que si nos veíamos en la casilla del Pinatar, allá, en el camino viejo, ¿sabe? ¿O usted no ha estado nunca en El Salobral? Es un sitio bonito. Desde la puerta de la casilla se veía la sierra, entera, blanca en Navidades, azul en verano, y él (yo digo siempre él, ¿me comprende?), no hace falta decir su nombre, además sus padres nos debieron buscar, digo yo, y él no quería que nos los tropezáramos, -301- no, no lo quería por nada del mundo, y así, no llamándole, sería más difícil dar con él, me entiende. Bueno, esto, la verdad, ya se queda muy lejos, y seguramente ya se lo han contado alguna vez, no me diga que no. Yo lo noto en seguida, y a usted lo veo con cara de que se lo han debido decir. Pues, sí, ya ve, es verdad, nos tuvimos que casar y largarnos, porque en un pueblo, El Salobral, pues que nadie quería nada conmigo, y ya hasta me habían sacado coplas, y que si esto y que si lo otro o lo de más allá, y mi padre, que era guarda jurado, era hombre de armas tomar. Y, por si era poco, la familia de él no podía verme ni en pintura. Que si había arruinado a su hijo. Que si le había dado bebedizos. ¡Qué bobadas! Eran ya mayores, y, claro, así, usted dirá. Eran muy pesados, tercos, muy tercos, la tomaron con él. Siempre con la misma manía: «Con la hija del guarda, ¿no te sonroja? Habráse visto, nuestro nombre en la plaza, en la taberna en todas las bocas esas. Desoraciado. Eres un imbécil». Le ponían la cabeza como un bombo, tanto dale y dale que te pego. Y nosotros sin caer en la cuenta. A ver, la casilla, olía la jara requemada de agosto, recuerdo un día de Santiago, fiesta en el pueblo, no había por allí un alma, todos en los cohetes, en las verbenas, en las carreras de sacos, en la capea, en la procesión, y allí, en la casilla, el calor, el cuadro cegador de la puerta por donde se entraba a raudales la siesta, de vez en vez la raya de una golondrina. Juntitos. ¿Cómo decirle esto a su madre, tan estirada, siempre enseñando su dentadura de oro, sus hombros puntiagudos? No le voy a contar a usted la boda, para qué. La madre, fíjese usted que nunca he dicho mi suegra, yo les he tenido siempre mucho respeto, pues que la buena señora, mientras las pocas gentes que acudieron me daban el parabién, como es de ley en estos casos, me preguntó con mucho retintín si no me daba vergüenza ir a la iglesia con -302- aquella barriga. Era una bobada, porque ya ve, qué me iba a dar vergüenza, y además no se me notaba mucho, ni mucho menos, pero, a ver, lo que pasa, estaba muy quemada de que su hijo se casase conmigo, con la hija de un guarda jurado que no tenía dónde caerse muerto. Son cosas que pasan, digo yo. ¿Mi padre? Mi padre ni fue. A la boda, quiero decir. Dijo que para no hacer la barbaridad que correspondía. Ahí tiene usted una boda divertida, ¿no? Hasta el cura parecía tener miedo a la madre de él, y no nos dio consejos como los que yo le había oído en otras bodas, que si los hijos, que si nada de broncas, que si no entrometerse en los quehaceres del marido y que si bautizar a todo lo que viniere. Nada. Se veía que estaba también acobardado. Nos casamos un siete de marzo, era Santo Tomás, y no hizo más que hablar del santo del día, uno que, por lo visto, había escrito muchos libros. A lo mejor lo hizo porque él era estudiante, ya creo habérselo dicho, y así quedaba muy bien. Pero, ¿de nosotros? Ni pío. Aún recuerdo que, al salir de la iglesia, la gente había desaparecido. Con el lío que se armaba en la plaza a la salida de otras bodas que yo había visto, todo el mundo diciéndole flores a la novia, y bromazos al novio, y entonces... Solamente algunas mujeres nos acechaban dentro, susurrando por detrás de los pilares o en las capillas, y algunos hombres se reían también sin esconderse. Ya en la plaza, pues que no había un alma, yo sabía que nos estaban mirando por detrás de los visillos, de las contraventanas entornadas, de los postigos a medio entreabrir. Hubo un instante en que nos

paramos, solos en el centro de la plaza, junto al pilón, sin saber qué hacer, asustados, y éramos marido y mujer. Nunca habíamos pensado que aquello pudiera acabar de manera tan triste. Ah, sí, en el abrevadero estaba Segundo, el de la calle Larga, con sus caballerías, y nos dijo, sonriendo: «¡A vivir, zagales, -303- ea!». Se lo agradecí mucho. Le mataron, hombre, a ver, luego, como a tantos otros. Estaba lloviendo entonces, entonces estaba lloviendo, y nosotros allí, en medio de la plaza. Recuerdo que el reloj de la torre estaba parado. En las cinco. Un mal rato, sí, señor. Pero todo se pasó, todo, cuando él me echó el brazo sobre el hombro, y: Vámonos. Y recogimos unos hatillos de nada, y estuvimos esperando en la taberna, también solos, mire usted qué casualidad que ese día no fuese nadie a la taberna, siempre atestada, a ver, si nadie trabajaba, huelga va, huelga viene, hasta que llegó el coche de línea, parece que le estoy viendo, era amarillo, La Requenense, S. A., traía la baca atiborrada de seras de verduras y sacos de maíz, y unas jaulas de gallinas que alborotaban la mar, pobrecillas, se ve que el viaje las mareaba mucho. Otras cosas no recuerdo, a ver, sería como estaba lloviendo...

Sí, sí, usted déjeme. ¡Qué me va a contar usted! Mire, lo que sigue, nadie nadie lo conoce mejor que yo. Eso, eso es, nos vinimos a Madrid. ¿Usted no se acuerda cómo eran los trenes en aquel tiempo? ¡Era una cosa tan bonita, hombre de Dios! Figúrese cuando el revisor aparecía en el estribo, por la portezuela, que nadie le esperaba, y asomaba por la ventanilla los bigotazos, y contaba los viajeros, y miraba con disimulo debajo de los asientos por si había niños escondidos para no pagar billete... Y la gente se ponía de acuerdo sin decirlo, para engañarle si era menester, o para disimular los pollos o los perros... Claro que esto era en el tren mixto, eso es, porque los había mejores, no digo que no, de ésos que pasaban de largo por El Salobral, yo no monté nunca en ellos, yo era hija de un guarda jurado. ¿Sabe que a mi madre la llamaban La Pintá? Estaba picada de viruelas, a ver, esas cosas de los pueblos. Pero era muy buena, muy limpia, se murió de un zaratán a poco de empezar -304- la guerra, que me enteré por casualidad. Veníamos en el tren, como ya le contaba, y los de enfrente no nos quitaban ojo, y se sonreían, y eso que nosotros, la verdad, no nos atrevíamos ni a mirarnos. Y es que era lo que me dijo Luciano al bajar en Madrid, es que parecía, de veras, que teníamos vergüenza el uno del otro, ay, bueno, no sé si me estoy retrasando mucho, a lo mejor me está esperando y no tengo hecha la cena, aunque estoy segura de que lo va a saber comprender, él es muy juiciosito, vaya si lo es, no tengo queja ninguna, no me enteré bien de qué quería que le hiciese hoy, ay, Señor, qué cabeza, y no era eso, no, señor, qué íbamos a tener vergüenza, es que nos queríamos mucho, era más bien miedo, eso es, susto, un susto muy grande, y no querer estar solos, porque nos acordábamos de demasiadas cosas, de la casilla, de las tardes allí solitos en el heno maloliente y podrido, el suelo lleno de sirle, en vilo siempre por los gritos de los niños que cazaban ranas en el Salobralillo, el arroyo de al lado, no nos fueran a sorprender, siempre abrochándonos, arreglándonos la ropa al menor ruido a toda prisa, y nos acordábamos de mi padre, que nos escupía casi mientras se le caía el tabaco del cigarrillo mal hecho, y llenaba, gesticulando, toda la casa del olor de la mecha larga, enrollada en muchos nudos, olía tan mal que la última noche vomité, y, ya lo adivina usted: Asquitos ahora, eso se piensa antes. Y oír palabras que nunca le oí contra mí, sino contra otras, y a Luciano se le saltaban las lágrimas, el estudiante, el señorito, el majarrajás este que se habrá creído, y no querernos escuchar nunca, y, luego, la madre de él, y el sermón del cura, como si no estuviésemos allá, dóciles, apechugando con todo, quietecitos... Sí, no teníamos vergüenza, era que nos acordábamos de demasiadas cosas, digo yo que nadie debe

acordarse de muchas cosas, aconséjese así a sus hijos si los -305- tiene, es mejor no tener memoria y mirar solamente hacia adelante, a lo que Dios quiera mandar, y aceptarlo cuando venga y olvidarlo en seguida, los recuerdos pesan mucho y no enseñan nada más que algún que otro suspiro y una dureza aquí, en la garganta, tantos recuerdos, hijo mío, yo no puedo apenas transmitirte los, no puedo decirte en qué consisten ni si valen para algo, ya tienes tú bastantes quebraderos de cabeza, lo que cuesta vivir, no voy a ponerte ahora los hígados revueltos, además que ya se han muerto casi todos, a algunos los mataron como a perros, ya ves, ahí, al borde de la carretera, en las cunetas sucias, llenas de cardos, quién sabe si no caería alguno en la casilla del Pinatar, allí, en la cuesta del riachuelo, donde crecen los nopales y había una higuera, ah, y un paraíso que ¡Dios, cómo huele!, es que los caminos de Dios, hijo mío, son o parecen torcidos, ea, ya lo ves, seguramente era cosa de risa vernos salir de la estación, los dos apretaditos, de la mano, acorralados más que otra cosa, diciendo que no al consumero, a los que pregonaban pensiones, a los que ofrecían taxi o autobús para ir a otra estación, y nos quedamos parados ante el hombre que nos pedía los billetes sin saber si teníamos que decirle algo, quizá solamente buenos días, o preguntarle por sus niños, ay, ya ves, los demás niños, qué cuestión esa de las compañías, hay que tener mucho cuidado con quién te juntas, luego vete a saber, porque, hijo mío, se aprende mucho malo por ese mundo adelante, un gran consuelo cuando nos pudimos sentar en la portería del Colegio, llegamos ya de noche, que no tomamos nada por no gastar y por ver algo, fue la primera vez que tú estuviste en Madrid, hijo mío, ya ves lo que son las cosas, qué va, hijo, qué va, cómo vas a acordarte tú, estaría bueno, y mejor que no te acuerdes, total para qué, en ese colegio era donde había estudiado antes tu padre, nos arreglaron los frailes - 306- un trabajo para los dos, él daba clases, yo repasaba la ropa para los internos, y, no me digas más que me estoy quedando ciega, que si tengo que acostarme, si ya ves que yo lo hago con el mayor gusto, bueno, tú sí que tienes que acostarte, que tienes que pasarte la mañana hablando, y así todas las noches, hasta que tuvimos un pisito en una hondonada de las Ventas, detrás de la Plaza de Toros monumental, veíamos pasar muchos entierros, y ya nos conocían en el fielato, y en las tiendas, y en la frutería, y en los tenderetes que ponían los viejos al sol a la salida de las corridas, es metro Ventas, ¿no?, algunos domingos llegábamos a la plaza de Manuel Becerra, cerca de la cochera de los tranvías, y volvíamos despacito a casa, la tardecita yéndose, y así siempre, ya no nos acordábamos del pueblo, ni de la casilla (bueno, miento, de la casilla sí, aunque no hablábamos de ella nunca, era un acuerdo mutuo, una mirada, un bajar los ojos, un súbito calor), ni nos acordábamos del cura, ni apenas de nadie, tranquilitos tranquilitos, hasta que llegaste tú y todo se animó de pronto, eras muy rico, casi cuatro kilos, quién lo iba a decir, yo tan esmirriada y con tanto velar y pegar botones, y zurcir calcetines, y ya ves, todo tan fácil, y fue todo tan diferente, ay, cómo te lo diría yo, si en esto no vale decirlo, sino pasarlo, ea, pasarlo, por eso no te cuento nada, porque yo sé que no nos sirve lo de los demás, ni siquiera lo mío, hijo mío, es que no hay más remedio que pasarlo para aprenderlo, y aun así..., bueno, que fueron unos años tan buenos, Señor, tan buenos, qué fácil es ser feliz cuando Dios quiere que lo seas, porque de otro modo, qué pintamos aquí, si lo sabré yo...

¿Que cuánto tiempo? ¡Qué más da! ¿Usted sabe cuánto dura un sueñecito bueno, de esos que, al despertar, no nos dejan abrir los ojos, y dura mucho tiempo un regustillo -307- en la comisura de los labios, o en la yema de los dedos? ¿Que no? Pues no se ha mirado usted bien, o, dicho sea con perdón, es usted bastante gilí, por muy sabio que parezca. Un sueño es... un sueño es... Bueno, como fue aquello. ¿No le he dicho ya que Lucianín nació en el

32? Tenía cuatro años recién cumplidos en el 36. Íbamos para adelante. Mes tras mes, una cosa nueva en casa, ya puestecita, una radio, y una máquina de coser, y unos tiestecitos. Lo que había que ver. Pero nadie sabe dónde está la vida de cada uno, qué cosas, sales a la calle y patapán, se acabó todo, bueno y malo, y sin comerlo ni beberlo, y así le pasó a él, a Luciano... Que salió a dar una clase particular aquel sábado después de comer, ya ve, no me acuerdo de la fecha, sólo sé que era sábado, en noviembre y tan lejos, pero esto no importaba, porque iba en el metro y volvería de día todavía, era a un chico suspenso, yo gasté la tarde en una cola de carbón, venga a chinchorrear las mujeres, y a decir cosas del frente, «Esto se acaba en seguidita, Han tomado Toledo, Van a venir los rusos a ayudarnos, Por fin vamos a tener todos casa con baño, Se ha matado no sé qué general de ellos con un avión...». En fin, que no volvimos a verle, porque el bombardeo debió agarrarle sin encontrar dónde refugiarse, no conocía el barrio, y eso es lo que más me duele, hijo mío, esa muerte así, tan estúpida, sin más defensa que agachar los hombros y afilar el miedo ante el ruido, que no cabe hacer otra cosa sino esperar que caiga la bomba en la otra esquina, mientras tú te estás allí tan quietecito, pegado al suelo, a la pared, o a donde sea, sin pensar, los ojos muy abiertos, el corazón violento, y nada, ya ves, hijo mío, lo que es salir y no volver, no somos nada, pero tú puedes estar muy orgulloso, porque tu padre era un hombre muy bueno, trabajador, como no había dos, ya te lo tengo dicho, que seguro seguro que habría sido algo muy grande si no se hubiese -308- tenido que casar conmigo, y ahí tienes la prueba de quién era, en sus carnets medio rotos, que yo los he guardado siempre para ti, fíjate cómo te pareces en esta fotografía del sindicato, quién sabe las veces que, a lo mejor, hemos pisado el mismo sitio donde cayó la bomba. Me dijeron así, a bulto: en Ferraz. Para qué le voy a contar a usted las veces que he recorrido esa calle arriba y abajo, ahora todo es nuevo, da lo mismo preguntar a nadie, para qué, les daría un patatús saber que alguien murió despanzurrado en su puerta, tan bonita, con ficus, con sansiveras, con alfombras así de gordas, con mármoles, con un portero de botones dorados. Ahora todo el mundo va a lo suyo y no a todas las sesentonas les han matado el marido allí, en una esquina, llena de escombros y silbidos, eso solamente les pasa a los incautos, a los sencillos, a la pobre gente que, como tu padre, no tiene trastienda, sino impulso, eso es, buena voluntad y deseos de trabajar, a ver, si no. Claro que, bien mirado, cualquiera se atreve a asegurar nada, porque, aunque usted no me crea, los ratitos en que una dispone de lucidez, éstos en que notas que las gentes se llevan un dedo a la sien en cuanto das media vuelta, pero que tú lo ves, siempre hay un cristal oportuno para verlo, o peor aún, lo presentes que lo hacen, no sé, lo adivinas, bueno, es que notas en tu sien el movimiento de tornillo que ellos hacen con la yema de su dedo sucio... Pues ya ve usted, esos días, realmente, una muerte así, en la esquina, una muerte sin más resultados que reconocer las pertenencias, como aún recuerdo que decía el papelito del juzgado... ¡Qué bien, no me diga, tan resuelto! Ni en el entierro tuve que pensar. Nada. Y eso fue una pena. Cuando se vive algún tiempo así, tan bien, tan cercanos, se tiene miedo al día en que uno falte, se querría morir siempre uno el primero. Y se entrevisté el tal diíta, ya lo creo. Y yo, y me dolía el entrecejo, -309- aquí, al pensarlo, pues que lo veía, teníamos una iguala muy arregladita, y yo veía el funeral, y los pésames, quizá la reconciliación con la engreída familia... Y nada. Las pertenencias, y váyase, camarada, váyase, buena mujer, están esperando otras personas para lo mismo. No hubo flores, ni corona con dedicatoria, ni velorio, ni luto. Bueno, al paso que van las cosas, cuando me toque a mí, Dios sepa qué habrá. No vale la pena, ahora sí que no vale, pensar en eso. Pero, ¿y mi hijo? Si mi hijo volviera algún día, ¿quién le iba a decir todo esto, y lo que pasó luego, después que lo evacuaron, y cuando

dejé de tener noticias tuyas de Francia, o de Bélgica, de Ucrania...? No, ya ve usted, prefiero todo lo pasado y seguir esperando, sé que algún día, cuando llegue a casa estará allí, en la butaca de mimbre que me regalaron en el casino, esperándome, leyendo los prospectos de lavadoras o inmobiliarias que meten por debajo de la puerta, quizá haciendo el crucigrama poco a poco, a lo mejor es capaz, ¡tonto! de chupar la punta del lápiz mientras busca las palabrejas, o a lo mejor haciendo números a ver qué nos convendrá comprar primero, pero, no, hijo mío, no te dejaré ser manirroto, hay que pensar mucho las cosas y ser previsor, muy precavido, tú no sabes lo mal que lo hemos pasado, y el seguro no cubre ni la mitad de las necesidades y hay que estar atentos al desempleo y a la carestía, y no conviene tampoco aparentar, que ahora a todo el mundo le da por parecer más de lo que es en verdad, si lo sabré yo, nosotros, todo lo más, procuraremos vivir otra vez por allá abajo, por detrás de la Plaza de Toros, como cuando eras niño, ahora están haciendo unas calles muy buenas por allí, el metro llega más lejos, estaríamos muy bien y saldría mucho más barato, porque, hijo mío, tú no sabes lo que fue aquello, tú, en la colonia y viajando por ahí, te libraste de todo, y gracias a Dios por ello, pero yo, aquí, solita, sin arrimo -310- alguno, trabajando aquí y allá, que si en un hospital, que si en un comedor de soldados, bueno, un calvario, qué frío en las noches, vueltas y vueltas en la cama tan grande para mí sola, qué ilusión el papelito aquel que decía que estabas bien, que crecías, que te ponías tantas y cuantas inyecciones, y cómo me afanaba yo, que no he estado nunca por esas tierras ni voy a estar, que no sirve de nada ponerse a ahorrar, aparte de que de dónde voy a ahorrar yo, no me hagas reír, pues, sí, yo me afanaba por verte, por saber o imaginarme cómo sería el jardín donde corrías, el comedor donde comías, la alcoba donde de seguro te acostaban sin rezar, que era una delicia oírte chapurrear las oraciones... Ah, sí señor, hace usted bien en llamarme al orden, a mí se me va el santo al cielo y no sé, a veces, qué diablos estoy diciendo. ¿Cómo? Ah, sí, pues ya ve usted, gracias por recordármelo, me quedé sola, porque el niño, a ver, yo no tenía una perra, el colegio había sido convertido no sé en qué, en cuartel, o en cárcel, total, que no comía nada, y se lo llevaron a una colonia de niños evacuados. Por lo menos ha visto mundo. Hace tiempo que no sé de él oficialmente, pero, usted sabe, esas cosas de los servicios internacionales, el correo, todo está tan alterado, y, luego, ya lo dicen los periódicos, no nos quieren por ahí nada, nada, lo que se dice nada. Ya vendrán las noticias. Si yo no espero, ¿quién le esperaría? Yo tengo que esperar y enseñarle esos papeles que han ido llegando para él, los formularios para la herencia de sus abuelos, que, ya ve usted las vueltas que da el mundo, los liquidaron en el otro lado, lo que son las cosas, nunca me lo expliqué, y también tengo que darle el aviso de la Caja de Reclutas... Oiga, ¿será posible? ¿Usted cree que le harán ir al cuartel todavía? ¿Encima? Yo creo que deben dejarle conmigo, que para eso le he esperado yo tanto, eso son sopas y sorber, qué caramba. Yo no puedo creer que hagan eso. Claro que tampoco - 311- parecía posible que su padre fuera a dar una clase y a morir en una esquina de la calle Ferraz, y menos aún que mi niño tuviera que irse por ahí solito, mundo adelante, y ya ve usted. El mundo es un lío de miedo, y es inútil querer arreglarlo. No te metas a redentor, hijo mío, que el hombre es malo y no anda nunca a derechas, y tú has salido como tu padre, un bendito que le engañaba todo el que quería, solamente yo, yo fui para él como se merecía, y ya ves para lo que nos aprovechó, más años de los que yo tenía cuando nos dejó han pasado desde entonces, casi nada, y ¿hasta cuándo? Vete a ver. Todo sea por Dios. Ay, perdóneme usted, hace usted bien en traerme a la realidad, porque ya llevo mucho tiempo hablándole de lo de siempre, y por más que se repitan las cosas, no es un disco, no, qué va a serlo, que llega un momento en que siento cómo me sube así, desde el estómago, una bola

grande, y me llega a la garganta, y a los ojos, y a los oídos, y, entonces ya, ahí, nadie lo sabe cómo es entonces todo, y cómo solamente el ponerme a esperar puede deshacer esa bola, y retragarla, y hacerla bajar de nuevo a su escondite. Sí, prefiero esperar, yo no hago daño a nadie esperando, usted me contará. Hoy mismo, ahora, cuando le deje a usted, ¿estará en casa? Tengo prisa, tanta prisa, por si acaso. Por otro lado, no querría llegar nunca, por no ver la butaca vacía, los almohadones intactos, la hoja del calendario sin quitar, los cachivaches de la cocina como yo los dejé esta mañana, cuando me fui a limpiar el casino, ya sabe usted, hacía tanta niebla, y, luego, los autobuses van tan mal, y yo voy andando cada vez más despacio. Sí, voy a dejarle a usted, ea, Señor, cómo pasan a veces las cosas, la memoria, los pies, las manos agarrotadas, la misma esperanza, hijo mío, esto no es vida, me voy a casa, a lo mejor se te ha ocurrido venir hoy, sin avisar, también tú, qué ocurrencias, precisamente hoy que no limpié lo debido, me voy, -312- me voy, discúlpeme usted, ya me parece que se lo he dicho todo, por lo menos todo lo que yo recuerdo, si necesita algo más pregúnteme usted otro día, ahora tengo que irme, y... Bueno, ya sé por dónde voy a ir a casa. Me voy siempre por aquí, atajando, Cedaceros, la Carrera, las Cuatro Calles, Cruz, Barrionuevo, Progreso, luego la Cuesta del Mesón abajo, voy haciendo tiempo, para dar lugar a que llegues tú, hijo mío, siempre puedes haberte encontrado con alguien y entrar a una barra a tomar un chato, tanto que le gustaba a tu padre, o quizás quede por ahí algún puestecillo de gambas, solían poner los carritos en Duque de Alba, y te habrás distraído a comprar unas pocas para animar la cena, o quizá quizá te has metido en un cine de continua, al paso, lo has pensado mejor y has decidido llenar un rato, a ver, hay que distraerse algo, porque, así, de casa al trabajo y del trabajo a casa, esto no es vida, qué va a serlo, me pararé en todos los escaparates, zapatos, corbatas, pañuelos, encendedores, ¿te gusta fumar?, si seré tonta, no entiendo nada de clases de tabaco, tu padre no fumaba nunca, por lo menos desde que nos casamos, había que ahorrar lujos, y miraré en las camiserías, ¿qué número gastarás ya, y me acerco al cristal, tan fresco en la frente, y vuelvo a ver esos tranvías que ya no están, y repaso las canciones que sonaban en la radio aquellos años, cuando los tres... Morucha divina, clavel tempranero, a ver por qué me mirarán esos idiotas, yo canto como me da la gana, Cerré los ojos pa no mirarla y abrí la puerta de par en par, y ya sé que en cuanto doble la esquina de la pastelería se ve la ventana de nuestra cocina, sí, hombre, sí, ¿no ves que han tirado la casa de al lado?, por eso se ve, es que hace un par de años no se veía, claro, estaba ahí la casa de la posada, y de la ferretería, y ya no están, a ver, hay un solar, pronto tirarán también la nuestra, ahora lo están tirando todo, tienes que darte el domingo -313- una vueltecita por allí, por detrás de la Plaza de Toros, a mí me gustan aquellos barrios, nos mudaremos, ya lo verás, es tan agradable, da el sol de plano las tardes del invierno, y hay chiquillos correteando por las cuestas de los desmontes, rebuscando tesoros en las escombreras, y pasan muchos, muchos aviones, y... Mire usted, señor, no sé para qué le cuento todo esto, pero es que, la verdad, no quisiera llegar a mi casa, porque figúrese que me entra lo que me ha de entrar, menudo telele, y que está allí, y me ve y... ¿Cómo me llamará? ¿Usted no sabe cómo me llamará? ¿Por mi nombre? ¿Madre? Quizá ya no sepa español, y si lo sabe, dicen que por ahí saben de todo, ¿de qué me va a servir hablar? ¿Nos entenderemos? ¿Sabré yo arreglarle la ropa que traiga, ropa del extranjero, así, anchota, muy buena, llamativa, tan llamativa como algunas que vemos por ahí, por la calle? Quién sabe si no tendrá estudios, ingeniero, arquitecto, y entonces, ¡adiós! porque, ya ve, yo no soy más que una mujer de la limpieza, una pobre mujer de la limpieza, y no podré hablar de sus cosas, tanto que les gusta a los hombres, cuando vuelven, cansados, a casa, que les elogien su trabajo. Ay, cuántas dudas,

Señor. ¿Sabré hacerle yo algo que le guste? Pues, sí, yo, ya ve usted, creo que sí, que algo sabré hacerle... y me lleno de proyectos para el otro día, para los otros días, habrá que incluirle en el padrón, y vengan oficinas y ventanillas, y en la cartilla del médico, y poner el contrato del piso a su nombre, pondré un enchufito nuevo para que se afeite donde tenga más luz... Me sentiré firme, segura, acompañada. Quizá podamos tomar las vacaciones juntos, iremos al mar, que todavía no lo he visto, o, mejor, nos quedaremos en casa en paz y en silencio, y, al atardecer, me leerá el periódico, los crímenes, y los partidos, y los viajes del Papa, quién sabe si no haremos una quiniela, riéndonos, bobos, regañaremos (en broma, -314- claro) al discutir en qué gastaremos los millonazos... Y cosas así. ¿Qué hay de malo en eso? Y subo por la escalera sin mirar si hay algo en el buzón, hoy quiero que sea total la sorpresa, y, a pesar de todo, tengo que ir deteniéndome poco a poco, que los escalones se van notando, y paso por los rellanos de puntillas para que no se enteren los vecinos, siempre esa Clotilde, tan monilla, la del tercero, dando gritos y riéndose, es un diablillo, ya ve usted, aún quedan niños, y me acerco a mi puerta sin hacer ruido, esa madera, cuidado, que cruje siempre, por qué no le habré puesto algo de grasa a la cerradura, y rechinan los goznes, a ver, es tan vieja, y me alarmino, que a lo mejor se ha quedado dormido esperándome, no pasaré al comedor para no despertarle, ni encenderé el brasero, sino que me quedaré en la ventana del pasillo un ratito, hasta que se dé cuenta de que he llegado, desde allí veo muchos tejados, muchas ventanas de cocinas donde las madres andan afanosas preparando la cena a sus muchachos, los que se habrán quedado en un bar o habrán entrado a un cine de continua que les salió al paso, quizá se han retrasado con la novia en el quicio oscuro, eso, ya ves, eso no ha cambiado, y me distraigo leyendo anuncios luminosos para llenar el tiempo, se apagan se encienden. Electrodomésticos. Viajes. Champán. Vuele por Iberia, se apagan se encienden, y veo el reloj de la Telefónica, y puedo hablar con él desde afuera, sin miedo a que me replique con mal humor si es que está rendido, a ver, el día es tan agonioso, ¿a qué hora te llamaré mañana? ¿Has visto qué sol tan bonito ha hecho esta tarde?, no daban ganas de ponerse a trabajar, es ya la primavera que está llegando, ya iremos el domingo que viene a dar un paseo, y eso que, a lo mejor, ya se sabe, alguna lagartona por ahí sale y si te he visto no me acuerdo, ¿eh?, Jesús qué tarde se ha hecho, vamos, vamos, hijo mío, es hora de acostarse, -315- anda, oye a ver qué dicen del tiempo, no te vayas a dejar el transistor encendido, ya será de día y mañanaremos, bueno, yo aún voy a quedarme un ratito aquí cosiendo, no me digas que si la luz, que si me voy a quedar ciega, eres igual que tu padre, que siempre me lo decía, anda, ponme el brasero, enchufa, tú te puedes agachar mejor que yo, fíjate en este huevo de madera para coser calcetines, tanto que te gustaba jugar con él, pues ya ves, aún lo tengo... No, no me llares por mi nombre, eso no me gusta, vaya, que no, anda, quita, quita, no seas zalamero, te digo que mañana habrá que madrugar, hay que firmar a la entrada... Allí, donde tú estás, ¿hay que firmar en la entrada, al llegar y al salir? ¿Nunca? Vaya, hombre, también tienes suerte tú, ¿eh?, no te quejarás... A ver si con estas pamplinas nos olvidamos de poner el despertador. Anda, dale cuerda, con mimo, hombre, con mimo, ¿no sabes que me lo dieron de premio en el mercado, unos hombres de la televisión que preguntaban cosas para anunciar no sé qué jabones? Ya ves, yo supe contestar, qué te has creído, claro que lo supe, ya apenas me acuerdo qué preguntaban, qué era un azumbre, quién está enterrado en Santiago, cuántos credos tarda un huevo en cocer... También cosas de Madrid, cuál es la primera verbena, dónde está la calle Ferraz... Ya ves tú qué facilito. Me dijeron en el casino, al día siguiente, que salgo muy bien en la tele, que sonrío, que no se me nota apenas el pelo blanco...

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**